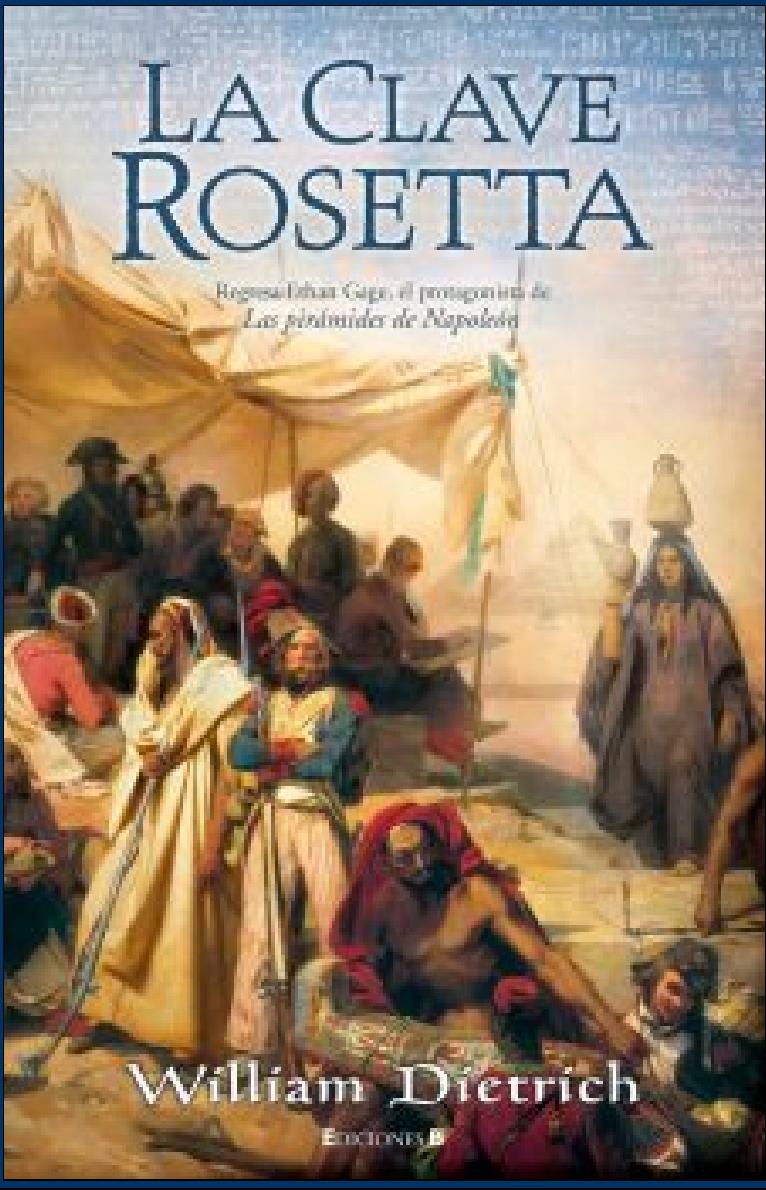


LA CLAVE ROSETTA

Regresa Ethan Gage, el protagonista de
Las pirámides de Napoleón



William Dietrich

EDICIONES B

WILLIAM DIETRICH

LA CLAVE
ROSETTA

Para mi hija Heidi.

Índice

<u>Resumen</u>	5
<u>PRIMERA PARTE</u>	7
<u>SEGUNDA PARTE</u>	120
<u>TERCERA PARTE</u>	252
<u>Nota histórica</u>	320
<u>Agradecimientos</u>	323

RESUMEN

Novela histórica que recoge el ingenio y la astucia de Ethan Gage, antiguo miembro de la expedición de Napoleón en Egipto y enemigo natural de los ingleses, quienes lo envían a la ciudad de Jaffa, en tierras de la antigua Judea, llamada Palestina por los romanos; en busca del misterioso libro de Thoth tallado en piedra. Documento que podría acarrear funestas consecuencias, si cayera en manos mal intencionadas.

Estimados lectores:

Ethan Gage vuelve a estar en apuros, ¡y toda la culpa es vuestra! Gracias a vuestro estupendo apoyo a *Las pirámides de Napoleón* e interés por la pintoresca época allí descrita, mi jugador, electricista, protegido de Franklin, tirador de primera y aspirante a donjuán americano (la suerte de Ethan con las mujeres es decididamente desigual) regresa en *La clave Rosetta*. En esta ocasión está metido en la invasión de Tierra Santa por Bonaparte en 1799 y la ascensión al poder del general en Francia. Muchos de vosotros os habéis preguntado qué fue de la amante de Ethan, Astiza, y del villano conde Alessandro Silano cuando cayeron al final del último libro. Escribí *La clave Rosetta* para averiguarlo.

Como *Las pirámides de Napoleón*, esta nueva novela está basada en un episodio real de la sorprendente carrera de Bonaparte, y combina los inicios de la ciencia de la electricidad y las enseñanzas de Franklin con el misterio de base real sobre el *Libro de Tot*, los caballeros templarios, el misticismo judío y la Piedra de Rosetta. Las batallas sucedieron de verdad, y muchos de los personajes del libro —el aventurero inglés Sidney Smith, el monárquico francés y rival napoleónico Phelipeaux, Djezzar el Carnicero, el matemático Gaspard Monge y el judío desfigurado Haim Farhi— existieron realmente. Vadeé los túneles subterráneos de Jerusalén, paseé por las murallas de Acre y trepé por los senderos de la ciudad perdida de Petra para documentar este relato. También es verídico el golpe de Estado que elevó a Napoleón al poder en Francia. Cómo convirtió Napoleón su rechazo en Tierra Santa en su triunfo en París es el misterio histórico que constituye el meollo de esta historia. ¿Cuál fue su secreto?

He sabido de muchos que disfrutaron del ritmo trepidante, el humor irónico y la minuciosa documentación de la primera caza del tesoro de Ethan, y creo que encontraréis más de lo mismo en *La clave Rosetta*. Y aunque fuera éste vuestro primer contacto con Ethan Gage y sus aventuras, os sentiréis de inmediato convertidos a su punto de vista en las páginas iniciales de este nuevo episodio. *La clave Rosetta* devuelve la historia al punto de partida y me deja, como diría Ethan, «casi sin aliento después de tanto ajetreo». Pero siempre hay más misterio...

Feliz lectura,
WILLIAM DIETRICH

PRIMERA PARTE

1

Observar un millar de cañones de mosquete apuntándote al pecho suele obligar a plantearte si no habrás tomado el camino equivocado. Y así me lo planteé yo, cuando cada boca de cañón parecía tan grande como las fauces de un perro mestizo extraviado en un callejón de El Cairo. Pero no, si bien soy excesivamente modesto, también tengo mi lado farisaico, y a mi entender no era yo sino el ejército francés el que se había extraviado. Lo cual habría explicado a mi antiguo amigo, Napoleón Bonaparte, si no se hubiera encontrado en lo alto de las dunas fuera del alcance de mis gritos, distante y tan distraído que sacaba de quicio, con sus botones y medallas reluciendo bajo el sol mediterráneo.

La primera vez que estuve en una playa con Bonaparte, cuando hizo desembarcar a su ejército en Egipto en 1798, me dijo que los ahogados serían inmortalizados por la historia. Ahora, nueve meses después, fuera del puerto palestino de Jafa, era yo quien iba a pasar a la historia. Los granaderos franceses se disponían a matarme a mí y a los desventurados cautivos musulmanes con los que me habían arrojado, y una vez más yo, Ethan Gage, trataba de encontrar la manera de burlar al destino. Era una ejecución masiva, ¿sabéis?, y me había indispuesto con el general del que en otro tiempo había intentado hacerme amigo.

¡Qué lejos habíamos llegado ambos en nueve cortos meses!

Me situé poco a poco detrás del más corpulento de los desdichados prisioneros otomanos que pude encontrar, un gigante negro del Alto Nilo que, según mis cálculos, era lo bastante grueso como para interceptar una bala de mosquete. Todos nosotros habíamos sido acorralados como un rebaño desconcertado en una hermosa playa, los ojos blancos y redondos en las caras más oscuras, los uniformes turcos de color escarlata, crema, esmeralda y zafiro manchados por el humo y la sangre de un feroz saqueo. Había marroquíes ágiles, sudaneses altos y adustos, albaneses pálidos y agresivos, caballería circasiana, artilleros griegos, sargentos turcos... las levadas revueltas de un vasto imperio, todas humilladas por los franceses. Y yo, el único americano. No sólo yo estaba desconcertado por su cháchara, sino que a menudo tampoco ellos se entendían entre sí. La turba se apiñaba; sus oficiales ya muertos, y su desorden en penoso contraste con las cerradas filas de nuestros verdugos, formadas como en un desfile. El desafío otomano había enfurecido a Napoleón —no deberían haber puesto nunca las cabezas de los emisarios sobre una pica— y el elevado número de sus hambrientos prisioneros amenazaba con ser un serio lastre para la invasión. De modo que nos habían llevado a través de los naranjales hasta una medialuna de arena situada justo al sur del puerto capturado, con el centelleante mar de un hermoso verde y dorado en el bajío y la ciudad ardiendo en lo alto. Podía ver algunos frutos verdes aferrados aún a los árboles acribillados a balazos. Mi antiguo benefactor y reciente enemigo, montado en su caballo cual joven Alejandro,

se disponía (por desesperación o con horrendo cálculo) a mostrar una crueldad de la que sus propios mariscales hablarían durante muchas campañas venideras. ¡Si ni siquiera tenía la gentileza de prestar atención! Leía otra de sus temperamentales novelas, en su hábito de devorar una página, arrancarla y pasársela a sus oficiales. Yo iba descalzo, estaba ensangrentado y me encontraba a sólo sesenta y cinco kilómetros en línea recta de donde Jesucristo había muerto para salvar al mundo. Los últimos días de persecución, tormento y guerra no me habían convencido de que los esfuerzos de nuestro Salvador hubiesen conseguido del todo mejorar la naturaleza humana.

—¡Preparados!

Los percutores de un millar de mosqueteros se amartillaron.

Los secuaces de Napoleón me habían acusado de ser un espía y un traidor, y era por eso que me habían conducido con los demás prisioneros hasta la playa. Y sí, las circunstancias habían aportado una pizca de verdad a esa caracterización. Pero, por supuesto, yo no había partido con ese propósito. Simplemente había sido un americano en París, cuyos conocimientos vacilantes de electricidad —y la necesidad de escapar de una acusación completamente injusta de asesinato— hicieron que se me incluyera en la compañía de científicos, o sabios, de Napoleón durante su deslumbrante conquista de Egipto del año anterior. Además había adquirido la habilidad para estar en el sitio inadecuado en el peor momento. Había sido atacado por la caballería mameluca, la mujer a la que amaba, asesinos árabes, andanadas británicas, musulmanes fanáticos, pelotones franceses... ¡y soy un hombre agradable!

Mi justo castigo francés más reciente era un sinvergüenza cruel llamado Pierre Najac, un asesino y ladrón que no había podido sobreponerse al hecho de que le hubiera disparado en cierta ocasión desde debajo de la diligencia de Tolón cuando había tratado de robarme un medallón sagrado. Es una larga historia, como atestigua un volumen anterior. Najac había regresado a mi vida como una deuda incobrable, y me había obligado a marchar en las filas de prisioneros con un sable de caballería a mi espalda. Esperaba mi inminente fallecimiento con la misma sensación de triunfo y odio que uno experimenta cuando aplasta una araña especialmente repugnante. Ahora me arrepentía de no haber apuntado un pelín más arriba y cinco centímetros más a la izquierda.

Como ya he observado otras veces, todo parece comenzar con el juego. En París, había sido una partida de cartas la que me había permitido ganar el misterioso medallón y había originado el problema. En esta ocasión, lo que había parecido un modo sencillo de empezar de nuevo —despojar a los desconcertados marineros del buque de guerra *Dangerous* de todos los chelines que tenían antes de desembarcarme en Tierra Santa— no había resuelto nada y, bien podía decirse, me había llevado de hecho a mi situación actual. Dejadme que lo repita: jugar es un vicio, y es absurdo confiar en la suerte.

—¡Apuntad!

Pero me estoy adelantando.

Yo, Ethan Gage, he pasado la mayor parte de mis treinta y cuatro años tratando de alejarme de demasiadas complicaciones y del trabajo excesivo. Como observaría sin duda mi mentor y antiguo patrono, el difunto y genial Benjamin Franklin, estas dos ambiciones son tan opuestas como la electricidad positiva y la negativa. Es casi seguro que la búsqueda de la segunda, no trabajar, frustra la primera, no tener problemas. Pero ésa es una enseñanza, como la jaqueca que sucede al alcohol o la traición de las mujeres hermosas, que se olvida tantas veces como se aprende. Fue mi aversión al trabajo duro lo que reforzó mi afición al juego, el juego lo que me proporcionó el medallón, el medallón lo que me llevó a Egipto con la mitad de los rufianes del planeta pisándome los talones, y Egipto lo que me hizo encontrar a mi adorable y perdida Astiza. Ella, a su vez, me había convencido de que teníamos que salvar al mundo del amo de Najac, el conde y hechicero francoitaliano Alessandro Silano. Todo esto, sin llegar a suponerlo, me puso en el bando contrario a Bonaparte. Por el camino me enamoré, descubrí una entrada secreta a la Gran Pirámide e hice los hallazgos más inverosímiles, sólo para perder todo lo que más quería cuando me vi obligado a huir en globo.

Ya os he dicho que era una larga historia.

En fin, la preciosa y exasperante Astiza —mi aspirante a asesina, después sirvienta y más tarde sacerdotisa de Egipto— se había caído del globo al Nilo junto con mi enemigo, Silano. Desde entonces he intentado desesperadamente averiguar su destino, mi inquietud redoblada por el hecho de que las últimas palabras de mi adversario a Astiza fueron: «¡Sabes que aún te quiero!» ¿Os imagináis eso fisgoneando en los recovecos de la mente de uno por la noche? ¿Cuál era su relación? Por eso había permitido al chiflado inglés sir Sidney Smith que me dejara en tierra en Palestina justo antes de la invasión de Bonaparte, para indagar. Luego una cosa llevó a la otra y aquí estaba, frente a un millar de bocas de mosquete.

—¡Fuego!

Pero antes de referiros lo que ocurrió cuando dispararon los mosquetes, quizás debería regresar a donde quedó mi relato anterior, a finales de octubre de 1798, cuando estaba atrapado en la cubierta de la fragata británica *Dangerous*, rumbo a Tierra Santa con las velas hinchadas y espuma en la proa, surcando las aguas profundas. Qué vigoroso era todo, las banderas inglesas agitándose, marineros fornidos tirando de los gruesos cabos de cáñamo con fuertes gritos, oficiales porfiados y tocados con bicornios paseándose por el alcázar y cañones coléricos rociados por la espuma del Mediterráneo, cuyas gotitas se secaban formando estrellas de sal. Dicho de otro modo, era la clase de expedición combativa y viril que había aprendido a detestar, habiendo sobrevivido por los pelos al impetuoso ataque de un guerrero mameluco en la Batalla de las Pirámides, la explosión del *Orient* en la Batalla del Nilo y toda suerte de traiciones por parte de un árabe devoto de las serpientes llamado Ahmed bin Sadr, al que finalmente mandé al infierno que le correspondía. Estaba casi sin aliento después de tanto ajetreo y más que dispuesto a escabullirme de vuelta a Nueva York para aceptar un buen empleo de tenedor de libros o dependiente de artículos de confección, o tal vez de notario que administra

aburridos testamentos a los que se agarran viudas enlutadas y proles imberbes y poco dignas. Sí, un escritorio y unos libros mayores polvorrientos... ¡eso es vida para mí! Pero sir Sidney no quiso saber nada. Aun peor, finalmente comprendí qué era lo que más me importaba de este mundo: Astiza. No me sentiría demasiado tranquilo regresando a casa sin averiguar si había sobrevivido a su caída con ese bribón, Silano, y había alguna posibilidad de rescatarla.

La vida era más fácil cuando no tenía principios.

Smith iba engalanado como un almirante turco, y dentro de su cerebro se formaban planes como una tormenta inminente. Se le había encomendado la misión de ayudar a los turcos y su imperio otomano a frustrar la mayor usurpación de los ejércitos de Bonaparte desde Egipto hasta Siria, puesto que la ilusión del joven Napoleón era forjarse un imperio oriental. Sir Sidney necesitaba aliados y espías y, después de pescarme en aguas del Mediterráneo, me había dicho que sería ventajoso para ambos que me uniera a su causa. Señaló que sería temerario por mi parte intentar regresar a Egipto y hacer frente a los encolerizados franceses yo solo. Podría indagar el paradero de Astiza desde Palestina, al mismo tiempo que valoraba las distintas sectas que podían hacer frente común para combatir a Napoleón. «¡Jerusalén!», había exclamado. ¿Estaba loco? Aquella ciudad medio olvidada, un lugar apartado de los otomanos e incrustado de polvo, historia, fanáticos religiosos y enfermedades, sólo había logrado sobrevivir —al decir de todo el mundo— endosando turismo obligatorio a los peregrinos crédulos y fáciles de engañar de tres confesiones. Pero si uno era un intrigante y luchador inglés como lo era Smith, Jerusalén tenía la ventaja de ser una encrucijada de la compleja cultura de Siria, una guarida políglota de musulmanes, judíos, ortodoxos griegos, católicos, drusos, maronitas, matuwellis, turcos, beduinos, kurdos y palestinos, todos los cuales se recordaban desaires mutuos que se remontaban a varios miles de años atrás.

Francamente, nunca me habría aventurado a menos de ciento cincuenta kilómetros del lugar, sólo que Astiza estaba convencida de que Moisés había robado un libro sagrado de sabiduría antigua de las entrañas de la Gran Pirámide y que sus descendientes lo habían llevado a Israel. Esto significaba que Jerusalén era un buen sitio donde buscar. Hasta entonces ese *Libro de Tot*, o los rumores acerca de él, no había acarreado más que problemas. Pero si contenía claves para la inmortalidad y el dominio del universo, no podía olvidarme de él, ¿verdad? Jerusalén encerraba una lógica perversa.

Smith me creía un cómplice de confianza, y en verdad teníamos una especie de alianza. Lo había conocido en un campamento gitano después de disparar a Najac. El sello que me dio me había salvado de una soga colgada de la verga cuando me llevaron a presencia del almirante Nelson después de la reyerta en el Nilo. Y Smith era un auténtico héroe que había quemado navíos franceses y había huido de una cárcel parisina comunicándose por señas con una de sus antiguas compañeras de cama desde una ventana enrejada. Después de coger el tesoro de un faraón debajo de la Gran Pirámide, que luego perdí para no morir ahogado, y de robarle un globo a mi amigo y colega Nicolas-Jacques Conté, me había precipitado al mar y me encontraba

empapado y sin un céntimo en el alcázar del *Dangerous*, con el destino enfrentándome a sir Sidney una vez más, y tan a la merced de los británicos como lo había estado de los franceses. Mis opiniones personales —que ya estaba harto de guerra y de tesoros y estaba dispuesto a regresar a América— cayeron en oídos sordos.

—Así pues, mientras hacéis indagaciones desde la Palestina siria acerca de esa mujer de la que os habéis prendado, Gage, también podéis tantear a los cristianos y los judíos en busca de una posible resistencia a Bonaparte —me decía Smith—. Podrían ponerse de parte de los franceses, y si él forma un ejército así, nuestros aliados turcos necesitarán toda la ayuda que puedan conseguir. —Me puso un brazo sobre el hombro—. Os considero el hombre apropiado para esta clase de misión: listo, afable, desarraigado y sin escrúpulos ni creencias. La gente os contará cosas, Gage, porque piensan que no tiene importancia.

—Sólo que soy americano, no británico ni francés...

—Exacto. Perfecto para nuestros fines. Djezzar estará impresionado de que incluso un hombre tan superficial como vos se haya alistado.

Djezzar, cuyo nombre significaba «el Carnicero», era el pacha de Acre, con fama de cruel y despótico, y del que los británicos dependían para combatir a Napoleón. Encantado, seguro.

—Pero mi árabe es rudimentario y no sé nada de Palestina —señalé con toda la razón.

—Eso no es problema para un agente con ingenio y agallas como vos, Ethan. La Corona tiene un confederado en Jerusalén con el nombre en clave de Jericó, un quincallero de oficio que hace algún tiempo sirvió en nuestra marina. Puede ayudaros a buscar a esa Astiza y cooperar con nosotros. ¡Tiene contactos en Egipto! Unos pocos días de vuestra ingeniosa diplomacia, la posibilidad de seguir los pasos del mismísimo Jesucristo, y volveréis sin nada más que polvo en las botas y una reliquia sagrada en el bolsillo, con todos vuestros demás problemas resueltos. Es realmente estupendo cómo se resuelven esas cosas. Entretanto ayudaré a Djezzar a organizar la defensa de Acre por si Boney marcha hacia el norte, como habéis advertido. ¡En un abrir y cerrar de ojos los dos seremos héroes ensangrentados, ensalzados en las cámaras de Londres!

Cada vez que la gente empieza a halagarte y a usar palabras como «espléndido», es el momento de vigilar tu bolsa. Pero, por Bunker Hill, sentía curiosidad por el *Libro de Tot* y estaba atormentado por el recuerdo de Astiza. Su sacrificio para salvarme fue el peor momento de mi vida—peor, sinceramente, que cuando estalló mi querido rifle largo de Pensilvania— y el boquete en mi corazón era tan grande que se podría disparar una bala de cañón a través de él sin dañar nada. Lo cual, pensé, es una buena frase para utilizar con una mujer, y quería ponerla en práctica con ella. De modo que, naturalmente, dije que sí, la palabra más peligrosa de la lengua inglesa.

—Necesito ropa, armas y dinero —observé.

Lo único que había logrado conservar de la Gran Pirámide eran dos pequeños querubines dorados, o ángeles arrodillados, que Astiza afirmaba procedían de la vara de Moisés y que introduje ignominiosamente dentro de mis calzoncillos. Mi primera idea había sido empeñarlos, pero cobraron un valor sentimental a pesar de su tendencia a obligarme a rascarme. Como mínimo constituían una reserva de metal precioso que prefería no revelar. Dejaría que Smith me diera una asignación, si tan ansioso estaba de alistarme.

—Vuestro gusto por la ropa árabe es idóneo —dijo el capitán británico—. Lo mismo que el bronceado que habéis adquirido, Gage. Añadidles una capa y un turbante en Jafa y pasaréis por un indígena. En cuanto a un arma inglesa, eso podría meteros en una cárcel turca si sospechan que sois un espía. Es vuestra inteligencia lo que os mantendrá fuera de peligro. Puedo prestaros un pequeño catalejo. Es sumamente agudo y el instrumento ideal para avistar movimientos de tropas.

—No habéis hablado de dinero.

—La asignación de la Corona será más que adecuada.

Me entregó una bolsa con unas cuantas monedas de plata, bronce y cobre: reales españoles, piastras otomanas, un copec ruso y dos rixdales holandeses. Presupuesto del gobierno.

—¡Esto apenas alcanza para un desayuno!

—No puedo daros libras esterlinas, Gage, porque os descubrirían enseguida. Sois un hombre de recursos, ¿no? ¡Aprovechad al máximo cada penique! ¡Dios sabe que el Almirantazgo lo hace!

Bueno, tendría que recurrir al ingenio, me dije, y me pregunté si no podría matar las horas con los tripulantes ociosos y una partida de cartas amistosa. Cuando aún gozaba de buena reputación como sabio en la expedición egipcia de Napoleón, me agradaba discutir las leyes de probabilidad con matemáticos famosos como Gaspard Monge y el geógrafo Edme Francois Jomard. Me incitaban a pensar de un modo más sistemático sobre probabilidades y la ventaja de la casa, mejorando mis aptitudes de juego.

—¿Quizá podría interesar a vuestros hombres en un juego de azar?

—¡Procurad que no os quiten también el desayuno!

Empecé con el *brelan*, que no es un mal juego para jugar con simples marineros, dependiendo como depende de tirarse faroles. Lo había practicado en los salones de París —el Palais Royal solo reunía cien salas de juego en apenas dos hectáreas y media— y los honrados marinos británicos no eran rivales para aquel al que no tardaron en llamar un hipócrita franco. Así que, después de aceptarles todo lo que quisieron apostar fingiendo tener mejores cartas —o dejando escapar mi vulnerabilidad cuando en realidad la mano me dejaba mejor armado que el fajín repleto de armas de un bey mameluco—, propuse juegos que parecían depender más de la suerte. Alfereces y artilleros que habían perdido la mitad de la paga de un mes en un juego de cartas de habilidad apostaron con avidez el sueldo íntegro de un mes en un juego de puro azar.

Sólo que no lo era, claro. En el sacanete sencillo, la banca —yo— hace una apuesta que los demás jugadores deben igualar. Se vuelven dos cartas: la de la izquierda es la mía y la de mi derecha es la del jugador. Entonces procedo a descubrir cartas hasta igualar una de las dos primeras. Si la primera en ser igualada es la carta de la derecha, gana el jugador; si se iguala primero la izquierda, gana la banca. Un cincuenta por ciento de probabilidades, ¿verdad?

Pero si las dos primeras cartas son iguales, la banca gana al instante, una ligera ventaja matemática que al cabo de varias horas me había dado un margen de beneficios, hasta que finalmente pidieron un juego distinto.

—Probemos con el *pharaon* —propuse—. Hace furor en París, y estoy seguro de que vuestra suerte cambiará. A fin de cuentas sois mis salvadores, y estoy en deuda con vosotros.

—¡Sí, recuperaremos nuestro dinero, tramposo yanqui!

Pero el *pharaon* es aún más ventajoso para la banca, porque recibe automáticamente la primera carta. La última de la baraja de cincuenta y dos, carta de un jugador, no cuenta. Además, la banca gana todas las cartas iguales. Pese a lo evidente de mi ventaja creyeron que me cansaría con el tiempo, jugando toda la noche, cuando lo cierto era todo lo contrario: cuanto más se alargaba el juego, más se engrosaba mi montón de monedas. Cuanto más creían que la pérdida de mi suerte era inevitable, más inexorable se volvía mi ventaja. Las ganancias son escasas a bordo de una fragata que aún no ha conseguido un botín, pero eran tantos los que deseaban superarme que, para cuando las costas de Palestina se divisaron al amanecer, mi escasez se había arreglado. Mi viejo amigo Monge se habría limitado a decir que las matemáticas reinan.

Al tomar el dinero de un hombre es importante tranquilizarlo sobre la brillantez de su juego y el capricho de la mala fortuna, y en mi opinión repartí tanta compasión que muy pronto trabé amistad con los hombres a los que más había robado. Me dieron las gracias por conceder cuatro préstamos a un alto interés a los perdedores más absolutos, al mismo tiempo que me embolsaba un superávit suficiente para

disfrutar de Jerusalén a lo grande. Cuando devolví a uno de aquellos tontos el relicario que se había apostado, estaban dispuestos a elegirme presidente.

No obstante, dos de mis oponentes se mantuvieron obstinadamente contrariados.

—Tenéis la suerte del diablo —comentó con el ceño fruncido un marinero corpulento y rubicundo que respondía al descriptivo nombre de Big Ned, mientras contaba y volvía a contar los dos peniques que había perdido.

—O de los ángeles —sugerí—. Habéis jugado de un modo magistral, amigo, pero parece que la providencia me ha sonreído durante esta larga noche.

Sonreí, tratando de mostrarme tan afable como Smith me había descrito, y traté de contener un bostezo.

—Ningún hombre tiene tanta suerte tanto tiempo.

Me encogí de hombros.

—Magnífico.

—Quiero que juguéis conmigo a los dados —dijo el marinero inglés, con una expresión tan siniestra y torcida como un callejón de Alejandría—. Entonces veremos qué suerte tenéis.

—Una de las señas de un hombre inteligente, mi marítimo amigo, es la reticencia a confiar en el marfil de otro hombre. Los dados son huesos del demonio.

—¿Teméis darme una oportunidad de recuperar?

—Simplemente me contento con jugar a mi juego y dejar que vos juguéis al vuestro.

—Vaya, creo que este americano es un tanto cobarde —se mofó el compañero del marino, un hombre más rechoncho y más feo llamado Little Tom—. Tiene miedo de dar a dos marineros honrados la posibilidad de ganar.

Si Ned tenía la corpulencia de un caballo pequeño, Tom se comportaba con la maldad compacta de un bulldog.

Empezaba a sentirme incómodo. Otros marineros presenciaban aquel diálogo con creciente interés, puesto que no iban a recuperar su dinero de ninguna otra forma.

—Al contrario, caballeros, hemos estado enfrentándonos a las cartas durante toda la noche. Lamento que hayáis perdido, sé que habéis hecho todo lo posible y admiro vuestra perseverancia, pero quizás deberíais estudiar las matemáticas de la probabilidad. Un hombre se labra su propia suerte.

—¿Estudiar qué? —preguntó Big Ned.

—Creo que ha dicho que nos ha engañado —interpretó Little Tom.

—Vamos, no hay necesidad de dudar de mi honradez.

—Y sin embargo los marineros ponen en duda vuestro honor, Gage —dijo un teniente al que había ganado cinco chelines, interviniendo con mayor entusiasmo del que yo hubiese querido—. Dicen que sois buen tirador y luchasteis de forma

aceptable con los franchutes. No permitiréis que estos soldados ingleses pongan en duda vuestra reputación...

—Desde luego que no, pero todos sabemos que el juego ha sido...

Big Ned estampó el puño contra la baraja y un par de dados salieron de su mano saltando como pulgas.

—Devolvednos el dinero, jugad con éstos o reuníos conmigo en el combés a mediodía.

Gruñó con una sonrisa de satisfacción suficiente para inquietar. Por su estatura resultaba obvio que no estaba acostumbrado a perder.

—Para entonces estaremos en Jafa—objeté.

—Así dispondremos de más tiempo para resolver esto entre los cañones de ocho.

Bien. Estaba bastante claro qué debía hacer. Me levanté.

—Sí, necesitáis que os den una lección. A mediodía, entonces.

Los presentes emitieron un rugido de aprobación. Para que la noticia de una pelea recorriera el *Dangerous* de proa a popa sólo se necesitó un poco más de tiempo del que tarda el rumor de una cita romántica en propagarse de una punta a otra del París revolucionario. Los marineros se imaginaron un combate de lucha libre en el que me retorcería agónicamente entre las manos de Big Ned por cada céntimo que había ganado. Cuando aquél me hubiese vapuleado lo suficiente, suplicaría que me concedieran la oportunidad de restituir todas mis ganancias. Para distraer mi desbocada imaginación de un porvenir tan desagradable, subí al alcázar para observar nuestra aproximación a Jafa, probando mi catalejo nuevo.

Era un telescopio pequeño y agudo, y el puerto principal de Palestina, meses antes de que Napoleón lo tomara, era una baliza en una costa por lo demás llana y calinosa. Coronaba una colina con fuertes, torres y minaretes, y sus edificios cubiertos con cúpulas se desparramaban cuesta abajo en todas las direcciones como una pila de adoquines. Todo estaba rodeado por una muralla que desembocaba en el muelle del lado del mar. Había naranjales y palmeras hacia tierra, y campos dorados y pastos marrones más allá. De las aspilleras asomaban cañones negros, e incluso a tres kilómetros de distancia podíamos oír los lamentos de los fieles llamados a la oración.

Yo había comido naranjas de Jafa en París, célebres porque su gruesa piel las hace transportables a Europa. Había tantos árboles frutales que la próspera ciudad parecía un castillo en medio de un bosque. Banderas otomanas ondeaban a la cálida brisa de otoño, de las barandas pendían alfombras y el olor de las hogueras de carbón vegetal se extendía sobre el agua. Había algunos arrecifes de aspecto desagradable cerca de la costa, marcados por rizos de espuma, y el puertecito estaba repleto de pequeños *dhow*s y falúas. Como los demás grandes navíos, anclamos en alta mar. Una flotilla de gabarras árabes zarpó para ver qué negocios podía conseguir, y me dispuse a marcharme.

Después de haberme ocupado del infeliz marinero, naturalmente.

—Me he enterado de que vuestra famosa suerte os ha metido en un embrollo con Big Ned, Ethan —dijo sir Sidney, entregándome una bolsa de galletas duras que supuestamente debía llevarme hasta Jerusalén. Los ingleses no se distinguen por su cocina—. El típico hombretón con la corpulencia de un toro y la cabeza de un carnero, y apostaría que igual de dura. ¿Tenéis algún plan para despistarla?

—Probaré sus dados, sir Sidney, pero sospecho que si estuvieran más plomados escorarían esta fragata.

Se echó a reír.

—Sí, ha engañado a más de un desgraciado muy escaso de dinero, y tiene suficiente músculo para acallar cualquier queja. No está acostumbrado a perder. Aquí hay más de uno que se alegra de que le hayáis vencido. Es una lástima que vuestra testa deba pagar por ello.

—Podríais prohibir el combate.

—Los hombres andan calientes como gallos y no bajarán a tierra hasta Acre. Una buena pelea ayuda a sosegarlos. ¡Parecéis bastante ágil, amigo! ¡Hacedle bailotear!

Desde luego. Bajé a buscar a Big Ned y lo encontré junto a la chimenea de la cocina, untándose los imponentes músculos con manteca de cerdo para zafarse de mis manos. Brillaba como un ganso navideño.

—¿Podemos hablar en privado?

—Tratáis de echaros atrás, ¿eh? —Sonrió. Sus dientes parecían tan grandes como las teclas de un piano moderno.

—He reflexionado sobre este asunto y me he dado cuenta de que nuestro enemigo es Bonaparte, no es entre nosotros la cosa. Pero también tengo mi orgullo. Venid, lo arreglaremos sin que nos vean los demás.

—No. Devolveréis el dinero no sólo a mí, ¡sino también a todos los miembros de esta tripulación!

—Eso es imposible. No sé a quién se debe qué. Pero si me seguís ahora, y prometéis dejarme en paz, os devolveré el doble.

La chispa de la codicia asomó a sus ojos.

—¡Maldita vuestra estampa, que sea el triple!

—Vamos al sollado, donde pueda sacar la bolsa sin provocar un disturbio.

Me siguió arrastrando los pies como un oso de circo lerdo pero impaciente. Descendimos a la parte más baja de la fragata, donde se guardan las provisiones.

—Escondí el dinero aquí abajo para que nadie me lo robara —dije, levantando una escotilla que daba al pantoque—. Mi mentor, Ben Franklin, decía que las riquezas aumentan las preocupaciones, y opino que tenía razón. Deberíais recordarlo.

—¡Al diablo con el rebelde Franklin! ¡Deberían haberlo colgado!

Estiré el brazo.

—¡Vaya por Dios, se ha movido! Se habrá caído, supongo. —Me volví y levanté la vista hacia el amenazador Goliat, usando el mismo arte de fingida impotencia que tantas mujeres habían empleado conmigo—. ¿Cuánto perdisteis, tres chelines?

—¡Cuatro, vive Dios!

—De modo que el triple de...

—¡Sí, me debéis diez!

—Vuestro brazo es más largo que el mío. ¿Podéis ayudarme?

—¡Cogedla vos!

—Sólo alcanzo a rozarla con la punta de los dedos. Quizá podríamos utilizar un garfio.

Me levanté con un aire desventurado.

—Cerdo yanqui... —Se agachó y metió la cabeza—. No veo ni torta.

—Allí, a la derecha, ¿no veis el brillo de la plata? Estiraos todo lo que podáis.

Gruñó, con el torso a través de la escotilla, estirándose y palpando.

Y así, de un enérgico empujón, terminé de inclinarlo. Pesaba como un saco de harina, pero una vez que conseguí moverlo todo fue más fácil. Cayó, se oyó un ruido metálico sordo y un chapoteo, y antes de que pudiera emitir un fuerte aullido desde la grasienda agua del pantoque cerré la escotilla y le eché el cerrojo. ¡El lenguaje que venía de abajo era de lo más refinado! Coloqué varios toneles de agua sobre la escotilla para amortiguarlo.

Entonces cogí la bolsa de su verdadero escondrijo entre dos barriles de galletas, me la embutí en los pantalones y subí al combés con las mangas arremangadas.

—¡Las campanas de la nave han tocado mediodía! —grité—. En nombre del rey Jorge, ¿dónde está?

Llamaron a Big Ned a coro, pero no hubo respuesta.

—¿Se ha escondido? Comprendo perfectamente que no quiera enfrentarse a mí.

Boxeé contra el aire para impresionar.

Little Tom me miraba con el ceño fruncido.

—Por Lucifer, yo os daré una paliza.

—No lo haréis. No voy a luchar contra todos los hombres de este barco.

—¡Ned, dale a este americano su merecido! —gritó Tom.

Pero no hubo respuesta.

—¿No estará durmiendo en los juanetes?

Levanté la vista hacia el aparejo, y entonces me divertí viendo a Little Tom trepando hacia el cielo, dando voces y sudando.

Permanecí unos minutos allí abajo comportándome como un gallo de pelea impaciente y luego, en cuanto me atreví, me dirigi a Smith.

—¿Cuánto tiempo debemos esperar a ese cobarde? Ambos sabemos que tengo asuntos de que ocuparme en tierra.

La tripulación estaba visiblemente frustrada, y muy desconfiada. Si no abandonaba pronto el *Dangerous*, Smith sabía que probablemente perdería a su último, y único, agente americano. Tom bajó a la cubierta, jadeante y contrariado. Smith consultó el reloj de arena.

—Sí, son las doce y cuarto y Ned ha tenido su oportunidad. Marchaos, Gage, y cumplid vuestra misión por el amor y la libertad.

Hubo un rugido de decepción.

—¡No juguéis a las cartas si no sabéis perder! —gritó Smith.

Me abuchearon, pero me dejaron llegar hasta la escala del barco. Tom había desaparecido debajo. No me quedaba mucho tiempo, así que me dejé caer a las mugrientas redes de pesca de una gabarra árabe como un gato inquieto.

—A tierra, y una moneda más si llegamos pronto —murmuré al barquero.

Yo mismo desatraqué la embarcación, y el capitán musulmán empezó a remar hacia las rocas y el puerto de Jafa con el doble de su energía habitual, equivalente a la mitad de la que yo habría querido.

Me volví para despedirme de Smith.

—¡Ardo en deseos de volver a encontrarnos!

Una mentira descarada, por supuesto. En cuanto hubiera averiguado el destino de Astiza y me hubiese convencido sobre ese *Libro de Tot*, no tenía intención alguna de acercarme a los ingleses ni a los franceses, que se habían atacado unos a otros durante un milenio. Antes partiría hacia China.

Sobre todo cuando vi un arremolinamiento de hombres en la cubierta de batería y la cabeza de Big Ned asomando como una tortuga, roja de ira y por el esfuerzo. Le eché un vistazo a través del catalejo nuevo y observé que había recibido un bautizo de cieno.

—¡Vuelve aquí, perro miedica! ¡Te despedazaré miembro a miembro!

—¡Creo que el miedica eres tú, Ned! ¡No has acudido a nuestra cita!

—¡Me has engañado, trámoso yanqui!

—¡Te he enseñado!

Pero empezaba a costar trabajo oír a medida que nos alejábamos. Sir Sidney se quitó el sombrero en un saludo irónico. Los marinos ingleses se aprestaban a arriar un bote.

—¿Puedes ir un poco más deprisa, Simbad?

—Por otra moneda, *effendi*.

Era una carrera desigual, puesto que los fornidos marineros azotaban las olas como una rueda de paletas, Big Ned aullando en la proa. Con todo, Smith me había hablado de Jafa. Sólo tiene una entrada por tierra, y se requería un guía para encontrar la salida. Si contaba con algo de ventaja, podría ocultarme bien.

De modo que cogí una de las redes de pesca del barquero y, antes de que pudiera oponerse, la arrojé en la trayectoria del bote que se acercaba. Las redes se enredaron en sus remos de estribor, y empezaron a girar en círculo mientras bramaban insultos que habrían avergonzado a un sargento de instrucción.

El barquero protestó, pero yo tenía suficientes monedas para pagar el doble de su red perdida y obligarle a seguir remando. Salté al muelle de piedra con más de un minuto de ventaja sobre mis demandantes, resuelto a encontrar y recuperar a Astiza... y jurando no volver a ver a Big Ned ni a Little Tom nunca más.

Jafa sobresale de la costa mediterránea como una barra de pan, con sus playas desiertas curvándose al norte y al sur entre la calima. Su importancia como puerto comercial ha sido desbancada por Acre, al norte, donde Djezzar el Carnicero tiene su cuartel general, pero sigue siendo una próspera localidad agrícola. Hay un flujo constante de peregrinos que entran con destino a Jerusalén y de naranjas, algodón y jabón que salen. Sus calles son un laberinto que conduce a las torres, mezquitas, sinagogas e iglesias que forman su cúspide. Las adiciones a las casas abovedan ilegalmente callejones oscuros. Los asnos suben y bajan con estrépito los escalones de piedra.

Por más cuestionable que pudiera ser el modo en que había obtenido mis ganancias de juego, pronto resultaron inestimables cuando un pilluelo callejero me invitó a subir a la taberna de su decepcionantemente poco atractiva hermana. El dinero me permitió conseguir pan de pita, falafel, una naranja y un balcón oculto en el que esconderme mientras la banda de marinos británicos subía precipitadamente por un callejón y bajaba por otro en vana búsqueda de mi infame persona. Jadeantes y acalorados, finalmente se instalaron en una taberna del muelle cristiano para comentar mi perfidia bebiendo vino palestino malo. Mientras tanto, me moví con sigilo gastando más ganancias. Compré una túnica beduina sin mangas con franjas granates y blancas, unas botas nuevas, unos pantalones anchos de montar (¡mucho más cómodos en las horas de más calor que los ajustados calzones europeos!), un fajín, un chaleco, dos camisas de algodón y tela para un turbante. Como Smith había predicho, el resultado me hizo parecer un miembro exótico más de un imperio políglota, siempre y cuando tuviera buen cuidado de mantenerme alejado de los arrogantes e inquisitivos jenízaros otomanos de botas rojas y amarillas.

Me enteré de que no había diligencias a la Ciudad Santa, ni tan siquiera un camino decente. Yo era demasiado prudente económicamente —también por influencia de Ben— para comprar o alimentar un caballo. Así que adquirí un dócil burro, suficiente para llevarme hasta allí y poco más lejos. Como exigua arma, ahorré con un cuchillo curvo árabe con mango de cuerno de camello. Soy poco diestro con las espadas, y no soportaba comprar uno de los mosquetes largos, pesados e intrincadamente decorados de los musulmanes. Sus incrustaciones de madreperla son preciosas, pero había presenciado su funcionamiento mediocre contra los mosquetes franceses durante las batallas de Napoleón en Egipto. Y cualquier mosquete es muy inferior al excelente rifle de Pensilvania que había sacrificado en Dendara para huir con Astiza. Si ese Jericó era metalúrgico, ¡quizá podría conseguirme un repuesto!

Como guía y guardaespaldas hasta Jerusalén elegí a un empresario barbudo y buen negociador llamado Mohamed, al parecer un nombre común a la mitad de los varones musulmanes de aquella ciudad. Entre mi árabe básico y el primitivo francés de Mohamed, que había aprendido porque los mercaderes franceses dominaban el comercio del algodón, podíamos comunicarnos. Aún consciente del dinero, supuse que si salíamos lo bastante pronto podría recortar un día a sus honorarios. Además

me escabulliría de la ciudad sin ser visto, por si todavía quedaba algún miembro de la marina británica al acecho.

—Verás, Mohamed, preferiría salir alrededor de la medianoche. Adelantarme al tráfico y disfrutar del aire fresco de la noche, ¿sabes? A quien madruga, Dios le ayuda, decía Ben Franklin.

—Como quieras, *effendi*. ¿Acaso huyes de tus enemigos?

—Claro que no. Me tengo por un hombre afable.

—Entonces deben de ser acreedores.

—Mohamed, sabes que he pagado la mitad de tus abusivos honorarios por adelantado. Dispongo de dinero suficiente.

—Ah, en ese caso es una mujer. ¿Una mala esposa? He visto a las esposas cristianas. —Sacudió la cabeza y se estremeció—. Ni Satanás podría apaciguarlas.

—Limítate a estar listo a medianoche, ¿entendido?

Pese a mi aflicción por perder a Astiza y mi ansiedad por averiguar su destino, confieso que me pasó por la cabeza buscar una hora o dos de compañía femenina en Jafa. Todas las variedades de sexo, desde la más sosa hasta la más perversa, eran anunciadas con molesta insistencia por muchachos árabes, pese a la condena de gran cantidad de religiones. Soy un hombre, no un monje, y ya habían transcurrido varios días. Pero el barco de Smith seguía anclado frente a la costa, y si Big Ned era perseverante sólo podía ocurrírme que me sorprendiera abrazado a una puta, demasiado ocupado para volver a engañarlo. Así que cambié de idea, me felicité por mi beatería y decidí esperar a aliviarme en Jerusalén, aun cuando copular en Tierra Santa era la clase de acción que escandalizaría a mi antiguo pastor. Lo cierto es que la abstinencia y la fidelidad a Astiza me hacían sentir bien. Mis tribulaciones en Egipto me habían decidido a trabajar la autodisciplina, y ahí estaba, superada la primera prueba. «*Una buena conciencia es una Navidad perpetua*», gustaba de decir mi mentor Franklin.

Mohamed llegó una hora tarde, pero finalmente me condujo a través del oscuro laberinto de callejuelas hasta la puerta de tierra, cuyo pavimento estaba sucio de excrementos. Se precisaba un soborno para que la abrieran por la noche, y franqueé su arco con esa curiosa excitación que produce emprender una nueva aventura. A fin de cuentas, había sobrevivido a ocho horas de infierno en Egipto, había restablecido una solvencia temporal con mis habilidades en el juego y salía en una misión que no guardaba ningún parecido con un verdadero trabajo, pese a mis fantasías de convertirme en tenedor de libros. El *Libro de Tot*, que los creyentes afirmaban podía conferir cualquier cosa, desde sabiduría científica hasta vida eterna, probablemente ya no existía... y sin embargo podía encontrarse en alguna parte, lo que otorgaba a mi viaje el optimismo de una caza del tesoro. Y, pese a mis instintos lascivos, suspiraba de veras por Astiza. La oportunidad de enterarme de algún modo de su destino a través del confederado de Smith en Jerusalén me impacientaba.

Así pues, salimos por la puerta... y nos detuvimos.

—¿Qué haces? —dije al repentinamente yacente Mohamed, preguntándome si habría sufrido un síncope. Pero no, se había acostado con la prudencia de un perro que gira alrededor de una alfombrilla junto al hogar. Nadie es capaz de relajarse como un otomano, hasta el punto de fundirse sus huesos.

—Bandas de beduinos infestan el camino a Jerusalén y roban a cualquier peregrino desarmado, *effendi* —dijo alegremente mi guía en la oscuridad—. Avanzar a solas no sólo es peligroso, sino también insensato. Mi primo Abdul conducirá una caravana de camellos por aquí más tarde, y nos uniremos a él para ir seguros. Eso haré, y Alá cuidará de nuestro huésped americano.

—Pero ¿y nuestra partida temprana?

—Has pagado, y hemos salido.

Y dicho esto, se echó a dormir.

¡Diablos! Estábamos en mitad de la noche, nos hallábamos cincuenta metros fuera de las murallas, yo no sabía qué dirección debía seguir y era muy posible que él tuviese razón. Palestina tenía fama de estar plagada de bandoleros, señores de la guerra enemistados, asaltantes del desierto y beduinos ladrones. Así pues, me consumí durante tres horas, temiendo que los marinos pudieran pasar por allí por alguna razón, hasta que finalmente Abdul y sus camellos se congregaron junto a la puerta bastante antes de que saliera el sol. Una vez hechas las presentaciones, me prestaron una pistola turca y me cobraron cinco chelines por ella, otros cinco por mi escolta añadida y luego otro chelín para la comida de mi burro. No llevaba ni veinticuatro horas en Palestina y mi bolsa ya iba menguando.

Entonces tomamos el té.

Por fin hubo un indicio de luz al tiempo que las estrellas se desvanecían, y partimos a través de los naranjales. Al cabo de un kilómetro y medio salimos a campos de algodón y trigo, el camino flanqueado por palmeras datileras. Las granjas con techo de paja aparecían oscuras a primera hora de la mañana, y los perros señalaban su posición con sus ladridos. Las campanillas de los camellos y el crujir de las sillas marcaban nuestro paso. El cielo se iluminó, prorrumpieron los trinos de los pájaros y el canto del gallo, y a la luz rosada del alba pude ver delante las escarpadas colinas donde tanta historia bíblica había tenido lugar. Los árboles de Israel se habían agotado para hacer carbón vegetal y cenizas con las que elaborar jabón, pero después del árido desierto egipcio aquella llanura costera parecía tan rica y agradable como el Dutch Country en Pensilvania. La Tierra Prometida, de hecho.

Tierra Santa, me enteré por mi guía, era nominalmente una parte de Siria, una provincia del imperio otomano, y su capital provincial de Damasco estaba bajo el control de la Sublime Puerta de Constantinopla. Pero así como Egipto había estado en realidad bajo el control de los mamelucos independientes hasta que Napoleón los expulsó, Palestina se encontraba de hecho bajo el dominio de Djézzar, nacido en Bosnia, un ex mameluco que había gobernado desde Acre con célebre crueldad durante un cuarto de siglo, desde que sofocara una rebelión de sus propias tropas mercenarias. Djézzar había estrangulado a varias de sus esposas para no aguantar

rumores de infidelidad, mutilado a sus consejeros más próximos para recordarles quién mandaba y ahogado a generales o capitanes que le desagradaban. Esta crueldad, en opinión de Mohamed, era necesaria. La provincia estaba dividida en demasiados grupos religiosos y étnicos, que se sentían tan a gusto entre sí como un calvinista en una merienda vaticana. La invasión de Egipto había arrojado todavía más refugiados a Tierra Santa, con los mamelucos fugitivos de Ibrahim Bey buscando espacio. Nuevas levas otomanas llegaban a raudales previendo una invasión francesa, mientras que el oro y las promesas de ayuda naval de los británicos echaban todavía más leña al fuego. La mitad de la población espiaba a la otra mitad, y todos los clanes, sectas y cultos sopesaban sus mejores opciones entre Djézzar y los hasta entonces invencibles franceses. Las noticias de las asombrosas victorias napoleónicas en Egipto, la última de las cuales había sido la represión de una rebelión en El Cairo, habían desconcertado al imperio otomano.

Yo sabía también que Napoleón aún confiaba en acabar uniendo sus fuerzas a las de Tippoo Sahib, el sultán francófilo que combatía a Wellesley y los británicos en la India. El fervientemente ambicioso Bonaparte estaba organizando un cuerpo de camellos que esperaba pudiera cruzar los desiertos de un modo más eficiente que como lo había hecho Alejandro. El corso de veintinueve años quería superar al griego galopando todo el trayecto hasta el sur de la India para unirse al súbdito Tippoo y desposeer a Gran Bretaña de su colonia más rica.

Según Smith, yo debía desentrañar todo aquel embrollo.

—Palestina parece un reducto constante de rectitud —comenté a Mohamed mientras avanzábamos, yo tres veces demasiado grande para mi burro, que tenía una columna vertebral que parecía una barandilla de nogal americano—. Hay aquí tantas facciones como en un ayuntamiento de New Hampshire.

—Aquí todos los hombres son santos —repuso Mohamed—, y no hay nada más irritante que un vecino, igualmente santo, de una fe distinta.

Nada más cierto. Que otro hombre esté convencido de tener la razón equivale a sugerir que tú puedes estar equivocado, y en eso radica la mitad de los derramamientos de sangre del mundo. Los franceses y los británicos son ejemplos perfectos, disparándose andanadas sobre quiénes son los más demócratas: los republicanos franceses con su sanguinaria guillotina o los parlamentarios británicos con sus prisiones por deudas. En mis tiempos en París, cuando de lo único que debía preocuparme era de cartas, mujeres y algún que otro contrato marítimo, no recuerdo haberme enojado demasiado con nadie, ni los demás conmigo. Vinieron luego el medallón, la campaña egipcia, Astiza, Napoleón, Sidney Smith, y allí estaba yo, espoleando a mi diminuta montura hacia la capital mundial del desacuerdo obstinado. Me pregunté por enésima vez cómo había llegado a ese extremo.

Debido a nuestro retraso y al paso majestuoso de la caravana, nos llevó tres largos días completar el trayecto hasta Jerusalén, adonde llegamos al atardecer del tercero. Es un viaje pesado y sinuoso por caminos que rechazaría cualquier cabra que se precie —que evidentemente no se habían reparado desde Poncio Pilato—, y en poco tiempo las colinas pardas y cubiertas de matorrales habían adquirido la aridez de los

Apalaches. Ascendimos por el valle de Bab El-Wad entre pinos y enebros, la hierba color marrón en la estación otoñal. El aire se hacía sensiblemente más frío y más seco. Subíamos, bajábamos y dábamos rodeos pasando junto a burros que rebuznaban, camellos salpicados de espuma que echaban ventosidades y carretas de bueyes enfrentados cabeza con cabeza mientras ambos carreteros discutían. Adelantamos a frailes de túnicas marrones, misioneros armenios con sotana, judíos ortodoxos con barba y patillas largas, mercaderes sirios, un par de comerciantes algodoneros franceses expatriados e innumerables sectas musulmanas, con turbantes y bastones. Los beduinos conducían rebaños de ovejas y cabras cuesta abajo como agua derramada, y jóvenes aldeanas se contoneaban de manera interesante al borde del camino, sosteniendo cuidadosamente tinajas de arcilla sobre la cabeza. Fajas de vivos colores oscilaban junto a sus pétreas caderas, y sus ojos oscuros brillaban como guijarros negros en el fondo de un río.

Los establecimientos que pasaban por albergues, llamados *jans*, eran mucho menos atractivos: poco más que patios cerrados con muros que servían básicamente como corrales de pulgas. Nos topamos también con bandas de jinetes de aspecto duro que en cuatro ocasiones exigieron un peaje para dejarnos pasar. Cada vez mis acompañantes esperaron que contribuyera con más de la parte que me correspondía. Aquellos parásitos me parecían simples ladrones, pero Mohamed afirmó que se trataba de matones aldeanos que mantenían alejados a bandidos aún peores, y cada pueblo tenía derecho a una parte de ese peaje, llamado *ghafar*. Seguramente decía la verdad, puesto que cobrar impuestos a cambio de protección contra los ladrones es algo que todos los gobiernos hacen, ¿no? Aquellos gamberros armados eran una mezcla de extorsionistas privados y policías.

Pero cuando no me quejaba de la incesante sangría que sufría mi bolsa, Israel tenía su encanto. Si bien Palestina no poseía el mismo halo de antigüedad que Egipto, parecía muy trillada, como si pudiéramos oír los ecos de héroes hebreos, santos cristianos y conquistadores musulmanes remotos. Los olivos tenían la circunferencia de un tonel de vino, la madera retorcida por siglos incontables. Pedazos misteriosos de escombros históricos sobresalían de la proa de cada colina. Cuando nos deteníamos para aprovisionarnos de agua, las cornisas que bajaban a la fuente o el pozo eran cóncavas y lisas por el paso de todas las sandalias y botas que nos habían precedido. Como en Egipto, la luz poseía una diafanidad muy distinta de la brumosa Europa. También el aire tenía un sabor rancio, como si lo hubieran respirado demasiadas veces.

Fue en uno de esos *jans* donde recordé que no había dejado atrás del todo el mundo del medallón. Un hombre de confesión y edad indeterminadas percibía un exiguo sustento del posadero por ocuparse de algunos trabajillos en el lugar, y era tan sumiso y modesto que ninguno de nosotros le prestó demasiada atención salvo para pedirle un vaso de agua u otra piel de carnero para acostarse. Me habría fijado en una criada, pero un hombre andrajoso empuñando una escoba no me llamaba la atención. Así pues, cuando me desvestía a altas horas de la madrugada y dejé momentáneamente al descubierto mis querubines dorados, retrocedí, choqué contra él y me sobresalté porque no había advertido su presencia. Miraba con ojos

desorbitados mis angelitos, con las alas extendidas, y al principio creí que el viejo mendigo había visto algo que anhelaba. Sin embargo, retrocedió con expresión consternada y temerosa.

Oculté los querubines bajo la ropa de cama y el resplandor se extinguíó como si se hubiese apagado la luz.

—La brújula —susurró él en árabe.

—¿Qué?

—Los dedos de Satanás. Que Alá se apiade de ti.

Era evidente que estaba confuso como un bobo. Aun así, la consternación de su semblante me incomodó.

—Son reliquias personales. Ni una palabra acerca de esto.

—Mi imán habló de ellos. Son de la guarida.

—¿La guarida? —Procedían de debajo de la Gran Pirámide.

—Apofis.

Y dicho esto, se volvió y salió huyendo.

Bueno, no había estado tan atónito desde que el maldito medallón había funcionado realmente. ¡Apofis! Ése era el nombre de un dios serpiente, o un demonio, que Astiza había afirmado residía en las entrañas de Egipto. Yo no la había tomado en serio —a fin de cuentas soy un hombre de Franklin, un hombre de razón, de Occidente—, pero algo había estado sumergido en un pozo ahumado al que no había deseado acercarme, y que creía haber dejado, junto con su nombre, muy atrás en Egipto... ¡Sin embargo acababa de ser pronunciado de nuevo! Por el morro de Anubis, ya había tenido bastante de diosas y dioses extraviados, ensuciándome la vida como parientes indeseados que manchan el suelo con el barro de sus botas. Ahora un manitas senescente había vuelto a sacar a colación ese nombre. Seguramente no tenía sentido, pero la coincidencia resultaba desconcertante.

Volví a vestirme precipitadamente, escondiendo de nuevo los querubines en mi ropa, y salí corriendo de mi cubículo en busca del viejo para preguntarle qué significaba ese nombre.

Pero no pude encontrarlo en ninguna parte. A la mañana siguiente, el posadero dijo que al parecer el criado había recogido sus escasas pertenencias y huido.

Y luego, por fin, llegamos a la legendaria Jerusalén. Admitiré que fue una visión imponente. La ciudad está encaramada a una colina situada entre montañas, y por tres costados el terreno se hunde abruptamente en valles estrechos. Es del cuarto lado, el septentrional, de donde siempre llegan los invasores. Olivos, viñedos y huertos revisten las laderas de las colinas, y los jardines les suministran retazos de verdor. Unas formidables murallas de tres kilómetros de longitud, construidas por un sultán musulmán llamado Solimán el Magnífico, rodean por completo a los habitantes de la ciudad. Menos de nueve mil personas vivían allí cuando llegué yo, subsistiendo económicamente gracias a los peregrinos y una irregular industria de la

cerámica y el jabón. No tardé en averiguar que unos cuatro mil eran musulmanes, tres mil cristianos y dos mil judíos.

Lo que distinguía el lugar eran sus edificios. La principal mezquita musulmana, la Cúpula de la Roca, tiene una cúpula de oro que reluce como un faro bajo el sol poniente. Más cerca de nuestra posición, la Puerta de Jafa era la antigua ciudadela militar, con sus murallas almenadas coronadas por una torre redonda semejante a un faro. Piedras tan colosales como las que había visto en Egipto constituían la base de la ciudadela. Encontraría rocas parecidas en el Monte del Templo, la meseta del antiguo templo judío que ahora servía de base a la gran mezquita de la ciudad. Aparentemente, los cimientos de Jerusalén habían sido puestos por titanes.

El horizonte estaba erizado en todas partes de cúpulas, minaretes y campanarios legados por este cruzado o aquel conquistador, todos los cuales trataron de dejar un edificio santo para compensar su propia marca nacional de matanza. El efecto era tan competitivo como puestos de verduras rivales en un mercado sabatino: campanas cristianas tocando al mismo tiempo que los muecines gemían y los judíos entonaban sus oraciones. Enredaderas, flores y arbustos brotaban de la descuidada muralla, y las palmeras marcaban plazas y jardines. En el exterior, hileras de olivos descendían hacia valles pedregosos y tortuosos en los que la basura humeaba al arder. Desde ese infierno terrenal uno elevaba los ojos al cielo, los pájaros volaban en círculo frente a palacios de nubes celestiales, todo nítido y detallado. Jerusalén, como Jafa, era del color de la miel cuando el sol declinaba, su piedra caliza fermentaba bajo los rayos amarillos.

—La mayoría de los hombres vienen aquí buscando algo —comentó Mohamed mientras contemplábamos la antigua capital a través del valle de la Ciudadela—. ¿Qué buscas tú, amigo mío?

—Sabiduría —contesté, lo cual era cierto. Se trataba de lo que supuestamente contenía el *Libro de Tot*—. Y noticias sobre la mujer que amo, espero.

—Ya. Muchos hombres buscan toda la vida sin encontrar sabiduría ni amor, y está bien que vengas aquí, donde las oraciones por ambas cosas pueden recibir respuesta.

—Esperémoslo. —Sabía que Jerusalén, precisamente porque tenía fama de ser tan santa, había sido atacada, incendiada, saqueada y devastada más veces que cualquier otro lugar del planeta—. Te pagaré ahora e iré en busca del hombre en cuya casa me alojaré.

Procuré que el contenido de la bolsa no tintineara demasiado mientras contaba el resto de sus honorarios.

Cogió su paga con avidez y luego reaccionó con ensayada estupefacción.

—¿Ningún obsequio por compartir mis conocimientos sobre Tierra Santa? ¿Ninguna recompensa por haber llegado sano y salvo? ¿Ninguna declaración solemne sobre esta vista gloriosa?

—Supongo que también querrás que reconozca tu mérito por el clima.

Se mostró dolido.

—He tratado de ser tu sirviente, *effendi*.

Así pues, girando sobre la silla para que no viera lo poco que me quedaba, le di una propina que apenas me podía permitir. Él inclinó la cabeza y me dio efusivamente las gracias.

—¡Alá sonríe ante tu generosidad!

No fui capaz de contener el mal humor cuando respondí:

—Ve con Dios.

—¡Y que la paz esté contigo!

Una bendición que, al final, no surtió efecto.

Jerusalén estaba medio en ruinas, como comprobé cuando enfilé el camino de tierra y crucé un puente de madera hasta la verja negra de la Puerta de Jafa, y a través de ésta accedí a un mercado. Un *subashi*, oficial de policía, me registró para comprobar si llevaba armas —no estaban permitidas en las ciudades otomanas—, pero me autorizó a quedarme mi triste daga.

—Creía que los franceses llevaban cosas mejores —murmuró, tomándome por europeo a pesar de mi atuendo.

—Soy un simple peregrino —dije.

Me miró con escepticismo.

—Procura seguir siéndolo.

Entonces vendí el asno por lo mismo que me había costado —¡por lo menos recuperaba algunas monedas!— y me orienté.

Al otro lado de la puerta discurría un tráfico continuo. Los mercaderes recibían caravanas, y peregrinos de una docena de sectas gritaban dando gracias al entrar en los recintos sagrados. Pero la autoridad otomana llevaba dos siglos en decadencia y los gobernantes impotentes, los ataques beduinos, la recaudación de impuestos abusiva y la rivalidad religiosa habían dejado la prosperidad de la ciudad tan enana como cañas de maíz en un camino. Puestos de mercaderes flanqueaban las calles principales, pero sus toldos descoloridos y sus mostradores medio vacíos no hacían sino subrayar el pesimismo histórico. Jerusalén estaba soñolienta, y los pájaros habían ocupado sus torres.

Mi guía Mohamed había explicado que la ciudad estaba dividida en barrios para musulmanes, cristianos, armenios y judíos. Seguí tortuosos callejones lo mejor que pude en dirección al barrio del noroeste, que se erigía en torno a la iglesia del Santo Sepulcro y la sede franciscana. El camino estaba lo bastante desierto como para que las gallinas se espantaran a mi paso. La mitad de las viviendas parecía abandonada. Las casas habitadas, construidas de piedra antigua con improvisados cobertizos y terrazas de madera sobresaliendo como forúnculos, se combaban como la piel de una abuela. Al igual que en Egipto, toda fantasía de un Oriente opulento quedaba defraudada.

Las imprecisas indicaciones de Smith y mis propias indagaciones me llevaron hasta una casa de piedra caliza de dos plantas, con una sólida puerta de madera de carro coronada por una herradura y una fachada por lo demás anodina al estilo árabe. Había a un lado una puerta de madera más pequeña, y pude oler el carbón de la fragua de Jericó. Llamé a la puertecita de entrada, esperé y volví a llamar, hasta que se abrió una pequeña mirilla. Me sorprendí al ver asomar un ojo femenino: en El Cairo me había acostumbrado a corpulentos porteros musulmanes y esposas secuestradas. Además, sus pupilas eran de color gris pálido, de una translucidez poco común en Oriente.

Siguiendo las instrucciones de Smith, empecé hablando en inglés.

—Soy Ethan Gage, traigo una carta de presentación de un capitán británico para un hombre al que llaman Jericó. Estoy aquí...

La mirilla se cerró. Me quedé allí de pie, y al cabo de unos momentos me pregunté si había dado con la casa correcta cuando finalmente la puerta se abrió como motu proprio y la franqueé con cautela. Me encontré en el taller de un quincallero, en efecto, las baldosas manchadas de gris por el hollín. Delante se veía el resplandor de una fragua, en un cobertizo a ras de suelo con las paredes recubiertas de herramientas colgadas. El ala izquierda del taller era una tienda repleta de útiles acabados, y a la derecha se hallaba el almacén de metal y carbón. Ligeramente por encima de estas tres alas estaban los aposentos, a los que se accedía por una escala de madera sin pintar, que daban a un balcón, con rosas marchitas cayendo en cascada de las macetas. Unos cuantos pétalos se habían precipitado a las cenizas de abajo.

La puerta se cerró a mi espalda, y comprendí que la mujer había quedado oculta tras ella. Pasó por mi lado sin hablar, inspeccionándome con una mirada de soslayo y una curiosidad intensa que me sorprendió. Es cierto que soy un tipo apuesto, pero ¿tan interesante resultaba? El vestido le caía desde el cuello hasta los tobillos, llevaba la cabeza cubierta por un pañuelo según la costumbre de todas las confesiones allá en Palestina, y apartó el rostro con modestia, pero vi lo suficiente para formarme una opinión clave. Era hermosa.

Su cara tenía la belleza redonda de un cuadro renacentista, su tez pálida era rara en aquella parte del mundo, y poseía la tersura de una cascara de huevo. Sus labios eran carnosos, y cuando sorprendí su mirada bajó los ojos recatadamente. Su nariz mostraba ese ligero arco mediterráneo, esa sutil curvatura del sur que tan seductora me resulta. Llevaba el pelo oculto, salvo algunos cabellos fugitivos que insinuaban una coloración sorprendentemente clara. Su figura era bastante esbelta, pero poco más podía decirse sobre ella. Entonces desapareció detrás de una puerta.

Una vez hecho ese reconocimiento instintivo, me volví para encontrarme en presencia de un hombre barbudo y muy musculoso que salía de la herrería con un delantal de cuero. Tenía los antebrazos de un herrero, gruesos como jamones y marcados por las inevitables quemaduras de la fragua. La suciedad de su oficio no escondía su cabello rubio y unos llamativos ojos azules que me observaban con cierto escepticismo. ¿Habían desembarcado los vikingos en Siria? No obstante, su corpulencia era suavizada en parte por la plenitud de sus labios y la rubicundez detrás de sus mejillas barbudas (una juventud querúbica que compartía con la mujer), las cuales sugerían la bondad sincera que siempre he imaginado de José *el carpintero*. Se quitó un guante de cuero y extendió una mano encallecida.

—¿Gage?

—Ethan Gage —confirmé mientras estrechaba una palma dura como la madera.

—Jericó.

Puede que aquel hombre tuviera boca de mujer, pero el apretón de su mano recordaba al de un torno de banco.

—Como vuestra esposa quizás os habrá explicado...

—Mi hermana.

—¿De veras?

Bueno, ése era un paso en la dirección correcta. No era que me olvidara de Astiza por un momento; es sólo que la belleza femenina suscita una curiosidad natural en todo hombre sano, y más vale conocer el terreno que uno pisa.

—Se siente cohibida delante de los desconocidos. Así pues, no la incomodéis.

Quedaba suficientemente claro, viniendo de un hombre fuerte como un tocón de roble.

—Desde luego. Pero es encomiable que aparentemente comprende el inglés.

—Sería más notable que no lo hiciera, puesto que vivió en Inglaterra. Conmigo. No tiene nada que ver con nuestro asunto.

—Encantadora pero no disponible. Como las mejores damas.

Respondió a mi agudeza con la vivacidad de un ídolo de piedra.

—Smith me habló de vuestra misión, por lo que puedo ofreceros alojamiento temporal y un consejo de eficacia comprobada: todo forastero que pretenda entender la política de Jerusalén es un tonto.

Mostré mi talante afable.

—De modo que mi trabajo podría ser breve. Pregunto, no entiendo la respuesta y me vuelvo a casa. Como cualquier peregrino.

Me miró de la cabeza a los pies.

—¿Preferís la indumentaria árabe?

—Es cómoda, anónima, y pensé que podría servir en el *souk* y en la cafetería. Hablo algo de árabe. —Estaba resuelto a seguir intentándolo—. En cuanto a vos, Jericó, no veo que vayáis a derrumbaros.

No logré más que dejarlo perplejo.

—¿Conocéis la historia bíblica sobre el derrumbamiento de las murallas de Jericó? Vos parecéis firme como una roca. La clase de hombre que cualquiera querría tener de su lado, espero.

—Mi patria chica. Ahora no hay murallas.

—Y no esperaba encontrar ojos azules en Palestina —insistí dando traspies.

—Sangre cruzada. Los orígenes de mi familia se remontan lejos. Deberíamos ser una mezcla de colores, pero en nuestra generación se impuso la palidez. En Jerusalén sobreviven todas las razas: cruzados, persas, mongoles, etíopes. Todos los credos, opiniones y naciones. ¿Y vos?

—Americano, de linaje breve y mejor olvidado, lo cual es una de las ventajas de Estados Unidos. ¿Tengo entendido que aprendisteis inglés en la marina británica?

—Miriam y yo nos quedamos huérfanos debido a la peste. Los padres católicos que nos acogieron nos contaron algo acerca del mundo, y en Tiro me enrolé en una fragata inglesa y aprendí a hacer reparaciones de fundición. Los marineros me pusieron el apodo, fui aprendiz de un herrero en Portsmouth y mandé a buscar a mi hermana. Me sentí obligado.

—Pero no os quedasteis, obviamente.

—Echábamos de menos el sol; los británicos son blancos como gusanos. Conocí a Smith estando en la marina. Para pagarme el pasaje de vuelta y ganar algún dinero, accedí a tener los oídos bien abiertos aquí. Hospedo a sus amigos. Ellos cumplen sus órdenes. Lo que averiguan nunca tiene gran utilidad. Mis vecinos creen que me limito a aprovechar mi inglés para aceptar algún que otro huésped, y no andan muy desencaminados.

Aquel herrero era inteligente y franco.

—Sidney Smith cree que él y yo podemos ayudarnos mutuamente. Me vi involucrado con Bonaparte en Egipto. Ahora los franceses se proponen venir hacia aquí.

—Y Smith quiere saber qué podrían hacer los cristianos, los judíos, los drusos y los matuwellis.

—Exacto. Trata de ayudar a Djezzar a oponer resistencia a los franceses.

—Con gente que odia a Djezzar, un tirano que les oprime el cuello con su pantufla. No pocos considerarán a los franceses unos libertadores.

—Si éste es el mensaje, lo transmitiré. Pero también necesito ayuda para mi propia causa. Conocí en Egipto a una mujer que desapareció. Se cayó al Nilo, de hecho. Quiero averiguar si está muerta o viva y, en este caso, cómo rescatarla. Me han dicho que quizás tenéis contactos en Egipto.

—¿Una mujer? ¿Próxima a vos? —Pareció tranquilizado por mi interés por alguien que no fuese su hermana—. Esa clase de pesquisas es mucho más costosa que escuchar chismes políticos en Jerusalén.

—¿Cuánto más costosa?

Me miró de arriba abajo.

—Más, sospecho, de lo que os podéis permitir pagar.

—¿De modo que no me ayudaréis?

—Son mis contactos en Egipto los que no os ayudarán, no sin dinero.

Estimé que no trataba de engañarme, que decía la verdad. Yo necesitaba un socio si quería llegar a alguna parte en mi búsqueda, ¿y quién mejor que este herrero de ojos azules? Así pues, le di una pista sobre qué otra cosa buscaba.

—Quizás vos podáis contribuir. ¿Y si os prometo, a cambio, una parte del mayor tesoro sobre la faz de la tierra?

Por fin rió.

— ¿El mayor tesoro? ¿Cuál es?

— Un secreto. Pero podría convertir a un hombre en rey.

— Ya. ¿Y dónde puede estar ese tesoro?

— Delante de nuestras narices, en Jerusalén, espero.

— ¿Sabéis cuántos tontos han confiado en encontrar un tesoro en Jerusalén?

— No son los tontos quienes lo encontrarán.

— ¿Queréis que gaste mi dinero buscando a vuestra mujer?

— Quiero que lo invirtáis en vuestro futuro.

Se humedeció los labios.

— Smith ha dado con un bribón intrépido y temerario, ¿eh?

— ¡Y vos sabéis juzgar el carácter!

Puede que fuera escéptico, pero también era curioso. Supuse que pagar por averiguar noticias de Astiza no le costaría mucho en realidad. Y compartía la misma avaricia con todos nosotros: todo el mundo sueña con un tesoro enterrado.

— Puedo ver si es posible.

Había picado.

— Hay otra cosa que también necesito. Un buen rifle.

Jericó llevaba una vida sencilla, pese a cierta prosperidad debida a su oficio de quincallero. Siendo cristiano, su casa contenía más mobiliario que una vivienda musulmana: los mahometanos cuentan con cojines que puedan moverse para aislar a las mujeres cuando llega un visitante varón. El hábito de la tienda beduina no se ha abandonado nunca. Nosotros los cristianos, en cambio, estamos acostumbrados a tener la cabeza más cerca del caliente techo que del suelo más frío, y por lo tanto nos mantenemos erguidos y solemnes, en inmóvil desorden. Jericó tenía una mesa, sillas y armarios en lugar de cojines y cofres islámicos. Sin embargo, la carpintería era sencilla, de una simplicidad puritana. Los suelos de tablas estaban desprovistos de alfombras, y toda la decoración de las paredes de yeso se limitaba a algún que otro crucifijo o imagen de un santo: austero como un convento y casi igual de desconcertante. Miriam, la hermana, mantenía la casa extraordinariamente limpia. La comida era abundante, pero básica: pan, olivas, vino y aquellas verduras que la mujer compraba todos los días en los puestos del mercado. De vez en cuando traía carne para su musculoso y hambriento hermano, pero era relativamente escasa y cara. Se acercaba el invierno, pero allí no había provisiones para más calefacción que la que emitían el carbón de la cocina y la fragua de abajo. No había cristales en las ventanas con mosquiteras, así que aquellas por las que entraba más frío se tapaban con sacos de serrín para la ocasión, intensificando la penumbra otoñal. El agua de la jofaina era fría, los vientos penetrantes, las velas y el aceite valiosos, y nos acostábamos y levantábamos a las horas de los campesinos. Para un holgazán parisino como yo, Palestina causaba estupefacción.

Fue la forja de mi nuevo rifle lo primero que nos unió. Jericó era constante, habilidoso, discreto, diligente (cualidades todas que yo debería emular, supongo) y se había ganado el respeto de la ciudad. Podía leerse en los ojos de los hombres que entraban en el hollinoso taller a comprar herramientas de hierro: tanto musulmanes como cristianos y judíos. Creí que quizás tendría que instruirlo en el diseño de una buena arma, pero él me aventajaba.

—¿Queréis decir como el *jaegar* alemán, el rifle de caza? —me preguntó cuando le describí la pieza que había perdido—. He trabajado en algunos. Mostradme sobre la arena qué longitud queréis que tenga.

Esbocé un cañón de ciento cinco centímetros.

—¿No será difícil de manejar?

—La longitud le confiere precisión y capacidad mortífera. Basta con un calibre cuarenta y cinco; la velocidad del rifle compensa el tamaño de las balas, más pequeñas que las de un mosquete. Puedo llevar más munición para un determinado peso de tiro y pólvora. Hierro dúctil, acanaladura profunda, una caída en la culata para acercar la mira a mi ojo al apuntar pero protegiéndome la frente del fogonazo de la cazoleta. El mejor que he visto puede clavar una tachuela tres veces de cada cinco desde cincuenta metros. Se tarda un minuto entero en cargarlo, pero el primer disparo siempre acierta en algo.

—Aquí se usan los cañones de ánima lisa. Fáciles de cargar, y pueden disparar de todo: hasta piedras, en caso de necesidad. Para esta arma, necesitaremos balas precisas.

—La precisión supone puntería certera.

—En una lucha cuerpo a cuerpo, a veces se impone la rapidez. —Tenía el prejuicio de los marineros con los que había servido, que luchaban en feroces reyertas cuando abordaban.

—Y el disparo certero puede impedir que se acerquen. En mi opinión, intentar luchar con un mosquete corriente es como ir a un burdel con los ojos vendados: puedes conseguir el resultado que quieras, pero también puede ser un fiasco.

—No sé nada sobre eso. —No había forma de hacerle bromear. Observó el dibujo en la arena—. Cuatrocienas horas de trabajo. ¿Qué me pagaréis con ese tesoro vuestro?

—El doble. Buscaré afanosamente mientras vos construís el rifle.

—No. —Sacudió la cabeza—. Es fácil prometer dinero que no se tiene. Me ayudaréis, y no sólo en este sino también en otros proyectos. Será una experiencia nueva para vos, trabajar de verdad. Los días flojos podréis cazar tesoros ocultos o enteraros de habladurías suficientes para contentar a Sidney Smith. Podéis pasarle la factura para liquidar vuestra deuda conmigo.

—Trabajo honrado? La idea era fascinante —la verdad sea dicha, a veces envidio a los hombres íntegros como Jericó—, pero también abrumadora.

—Ayudaré en vuestra fragua —negocié—, pero tenéis que garantizarme suficientes horas para fisgonear. Conseguidme el rifle para finales del invierno, cuando llegue Napoleón, y para entonces encontraré el tesoro y conseguiré también el dinero de Smith. —Sacar algo al almirantazgo es como obtener salsa de carne de un cordón, pero la primavera quedaba lejos. Podían ocurrir cosas.

—Entonces aviva ese fuego. —Y cuando me apresuré a obedecer, añadí carbón a la lumbre con pala y removí suficiente cantidad de metal como para que me dolieran los hombros, asintió de mala gana—: Miriam cree que eres un buen hombre.

Y con esta aprobación, supe que contaba con cierta confianza.

Primero Jericó fue a buscar una barra metálica redonda, o mandril, algo más pequeña que el calibre deseado de mi futuro rifle. Calentó un lingote de acero de Damasco carbonizado, una plancha para tubos, de la misma longitud que el cañón de mi arma. Lo enroscó alrededor del mandril. Yo sujeté la barra y le pasé herramientas mientras él colocaba las piezas en una estría de un yunque y empezaba a golpear para fundir el cilindro del cañón. Lo hacía dos centímetros y medio cada vez, retirando la barra mientras los metales aún eran ligeramente maleables, y luego sumergía el resultado en agua crepitante. Después volvía a calentarlo, enroscaba otros dos centímetros y medio de acero, martilleaba y soldaba nuevamente. Era una tarea tediosa y concienzuda, pero también curiosamente embelesadora. Aquel tubo que se iba alargando se convertiría en mi nuevo compañero. El deber me mantenía caliente, y el arduo trabajo físico constituía su propia satisfacción. Comía sencillamente, dormía bien, e incluso empecé a sentirme a gusto en la piadosa sencillez de mi alojamiento. Mis músculos, ya endurecidos por Egipto, se volvieron aún más duros.

Traté de sacarlo de su caparazón.

—¿No estás casado, Jericó?

—¿Has visto una esposa?

—¿Un hombre apuesto y próspero como tú?

—No conozco a nadie con quien desee casarme.

—Yo tampoco. Nunca conocí a la muchacha indicada. Pero aquella mujer, en Egipto...

—Averiguaremos algo sobre ella.

—Así que sólo estáis tú y tu hermana —insistí.

Dejó de martillear, molesto.

—Estuve casado una vez. Ella murió cuando estaba encinta de mi hijo. Sucedieron otras cosas. Fui al barco británico. Y Miriam...

Ahora lo comprendí.

—Cuida de ti, el hermano afligido.

Me sostuvo la mirada.

—Y yo cuido de ella.

—¿Y si apareciera un pretendiente?

—No desea pretendientes.

—Pero es una muchacha muy bonita. Dulce. Recatada. Obediente.

—Y tú tienes a tu mujer en Egipto.

—Necesitas una esposa —le aconsejé—. E hijos que te hagan reír. Quizá pueda buscarte a alguien.

—No necesito el ojo de un forastero. Ni de un gandul.

—Aun así puedo ofrecértelo, ya que estoy aquí.

Y sonréí, él gruñó y continuamos batiendo metal.

Cuando había poco trabajo exploraba Jerusalén. Variaba ligeramente mi atuendo según el barrio en el que estaba, tratando de recabar información útil a través de mi árabe, inglés y francés. Jerusalén estaba acostumbrada a los peregrinos, y mis acentos resultaban corrientes. Las encrucijadas de la ciudad eran sus mercados, donde ricos y pobres se mezclaban y los guerreros jenízaros compartían comidas despreocupadamente con artesanos comunes. Las *jaskiyya*, o cocinas de sopa, procuraban sustento a los indigentes, mientras que las cafeteríasatraían a hombres de todas las confesiones para beber, fumar pipas de agua y discutir. El aire, impregnado del olor a alubias, tabaco turco fuerte y hachís, era embriagador. De vez en cuando engatusaba a Jericó para que me acompañara. Necesitaba un par de vasos de vino para hacerle hablar, pero en cuanto empezaba, sus reticentes explicaciones sobre su patria resultaban inapreciables.

—Todos los que están en Jerusalén creen que se hallan tres pasos más cerca del cielo —resumió—, lo cual significa que juntos crean su propio infierno.

—Es una ciudad de paz y compasión, sin armas, ¿verdad?

—Hasta que alguien pisa la compasión de otro.

Si alguien cuestionaba mi presencia, explicaba que era un agente comercial de Estados Unidos, lo cual había sido cierto en París. Decía que esperaba hacer negocios con el vencedor. Quería tratar amistad con todo el mundo.

Circulaban tantos rumores sobre la proximidad de Napoleón que la ciudad zumbaba como un avispero, pero no había acuerdo sobre qué bando iba a prevalecer. Djézzar había ostentado un despiadado control durante un cuarto de siglo. Bonaparte aún no había sido derrotado. Los británicos dominaban el mar, y Palestina no era más que un islote en un vasto lago otomano. Mientras que las sectas chuta y sunnita de las comunidades musulmanas estaban enfrentadas entre sí, y tanto cristianos como judíos eran minorías inquietas y recelosas una de otra, no estaba nada claro quién podía alzarse en armas contra quién. Aspirantes a déspotas religiosos de media docena de confesiones soñaban con esculpir sus utopías puritanas. Si bien Smith confiaba en que yo pudiera reclutar aliados para la causa británica, en realidad no tenía intención de hacerlo. Todavía simpatizaba con los

ideales franceses y con los hombres junto a los cuales había servido, y no necesariamente disentía de los sueños de Napoleón de reformar el Próximo Oriente. ¿Por qué debía elegir el bando de los arrogantes británicos, que tan ferozmente habían combatido la independencia de mi nación? Lo único que quería era saber de Astiza y averiguar si existía alguna posibilidad de que aquel fabuloso *Libro de Tot* hubiera sobrevivido increíblemente a más de tres mil años. Y después salir de aquel manicomio.

Así pues, averigüé cuánto pude en su cultura del narguile. Era una ciudad pequeña, e inevitablemente corrió la voz sobre el infiel con ropa árabe que trabajaba en la fragua de un cristiano, pero había un buen número de personas con un pasado brumoso que buscaban gran cantidad de cosas. Yo era sólo uno más, que hacía aquello en lo que básicamente consiste la vida: esperar.

Para pasar el invierno, hice todo lo posible por coquetear con Miriam. Había encontrado un trozo de ámbar en el mercado, con un insecto conservado dentro. Lo vendían como un amuleto de buena suerte pulido y brillante, pero yo lo vi como un artefacto científico. Me acerqué a ella sigilosamente por la espalda cuando estaba limpiando un pollo, froté enérgicamente el ámbar contra mi ropa y luego levanté la mano sobre las blandas plumas. Algunas de ellas subieron flotando hasta la palma de mi mano vuelta hacia abajo.

Miriam se volvió.

—¿Cómo lo haces?

—Traigo poderes misteriosos de Francia y América —salmodié.

Ella se persignó.

—Es maléfico traer magia a esta casa.

—No es magia, es un truco eléctrico que aprendí de mi mentor Franklin. —Giré la palma para que pudiera ver el ámbar que sostenía—. Los antiguos griegos ya hacían esto. Si frotas ámbar, atraerá objetos. Llamamos electricidad a esta magia. Soy electricista.

—Qué idea tan absurda —dijo indecisa.

—Ten, pruébalo.

Le tomé la mano, pese a su vacilación, y puse el ámbar en sus dedos, aprovechando la excusa para tocarla. Sus dedos eran fuertes y estaban enrojecidos por el trabajo. Luego lo froté contra su manga y lo sostuve sobre las plumas. En efecto, algunas levitaron hasta adherirse.

—Ahora tú también eres electricista.

Soltó un bufido y me lo devolvió.

—¿Cómo encuentras tiempo para juegos inútiles?

—Quizá no son inútiles.

—Si eres tan listo, utiliza tu ámbar para desplumar el siguiente pollo.

Reí y pasé el ámbar por detrás de su mejilla, atrayendo con él cabellos de su preciosa melena.

—Tal vez pueda servir de peine. —Había creado un velo rubio, sus ojos desconfiados sobre él.

—Eres un hombre insolente.

—Simplemente curioso.

—¿Curioso de qué? —Se sonrojó al decirlo.

—Ah. Ahora empiezas a comprenderme. —Le guiñé el ojo.

Pero no dejó que las cosas fuesen más lejos. Yo había confiado en pasar el tiempo de ocio jugando un par de partidas de cartas, pero me hallaba en la peor ciudad del mundo para eso. Jerusalén ofrecía menos diversiones que una merienda campestre cuáquera. Tampoco había demasiadas tentaciones sexuales en un lugar donde las mujeres estaban tan atadas como un niño pequeño en medio de una ventisca en Maine: mi celibato en Jafa se prolongó involuntariamente. Oh, de vez en cuando las mujeres me dirigían una mirada atractiva —poseo cierto donaire—, pero su encanto estaba emponzoñado por los relatos morbosos que uno oía en las cafeterías sobre mutilaciones genitales practicadas por padres o hermanos enojados. Eso basta para hacer vacilar a cualquiera.

Con el tiempo me sentí tan frustrado y aburrido que me inspiré en mi truco con el ámbar y decidí jugar con la electricidad como Franklin me había enseñado. Lo que había parecido un ingenioso pasatiempo parisino para hechizar los salones con un beso eléctrico —podía provocar una chispa entre los labios de una pareja, una vez que había puesto una carga en una mujer con mis máquinas— se había vuelto algo más serio después de mi estancia en Egipto. ¿Era posible que los antiguos hubiesen convertido tales misterios en magia potente? ¿Era ése el secreto de sus civilizaciones? La ciencia constituía también un modo de conferirme cierta posición durante mi invierno de descontento en Jerusalén. La electricidad era nueva allí.

Con la reticente tolerancia de Jericó, construí un manubrio de fricción, con un disco de cristal para hacer un generador. Cuando lo hacía girar contra unas almohadillas conectadas a un cable, la carga estática se transmitía a unas jarras de cristal que revestía de plomo: mis improvisadas botellas de Leiden. Utilizaba hilos de cobre para conectar aquellas baterías de chispa en serie y mandar a una cadena electricidad suficiente para que los clientes saltaran si la tocaban, lo que les dejaba los miembros entumecidos durante horas. A los estudiosos de la naturaleza humana no les sorprenderá saber que los hombres hacían cola para experimentar sacudidas, agitando asombrados sus hormigueantes extremidades. Adquirí todavía más fama como brujo cuando me electrifiqué los brazos y usé los dedos para atraer limaduras de latón. Me di cuenta de que me había convertido en un conde Silano, un ilusionista. Los hombres empezaron a cuchichear sobre mis poderes, y admito que disfruté de aquella notoriedad. En Navidad vacié el aire de un globo de cristal, lo hice girar con mi manubrio y extendí una mano encima. El resplandor morado resultante iluminó el cobertizo y hechizó a los niños del vecindario, si bien dos ancianas se desmayaron, un rabino abandonó la estancia hecho una furia y un sacerdote católico empuñó una cruz hacia mí.

—No es más que un truco de salón —los tranquilicé—. Lo hacemos continuamente en Francia.

—¿Y qué son los franceses, sino unos infieles y ateos? —replicó el sacerdote—. La electricidad no traerá nada bueno.

—Al contrario, médicos eruditos de Francia y Alemania creen que las descargas eléctricas pueden curar enfermedades o la locura.

Pero como todo el mundo sabe que los médicos matan más que curan, los vecinos de Jericó apenas se mostraron impresionados por esta promesa.

También Miriam albergaba dudas.

—Parecen demasiadas molestias sólo para picar a alguien.

—Pero ¿por qué pica? Eso es lo que Ben Franklin quería saber.

—Ocurre cuando accionas la manivela, ¿no?

—Pero ¿por qué? Si bates leche o izas un cubo del pozo, ¿obtienes electricidad? No, aquí hay algo especial, que Franklin creía podría ser la fuerza que anima el universo. Quizá la electricidad anima nuestras almas.

—¡Eso es una blasfemia!

—La electricidad está en nuestros cuerpos. Los electricistas han tratado de animar a criminales muertos con electricidad.

—¡Uf!

—Y sus músculos se movieron realmente, aunque sus espíritus se habían ido. ¿Es la electricidad lo que nos da vida? ¿Y si pudiéramos aprovechar esa fuerza del mismo modo en que utilizamos el fuego, o los músculos de un caballo? ¿Y si lo hacían los antiguos egipcios? La persona que supiese cómo hacerlo tendría un poder inimaginable.

—¿Y eso es lo que buscas, Ethan Gage? ¿Un poder inimaginable?

—Cuando has visto las pirámides, te preguntas si los hombres no tuvieron ese poder en el pasado. ¿Por qué no podemos volver a aprenderlo ahora?

—Quizá porque causó más mal que bien.

Entretanto, Jerusalén obraba su propio embrujo. No sé si la historia humana puede penetrar en el suelo como la lluvia de invierno, pero los lugares que visité transmitían una sensación de tiempo palpable y evocadora. Cada muro encerraba un recuerdo; cada calleja, una historia. Aquí Jesús cayó, allí Salomón recibió a Saba, en esta plaza los cruzados atacaron, y al otro lado de esa pared Saladino recuperó la ciudad. Más extraordinaria era la esquina suroriental de la ciudad, consistente en una inmensa meseta artificial construida en la cima del monte donde Abraham se ofreció a sacrificar a Isaac: el Monte del Templo. Erigida por Herodes el Grande, es una plataforma pavimentada de cuatrocientos metros de largo por trescientos de ancho que ocupa, según me dijeron, catorce hectáreas. ¿Para albergar un simple templo? ¿Por qué tenía que ser tan grande? ¿Acaso cubría algo —ocultaba algo— más crítico? Me recordó nuestras incesantes especulaciones sobre el verdadero propósito de las pirámides.

El Templo de Salomón estuvo en este monte hasta que primero los babilonios y después los romanos lo destruyeron. Y luego los musulmanes edificaron su mezquita dorada en el mismo enclave. En el extremo sur había otra mezquita, Al-Aqsa, con su forma distorsionada por las adiciones cruzadas. Cada confesión había tratado de dejar su huella, pero el resultado global era una serena desolación, elevada sobre la

ciudad comercial como el propio cielo. Los niños jugaban y las ovejas pastaban. A veces franqueaba la Puerta de la Cadena y recorría su perímetro, observando las colinas circundantes con mi pequeño catalejo. Los musulmanes me dejaban en paz, murmurando que era un genio que explotaba fuerzas oscuras.

Pese a mi reputación, o quizá debido a ella, de vez en cuando me autorizaban a entrar en la mismísima Cúpula de la Roca de baldosas azules, donde me quitaba las botas antes de pisar su alfombra roja y verde. Quizá confiaban en que me convertiría al islam. La cúpula estaba sustentada por cuatro enormes pilares y doce columnas, el interior decorado con mosaicos y escrituras islámicas. Debajo se hallaba la roca sagrada, Qubbat as-Sajra, piedra raíz del mundo, donde Abraham se había ofrecido a sacrificar a su hijo y donde Mahoma había ascendido a recorrer el cielo. Había un pozo a un lado de la roca, y según decían una pequeña gruta debajo. ¿Había algo escondido allí? Si era ahí donde había estado el Templo de Salomón, ¿no se habrían ocultado tesoros hebreos en el mismo lugar? Pero no se permitía a nadie bajar a la gruta, y cuando tardaba en marcharme, un vigilante musulmán me ahuyentaba.

Así especulaba, y trabajaba con Jericó forjando herraduras, hoces, tenazas, bisagras y toda la quincalla diversa de la vida cotidiana. Tuve oportunidades de sobra para interrogar a mi anfitrión.

—¿Existen en esta ciudad lugares subterráneos donde pudiera esconderse algo valioso durante mucho tiempo?

Jericó soltó una risotada.

—¿Lugares subterráneos en Jerusalén? Cada sótano conduce a un laberinto de túneles abandonados y callejas olvidadas. No olvides que esta ciudad ha sido saqueada por la mitad de las naciones del mundo, entre ellas vuestros cruzados. Se han cortado tantos cuellos que el agua subterránea debería ser sangre. Son ruinas superpuestas, por no hablar de un laberinto de cuevas y galerías. ¿Subterráneos? ¡Puede que haya más Jerusalén ahí abajo que aquí arriba!

—Lo que estoy buscando lo trajeron los antiguos israelitas.

Emitió un gruñido.

—¡No me digas que andas buscando el Arca de la Alianza! Eso es un mito descabellado. Puede que hubiera estado en el Templo

de Salomón, pero no se ha oído hablar de ella desde que Nabucodonosor destruyó Jerusalén y obligó a los judíos a exiliarse en el año 586 antes de Cristo.

—No, no, no me refiero a eso.

Pero sí me refería a eso, o por lo menos confiaba en que el arca pudiera llevarme hasta el libro, o que fuesen una sola cosa. «Arca» significa «cofre», y el Arca de la Alianza era supuestamente el cofre de madera de acacia chapado en oro en el que los hebreos que escaparon de Egipto guardaron los Diez Mandamientos. Tenía fama de encerrar poderes misteriosos y de ser de gran ayuda para derrotar a sus enemigos. Naturalmente me preguntaba si el *Libro de Tot* se encontraba también dentro de aquel

recipiente, puesto que Astiza creía que Moisés lo había cogido. Pero no dije nada de esto, todavía.

—Bien. Te llevaría toda la eternidad excavar Jerusalén, y sospecho que al final no tendrías más que cuando empezaste. Cava agujeros si quieres, pero lo único que encontrarás son fragmentos de cerámica y huesos de rata.

Miriam era una mujer callada, pero poco a poco me di cuenta de que ese silencio era un velo sobre una inteligencia aguda, con una intensa curiosidad por el pasado. Por muy distintas que ella y Astiza fuesen en personalidad, en intelecto eran gemelas. En los primeros días de mi estancia nos preparaba y servía la comida, pero comía aparte. No fue hasta que hube trabajado durante algún tiempo con Jericó en su fragua, ganándome una pizca de confianza, que pude convencerlos a ambos de que se reuniera con nosotros a la mesa. A fin de cuentas no éramos musulmanes obligados a segregar los sexos, y su reticencia era curiosa. Al principio sólo hablaba cuando nos dirigíamos a ella —en este sentido era también la antítesis de Astiza— y parecía tener poco que decir. Como había sospechado, era muy hermosa —una belleza que siempre me recuerda a fruta con nata—, pero sólo con reticencia se despojaba del pañuelo a la mesa. Cuando lo hacía, su pelo era una cascada dorada, tan claro como el de Astiza era oscuro, el cuello esbelto, las mejillas preciosas. Seguía estando orgulloso de mi castidad (puesto que intentar encontrar a una aventurera en Jerusalén era como tratar de dar con una virgen en los casinos de París, más me valía sentirme satisfecho de mi forzada virtud), pero me asombraba que aquella belleza no hubiese sido capturada aún por ningún pretendiente insistente. Por la noche oía sus chapoteos mientras se bañaba cuidadosamente de pie en una bañera de madera, y no podía evitar pensar en sus pechos y su vientre, la redondez de su trasero y las piernas esbeltas y fuertes que mi frustrado cerebro imaginaba, chorros de agua jabonosa cayendo en cascada por la topografía perfecta de sus muslos, pantorrillas y tobillos. Entonces gemía, trataba de pensar en la electricidad y finalmente recurría a mi puño.

Durante la cena Miriam disfrutaba de nuestra conversación, con ojos ágiles y vivaces. Hermano y hermana eran gente que había visto parte del mundo, y por lo tanto apreciaban mis relatos de la vida en París, mi infancia en América, mis primeras incursiones para comerciar con pieles en los Grandes Lagos y mis viajes Missisipi abajo hasta Nueva Orleans y las Islas del Azúcar caribeñas. También mostraban curiosidad por Egipto. No les hablé de los secretos de la Gran Pirámide, pero describí el Nilo, las grandes batallas por tierra y mar del año anterior y el templo de Dendara que había visitado muy al sur. Jericó me habló más de Palestina, del mar de Galilea sobre el que anduvo Jesús y de los sitios cristianos que podía visitar en el Monte de los Olivos. Después de cierta vacilación, también Miriam empezó a hacer tímidas sugerencias, insinuando que sabía mucho más acerca de la Jerusalén histórica de lo que yo había supuesto, más, de hecho, que su hermano. No sólo sabía leer —algo bastante raro en una mujer en tierras musulmanas— sino que además lo hacía con avidez, y pasaba la mayor parte de sus días tranquilos, protegida de los hombres y libre de niños, estudiando libros que compraba en el mercado o tomaba prestados de los conventos de monjas.

—¿Qué estás leyendo? —le preguntaba.

—El pasado.

Jerusalén era un lugar preñado de pasado. Yo vagaba por las colinas extramuros en el frío invierno, cuando la luz proyectaba sombras alargadas sobre ruinas anónimas. En una ocasión el gélido viento trajo una ligera nevada, el cobertor blanco fue seguido por cielos de un azul pálido y un sol que calentaba tan poco como una cometa. El paisaje que iluminaba parecía de azúcar.

Mientras tanto la construcción del rifle seguía su curso, y veía que Jericó disfrutaba de la destreza requerida. Cuando el cañón estuvo forjado del todo lo perforamos hasta el diámetro correcto: yo accionaba la manivela mientras él empujaba hacia mí el cañón sujeto con cárcel. Es una tarea ardua. Una vez hecho esto, extendió un cordel a través del calibre, tensándolo con un arco curvado, y luego lo examinó por el medio buscando sombras y crestas que indicaran imperfecciones. Un calentamiento y martilleo expertos dejaron el tubo todavía más recto.

La acanaladura que haría girar la bala requirió un trabajo concienzudo. Había siete estrías, todas ellas cortadas por una broca que giraba a través del cañón. Puesto que no podía hacer una incisión profunda, fue necesario hacer girar la broca manualmente a través del rifle doscientas veces por estría.

Eso fue sólo el principio. Estaban el pulimento, el pavonado del metal, y luego el sinnúmero de piezas metálicas para la llave de chispa, el gatillo, la caja, la baqueta, etcétera. Mis manos ayudaban, pero la pericia era toda de Jericó, sus manazas rollizas capaces de producir resultados dignos de una doncella con una aguja. Se sentía más dichoso que nunca cuando trabajaba en silencio.

La doncella Miriam me sorprendió un día pidiendo permiso para medirme el brazo y el hombro. Ella se ocuparía de dar forma a la culata del rifle, que debe ajustarse a las medidas del fusilero como una chaqueta. Se había ofrecido para este trabajo.

—Tiene un ojo de artista —explicó Jericó—. Muéstrale la caída y la ventaja que quieras en la culata.

No había arce en Palestina, así que usó acacia del desierto, la misma madera utilizada en el arca: más pesada de lo que yo prefería, pero dura y de fibra espesa. Después de esbozar más o menos cómo quería que la madera se diferenciara del diseño de las armas de fuego árabes, Miriam tradujo mi sugerencia en curvas elegantes, que recordaban Pensilvania. Cuando me midió para obtener las dimensiones correctas de la culata, temblé como un escolar al notar el contacto de sus dedos.

Así de casto me había vuelto.

Así existía, mandando a Smith valoraciones políticas y militares imprecisas que habrían desconcertado a cualquier estratega lo bastante estúpido como para prestarles atención, hasta que finalmente una noche nuestra cena fue interrumpida

por unos golpes a la puerta de Jericó. El quincallero fue a ver, y regresó con un viajero barbudo y cubierto de polvo de la caravana comercial de ese día.

—Traigo al americano noticias de Egipto —anunció el visitante.

El corazón me palpitó dentro del pecho.

Lo sentamos a la sencilla mesa de caballete de madera, le dimos agua —era musulmán y no quiso vino— con olivas y pan. Mientras daba, inquieto, las gracias por nuestra hospitalidad y comía como un lobo, esperé con aprensión, sorprendido por el torrente de emoción que corría por mis venas. Astiza se había empequeñecido en mi memoria durante aquellas semanas con Miriam. Ahora, sentimientos enterrados durante meses me aporreaban la cabeza como si aún abrazara a Astiza, o la viera colgando desesperadamente de una cuerda. Me consumí de impaciencia, notando el hormigueo del sudor. Miriam me observaba.

Hubo los saludos preceptivos, deseos de prosperidad, gracias a lo divino, un informe de salud —«¿Cómo estás?» es una de las preguntas más profundas de mi tiempo, dada la frecuencia de gota, fiebre intermitente, hidropesía, sabañones, oftalmía, dolores y desvanecimientos— y el relato de las penalidades del viaje.

Por fin:

—¿Qué noticias hay de la amiga de este hombre?

El mensajero tragó, sacudiéndose las migas de pan de la barba.

—Se sabe de un globo francés perdido durante la revuelta de octubre en El Cairo —comenzó—. Nada sobre el americano que iba a bordo; dicen que simplemente desapareció, o desertó del ejército francés. Hay varias versiones que lo sitúan acá y allá, pero ningún acuerdo sobre lo sucedido. —Me echó una mirada y luego bajó los ojos a la mesa—. Nadie confirma los hechos.

—Pero algo habrá sobre el destino del conde Silano —dije.

—El conde Alessandro Silano también ha desaparecido. Dicen que investigaba la Gran Pirámide, y entonces se esfumó. Hay quien sospecha que pudieron asesinarlo dentro de la pirámide. Otros creen que regresó a Europa. Los crédulos opinan que desapareció por arte de magia.

—¡No, no! —objeté—. ¡Cayó del globo!

—No hay constancia de ello, *effendi*. Sólo os cuento lo que dicen.

—¿Y Astiza?

—No hemos encontrado ni rastro de ella.

Se me cayó el alma a los pies.

—¿Ni rastro?

—La casa de Qelab Almani, el hombre al que llamáis Enoc, donde afirmáis haberlos hospedado, estaba vacía después de su asesinato y desde entonces ha estado requisada como barracones franceses. Yusuf al-Beni, quien decís que alojó a esa mujer en su harén, niega que haya estado allí. Circulaban rumores de una hermosa

mujer que acompañaba a la fuerza expedicionaria del general Desaix al Alto Egipto, pero de ser ciertos, también ella desapareció. Del mameluco herido Ashraf que mencionasteis, no hemos averiguado nada. Nadie recuerda la presencia de Astiza en El Cairo ni en Alejandría. Los soldados hablan de una mujer atractiva, sí, pero nadie afirma haberla visto o conocerla. Casi parece que no haya existido jamás.

—¡Pero también ella cayó al Nilo! ¡Todo un pelotón lo vio!

—En ese caso, amigo mío, no debió de salir nunca. Su recuerdo es como un espejismo.

Estaba atónito. Me había preparado para su muerte, el entierro de su cuerpo ahogado. Me había hecho ilusiones sobre su supervivencia, aunque estuviera prisionera. Pero ¿su total desaparición? ¿La había arrastrado el río sin que volvieran a verla o enterrarla como era debido? ¿Qué clase de respuesta era ésa? Y Silano, ¿también desaparecido? Eso resultaba todavía más sospechoso. ¿Había sobrevivido Astiza de algún modo y se había ido con él? ¡Eso era una tortura aún peor!

—¡Debéis de saber algo más que eso! ¡Dios mío, todo el ejército la conocía! ¡Napoleón se fijó en ella! ¡Sabios importantes la llevaron en su barco! ¿Y ahora no se sabe nada de ella?

Me miró con compasión.

—Lo siento, *effendi*. A veces Dios deja más preguntas que respuestas, ¿verdad?

Los humanos podemos adaptarnos a todo salvo a la incertidumbre. Los peores monstruos son aquellos a los que aún no nos hemos enfrentado. Pero allí estaba yo, oyendo su última palabra resonar en mi cabeza: «¡Encuéntralo!», y luego el corte de la cuerda, la caída con Silano, los gritos, el sol cegador mientras el globo se alejaba por el aire... ¿Era todo sólo una pesadilla? ¡No! Había sido tan real como esa mesa.

Jericó me miraba con pesimismo. Compasión, sí, pero también el conocimiento de que la mujer egipcia me había mantenido apartado de su hermana. La mirada de Miriam era más directa de como lo había sido nunca, y en sus ojos leí una comprensión afligida. En ese instante supe que también ella había perdido a alguien. Era por eso que rehuía a todo pretendiente, y que su hermano era su compañero más próximo. Estábamos todos unidos por el dolor.

—Sólo quería una respuesta clara —murmuré.

—Vuestra respuesta es: lo pasado, pasado está. —Nuestro visitante se puso en pie —. Lamento no poder traer mejores noticias, pero sólo soy el mensajero. Los amigos de Jericó tendrán los oídos bien abiertos, desde luego. Pero no confiéis. Se ha ido.

Y, dicho esto, también él se fue.

Mi primera reacción fue salir de Jerusalén, y del maldito Oriente, enseguida y para siempre. La extraña odisea con Bonaparte —huir de París, zarpar de Tolón, la ofensiva contra Alejandría, conocer a Astiza, la sucesión de horrendas batallas, la pérdida de mi amigo Antoine Taima y el amargo secreto de la Gran Pirámide— era como un bocado de cenizas. No había sacado nada de aquello: ni riquezas, ni perdón por un crimen en París que nunca había cometido, ni pertenencia permanente al grupo de estimados sabios que había acompañado a la expedición de Napoleón, ni amor duradero con la mujer que me había cautivado y hechizado. ¡Hasta había perdido mi rifle! Mi única razón de peso para llegar a Palestina era averiguar la suerte de Astiza, y ahora que la noticia era que no había noticias (¿podía un mensaje ser más cruel?) mi misión parecía vana. Me traían sin cuidado la próxima invasión de Siria, el destino de Djezzar *el Carnicero*, la carrera de sir Sidney Smith o las intrigas políticas de drusos, matuwellis, judíos y todos los demás atrapados en sus incesantes ciclos de venganza y envidia. ¿Cómo había llegado a encontrarme en semejante necrópolis chiflada de odio? Era el momento de regresar a América y comenzar una vida normal.

Y sin embargo... mi determinación de irme y acabar con todo quedó paralizada por el propio hecho de no saber. Si Astiza no parecía viva, tampoco estaba definitivamente muerta. No había cuerpo. Si me marchaba estaría obsesionado el resto de mi vida. Guardaba demasiados recuerdos de ella: cuando me mostró la estrella Sirio mientras navegábamos Nilo arriba, su ayuda para reducir a Ashraf en el furor de la Batalla de las Pirámides, su belleza sentada en el patio de Enoc, su vulnerabilidad y erotismo encadenada en el templo de Dendara. ¡Y luego poseer su cuerpo a orillas del Nilo! Disponiendo de uno o dos siglos uno podría superar esa clase de recuerdos, pero no los olvidaría. Astiza me había hechizado.

En cuanto al *Libro de Tot*, bien podía ser un mito —a fin de cuentas lo único que habíamos encontrado dentro de la pirámide era un recipiente vacío y acaso la vara de Moisés—, pero ¿y si no lo era y en realidad descansaba en algún lugar bajo mis pies? Jericó estaba terminando un rifle a cuya construcción yo había contribuido, y que probablemente sería mejor que el que había perdido. Y luego estaba Miriam, de quien suponía había sufrido una pérdida trágica antes que la mía, y que me acompañaba en el dolor. Con Astiza desaparecida, la mujer cuya casa compartía, cuyos alimentos comía y cuyas manos daban forma a la madera de mi arma, parecía repentinamente más maravillosa. ¿Con quién iba a regresar en América? Con nadie. Así pues, pese a mi frustración, me sorprendí decidiendo quedarme durante algún tiempo más, por lo menos hasta que el rifle estuviera terminado. Era un jugador, que esperaba mejores cartas. Quizás ahora llegaría una nueva carta.

Y sentía curiosidad por saber a quién había perdido Miriam.

Me trataba con la debida reserva igual que antes, pero ahora nuestro contacto visual se mantenía más tiempo. Cuando me ponía el plato se situaba perceptiblemente más cerca, y el tono de su voz —¿eran imaginaciones mías?— era

más dulce, más compasivo. Jericó nos observaba a ambos con mayor atención, y a veces interrumpía nuestras conversaciones con interjecciones bruscas. ¿Cómo podía reprochárselo? Ella era una compañera hermosa, leal como un perro, y yo era un forastero holgazán, un buscador de tesoros con un futuro incierto. No podía evitar soñar con tenerla, y también Jericó era un hombre: conocía los deseos de todo varón. Peor aún, podía llevármela a América. Observé que empezaba a dedicar más horas a mi rifle. Quería terminarlo y verme marchar.

Soportamos las lluvias de finales de invierno, en una Jerusalén gris y silenciosa. Llegaron noticias de que el mejor general de Bonaparte, Desaix, había dado parte de triunfos recientes y visto nuevas ruinas espectaculares en el curso alto del Nilo. Smith vagaba por el mar entre Acre, el bloqueo frente a Alejandría y Constantinopla, preparándose para la ofensiva primaveral de Napoleón. Tropas francesas se reunían en El-Arish, cerca de la frontera con Palestina. El tonificante sol calentaba poco a poco las piedras de la ciudad, la guerra se acercaba, y un oscuro atardecer en el que Miriam salió hacia los mercados en busca de una especia que le faltaba para nuestra cena, decidí impulsivamente seguirla. Deseaba una oportunidad para hablar con ella lejos de la presencia protectora de Jericó. Resultaba indecoroso que un hombre siguiera a una mujer soltera en Jerusalén, pero quizás se presentaría alguna ocasión para conversar. Me sentía solo. ¿Qué tenía intención de decirle a Miriam? No lo sabía.

La seguí a distancia, tratando de pensar en algún pretexto plausible para abordarla, o un modo de dar un rodeo para que nuestro encuentro pareciera fruto de la casualidad. Es curioso que los humanos tengamos que idear tan taimadamente maneras de expresar nuestros sentimientos. Pero ella caminaba demasiado deprisa. Bordeó los estanques de Ezequías, bajó al largo *souk* que dividía la ciudad, compró comida, dejó artículos en otros dos puestos y luego enfrió los callejones hacia los mercados del barrio musulmán de Bezetha, al otro lado de la residencia del pacha.

Y entonces Miriam desapareció.

Bajaba por la Vía Dolorosa, en dirección a la Puerta de la Oscuridad del Monte del Templo y la torre de El-Ghawanima, y ya no la vi más. Parpadeé, perplejo. ¿Me había visto seguirla y trataba de evitarme? Aceleré el paso, pasando presurosamente junto a puertas cerradas, hasta que por fin caí en la cuenta de que debía de haberme alejado demasiado. Volví sobre mis pasos y entonces, desde el patio contiguo a un antiguo arco romano que salvaba la calle, oí voces, ásperas y en un tono de urgencia. Es curioso hasta qué punto un sonido o un olor pueden sacudir la memoria, y podía jurar que aquella voz masculina me resultaba conocida.

—¿Adonde va? ¿Dónde busca?

El tono era amenazador.

—¡No lo sé!

Ella parecía aterrorizada.

Pasé junto a una verja de hierro y accedí a un patio oscuro y sembrado de escombros, cuyas ruinas servían a veces como corral de cabras. Cuatro brutos, con

capas francesas y botas europeas, rodeaban a la asustada joven. Como ya he dicho, no tenía armas salvo la daga árabe que llevaba dentro del fajín. Pero aún no me habían visto, de modo que contaba con la ventaja del factor sorpresa. No parecían la clase de hombres a los que se pueda embauchar, así que miré alrededor en busca de un arma mejor. «Verse en manos de los propios recursos es ser arrojado a los brazos de la fortuna», solía decir Ben Franklin. Pero entonces él contaba con más recursos que la mayoría.

Finalmente avisté un Cupido de piedra desechado, largo tiempo sin rostro y castrado por musulmanes o cristianos que intentaban obedecer los edictos acerca de ídolos falsos y penes paganos. Yacía sobre el costado entre los escombros como una muñeca olvidada.

La escultura tenía un tercio de mi estatura —lo bastante pesada— y afortunadamente nada la retenía salvo su propio peso. A duras penas podía levantarla por encima de mi cabeza. Eso hice, recé al amor y tiré. La estatua golpeó a los bribones en la espalda y cayeron como bolos amontonados, maldiciendo.

—¡Corre a casa! —grité a la dulce Miriam.

Ya le habían rasgado la ropa.

Asintió con temor, dio un paso para marcharse y giró hacia atrás cuando un tunante volvió a agarrarla. Pensé que iba a tirarla al suelo, pero al mismo tiempo que la sujetaba ella le asestó un fuerte puntapié en los testículos con tanta elegancia como si bailara una giga. Pude oír el ruido sordo del impacto, que lo dejó paralizado como un flamenco en una ventisca en Quebec. Entonces Miriam se liberó y salió disparada a través de la puerta. ¡Chica valiente! Tenía más valor y un mejor conocimiento de la anatomía masculina de lo que me había imaginado.

Ahora la banda de rufianes se levantó contra mí, pero mientras tanto yo había recuperado el Cupido y había cogido el querubín por la cabeza. Lo hice girar en círculo y lo solté. Dos de los bandidos se derrumbaron de nuevo y la estatua se hizo añicos. Entretanto los vecinos habían oído el estruendo y prorrumpido en voces. Un tercer tunante empezó a sacar una espada escondida —que obviamente había burlado la vigilancia de la policía de Jerusalén—, por lo que arremetí contra él con mi cuchillo árabe antes de que pudiera desenfundarla. La hoja lo acertó de lleno. Pese a todas mis refriegas, no había acuchillado nunca a nadie, y me sorprendieron la facilidad con que se hundió y cuan sobrecogedoramente raspaba una costilla al hacerlo. El hombre siseó y giró tan bruscamente que se me escapó el mango. Me tambaleé. Ahora ya no tenía ninguna arma.

Mientras tanto, el que había estado interrogando a Miriam había sacado una pistola. ¡No iba a disparar en la ciudad sagrada, infringiendo todas las leyes y provocando gritos!

Pero el arma detonó con estruendo, su fogonazo parecido a un relámpago, y sentí una punzada en un lado de la cabeza. Me tambaleé, medio ciego. ¡Era el momento de retirarse! Salí dando traspies a la calle, pero ahora aquel bastardo iba tras de mí, oscuro, su capa ondeando como unas alas y la espada desenvainada. ¿Quién diablos

era? El impacto de la bala me había dejado muy mareado. Caminaba como si pisara jarabe.

Y entonces, cuando me volví en el callejón para hacerle frente lo mejor que pudiera, un bastón romo pasó por mi lado y golpeó al bastardo en el punto donde el cuello entronca con el pecho. Soltó una tos espantosa y sus pies resbalaron delante de él hasta que cayó de espaldas. Levantó la vista sorprendido, tragando saliva. ¡Era Miriam, que había cogido una vara de un toldo del mercado y la había arrojado como una lanza! Tengo un don para dar con mujeres útiles.

—¡Vos! —dijo él con voz ahogada mirándome a mí, no a ella—. ¿Por qué no estáis muerto?

«Tampoco vos lo estáis», pensé, tan asombrado como él. Porque en la penumbra del callejón adoquinado reconocí primero el emblema que el golpe de Miriam había dejado al descubierto en su camisa —el compás y la escuadra masónicos con la letra G dentro— y luego la cara verrugosa del «vista de aduanas» que me había abordado en la diligencia a Tolón durante mi huida de París el año anterior. Había tratado de quitarme el medallón y acabé por dispararle con mi rifle, al mismo tiempo que Sidney Smith abatía a otro bandido en apoyo oculto. Había dejado a éste aullando, preguntándome si la herida había sido mortal. Era evidente que no. ¿Qué diablos hacía en Jerusalén, armado hasta los dientes?

Pero desde luego sabía con horror que aquel hombre perseguía el mismo objetivo que yo: la búsqueda de secretos antiguos. Era un confederado de Silano, y el francés no se había rendido. Estaba allí buscando el *Libro de Tot*. Y, al parecer, también a mí.

Sin embargo, antes de que tuviese ocasión de confirmarlo, se puso en pie, escuchó los alaridos de los vecinos y los gritos de los vigilantes y salió huyendo entre resuellos.

Nosotros salimos corriendo en sentido contrario.

Miriam temblaba en el camino de vuelta a la casa de Jericó, mi brazo rodeándole los hombros. Nunca nos habíamos tocado físicamente, pero ahora nos agarrábamos instintivamente. Tomé algunas de las callejuelas más recónditas que había descubierto en mis andanzas por Jerusalén, ahuyentando a las ratas mientras miraba por encima del hombro para ver si nos seguían. Había que subir para regresar al domicilio de Jericó —en toda la ciudad no hay un metro llano, y el barrio cristiano está más alto que el musulmán—, y al cabo de un rato nos detuvimos un momento en un hueco, para recobrar el aliento y asegurarme de que, pese a las punzadas en mi cabeza, seguía la dirección correcta.

—Lamento lo ocurrido —dije—. No es a ti a quien buscan, sino a mí.

—¿Quiénes son esos hombres?

—El que me ha disparado es francés. Lo he visto antes.

—¿Dónde lo has visto?

—En Francia. De hecho, le disparé.

—¡Ethan!

—Intentaba robarme. Qué lástima que no lo matara.

Me miró como si me viera por primera vez.

—No se trataba de dinero, era algo más importante. No os he contado a ti y a tu hermano toda la historia. —Ella tenía la boca entreabierta—. Creo que ha llegado el momento.

—Y esa mujer, Astiza, ¿tenía algo que ver? —Su voz era dulce.

—Sí.

—¿Quién era?

—Una estudiosa de la antigüedad. Una sacerdotisa, en realidad, pero de una diosa egipcia muy, muy antigua. Isis, si has oído hablar de ella.

—La Virgen negra. —Fue un susurro.

—¿Quién?

—Hace mucho tiempo se rendía culto a las estatuas de la Virgen talladas en piedra negra. Algunos simplemente lo consideraban una variante del arte cristiano, pero otros decían que en realidad era una continuación del culto de Isis. La Virgen blanca y la negra.

Interesante. Isis había aparecido reiteradamente durante mi búsqueda en Egipto. Y ahora esta mujer callada, a juzgar por las apariencias una cristiana devota, sabía también de ella. No había oido hablar nunca de una diosa pagana que fuese tan conocida.

—Pero ¿por qué blanco y negro?

Recordé el dibujo ajedrezado de las logias masónicas parisinas donde había hecho todo lo posible por comprender la francmasonería. Y las columnas gemelas, una negra y la otra blanca, que flanqueaban el altar de la logia.

—Como noche y día —dijo Miriam—. Todas las cosas son duales, y ésa es una enseñanza de los tiempos más remotos, mucho antes de Jerusalén y Jesús. Hombre y mujer. Bien y mal. Alto y bajo. Sueño y vigilia. Nuestra mente secreta y nuestra mente consciente. El universo está en tensión constante, y sin embargo los opuestos deben unirse para formar un todo.

—Oí decir lo mismo a Astiza.

Ella asintió.

—Ese hombre que te ha disparado llevaba una medalla que lo expresaba, ¿verdad?

—¿Te refieres al símbolo masónico de la escuadra y el compás superpuestos?

—Lo he visto en Inglaterra. El compás dibuja un círculo, mientras que el ángulo del carpintero traza un cuadrado. Otra vez la dualidad. Y la G corresponde a *God*, Dios en inglés, o *gnosis*, conocimiento en griego.

—El rito Egipcio herético se inició en Inglaterra —dije.

—Entonces ¿qué querían esos hombres?

—Lo mismo que yo busco. Lo que Astiza y yo buscábamos. Habrían podido retenerme como rehén para llegar hasta mí.

Miriam todavía temblaba.

—Sus dedos parecían garras.

Me sentí culpable de aquello a lo que la había arrastrado sin querer. Lo que había sido una caza del tesoro para pasar el rato se había convertido en una búsqueda peligrosa.

—Estamos en una carrera para averiguar la verdad antes que ellos. Voy a necesitar la ayuda de Jericó.

Me cogió del brazo.

—Vamos a pedírsela, entonces.

—Espera. —La retuve en la oscuridad. Creía que nuestro aprieto nos había conferido cierta proximidad emocional, y por lo tanto permiso para formular una pregunta más personal—. Tú también perdiste a alguien, ¿verdad?

Se mostró impaciente.

—Por favor, debemos apresurarnos.

—Lo vi en tus ojos cuando el mensajero me dijo que no hay ni rastro de Astiza. Me he preguntado por qué no estás casada, o prometida: eres demasiado bonita. Pero hubo alguien, ¿no?

Vaciló, pero el peligro había abierto brecha también en su reserva.

—Conocí a un hombre a través de Jericó, un aprendiz de herrero en Nazaret. Nos prometimos en secreto porque mi hermano tuvo celos. Jericó y yo estábamos unidos como dos huérfanos, y los pretendientes lo atormentaban. Lo descubrió y tuvimos una riña, pero yo estaba resuelta a casarme. Antes de que pudiéramos hacerlo, mi prometido fue obligado a prestar el servicio militar con los otomanos. Con el tiempo lo mandaron a Egipto y ya no regresó. Murió en la Batalla de las Pirámides.

Yo, por supuesto, había estado en el bando contrario en esa batalla, presenciando la eficaz matanza que las tropas europeas llevaban a cabo. Qué desperdicio.

—Lo siento —dije inadecuadamente.

—Es la guerra. La guerra y el destino. Y ahora Bonaparte puede venir hacia aquí.

—Se estremeció—. Ese secreto que buscas, ¿servirá?

—¿Servirá para qué?

—Para detener todas las muertes y violencia. Para hacer que esta ciudad vuelva a ser santa.

Bueno, ésa era la cuestión, ¿no? Astiza y sus aliados nunca habían estado seguros de si podrían usar el misterioso Libro de Tot para el bien o si simplemente debían cerciorarse de que no cayera en las manos inapropiadas, para el mal.

—Sólo sé que será perjudicial si ese bastardo que nos ha disparado lo encuentra primero.

Y dicho esto, me decidí a besarla.

Fue un beso robado que se aprovechó de nuestro trastorno emocional, y sin embargo ella no se apartó enseguida, pese a mi erección contra su muslo. No pude evitarlo: la acción y la proximidad física me habían excitado, y por su forma de besarme supe que era recíproco, por lo menos un poco. Cuando se apartó, lo hizo con un ligero jadeo.

Para evitar que la estrechara otra vez, me miró de los ojos a la sien.

—Estás sangrando.

Era una manera de no hablar de lo que acabábamos de hacer.

En efecto, me notaba el lado de la cabeza húmedo y caliente, y tenía una jaqueca atroz.

—Es sólo un rasguño —dije con mayor valor del que sentía—. Vamos a hablar con tu hermano.

—Más vale que terminemos tu rifle —dijo Jericó cuando le hube contado nuestra aventura.

—Excelente idea. Tal vez debería pedirte que me forjaras también un tomahawk. ¡Ay! —Miriam me vendaba la herida. Escocía un poco, pero sus fuertes dedos eran delicadísimos mientras me envolvía la cabeza. La bala de la pistola sólo me había rozado, pero el hecho de que hubiese pasado tan cerca afecta a cualquier hombre. A decir verdad, también me agradaba que me cuidase. Aquella mujer y yo nos habíamos tocado más durante la última hora que en los cuatro meses anteriores—. No hay nada más útil que esas hachas, y perdí la mía. Vamos a necesitar todas las ventajas que podamos conseguir.

—Tendremos que montar guardia por si esos rufianes vienen por aquí. Miriam, no vas a salir de esta casa.

Ella abrió la boca, y acto seguido la cerró.

Jericó andaba de un lado a otro.

—Tengo una idea para mejorar el arma, si el rifle es tan preciso como afirmas. Dijiste que cuesta trabajo fijarse en blancos que están muy alejados, ¿no es cierto?

—Una vez apunté a un enemigo y le di a su camello.

—Me he fijado que recorres la ciudad observando con tu catalejo. ¿Y si lo usáramos para mejorar tu puntería?

—Pero ¿cómo?

—Sujetándolo al cañón.

Bueno, era una idea de lo más ridícula. Añadiría más peso, haría el arma menos manejable y dificultaría la carga. Tenía que ser una mala idea porque nadie lo había hecho antes. Pero ¿y si realmente ayudaba a acercar los blancos lejanos?

—¿Podría funcionar?

Sabía que Franklin se habría sentido intrigado por ese modo de resolver problemas. Lo desconocido, que asusta a la mayoría de hombres, lo atraía como una sirena.

—Podemos intentarlo. Y necesitamos aliados si esa banda de hombres se encuentra aún en la ciudad. ¿Crees que has matado a uno de ellos?

—Lo he acuchillado. ¿Quién sabe? Disparé a su jefe en Francia, y aquí está, vivito y coleando. Parece que me cuesta trabajo acabar con la gente.

Pensé en Silano y Ahmed bin Sadr en Egipto, que volvieron a atacarme después de recibir varias heridas. No sólo necesitaba ese rifle, sino también práctica con él.

—Voy a informar a sir Sidney —dijo Jericó—. Los agentes franceses de aquí pueden ser lo bastante importantes como para que los británicos manden ayuda. Y Miriam ha dicho que todo esto tiene algo que ver con ese tesoro que prometes. ¿Qué está pasando en realidad?

Ya era hora de que me confiara a ellos.

—Puede haber algo enterrado aquí, en Jerusalén, que podría influir en el curso de toda la guerra. Lo buscamos en Egipto, pero al final decidimos que debía de haber venido a Israel. Pero cada vez que encuentro una escalera que conduce al subsuelo, llego a un callejón sin salida. La ciudad es un montón de escombros. Mi búsqueda podría ser imposible. Ahora los franceses están aquí, sin duda detrás de lo mismo.

—Preguntaron por ti —recordó Miriam.

—Sí, ¿y me descubrieron o se enteraron de mi presencia desde lejos? Jericó, ¿es posible que la gente que inquirió sobre Astiza en Egipto haya dejado escapar mi existencia?

—En teoría... pero espera. ¿Encontrar qué, exactamente? ¿Qué es ese tesoro que buscas?

Respiré hondo.

—El *Libro de Tot*.

—¿Un libro? —Quedó decepcionado—. Creía que dijiste que era un tesoro. ¿Me he pasado el invierno haciendo un rifle por un libro?

—Los libros tienen poder, Jericó. Fíjate en la Biblia o el Corán. Y este libro es distinto, es un libro de sabiduría, poder y... magia.

—Magia. —Su expresión era apagada.

—No tienes por qué creerme. Lo único que sé es que me han disparado, han introducido serpientes en mi cama y me han perseguido con camellos y barcos para hacerse con ese libro... o más bien un medallón que tenía que era una pista para llegar hasta el libro. Resultó que el medallón era la llave de una puerta secreta de la Gran Pirámide, en la que Astiza y yo entramos. Encontramos un lago subterráneo repleto de tesoros, un pabellón de mármol y un recipiente de oro para ese libro.

—¿De modo que ya tienes el tesoro?

—No. La única forma de salir de la pirámide era nadando por un túnel. El peso del oro y las joyas amenazaban con ahogarme. Lo perdí todo. Los judíos podrían haber escondido un tesoro distinto aquí, en Jerusalén.

Recibí la misma mirada escéptica que obtenía de madame Durrell en París cuando le justificaba el retraso de mi alquiler.

—¿Y el libro?

—El recipiente estaba vacío. Lo único que quedaba era un cayado de pastor caído junto a él. Astiza me convenció de que el cayado había sido traído por el hombre que robó el libro, y que ese hombre debió de ser... —Vacilé, sabedor de cómo sonaría aquello.

—¿Quién?

—Moisés.

Por un momento se limitó a parpadear, consternado. Luego soltó una risotada desdeñosa.

—¡Vaya! ¡He estado alojando a un chiflado! ¿Sabe Sidney Smith que estás loco?

—No le he contado todo esto, y tampoco te lo habría dicho a ti si no hubiésemos visto a ese francés. Ya sé que resulta extraño, pero ese villano estaba aliado con mi mayor enemigo, el conde Silano. Lo que significa que nos queda poco tiempo. Tenemos que encontrar el libro antes que él.

—Un libro que Moisés robó.

—¿Acaso es imposible? Un príncipe egipcio mata a un capataz en un acceso de cólera, huye del país y luego regresa tras conversar con una zarza ardiendo para liberar a los esclavos hebreos. Crees en todo eso, ¿verdad? Pero de repente Moisés tiene el poder de provocar plagas, separar las aguas y alimentar a los israelitas en el desierto del Sinaí. La mayoría de los hombres lo llaman un simple milagro, un don de Dios, pero ¿y si encontró instrucciones que le dijeron cómo hacer eso? Esto es lo que creía Astiza. En su condición de príncipe, sabía cómo entrar y salir de la pirámide, que no era más que un sueño y un jalón para proteger el libro de los indignos. Moisés lo coge, y cuando el faraón descubre su desaparición, persigue a Moisés y los esclavos hebreos con seiscientos carrozas, que acabarán siendo engullidos por el mar Rojo. Más tarde, esa tribu de ex esclavos llega a la Tierra Prometida y procede a conquistarla a sus habitantes civilizados y establecidos. ¿Cómo? ¿Mediante un arca con poderes misteriosos o un libro de sabiduría antigua?

Sé que parece improbable, y no obstante los franceses también lo creen. De lo contrario, esos hombres no habrían capturado a tu hermana. Es una crisis tan real como los moratones en sus brazos y hombros.

El quincallero me miró, tamborileando con los dedos.

—Estás loco.

Sacudí la cabeza, presa de la frustración.

—Entonces ¿por qué tengo esto?

Y rebusqué dentro de la túnica para sacar los dos querubines dorados, cada uno de diez centímetros de longitud. Miriam ahogó un grito y Jericó puso los ojos como platos. Sabía que no era sólo por el resplandor del oro, todavía intenso al cabo de miles de años. Era el hecho de que aquellos ángeles arrodillados, con las alas extendidas uno hacia otro, eran un modelo a escala reducida de los que habían decorado antiguamente la parte superior del Arca de la Alianza. No se trataba, ni mucho menos, de una falsificación barata que hubiera podido encargar en el taller de un artesano. La hechura era demasiado buena, y el oro, demasiado pesado.

—Un viejo que conocí lo llamó una brújula —continué—. No sé a qué se refería. No sé hasta qué punto nada de esto es cierto. He estado trabajando con ciencia, religión y especulación desde que salí de París hace un año. Pero las pirámides parecen cifrar matemáticas complejas que ningún pueblo primitivo conocía. ¿Y de dónde surgió la civilización? En Egipto, pareció brotar completamente formada. Cuenta la leyenda que el conocimiento humano de la arquitectura, la escritura, la medicina y la astronomía provenía de un ser llamado Thoth, que se convirtió en un dios egipcio, predecesor del dios griego Hermes. Supuestamente Thoth escribió un libro de sabiduría, un libro tan poderoso que podía emplearse tanto para el mal como para el bien. Los faraones egipcios, comprendiendo su fuerza, lo resguardaron bajo la Gran Pirámide. Pero si Moisés lo robó, el libro pudo... tuvo que ser traído aquí por los judíos.

—Moisés ni siquiera llegó a la Tierra Prometida —objetó Miriam—. Murió en el Monte Nebo, al otro lado del río Jordán. Dios no lo autorizó a entrar.

—Pero sus sucesores lo hicieron, con el arca. ¿Y si ese libro formaba parte del arca, o la complementaba? ¿Y si fue escondido debajo del Templo de Salomón? ¿Y si sobrevivió a la destrucción del primer templo a manos de Nabucodonosor y los babilonios y del segundo templo a manos de Tito y los romanos? ¿Y si todavía está aquí, aguardando a ser redescubierto? ¿Y si el primero en encontrarlo es Bonaparte, que sueña con ser otro Alejandro? ¿O los seguidores del conde Alessandro, que sueñan consigo mismos y con su corrupto Rito Egipcio de francmasonería? ¿Y si Silano sobrevivió a la caída desde mi globo, pese a que Astiza no lo hizo? Ese libro podría inclinar el equilibrio de fuerzas. Debe ser encontrado y protegido o, si la situación va a peor, destruido. Lo único que digo es que debemos buscar en todos los sitios probables antes de que lo hagan esos franceses.

—Vives en mi casa, trabajas en mi fragua, ¿y no me has contado esto hasta ahora?

—Jericó estaba molesto, pero no dejaba de observar mis querubines con curiosidad.

—He tratado de manteneros a ti y a Miriam al margen de todo ello. Es una pesadilla, no un privilegio. Pero ahora, si conoces túneles subterráneos, debes ayudarme a encontrarlos. Los franceses no se rendirán. Estamos en una carrera.

—No soy explorador sino herrero.

—Y yo soy un mero agente comercial atrapado en guerras remotas, no un soldado. A veces somos llamados a cosas, Jericó. Tú has sido llamado a ayudarme con esto.

—A encontrar el libro mágico de Moisés.

—De Thoth, no de Moisés.

—Ya. A encontrar un libro escrito por un dios mítico, un falso ídolo.

—¡No! A impedir que la gente inapropiada (el renegado Rito Egipcio de la francmasonería) utilice su poder para el mal. —Mi frustración aumentaba porque sabía hasta qué punto parecía un loco.

—¿El Rito Egipcio?

—Ya recuerdas los rumores sobre ellos en Inglaterra, hermano —terció Miriam—. Una sociedad secreta, a la que se atribuían prácticas oscuras. Los otros masones los aborrecían.

—Sí, eso es cierto —confirmé—. Sospecho que el hombre que ha atacado a tu hermana es uno de ellos.

—Pero yo trabajo con hierro duro y fuego candente —protestó Jericó—. Cosas tangibles. No sé nada de la antigua Jerusalén, de túneles ocultos, de libros perdidos ni de masones renegados.

Hice una mueca. ¿Cómo podía reclutarlo?

—Pero sabemos que en esta ciudad hay un erudito que ha escudriñado los caminos antiguos —confesó Miriam.

—¿No te referirás al usurero?

—Es un estudioso del pasado, hermano.

—¿Un historiador? —los interrumpí. Sonaba a Enoc, quien me había ayudado en Egipto.

—Más bien un recaudador de impuestos mutilado, pero nadie sabe más sobre la historia de Jerusalén —admitió Jericó—. Miriam ha trabado amistad con él. Necesitamos faroles, picos, ayuda de Sidney Smith... y el consejo de Haim Farhi.

—¿Quién es ése? —pregunté alegremente, aliviado de que el quincallero quisiera ayudar.

—Un hombre que sabe más que nadie acerca de los buscadores de tesoros que te precedieron: los caballeros cristianos que pueden haberse adelantado a tu búsqueda.

Esperaba que Haim Farhi tuviera parte de la gravedad y dignidad aristotélicas de Enoc, el mentor y anticuario de Egipto que fue asesinado por mis enemigos. Sin embargo, me esforzaba por no mirarlo boquiabierto. No era sólo que aquel judío bajito, pequeño y de mediana edad, con patillas en espiral y un atuendo adusto y oscuro, careciera de la majestad de Enoc. Era también que lo habían mutilado hasta convertirlo en uno de los hombres más repulsivos que había visto nunca. Tenía parte de la nariz trinchada, dejando un hocico semejante al de un cerdo. Le faltaba la oreja derecha. Y le habían sacado el ojo derecho, dejando una cuenca cerrada por una cicatriz.

—Dios mío, ¿qué le ocurrió? —susurré a Jericó mientras Miriam cogía la capa del hombre en la puerta.

—Provocó la ira de Djezzar *el Carnicero* —contestó el herrero en voz baja—. No expreses compasión. Ostenta su supervivencia como una insignia de honor. Es uno de los banqueros más poderosos de Palestina y tiene la confianza de Djezzar, habiéndole sido leal después de su tortura.

—¿ La gente lo utiliza para sus ahorros y préstamos?

—Fue su rostro lo que se desfiguró, no su mente.

—El rabí Farhi es uno de los historiadores ilustres de la provincia —dijo Miriam en voz más alta mientras se nos acercaban, adivinando ambos el motivo de nuestros susurros—. Es también un estudioso de misterios judíos. Todo aquel que ahonde en el pasado hará bien en pedirle consejo.

—En tal caso agradezco su ayuda —dije con diplomacia, procurando no mirar.

—Como yo agradezco vuestra tolerancia de mi desgracia —respondió Farhi con voz serena—. Conozco el efecto que causo en la gente. Veo mi desfiguración reflejada en los ojos de cada niño asustado. Pero el aislamiento de la mutilación me proporciona tiempo para las leyendas de esta ciudad. Jericó me ha dicho que estáis buscando secretos perdidos de importancia estratégica, ¿es así?

—Posiblemente.

—¿Posiblemente? Vamos, si queremos avanzar debemos confiar el uno en el otro, ¿no?

Estaba aprendiendo a no confiar demasiado en nadie, pero no lo dije, ni ninguna otra cosa.

—Y esos efectos pueden tener alguna relación con el Arca de la Alianza —prosiguió Farhi—. ¿No es así también?

—Así es.

Era obvio que sabía lo que le había contado a Jericó.

—Puedo entender por qué habéis viajado tan lejos, con tanto entusiasmo. Pero es mi triste responsabilidad advertiros que quizás llegáis setecientos años demasiado

tarde. Otros hombres han venido antes a Jerusalén, buscando los mismos poderes que vos.

—Y vais a decirme que hicieron cuanto pudieron y no los encontraron.

—Al contrario, voy a deciros que posiblemente encontraron exactamente lo que buscáis. O que, si no lo hicieron, es poco probable que vos lo consigáis. Buscaron durante años. Jericó me ha dicho que vos sólo disponéis de unos días, a lo sumo.

¿Qué sabía aquel lisiado?

—¿Qué encontraron exactamente?

—Curiosamente, los eruditos aún discuten al respecto. Un grupo de caballeros cristianos partió de Jerusalén con poderes inexplicables, y sin embargo se mostraron impotentes cuando los traicionaron. Así pues, ¿encontraron algo? ¿O no?

—Un cuento de hadas —se burló Jericó.

—Pero basado en la historia, hermano —dijo Miriam en voz baja.

—Esas historias sobre túneles son leyendas anticuadas —insistió Jericó.

—¿Y qué es la leyenda sino un eco de la verdad? —replicó su hermana.

Los miré a los tres. Ya habían discutido de esto antes.

—¿Qué leyendas?

—Las de nuestros antepasados, los caballeros templarios —dijo Miriam—. Su nombre completo era los Pobres Caballeros de Cristo en el Templo de Salomón. No todos los monjes guerreros eran célibes, y la tradición sostiene que nuestra sangre desciende de la suya. Buscaban lo mismo que tú, y hay quien cree que lo encontraron.

—¿Lo creen ahora?

—Es una historia curiosa —dijo Farhi—. Tengo entendido que habéis vivido en París, señor Gage. ¿Conocéis la región francesa de la Champaña, al sureste de París y al norte de Troyes?

—La he atravesado, y disfrutado de sus productos.

—Hace más de mil trescientos años se libró allí una de las batallas más terribles de toda la historia. Los últimos romanos derrotaron a Atila, el gran huno.

—La Batalla de Châlons —dije, agradecido de que Franklin hubiese mencionado este episodio antiguo un par de veces. Era una fuente de información rara, y leía libros de historia lo bastante gruesos para tres topes de puerta, escritos por cierto inglés llamado Gibbon.

—En esa batalla Atila tenía una misteriosa espada antigua con poderes místicos, que se remontaba a tiempos muy remotos. Las leyendas de tales encantamientos, y la idea de que existen en este mundo fuerzas más poderosas que las del músculo y el acero, se transmitieron a las generaciones de francos que llegaron a la Champaña para habitarla. Eran gentes que creían que podía haber en el mundo algo más que lo

que vemos y tocamos fácilmente. El gran santo y maestro san Bernardo de Claraval fue uno de los que oyeron esas historias.

Ese nombre también me sonó. Recordé al sabio francés Jomard evocándolo la primera vez que subimos a la Gran Pirámide.

—Esperad, he oído hablar de él. Dijo algo acerca de que Dios es altura y anchura... es dimensiones. Que se podían incorporar las proporciones divinas a edificios sagrados.

—Sí. «¿Qué es Dios? Es longitud, anchura, altura y profundidad», dijo el santo. Y el influyente caballero Andrés de Montbard, tío de Bernardo, compartía la idea de que los antiguos que sabían tales cosas podrían haber enterrado secretos poderosos en Oriente. Enterrados, quizá, debajo del Templo de Salomón, que ocupaba el Monte del Templo, a poca distancia de donde estamos ahora.

—Los francmasones lo han creído hasta la fecha —dije, recordando a mi difunto amigo periodista, Antoine Taima, y sus entusiásticas teorías.

—En 1119 —continuó Farhi—, el tío de Bernardo, Montbard, era uno de los nueve caballeros que viajaron a Tierra Santa en misión especial. Jerusalén ya había sido tomada por los cruzados, y estos nueve llegaron a la ciudad y pidieron formar una nueva orden militar de monjes guerreros llamados templarios. Pero desde el principio su objetivo parecía misterioso. Se proponían proteger a los peregrinos cristianos, pero aquellos hombres de la Champaña inicialmente no reclutaron seguidores y ejercían escasa vigilancia en el camino de Jafa. En cambio, obtuvieron una autorización extraordinaria del gobernador de Jerusalén, el rey Balduino II, para establecer su cuartel general en la mezquita de Al-Aqsa, en el extremo sur del Monte del Templo.

—¿Nueve recién llegados consiguieron acampar en el Monte del Templo?

Farhi asintió, mirándome con su único ojo.

—Curioso, ¿verdad?

—¿Y qué tienen que ver esos templarios con Moisés y el arca? —pregunté.

—Aquí entramos en la especulación —dijo Farhi—. Circulan rumores de que excavaron túneles en los cimientos de lo que había sido el Templo de Salomón y hallaron... algo. Después de su estancia aquí, regresaron a Europa, el Papa les otorgó un rango especial y se convirtieron en los primeros banqueros y la orden militar más poderosa del continente. Los adeptos acudían en tropel a ellos. Eran inconcebiblemente ricos, y los monarcas temblaban ante la Orden del Temple. Y luego, una noche terrible, la del viernes 13 de octubre de 1309, los dirigentes templarios fueron arrestados en una purga masiva ordenada por el rey de Francia. Cientos de ellos fueron torturados y quemados en la hoguera. Con ellos murieron los secretos de lo que habían encontrado en Jerusalén. Entonces surgieron las leyendas: ¿cómo una oscura orden de caballeros llegó a hacerse tan rica y poderosa en tan poco tiempo?

—Creéis que encontraron el arca?

—Desde entonces no se ha descubierto ni rastro de ella.

—Poco después —agregó Miriam— empezaron a cantarse historias de caballeros en busca de un Santo Grial.

—El cáliz de la Última Cena —dijo.

—Ésa es una versión —explicó Farhi—. Pero el Grial también ha sido descrito en varios relatos como un caldero, un plato, una piedra, una espada, una lanza, un pez, una mesa... y hasta un libro secreto. —Me miraba con atención.

—¡El *Libro de Tot*!

—No he oído llamarlo así, hasta ahora. Y sin embargo la historia que habéis contado a Jericó y Miriam es intrigante. El dios Thoth fue el precursor del dios griego Hermes. ¿Lo sabíais?

—Sí, me enteré en Egipto.

—En la leyenda de Percival, terminada en 1210, el héroe pide consejo a un viejo sabio ermitaño llamado Treurizent. ¿Reconocéis este nombre?

Negué con la cabeza.

—Algunos eruditos creen que procede del francés *treble escient*.

Ahora experimenté una cálida oleada de emoción.

—¡Tres veces sagaz! Que es lo que significa el nombre griego Hermes Trismegistus, «Hermes, el Tres Veces Sagaz», maestro de todas las artes, ¡que a su vez es el dios egipcio Thoth!

—Sí. Tres Veces Supremo, la Primera Inteligencia, el creador de la civilización. Fue el primer gran autor, el que nosotros los judíos conocemos como Enoc.

—Enoc era el nombre que adoptó mi mentor en Egipto.

—No me sorprende. Bien, cuando los templarios fueron arrestados se los acusó de herejía. Se les atribuyeron ritos obscenos, relaciones sexuales con otros hombres y la adoración de una misteriosa figura llamada Baphomet. ¿Habéis oido hablar de él?

—No.

—Ha sido representado como un demonio o diablo con cabeza de macho cabrío. Pero este nombre presenta una curiosidad. Si procediera de Jerusalén, podría ser una corrupción de la voz árabe *abufibamat*, que se pronuncia «bufihimat». Significa «padre de sabiduría». ¿Y quién pudo ser, para unos hombres que se autodenominaban Caballeros del Temple?

Reflexioné un momento.

—El rey Salomón.

—¡Sí! Las relaciones continúan. Los antiguos judíos también tenían costumbre, durante la ocupación extranjera, de escribir códigos secretos empleando cifras de sustitución. En el código At-bash, cada letra del alfabeto hebreo representa, en realidad, otra letra. La primera letra se convierte en la última del alfabeto; la segunda

letra, en la penúltima, y así sucesivamente. Si se pronuncia Baphomet en hebreo, y luego se traduce utilizando este código At-bash, se lee *sophia*, la palabra griega que equivale a sabiduría.

—Baphomet. Salomón. Sophia. ¿De modo que los caballeros rendían culto a la sabiduría y no a un demonio?

—Ésa es mi teoría —dijo Farhi con modestia.

—Entonces ¿por qué fueron perseguidos?

—Porque el rey de Francia los temía y quería sus riquezas. ¿Qué mejor forma de desacreditar a tus enemigos que acusarlos de blasfemos?

—Los caballeros bien pudieron consagrarse a algo más tangible —sugirió Miriam—. ¿No nos dijiste, Ethan, que *Tot* es supuestamente el origen de la palabra inglesa *thought*, «pensamiento»?

—Sí.

—Y así la cadena se hace aún más larga. Baphomet es el Padre de Sabiduría, es Salomón, es Sophia..., pero ¿no pudo ser también pensamiento Thoth, tu dios originario de todo el aprendizaje?

Estaba anonadado. ¿Acaso los Caballeros del Temple, los presuntos antepasados de mis propias logias masónicas fraternas, habían sabido de aquella antigua deidad egipcia? ¿Habían llegado incluso a adorarla? ¿Estaban relacionados todos aquellos disparates, por vías que se extendían desde los masones hasta los templarios, y desde éstos remontándose a través de griegos, romanos y judíos hasta el antiguo Egipto? ¿Existía una historia secreta que serpenteaba a través de todas las épocas del mundo, pareja a la comúnmente conocida?

—¿Y cómo llegó Salomón a ser tan sabio? —preguntó Jericó pausadamente—. Si ese libro fuese real, y el rey lo tuviese en sus manos...

—Corrieron rumores siniestros de que Salomón tenía el poder de invocar demonios —dijo Miriam—. Y así las historias giran sobre sí mismas: que hombres píos buscaban sólo conocimiento, o que el conocimiento en sí era corruptor, desembocando en riquezas y maldad. ¿Es el conocimiento bueno o malo? Fijaos en la historia del Jardín del Edén y el Árbol del Conocimiento del Bien y el Mal. Las leyendas y los argumentos van de acá para allá.

Me sentía aturdido por las posibilidades.

—¿Creéis que los Caballeros del Temple ya encontraron ese libro?

—Si lo hicieron, pudieron perderlo en la purga que siguió —dijo Farhi—. Puede que vuestro Grial concreto no sea más que cenizas, o que esté en otras manos. Pero ninguna potencia siguió a los templarios. Ningún grupo de caballeros llegó a igualarlos jamás, y ninguna otra hermandad se extenderá nunca tanto por Europa. Y cuando Jacques de Molay, el último gran maestre, fue quemado en la hoguera por negarse a traicionar los secretos templarios, lanzó una maldición terrible prometiendo que el rey de Francia y el Papa lo seguirían a la tumba en menos de un

año. Ambos lo hicieron. Así pues, ¿se encontró el libro para empezar? ¿Se perdió? ¿O acaso fue...?

—Escondido una vez más —dijo Miriam.

—¡En el Monte del Templo! —exclamé.

—Posiblemente, pero en lugares tan profundos que no puede volver a encontrarse fácilmente. Es más, cuando Saladino recuperó Jerusalén de manos de los cruzados, la posibilidad de penetrar en el monte pareció perdida. Aún hoy, los musulmanes lo custodian celosamente. Sin duda han oído algunas de las mismas historias que nosotros. Sin embargo no autorizan exploración alguna. Esos secretos podrían hacer temblar todas las religiones hasta sus cimientos, y el islam es enemigo de la brujería.

—¿Queréis decir que no podemos entrar allí?

—Si lo intentásemos y nos descubrieran, nos ejecutarían. Es territorio sagrado. Las excavaciones del pasado han ocasionado disturbios. Sería como tratar de excavar San Pedro.

—Entonces ¿por qué seguimos hablando?

Se miraron unos a otros con complicidad.

—Ah. Porque no deben descubrirnos.

—Exacto —dijo Jericó—. Farhi ha sugerido un posible camino.

—¿Por qué no lo ha seguido él mismo?

—Porque está lleno de humedad y suciedad, es peligroso, estrecho y probablemente inútil —respondió Farhi alegremente—. A fin de cuentas, sólo nos ocupábamos de una imprecisa leyenda histórica hasta que llegasteis vos afirmando que algo extraordinario existió realmente en el antiguo Egipto y tal vez lo trajeron aquí. ¿Me lo creo? No. Puede que seáis un mentiroso divertido, o un tonto crédulo. Pero ¿no me lo creo, cuando su existencia puede haber supuesto un gran poder para mi gente? No puedo permitírmelo.

—¿Nos guiaréis entonces?

—Todo lo bien que pueda hacerlo un tenedor de libros desfigurado.

—Por una parte del tesoro, supongo.

—Por verdad y conocimiento, con lo que Thoth se conformaría.

—Lo cual podría utilizarse para el bien o para el mal, como ha dicho Miriam.

—Lo mismo podría decirse del dinero, amigo mío.

Bueno, cada vez que un desconocido declara su altruismo y me llama amigo, me pregunto en qué bolsillo mete la mano. Pero durante los meses que había pasado buscando no había encontrado ninguna pista, ¿no? Quizás él y yo podríamos utilizarnos uno a otro.

—¿Por dónde empezamos?

—Entre la Cúpula de la Roca y la mezquita de Al-Aqsa está la fuente de El-Kas —dijo Farhi con aspereza—. Recibe el agua de unos antiguos aljibes de lluvia situados en las profundidades del Monte del Templo. Estas cisternas están comunicadas por túneles, para alimentarse unas a otras. Algunos escritores han especulado que forman parte de una red de pasajes que pueden extenderse incluso bajo la mismísima roca santa Qubbat as-Sajra, donde Abraham ofreció su sacrificio a Dios: la piedra angular del mundo. Además, esos aljibes deben de estar conectados también con manantiales, no sólo agua de lluvia. En consecuencia, hace una década Djezzar me pidió que examinara los registros antiguos en busca de galerías subterráneas de acceso al Monte del Templo. Le dije que no había encontrado ninguna.

—¿Mentisteis?

—Fue una confesión de fracaso costosa. Me mutilaron como castigo. Pero la razón es que sí encontré viejos registros, informes fragmentarios, que insinuaban un camino secreto a unos poderes tan grandes que un hombre como Djezzar jamás debía alcanzar. La fuente de Gihon que alimenta la piscina de Siloé, extramuros de la ciudad, puede ofrecer una vía. En ese caso, los musulmanes jamás nos verían.

—Esos aljibes —dijo Miriam— probablemente conduzcan a los lugares más recónditos donde los judíos pudieron haber escondido el arca, el libro y otros tesoros.

—Hasta que tal vez fueron desenterrados por los Caballeros del Temple —añadió Farhi—. Y quizás escondidos de nuevo, después de que Jacques de Molay fuese quemado en la hoguera. Pero existe otro problema que también me ha disuadido de emprender cualquier exploración.

—¿Los túneles están inundados? —Conservaba crudos recuerdos de mi huida de la Gran Pirámide.

—Es posible. Pero aunque no lo estén, un documento que encontré hacía referencia a puertas que están selladas. Lo que antes estuvo abierto ahora puede estar cerrado.

—Unos hombres resueltos pueden forzar cualquier puerta cerrada, con suficiente músculo o pólvora —dijo Jericó.

—¡Nada de pólvora! —exclamó Farhi—. ¿Queréis despertar a la ciudad?

—Músculo, entonces.

—¿Y si los musulmanes nos oyen hurgar allí abajo? —pregunté.

—Eso —respondió el banquero— sería la peor suerte.

Mi rifle estaba terminado. Jericó había pegado cuidadosamente dos cabellos de Miriam en su telescopio para dotarlo de un punto de mira, y cuando probé el arma fuera de la ciudad constaté que podía acertar con precisión a un plato a doscientos metros. Un mosquete, en cambio, era poco preciso a partir de cincuenta. Pero cuando levanté el instrumento para otear en busca de los bandidos franceses desde nuestra azotea, mirando hasta que me dolía el ojo, no vi nada. ¿Se habían marchado? Me hice

ilusiones de que no, de que Alessandro Silano estaba allí, dirigiéndolos en secreto, y de que podría capturarlo e interrogarlo acerca de Astiza.

Pero daba la impresión de que la banda no hubiese existido nunca.

Miriam había utilizado latón brillante para imprimir dos reproducciones de los querubines a ambos lados de la culata de madera a modo de polvoreras donde guardaba los tacos engrasados. Empujados por la bala, limpiaban el cañón de residuos de pólvora con cada disparo. Los querubines estaban agachados con las alas extendidas como los del arca. También me hizo un tomahawk nuevo. Yo estaba tan contento que di al indeciso Jericó algunos consejos para ganar en *el pbaraon*, en el caso de que tuviera ocasión de jugar, y compré una pequeña cruz española dorada para Miriam. Tampoco me sorprendió del todo, cuando llegó la noche de nuestra aventura, que Miriam insistiera en ir, pese a la costumbre de enclaustrar a las mujeres en Jerusalén.

—Conoce viejas leyendas que a mí me aburren —admitió Jericó—. Ve cosas que yo no veo, o no vería. Y no quiero dejarla sola con los ladrones franceses merodeando por ahí fuera.

—En eso estamos de acuerdo —dije.

—Además, los dos necesitáis el juicio de una mujer —terció ella.

—Es importante actuar con sigilo —añadió Jericó—. Miriam dijo que tienes aptitudes de piel roja.

A decir verdad, mis aptitudes de piel roja habían consistido básicamente en evitar a los salvajes siempre que podía, y cubrirlos de regalos cuando no podía. Mis contados aprietos con ellos habían sido espantosos. Pero había exagerado mis proezas fronterizas delante de Miriam (uno de mis vicios), y ahora ya no serviría de nada enmendar el historial.

También vino Farhi, vestido de negro.

—Mi presencia puede ser aún más importante de lo que creía —dijo—. Hay también misterios judíos, y desde nuestra conversación he estado estudiando lo que estudiaron los templarios, incluidos la numerología de la cabala judía y su *Libro de Zohar*.

—¿Otro libro? ¿Para qué sirve éste?

—Algunos creemos que la Tora, o vuestra Biblia, puede leerse a dos niveles. Uno, el de las historias que todos conocemos. El segundo es que existe otra historia, un misterio, un relato sagrado (un relato oculto entre líneas) incrustado en un código numérico. Eso es Zohar.

—¿La Biblia es un código?

—Cada letra del alfabeto hebreo puede representarse por un número, y hay diez números más debajo, que representan los *sefiroth* sagrados. Éstos son el código.

—¿Diez qué?

—*Sefiroth*. Son las seis direcciones de la realidad (los cuatro puntos cardinales de este, oeste, norte y sur, además de arriba y abajo) y los elementos del universo, que son fuego, agua, éter y Dios. Estos diez *sefiroth* y veintidós letras representan los treinta y dos caminos de sabiduría, que a su vez apuntan a los setenta y dos nombres de Dios. ¿Tal vez ese *Libro de Tot* pueda leerse del mismo modo? ¿Cuál es la clave? Ya lo veremos.

Bueno, era más del mismo galimatías con que me había topado desde que había ganado el maldito medallón egipcio en París. Al parecer la locura es contagiosa. Tanta gente parecía creer en leyendas, numerología y prodigios matemáticos que había empezado a creer yo también, aunque apenas podía sacar algo en limpio de aquello de que hablaban. Pero si un banquero desfigurado como Farhi estaba dispuesto a hurgar en las entrañas de la tierra debido a la numerología judía, entonces parecía valer también mi tiempo.

—Bueno, bienvenido. Procurad no quedarnos atrás. —Miré a Jericó—. ¿Por qué llevas un saco de mortero al hombro?

—Para tapar todo aquello que consigamos forzar. El secreto para robar cosas es aparentar que no se ha producido ningún robo.

Ésa es la clase de ideas que admiro.

Salimos por la Puerta del Estiércol una vez anochecido. Era principios de marzo, y la invasión de Napoleón ya había comenzado. Habían llegado noticias de que los franceses habían marchado desde El-Arish, en la frontera entre Egipto y Palestina, el 15 de febrero, obtenido una rápida victoria en Gaza y se estaban acercando a Jafa. Quedaba poco tiempo. Bajamos por la pedregosa ladera hasta la piscina de Siloé, unas instalaciones de fontanería de la época del rey David, mientras yo aconsejaba despreocupadamente cuándo agacharse y cuándo correr como si fuesen en realidad técnicas algonquinas seguras. Lo cierto es que me siento más a gusto en una sala de juego que en el monte, pero Miriam parecía impresionada.

Había luna nueva, una tajada que dejaba la ladera a oscuras, y el aire nocturno de principios de primavera era frío. Los perros ladran desde casuchas de pastores y apriscos de cabras mientras trepábamos sobre viejas ruinas. A nuestra espalda, dibujando una línea oscura contra el cielo, quedaban las murallas de la ciudad que encerraban el lado sur del Monte del Templo. Pude ver la silueta de Al-Aqsa allá arriba, y los muros y arcos de sus añadidos templarios.

¿Miraban hacia abajo los centinelas musulmanes? Mientras avanzábamos, tuve la incómoda sensación de ser observado.

—Hay alguien ahí —susurré a Jericó.

—¿Dónde?

—No lo sé. Los percibo, pero no puedo verlos.

Miró alrededor.

—No he oído nada. Creo que ahuyentaste a los franceses.

Palpé mi tomahawk y sujeté el rifle con ambas manos.

—Vosotros tres seguid adelante. Veré si puedo sorprender a alguien detrás.

Pero la noche parecía tan vacía como el saco negro de un mago. Finalmente, sabiendo que los otros esperaban, continué hacia la piscina de Siloé, un foso de tinta rectangular junto al suelo del valle. Unos peldaños de piedra desgastados bajaban a una plataforma de piedra desde la que las mujeres podían sumergir sus tinajas. Los gorriones, que anidaban en los muros de piedra del foso, se agitaban inquietos. Sólo un tenue resplandor de caras me mostró dónde se acurrucaban mis compañeros.

Y nuestro grupo había aumentado.

—Sir Sidney ha mandado ayuda —explicó Jericó.

—¿Británica? —Ahora comprendí mi presentimiento.

—Necesitaremos su trabajo en el subsuelo.

—Teniente Henry Tentwhistle, del buque de guerra *Dangerous*, a vuestro servicio, señor Gage —susurró un hombre, agazapado en la oscuridad—. Tal vez recordaréis que me ganasteis en nuestras partidas de *brelan*.

Gruñí para mis adentros.

—Tuve suerte frente a vuestra audacia, teniente.

—Éste es el alférez Potts, a quien superasteis en el pharaon. Le ganasteis la paga de seis meses.

—No debió de ser tanto. —Estreché su mano—. Me ha hecho mucha falta para cumplir la misión de la Corona aquí en Jerusalén.

—Y creo que conocéis también a estos dos muchachos.

Aun en la penumbra de medianoche de la piscina de Siloé, pude identificar el destello de la sonrisa memorablemente amplia y hostil de unos dientes como teclas de piano.

—Me debes una pelea, cuando termine esto —dijo su propietario.

—Y también nuestro dinero.

¡Cómo no! Eran Big Ned y Little Tom.

—Deberías sentirte honrado, patrón —dijo Big Ned.

—Ésta es la única misión para la que nos hemos ofrecido voluntarios —agregó Little Tom.

—Sir Sidney consideró mejor para todos que trabajásemos juntos.

—Es por ti que hemos venido.

—Me siento muy halagado —dije débilmente—. ¿No podías haberme advertido de esto, Jericó?

—Sir Sidney enseña que cuanto menos se hable, mejor.

Desde luego. El viejo Ben decía: «Tres pueden guardar un secreto si dos de ellos están muertos.»

—¿Así que envió a cuatro más?

—Nos figuramos que debía de haber dinero en juego para atraer a un zorro como tú —dijo Little Tom alegremente—. Entonces nos suministraron picos y nos dijimos uno a otro: ¡bueno, debe de ser un tesoro enterrado! Y ese yanqui podrá llegar a un arreglo con Ned, aquí presente, como prometió en la fragata... o podrá darnos su parte.

—No somos tan simples como crees —añadió Big Ned.

—Está claro. Bien —dije, mirando a la decididamente poco amistosa brigada de marineros e intentando no hacer caso de mi instinto de que todo aquello iba a salir mal—, es bueno tener aliados, muchachos, que se han conocido en el transcurso de juegos de azar amistosos. Veamos. Esto entraña cierto peligro, y debemos ser sigilosos como ratones, pero también existe una posibilidad real de hacer historia. No un tesoro, sino una oportunidad de dar con un pasillo secreto hasta el corazón del enemigo, en caso de que Boney tome esta ciudad. Ésa es nuestra misión. Mi filosofía es que lo pasado, pasado está, y lo que venga sonreirá a los hombres que se apoyen unos a otros, ¿no creéis? A fin de cuentas, cada penique que tengo va destinado a los asuntos de la Corona.

—¿Asuntos de la Corona? ¿Y cómo se explica entonces esa estupenda arma de fuego que llevas? —señaló Little Tom.

—¿Este rifle? —Relució ostentosamente—. ¡Anda!, un destacado ejemplo. Para vuestra protección, ya que es responsabilidad mía que ninguno de vosotros sufra daño alguno.

—A mí me parece un instrumento muy caro. Ese rifle está maquillado como una furcia de categoría. Apuesto a que ha costado mucho dinero.

—Apenas cuesta nada aquí en Jerusalén —insistí—. De fabricación oriental, sin conocimientos de verdadera artillería... Un trozo de chatarra, en realidad. —Evité la mirada irritada de Jericó—. Bien, no puedo prometer que encontraremos algo valioso. Pero si lo hacemos, entonces, desde luego, podréis quedarnos con mi parte y me

contentaré con algún que otro manuscrito. Éste es el espíritu de cooperación con el que me gustaría empezar, ¿eh? Como Ben Franklin gustaba de decir, todos los gatos son pardos de noche.

—¿Quién lo dijo? —preguntó Tom.

—Un maldito rebelde al que deberíamos haber colgado —tronó Big Ned.

—¿Y qué diablos significa?

—Que somos un hatajo de malditos gatos, o algo así.

—Que todos somos uno hasta que la misión haya terminado —corrigió Tentwhistle.

—¿Y quién es esta damisela, entonces? —dijo Little Tom, señalando a Miriam.

Ella se apartó con repugnancia.

—Mi hermana —gruñó Jericó.

—¡Hermana! —Tom retrocedió de un salto como si hubiese recibido una descarga eléctrica—. ¿Traes a tu hermana a una caza del tesoro? ¿Para qué demonios?

—Ve cosas —dije.

—Ve un cuerno —replicó Ned—. ¿Y quién es ése de ahí atrás?

—Nuestro guía judío.

—¿También un judío?

—Las mujeres traen mala suerte —dijo Tom.

—No vamos a llevarla —apuntó su compañero.

—Como si yo fuera a permitírtelo —espeta Miriam.

—Ten cuidado, Ned —advertí—. Su rodilla sabe dónde tienes los testículos.

—¿De veras? —La miró con mayor interés.

Por los jardines de Lexington, ¿no era ésa una curiosa mezcolanza? No habría podido hacer una compota peor si hubiese invitado a unos anarquistas a redactar una constitución. Así pues, verdaderamente intranquilos, entramos en la piscina poco profunda y vadeamos sus aguas, que nos llegaban a la altura de las rodillas, hasta el final. La corriente salía de una abertura semejante a una cueva cerrada por una verja de hierro.

—La han colocado para mantener alejados a niños y animales —dijo Jericó, levantando su palanca de hierro—. No a nosotros.

Hizo palanca a fuerza de músculos, se oyó un chasquido y la oxidada verja osciló hacia dentro con un chirrido. Una vez dentro, nuestro ferretero cerró la puerta a nuestra espalda y la aseguró con el candado nuevo que llevaba.

—Para éste tengo llave.

Eché una mirada al largo borde del foso. ¿Se había asomado alguien?

—¿Habéis visto algo? —susurré a Farhi.

—No he podido ver nada desde que salimos de la casa de Jericó —refunfuñó el viejo banquero—. No tengo por costumbre chapotear a oscuras.

Pronto el agua nos llegó a la altura del muslo, fría pero no helada. El túnel que vadeábamos tenía la anchura de mis brazos extendidos y de tres a cuatro metros de altura, con la textura de picos antiguos. Era una galería artificial excavada para suministrar agua de manantial natural a la antigua ciudad del rey David, nos dijo Farhi. El fondo era irregular y nos hacía dar traspiés. Cuando nos habíamos adentrado lo suficiente en el túnel como para que Jericó se arriesgara a encender el primer farol, me acerqué a Tentwhistle.

—No hay ninguna posibilidad de que os hayan seguido hasta aquí, ¿verdad? —pregunté.

—Pagamos a nuestros guías para que mantuvieran la boca cerrada —respondió el teniente.

—Sí, y para que no dijeran tampoco ni media palabra en Jerusalén —terció Ned.

—Un momento. ¿Entrasteis en la ciudad los cuatro marineros ingleses?

—Sólo para conseguir cuatro chucherías.

—¡Os dije que os escondierais hasta que cayera la noche! —siseó Jericó exasperado.

—Llevábamos sábanas árabes, y estábamos solos —dijo Tentwhistle a la defensiva

—. ¡Por el pulpito!, no voy a recorrer todo el camino hasta Jerusalén sin echarle un vistazo. Es una ciudad famosa.

—¡Sábanas árabes! —exclamé—. ¡Parecéis tan árabes como Santa Claus! ¡Vuestras caras rojas como la remolacha no habrían sido más evidentes si hubierais llegado desfilando con la Union Jack!

—¿Debíamos entonces morirnos de hambre hasta el anochecer y luego cavarte un hoyo? —contestó Big Ned—. Habernos recibido con una comilona si tan dispuestos estabais a mantenernos fuera de vuestra preciosa ciudad.

Bueno, ¿qué podía hacer ahora al respecto? Me volví hacia Jericó, su rostro sombrío a la luz ambarina del farol.

—Creo que será mejor que nos demos prisa.

—He dejado un candado sólido en la verja. Pero tú eres nuestra retaguardia, con tu rifle.

—¡No me toques! —gritó de repente Miriam, entre las sombras.

—Lo siento, ¿te he rozado? —dijo Little Tom, con sorna.

—Ven aquí, muñeca, yo te protegeré —agregó Ned.

Jericó empezó a levantar su pico, pero detuve su mano.

—Yo me encargaré.

Cuando retrocedía hacia el final de la fila, dejé que el cañón de mi rifle nuevo se hundiera en la ingle de Ned.

—¡Maldita sea! —farfulló.

—Qué torpeza la mía —dijo, apartando la culata tan bruscamente que golpeó de lleno la cara de Little Tom.

—¡Bastardo!

—Estoy seguro de que si todos mantenemos la distancia no chocaremos.

—Me pondré donde me salga de... —Entonces Tom gritó y pegó un brinco—. ¡Esa zorra me ha golpeado por detrás!

—Lo siento, ¿te he rozado? —Miriam esgrimía una palanca.

—Os lo he advertido, caballeros. Guardad la distancia si valoráis vuestra virilidad.

—Yo mismo os castraré si volvéis a tocar a mi hermana —añadió Jericó.

—Y yo os haré bailar a los dos con el látigo —dijo Tentwhistle—. ¡Alférez Potts! ¡Mantened la disciplina!

—¡Sí, señor! Vosotros dos... ¡comportaos!

—Oh, sólo estábamos jugando... ¡Dios todopoderoso! ¿Qué le ha ocurrido?

Farhi había pasado por delante de la luz del farol, y los asustados marineros vieron por primera vez su rostro desfigurado: el ojo vaciado, la nariz semejante a un hocico y la oreja arrancada.

—Toqué a su hermana —respondió pícaramente el judío.

Los marinos palidecieron y se mantuvieron lo más lejos posible de Miriam.

Si hubo alguna ventaja en el largo y penoso avance a través del agua hasta el muslo, fue que debilitó hasta cierto punto a los jadeantes marineros. No estaban acostumbrados a espacios cerrados ni al trabajo en tierra, y sólo su esperanza de dar con monedas antiguas evitaba que se negaran a continuar. Para mantenerlos resollando, sugerí a Tentwhistle que Ned y Tom ayudaran a llevar el saco de mortero de Jericó.

—¿Por qué no llevamos entre todos un capacho de malditos ladrillos? —se quejó Ned.

Pero siguió andando con paso pesado como un mulo, todos nosotros vadeando envueltos en la luz del farol. Me detuve una vez a escuchar mientras los demás seguían adelante, con la oscuridad intensificándose a medida que se alejaban. Eso... ¿era el eco de un ruido metálico, de un candado rompiéndose muy atrás? Pero a tanta distancia apenas resultaba más audible que la caída de una aguja, y no oí nada más. Al rato lo dejé y me apresuré para alcanzar a los otros.

Finalmente se oyó el sonido de agua corriente y el túnel comenzó a descender hacia la superficie del agua. Pronto tendríamos que avanzar a gatas.

—Nos acercamos al manantial —anunció Farhi—. Dice la leyenda que en alguna parte de arriba se halla el ombligo de Jerusalén.

—Yo opino que estamos en el maldito trasero —murmuró Little Tom.

Buscamos con los faroles hasta descubrir una oscura hendidura, estrecha como el bolsillo de un sobrecargo. No me hubiera imaginado que llevara a ninguna parte, pero después de izarnos unos a otros la abertura se ensanchó y un pasillo se desvió en dirección a la ciudad principal, esta vez seco. Gateamos sobre piedras desprendidas del techo, Miriam más ágil que cualquiera de nosotros. Había otra ratonera y la mujer abrió la marcha, Big Ned maldiciendo porque apenas podía pasar con el saco de mortero a cuestas. Estaba empapado en sudor. Luego el túnel volvió a hacerse uniforme, excavado artificialmente. Ascendía en pendiente constante; el techo sólo treinta centímetros por encima de nuestras cabezas y su diámetro demasiado estrecho para permitir el paso de dos hombres a la vez. Ned iba golpeándose la coronilla y soltando juramentos.

—Dice la leyenda que construyeron esta galería con la anchura justa para un escudo —explicó Farhi—. Un hombre solo podía defenderla contra un ejército de invasores. Vamos por el buen camino.

A medida que avanzábamos el aire se viciaba y la luz de los faroles se atenuaba. No tenía la menor idea de qué distancia habíamos recorrido ni qué hora era. No me habría sorprendido oír que habíamos caminado, vadeado y gateado hasta llegar a París. Por último nos topamos con piedra tallada en lugar de paredes de cuevas.

—La muralla de Herodes —murmuró Jericó—. Estamos pasando por debajo de ella, y por lo tanto bajo la plataforma del Monte del Templo, mucho más arriba.

Continuamos, y una vez más oí agua más adelante. De repente nuestra galería terminaba en una amplia cueva que nuestra tenue luz apenas llegaba a abarcar. Jericó me hizo sostenerle el farol mientras se introducía cautelosamente en la charca situada a nuestros pies.

—No hay problema, sólo llega a la altura del pecho y está limpia —anunció—. Hemos encontrado los aljibes. Procurad ser lo más sigilosos posible.

Al otro lado el túnel continuaba. Llegamos a un segundo aljibe y luego a un tercero, todos ellos de unos diez metros de ancho.

—En una estación más húmeda todas estas galerías estarían sumergidas —dijo Jericó.

Finalmente la galería ascendía de nuevo hasta una caverna seca, y por último nuestro camino terminó bruscamente. El techo era más alto debido al desplome de piedras que ocupaban la mitad de la cámara, elevando también el suelo. Al otro lado, podíamos ver la parte superior de una arcada construida en piedra. El problema era que su puerta había desaparecido y la abertura había quedado completamente obstruida por bloques de piedra con mortero, cerrándonos el paso.

—Maldita sea, todo esto para nada —resolló Ned.

—¿De veras? —dijo Jericó—. ¿Qué hay detrás de esta pared para que sus constructores no quisieran que entráramos?

—O saliéramos —apuntó Miriam.

—Necesitamos un barrilete de pólvora —dijo el marino, dejando caer el mortero.

—No, el silencio es la clave —dijo Farhi—. Debéis cavar antes de las oraciones del alba.

—Y volver a cerrarlo —añadió Miriam.

—Estupideces —opinó Ned.

Traté de hacer razonar al palurdo.

—El viejo Ben decía que el tiempo perdido ya no se recupera jamás.

—Y Big Ned dice que los hombres que hacen trampas a las cartas deberían devolver lo que se llevaron ilícitamente. —Me miró con los ojos entornados—. Más vale que haya algo al otro lado de este muro, patrón, o te vaciaré sujetándote por los tobillos.

Pero a pesar de su bravata él y Little Tom finalmente arrimaron el hombro, formando los ocho una cadena para pasarnos rocas sueltas y abrir una zanja al pie del arco obstruido. Llevó dos horas de trabajo deslomador retirar suficientes escombros para ver la entrada completa. Una gran puerta subterránea estaba taponada como una botella por piedra caliza de distintos colores.

—Tenía sentido sellarla —sugirió Tentwhistle—. Esto podía ser un punto de entrada para ejércitos enemigos.

—Los antiguos judíos construyeron el arco —conjeturó Farhi—, y árabes, cruzados o templarios lo tapiaron con ladrillos. Algun terremoto hundió el techo y ha quedado olvidado desde entonces, salvo para la leyenda.

Jericó levantó una barra con desaliento.

—Entonces, manos a la obra.

La primera piedra es siempre la más difícil. No nos atrevíamos a golpear y romper, así que burilamos el mortero y pusimos a Ned a un lado y a Jericó al otro para hacer palanca. Sus músculos se hincharon, el bloque fue saliendo como un cajón atascado y terco y por último evitaron su caída y lo depositaron silenciosamente como una zapatilla. Farhi no dejaba de mirar al techo como si de alguna manera pudiera ver la reacción de los guardias musulmanes muy por encima de nuestras cabezas.

Me incliné hacia el soplo de aire viciado que salía del agujero. Negrura. De modo que trabajamos en las piedras adyacentes, resquebrajando el mortero y haciendo palanca una por una para extraerlas. Finalmente el boquete fue lo bastante grande como para pasar a gatas.

—Jericó y yo investigaremos —dije—. Los marineros montad guardia. Si hay algo ahí, os lo traeremos.

—¡De eso ni hablar! —protestó Big Ned.

—Me temo que estoy de acuerdo con mi subordinado —dijo Tentwhistle secamente—. Estamos en una misión naval, caballeros, y nos guste o no, todos somos agentes de la Corona. Por la misma razón, toda propiedad encontrada pertenece a la Corona para su posterior distribución según estipula la ley. Desde luego, se tendrán debidamente en cuenta vuestras aportaciones.

—Ya no estamos en vuestra marina —objetó Jericó.

—Pero estáis al servicio de sir Sidney Smith, ¿no es cierto? —dijo Tentwhistle—. Y Gage es también agente suyo. Lo cual significa que entraremos todos juntos por este agujero, en nombre del rey y de la nación, o ninguno.

Puse una mano sobre el cañón de mi rifle, que había apoyado contra la pared de la cueva.

—Os han enviado para trabajar bajo tierra, no para haceros con el botín —porfié.

—Y vos, señor mío, fuisteis enviado a Jerusalén como agente de la Corona, no como buscador de tesoros privado.

Se llevó la mano a la pistola y el alfírez Potts hizo lo propio. Ned y Tom cogieron la empuñadura de sus alfanjes. Jericó levantó su palanca como si fuese una lanza.

Nos estremecimos como perros rivales en una carnicería.

—¡Basta! —siseó Farhi—. ¿Estáis locos? ¡Empezad una pelea aquí abajo y todos los musulmanes de Jerusalén estarán esperándonos! No podemos permitirnos disputas.

Vacilamos, y luego bajamos las manos. Tenía razón. Suspiré.

—Bien, ¿quién quiere ser el primero? En Egipto había serpientes y cocodrilos detrás de cada agujero.

Un silencio incómodo.

—Parece que tú eres el que tiene experiencia en esto, patrón.

De manera que me escabullí por el boquete, aguardé un momento para cerciorarme de que nada me mordía y seguidamente hice pasar un farol.

Me sobresalté. Unas calaveras me sonreían.

No eran cráneos de verdad, tan sólo esculturas. Aun así, resultaba inquietante ver una hilera de calaveras y tibias cruzadas recorriendo las junturas de las paredes y el techo como una moldura. No había visto nada igual en Egipto. Los demás entraban gateando a mi espalda, y al descubrir el morboso friso las exclamaciones de los marinos variaron desde « ¡Santo Dios!» hasta la más esperanzada « ¡Tesoro pirata!».

Farhi tenía una explicación más prosaica.

—Nada de piratas, caballeros. Esta moldura esquelética es de estilo templario. ¿Sabíais, señor Gage, que la calavera y las tibias cruzadas se remontan por lo menos a los Pobres Caballeros?

—También las he visto en relación con ritos masónicos. Y en camposantos.

—La mortalidad nos ataña a todos, ¿no es así?

Las calaveras decoraban un pasillo, y lo seguimos hasta una sala más amplia. Allí vi otros ornamentos que suponía tenían también su origen en los masones. El suelo estaba enlosado con baldosas de mármol en el conocido ajedrezado blanco y negro de los arquitectos dionisiacos, salvo que en el centro aparecía un dibujo curioso. Baldosas negras zigzagueaban entre las blancas para formar un símbolo parecido a un enorme relámpago. Extraño. ¿Por qué un relámpago?

La entrada por la que habíamos accedido estaba flanqueada a este lado por dos enormes pilares, uno blanco y otro negro.

En unos nichos a ambos lados había dos estatuas de la que parecía la Virgen, una de alabastro y otra de ébano: las Vírgenes blanca y negra. ¿María y la Magdalena? ¿O la Virgen María y la antigua Isis, diosa de la estrella Sirio?

—Todas las cosas son duales —murmuró Miriam.

El techo era una bóveda de cañón, más bien austera, pero lo bastante sólida como para sostener la plataforma de Herodes en alguna parte de arriba. En un extremo había un altar de piedra, con un nicho oscuro detrás. El resto de la sala estaba vacío. Tenía las dimensiones de un comedor, y tal vez los caballeros habían celebrado allí sus banquetes cuando no estaban ocupados abriendo túneles en la tierra en busca del tesoro de Salomón. Aparte de eso, estaba decepcionantemente vacío.

Cruzamos la estancia, de cincuenta pasos de longitud. Sobre la cara del altar había fijada una doble placa. En un lado se veía un tosco boceto de una iglesia con cúpula. En el otro, dos caballeros montaban un solo caballo.

—¡El sello de los templarios! —exclamó Farhi—. Esto confirma que ellos construyeron esto. Fijaos, está la Cúpula de la Roca, como la mezquita que tenemos sobre nuestras cabezas, simbolizando el enclave del Templo de Salomón, origen del nombre templario. ¿Y dos caballeros sobre un solo caballo? Algunos creen que es un signo de su pobreza voluntaria.

—Otros sostienen que significa que los dos son aspectos del uno —dijo Miriam—. Macho y hembra. Adelante y atrás. Noche y día.

—Aquí no hay nada —interpuso Ned, mirando alrededor.

—Una observación astuta —dijo Tentwhistle—. Parece que hemos trabajado mucho para nada, señor Gage.

—Salvo para los asuntos de la Corona —repuse con acritud.

—Sí, el americano nos ha arreglado el negocio —murmuró Little Tom.

—¡Pero mirad esto! —gritó el alférez Potts. Se había acercado a examinar la Virgen blanca—. ¿Una puerta de servicio, quizás? ¿O un pasaje secreto?

Nos arremolinamos a su alrededor. El alférez había empujado la mano extendida de la Virgen, alzada como en actitud de bendecir, y la imagen había girado. Al hacerlo, la piedra de atrás se había corrido dejando visible una escalera de caracol,

con una abertura tan angosta que había que ponerse de lado para acceder a ella. Subía muy empinada.

—Esto debía de llevar a la plataforma del templo de arriba —observó Farhi—. Una comunicación con el antiguo cuartel templario, en la mezquita de Al-Aqsa. Probablemente está bloqueada, pero debemos guardar más silencio que nunca. Podría transmitir el sonido hacia arriba como una chimenea.

—¿Y qué importa que nos oigan? —dijo Ned—. De todos modos aquí abajo no hay nada.

—Estás en Tierra Santa musulmana, estúpido, y también en suelo sagrado judío. Si alguna de las dos comunidades nos oye, nos atarán, nos circuncidarán, nos torturarán por intrusos y luego nos despedazarán.

—Ya.

—Probemos también con la Virgen negra —propuso Miriam.

Así que fuimos al otro lado de la sala, pero esta vez, por más que Potts empujó el brazo, la estatua no se movió. El dualismo de Miriam no parecía tener vigencia. Nos quedamos allí de pie, frustrados.

—¿Dónde está el tesoro del templo, Farhi? —pregunté.

—¿No os advertí que los templarios llegaron aquí antes que vos?

—Pero esta cámara parece europea, algo que ellos construyeron, no que descubrieron. ¿Por qué la construirían? Es un modo laborioso de conseguir un comedor.

—Aquí abajo no hay ventanas —observó Potts.

—De modo que servía para ceremonias —razonó Miriam—. Pero la verdadera actividad, la búsqueda, debió de tener lugar en otra cámara. Tiene que haber otra puerta.

—Las paredes son lisas y sólidas —dijo su hermano.

Recordé mi experiencia en Dendara, en Egipto, y eché un vistazo al suelo. Las baldosas blancas y negras formaban diagonales que partían del altar.

—Creo que Big Ned debería empujar esta mesa de piedra —dijo—. ¡Con fuerza!

Al principio no sucedió nada. Entonces Jericó se unió a él, y por último Little Tom, Potts y yo, todos gruñendo. Finalmente se oyó un chirrido y el altar comenzó a girar sobre un eje situado en una esquina. Al correr lateralmente sobre el suelo, dejó al descubierto un hoyo. Una escalera bajaba a las tinieblas.

—Esto ya es otra cosa —dijo Ned, jadeando.

Bajamos y accedimos a una antesala situada bajo la cámara principal. Al fondo había una gran puerta de hierro, roja y negra por la oxidación. Estaba marcada por diez discos de latón del tamaño de platos, verdosos por el tiempo. Había uno en la parte superior, y dos hileras de tres discos cada una de arriba abajo. Entre ellas, pero

más baja, una columna vertical de tres más. En el centro de cada uno había un pestillo.

—¿Diez pomos? —preguntó Tentwhistle.

—O diez cerrojos —dijo Jericó—. Cada uno de estos pestillos podría alojar una palanca en esta jamba de hierro. —Probó con un pomo, pero no se movió—. No tenemos herramientas para forzar esto.

—Lo que significa que quizá no ha sido abierta y no la han robado —razonó Ned, con mayor perspicacia de la que le había supuesto—. Me parece que es una buena noticia. Después de todo, puede que el patrón haya encontrado algo. ¿Qué podrías tener que fuese tan valioso como para poner una puerta como ésta delante, y además en el fondo de una madriguera?

—¿Diez cerrojos? No hay ojo de la cerradura —señalé.

Y cuando Jericó y Ned empujaron y tiraron de la sólida puerta, ésta no se movió.

—Está inmovilizada —dijo el quincallero—. Quizá no es una puerta, después de todo.

—Y se nos acaba el tiempo —advirtió Farhi—. Amanecerá sobre la plataforma de arriba, y los musulmanes vendrán a rezar. Si empezamos a golpear este hierro, alguien podría oírnos.

—Esperad —dije, recordando el misterio del medallón en Egipto—. Es un dibujo, ¿no os parece? Diez discos, en forma de soles... El diez es un número mágico. Supongo que significaba algo para los templarios.

—Pero ¿qué?

—*Sefiroth* —dijo Miriam pausadamente—. Es el árbol.

—¿Un árbol?

De repente, Farhi dio un paso atrás.

—¡Sí, sí, ahora lo veo! ¡El Etz Hayim, el Árbol de la Vida!

—La cabala —confirmó Miriam—. Misticismo y numerología judíos.

—¿Los caballeros templarios eran judíos?

—Desde luego que no, pero sí ecuménicos cuando se trataba de buscar secretos antiguos —razonó Farhi—. Habrían estudiado los textos judíos en busca de pistas sobre dónde cavar en el monte, así como musulmanes y otros. Se habrían interesado por todos los símbolos que acelerasen su búsqueda de conocimiento. Este es el dibujo de los diez *sefiroth*, con *keter*, la corona, en la parte de arriba, y luego *binah*, intuición, frente a *chojmah*, sabiduría... y así sucesivamente.

—Grandeza, piedad, fortaleza, gloria, victoria, majestad, fundamento y soberanía o reino —recitó Miriam—. Todos los aspectos de un Dios que escapa a la comprensión. No podemos entenderlo, sino sólo estas manifestaciones de su ser.

—Pero ¿qué significa en esta puerta?

—Es un rompecabezas, creo —dijo Farhi. Había acercado su farol—. Sí, puedo ver los nombres judíos grabados en hebreo. *Chesed, tiferet, netzach...*

—Los egipcios creían que las palabras eran mágicas —recordé—. Que recitarlas podía invocar un dios o fuerzas...

Big Ned se santiguó.

—¡Por Dios Nuestro Señor, blasfemias paganas! ¿Esos caballeros vuestros adoptaron las obras de los judíos? ¡No me extraña que los quemaran en la hoguera!

—No las adoptaron; las utilizaron —dijo Jericó pacientemente—. Aquí en Jerusalén respetamos las otras confesiones, aunque discrepemos de ellas. Los templarios pretendían decir algo con esto. Quizás hay que girar los pestillos en el orden correcto.

—Primero la corona —sugerí—. *Keter*, ahí arriba.

—Lo intentaré.

Pero aquel pestillo no se movió más que los otros.

—Espera, piensa —dijo Farhi—. Si nos equivocamos, quizá no funcionará ninguno.

—O activaremos alguna trampa —dije, recordando la caída de los monolitos de piedra que estuvieron a punto de atraparme en la pirámide—. Esto podría ser una prueba para mantener a raya a los indignos.

—¿Qué elegiría primero un templario? —preguntó Farhi—. ¿Victoria? Eran guerreros. ¿Gloria? Anhelaban la fama. ¿Sabiduría? Si el tesoro era un libro. ¿Intuición?

—Pensamiento —dijo Miriam—. Pensamiento, como Thoth, como el libro que busca Ethan.

—¿Pensamiento?

—Si se trazan líneas de un disco a otro se intersecan aquí, en el centro —señaló ella—. ¿No representa este centro para los judíos cabalísticos la mente inescrutable de Dios? ¿No es este centro el propio pensamiento? ¿Esencia? ¿Lo que los cristianos podríamos llamar alma?

—Tienes razón —dijo Farhi—, pero no hay ningún pestillo ahí.

—Sí, el único lugar sin pestillo es el centro. —Miriam trazó líneas desde los diez discos hasta ese punto central—. Pero hay grabado un pequeño círculo.

Y antes de que nadie pudiera detenerla, cogió la palanca que había hincado a Little Tom y presionó el hierro con la punta de la barra precisamente en ese punto. Se oyó un estampido sordo y resonante que nos sobresaltó a todos. Entonces el círculo grabado se hundió, se produjo un sonido metálico y de repente los diez pestillos de los diez discos de latón empezaron a moverse al mismo tiempo.

—¡Preparaos!

Levanté mi rifle. Tentwhistle y Potts alzaron sus pistolas navales. Ned y Tom desenvainaron sus alfanjes.

—Vamos a ser todos ricos —dijo Ned en voz baja.

Cuando los pestillos dejaron de moverse Jericó dio un empujón y, con un estruendo rechinante, la gran puerta giró hacia dentro y hacia abajo como un puente levadizo, la parte superior sostenida por cadenas, y bajó pesadamente hasta aterrizar con un golpe sordo sobre un suelo de tierra. Se levantó una polvareda gris, ocultando momentáneamente lo que se encontraba detrás, y luego vimos que la puerta había salvado una hendidura en el suelo. El abismo se extendía hacia abajo hasta perderse en la negrura.

—Alguna falla fundamental en el terreno —especuló Farhi, mirando hacia abajo—. Ésta ha sido una montaña sagrada desde el origen de los tiempos, una roca que se dirige al cielo, pero tal vez tiene también raíces en el infierno.

—Todas las cosas son duales —volvió a decir Miriam.

De la grieta de piedra ascendía aire fresco. Todos estábamos inquietos, y por una vez recordé aquel pozo del infierno en la pirámide. De todos modos, nuestra codicia nos impulsó a cruzar.

Esta cámara era mucho más pequeña que la sala templaria de arriba, no mucho mayor que un camerino, con un techo bajo y abovedado. La bóveda aparecía pintada con un derroche de estrellas, signos zodiacales y extrañas criaturas de alguna época primitiva, un torbellino de simbolismo que me recordó el techo que había visto en Egipto, en Dendara. En su vértice había una esfera aparentemente dorada que probablemente representaba el sol. Ocupaba el centro de la sala un pedestal de piedra alto hasta la cintura, como la base de una estatua o una plataforma de exhibición, pero estaba vacío. Las paredes mostraban escritos en un alfabeto que no había visto nunca, no era árabe, hebreo, griego ni latín. También era distinto de lo que había visto en Egipto. Muchos caracteres eran de formas geométricas, cuadrados, triángulos y círculos, pero otros parecían gusanos retorciéndose o laberintos minúsculos. Cofres de madera y latón estaban amontonados en el perímetro de la sala, secos y corroídos por el tiempo. Y dentro de ellos había...

Nada.

Nuevamente me acordé de la Gran Pirámide, donde el recipiente del libro estaba vacío. Una crueldad detrás de otra. Primero el libro desaparecido, luego Astiza, y ahora esta broma...

—¡Maldita sea! —Eran Ned y Tom, dando puntapiés a los cofres. Ned arrojó uno contra la pared de piedra, y el impacto lo convirtió en una lluvia de astillas—. ¡Aquí no hay nada! ¡Todo ha sido robado!

Robado, recuperado o trasladado. Si alguna vez había habido allí un tesoro —y sospechaba que sí—, había desaparecido mucho tiempo atrás: llevado por los templarios a Europa, tal vez, o escondido en alguna otra parte cuando sus jefes

fueron arrastrados a la hoguera. Quizá se había ido perdiendo desde que los judíos fueron esclavizados por Nabucodonosor.

—¡Silencio, estúpidos! —pidió Farhi—. ¿Tenéis que romper cosas para que los guardias musulmanes nos oigan? ¡Este Monte del Templo es un laberinto de cuevas y galerías! —Se volvió hacia Tentwhistle—. ¿También el cerebro de los marineros ingleses es de roble?

El teniente se sonrojó.

—¿Qué dicen estas paredes? —pregunté, mirando los curiosos caracteres.

Nadie respondió, porque ni siquiera Farhi lo sabía. Pero entonces Miriam, que había estado contando, señaló una pequeña repisa donde confluían las paredes y la bóveda. Había candelabros esculpidos en la piedra, como para sostener velas o lámparas de aceite.

—Farhi, cuéntalos —dijo.

El banquero mutilado lo hizo.

—Setenta y dos —dijo pausadamente—. Como los setenta y dos nombres de Dios.

Jericó se acercó más.

—Hay aceite vertiéndose en ellos —observó sorprendido—. ¿Cómo es posible, después de tantos años?

—Es un mecanismo accionado por la puerta —sugirió Miriam.

—Vamos a encenderlos —propuse con repentina convicción—. Encendámoslos para comprender.

Supuse que era magia templaria, algún modo de iluminar el misterio que habíamos descubierto. Entonces Jericó encendió un trozo de leña con la mecha de su farol y lo aplicó al aceite del candelabro más próximo. Prendió, y luego una pequeña llama recorrió un canal lleno de aceite para encender el siguiente.

Uno tras otro fueron cobrando vida, prendiendo sucesivamente alrededor del círculo de la bóveda, hasta que lo que había sido penumbra era ahora un lugar repleto de luces y sombras. Pero eso no era todo. Vi que la bóveda tenía unas nervaduras de piedra que se elevaban hasta su vértice, y en cada una de ellas había una estría. Ahora esas estrías comenzaron a resplandecer por el calor o la luz de abajo, de un inquietante color morado semejante al que había visto en experimentos eléctricos con tubos de vidrio vacíados de aire.

—La madriguera de Lucifer —murmuró Little Tom.

En el punto más alto de la bóveda, una esfera que me había parecido simplemente dorada empezó a resplandecer también. Y de ella salió un rayo de luz morada, como el destello que yo había hecho aparecer de la electricidad por Navidad, que incidía directamente sobre el pedestal que ocupaba el* centro de la sala.

Donde debió de haber un libro o un manuscrito, para ser leído.

Jericó y Miriam se santiguaban.

Observé que había un agujero en el centro del pedestal, que habría quedado tapado en el caso de que un libro o un manuscrito descansara allí. Sin ellos, la luz de arriba podía iluminarlo...

Entonces se oyó un chirrido, como el de una rueda oxidada al girar. Los marineros se pararon a escuchar. Miré el techo en busca de alguna señal de desplome.

—¡Es la Virgen negra! —gritó el alférez Potts desde la escalera que conducía a la sala de reunión de los templarios—. ¡Está girando!

Nos precipitamos escaleras arriba hacia la estatua como para presenciar un milagro. El brazo que antes había permanecido inmóvil ahora giraba, y con él la Virgen negra, a la vez que se abría una puerta similar a la que se hallaba detrás de la Virgen blanca. Cuando la imagen se detuvo, pareció señalar la puerta recién abierta.

—¡Por todos los santos! —exclamó Ned—. ¡Ahí tiene que estar el tesoro!

Potts sacó la pistola y entró el primero, subiendo por una galería empinada y tortuosa.

—¡Esperad! —grité. Si la extraña manifestación de luz había accionado por alguna razón aquella abertura, sólo se debía a la ausencia del libro sobre el pedestal, dejando que el rayo penetrase en aquel agujero. Así pues, ¿era el agujero del pedestal una especie de llave que daba acceso a más tesoros, o una alarma templaria, que se activaba cuando desaparecía el libro?—. ¡No sabemos qué significa esto!

Pero los cuatro marineros ya subían precipitadamente por el pasillo, y Jericó y yo los seguimos de mala gana, con Miriam y Farhi en la retaguardia. El tosco tallado de las paredes de la escalera me recordó la hechura del túnel de agua procedente de la piscina de Siloé: era antiguo, mucho más que los templarios. ¿Databa de la época de Salomón, o incluso de Abraham? El túnel ascendía, giraba en espiral, hasta terminar en una losa con una gran argolla de hierro.

—¡Tira, Ned! —ordenó Tentwhistle—. ¡Tira con todas tus fuerzas y acabemos con esto! ¡Ya casi amanece!

El marinero así lo hizo, y mientras abría lentamente el portal vi que el otro lado de la puerta era roca desigual. Vista desde el lado opuesto, esa entrada parecería simplemente formar parte de la pared de una cueva. ¿Conocía la gente de arriba la existencia de aquel pasillo?

—¿Dónde diablos estamos? —preguntó Potts.

Delante se extendía una cueva más amplia, y luz.

—Supongo que hemos salido a la cueva situada debajo de la mismísima roca santa —susurré—. Estamos justo debajo de Qubbat as-Sajra, la piedra sagrada, raíz del mundo, y la Cúpula de la Roca.

—Justo debajo de lo que en otro tiempo fue el Templo de Salomón —dijo Farhi con emoción, jadeando por el esfuerzo a la cola de nuestro grupo—. Donde pudieron haberse guardado los tesoros del templo, o incluso la propia arca...

—Justo donde cualquier guardián de la mezquita puede oír a los intrusos que están debajo —advirtió Jericó.

Todo iba demasiado deprisa.

—¿Quieres decir que los musulmanes...?

Los marineros no esperaron.

—¡Tesoros, muchachos!

Ned y sus compañeros irrumpieron en el pasillo. Entonces se oyó un grito en árabe y un disparo y la cabeza del pobre Potts estalló.

Hacía un momento el alferez me arrastraba con él con furioso entusiasmo, y ahora sus sesos nos salpicaron a todos. Cayó como un títere con los hilos cortados. El humo del disparo llenó el estrecho pasillo con su conocido hedor.

—¡Bajad! —grité, y nos echamos al suelo.

Entonces un estruendo de disparos y balas resonó furiosamente a nuestro alrededor.

—*Allah ajbar!* —¡Dios es grande!

¡Los musulmanes nos habían oído hurgar en sus recintos más sagrados y habían llamado a sus jenízaros! Muy bien, habíamos agitado un avispero. A través del humo pude ver a un grupo de hombres que recargaban.

Así que disparé, y se oyó un grito como respuesta. La pistola de Tentwhistle también descargó y alcanzó a otro, y ahora les tocó a los jenízaros ponerse a cubierto.

—¡Retirada! —grité—. ¡Deprisa, por el amor de Dios! ¡Retrocedamos por esa puerta!

Pero cuando empezábamos a cerrarla, los jenízaros atacaron y una docena de manos musulmanas agarraron el borde desde el otro lado. Ned soltó un fuerte grito y embistió con su alfanje, cortando dedos, pero más armas dispararon y Little Tom recibió una bala en el brazo. Volvió atrás, maldiciendo. La puerta se abría inexorablemente, por lo que Ned rugió como un oso y se abalanzó sobre ellos, cortando como un derviche hasta que los brazos desaparecieron. Entonces la cerró de golpe y cogió una de nuestras palancas para atrancarla provisionalmente hasta que consiguieran echarla abajo. Bajamos corriendo por la tortuosa escalera hasta la vacía sala templaria. Detrás, por encima de nuestras cabezas, se oía el pesado golpeteo de un martillo mientras los musulmanes aporreaban la puerta de piedra.

Si nos cogían, nos matarían por sacrilegio.

Nuestra única posibilidad era a través de la arcada. Farhi había dicho que en la galería que conducía a la fuente un hombre solo podría contener un ejército. Corrimos por el pasillo con el friso de calaveras hasta el boquete que habíamos abierto tan sólo una hora antes. Yo daría tiempo a los demás para que huyeran, utilizando un alfanje y el rifle. ¡En menudo embrollo nos habíamos metido!

Pero algo había cambiado. La abertura que habíamos practicado a través de la arcada de piedra había encogido. Por alguna razón, las piedras volvían a unirse y el agujero era demasiado estrecho para poder pasar. ¿Qué magia era ésa?

—*Au revoir, monsieur Gagel* —gritó una voz familiar a través del boquete encogido.

Una vez más, era la voz del supuesto vista de aduanas que había intentado robarme en Francia y con el que había luchado en Jerusalén cuando sus esbirros abordaron a Miriam. ¡Esta vez gritaba a través de lo que era ahora el espacio de un

solo bloque! De modo que no era magia, sino la perfidia de Silano. La última piedra encajó en su sitio delante de nuestras narices, dejándonos encerrados. Los franceses debían de habernos seguido como yo temía, roto el candado de Jericó en la verja de la piscina de Siloé y oído nuestros gritos cuando no encontramos ningún tesoro. Luego habían procedido a cerrar nuestra vía de escape con el saco de mortero que había llevado Big Ned. Estábamos atrapados por nuestra propia previsión.

—¡El mortero no puede haberse secado! —bramó Ned.

Pero o la cal se fundió rápidamente, o la cantería estaba reforzada por el otro lado con escombros y vigas. Ned rebotó como una pelota. El marinero empezó a golpear la arcada bloqueada con los puños, mientras Little Tom se tambaleaba como un borracho, agarrándose el brazo con una mano que goteaba sangre desde las puntas de los dedos.

—¡No tenemos tiempo para eso! —espetó Tentwhistle—. ¡Los musulmanes atravesarán la puerta de piedra de arriba y bajarán por la escalera de la Virgen negra!

—¡La escalera de la Virgen blanca! —exclamó Farhi—. ¡Es nuestra única posibilidad!

Regresamos corriendo a la sala de los templarios. Hubo un estruendo, y un eco de gritos bélicos en árabe se derramó por la escalera de la estatua negra. ¡Estaban pasando! Tentwhistle y yo nos precipitamos al pie de ella y disparamos a ciegas hacia arriba, las balas silbando y causando cierta vacilación. En el lado opuesto Farhi se escabulló detrás de la Virgen blanca y empezó a subir por aquella escalera, con Jericó empujando a su hermana en los talones del judío. Luego los demás nos retiramos también a través de la sala templaria y subimos uno tras otro. Finalmente Big Ned me empujó delante de él.

—¡Yo me encargaré de esa chusma!

El gigante cogió la Virgen blanca, con los músculos a punto de estallar, y la despegó del suelo. Ahora nuestros perseguidores entraban en la sala templaria, miraron a su alrededor admirados y después gritaron al vernos en el lado opuesto. Girándose de costado, Ned apenas podía pasar por la entrada de la escalera mientras tiraba de la cabeza de la Virgen para obstruir la angosta entrada con su cuerpo de piedra. Esto puso un tapón parcial entre nosotros y nuestros perseguidores. Nos volvimos y subimos con dificultad.

Una oleada de musulmanes, corriendo como locos, se abalanzó sobre el obstáculo y retrocedió, aullando de indignación y frustración. Empezaron a tirar para liberar la Virgen.

Subimos con la desesperación de un condenado. Pude oír a la turba de abajo gritar de frustración mientras golpeaba la estatua que cortaba nuestra vía de escape. Más fusiles dispararon, pero las balas rebotaron inofensivamente en los peldaños inferiores. Dieron gritos de alarma, alertando sin duda a sus compatriotas apostados en el Monte del Templo de nuestra inminente aparición. Llegamos a una reja de hierro que nos cerraba el paso. Tentwhistle voló el candado con su pistola y la apartó a un lado. La verja emitió un sonido metálico parecido a un gong. Aproveché la pausa

para recargar mi rifle. Salimos a la superficie del Monte del Templo, en la mezquita de Al-Aqsa. Reparé en cómo había sido modificada por los cruzados, su hilera de arcos y ventanales confiriendo al cavernoso espacio una mezcla arquitectónica de palacio árabe e iglesia europea. Como Farhi había supuesto, la escalera de la Virgen blanca debía de haber sido construida para abrir un acceso secreto desde el cuartel principal de los templarios a las cámaras y túneles subterráneos.

Corrimos hacia la puerta de la mezquita. La vasta plataforma del templo, tenuemente iluminada por un cielo a punto de amanecer, estaba ocupada por cientos de musulmanes toscamente armados, como otras tantas abejas de una colmena que ha sido molestada. Pude ver al otro lado los azulejos y la corona de oro de la serena Cúpula de la Roca, cuya puerta era un hervidero de hombres que entraban y salían consternados. La muchedumbre cantaba, lanzaba gritos de alarma y blandía porras. Afortunadamente había pocos jenízaros y pocos fusiles. Finalmente algunos de ellos nos vieron, y con un fuerte alarido se volvieron como un solo hombre y se lanzaron al ataque.

—Eres único para liar las cosas —me dijo Ned.

Entonces apunté.

La mezquita de Al-Aqsa está iluminada de noche por unas enormes lámparas de latón colgadas de unas cuerdas de algodón blanco. Una de esas lámparas —con varias docenas de llamas individuales sobre una estructura metálica de tres metros de ancho, cuyo enrejado pesaba más de una tonelada— colgaba sobre la puerta principal de la mezquita. Cuando la multitud salía en tropel, miré a través del catalejo montado en mi rifle, puse la cuerda y su gancho sobre el recargado techo en la intersección de los cabellos y disparé.

Mi disparo hizo jirones la cuerda y la lámpara cayó como una guillotina, aterrizando con gran estruendo mientras aplastaba las cabezas de la muchedumbre y esparcía el resto de los cuerpos. Nuestros perseguidores retrocedieron momentáneamente y alzaron la vista con cautela. Fue suficiente para conceder a nuestra banda de trogloditas sucios y ensangrentados los segundos necesarios para retirarse hacia la parte de atrás de la mezquita.

—¡Tienen las reliquias sagradas de Mahoma! —oí gritar al gentío.

Y de repente me pregunté si el viaje nocturno del Profeta a Jerusalén y su ascensión al cielo no eran más que un mito, o si en realidad también él había estado allí una vez, buscando y quizás encontrando sabiduría. ¿También él había oído hablar del *Libro de Tot*? ¿Qué había aprendido Jesús en Egipto, o Buda en sus andanzas? ¿Eran todas las creencias, mitos e historias un incesante entretejido y bordado de textos antiguos, sabiduría construida sobre sabiduría y misterio ocultado por todavía más misterio? Era una herejía... pero allí, en el centro religioso del mundo, no podía evitar preguntármelo.

Corrimos sobre gastadas alfombras rojas que cubrían las losas de la mezquita y accedimos a las pequeñas antesalas que se hallan al otro lado del gran salón, temiendo un callejón sin salida en el que quedaríamos atrapados. Pero en el punto

donde Al-Aqsa y el Monte del Templo confluían en la muralla periférica de la ciudad había otra puerta cerrada con llave. Big Ned la embistió con todas sus fuerzas y esta vez consiguió echarla abajo, las astillas arrancadas como heridas recientes en madera vieja. Nos asomamos afuera. La muralla partía de la punta meridional del Monte del Templo y bajaba en pendiente, para encerrar Jerusalén. En una torre giraba hacia el oeste, rodeando la ciudad de abajo.

—Si llegamos al laberinto de calles podemos despistarlos —dijo Farhi con voz entrecortada.

Él, Miriam y el herido Little Tom se alejaron trotando a lo largo de la muralla hacia los escalones que bajaban a la Puerta del Estiércol, tambaleándose de agotamiento, mientras Tentwhistle y yo recargábamos sobre el muro y Ned y Jericó esgrimían espadas. Cuando los primeros perseguidores se agolparon en el portal por el que acabábamos de salir, disparamos. Entonces nuestros espadachines atacaron entre el humo, girando. Hubo aullidos, retirada, y Ned regresó trotando, salpicado de sangre.

—Ahora se lo están pensando —dijo con una sonrisa dentuda.

Jericó parecía asqueado, con su hoja húmeda.

—Sólo nos habéis traído males —dijo al marinero.

—Si no recuerdo mal, quincallero, habéis sido tú y tu hermanita los que nos habéis mostrado el camino.

Y nos retiramos una vez más.

Si la muchedumbre hubiese estado mejor armada, habríamos muerto. Pero sólo tuvimos que aguantar unos cuantos disparos, las balas pasando con ese silbido peculiar que te paraliza si te detienes a pensar en ello. Entonces bajamos la escalera de la muralla y salimos a una calle de Jerusalén. Una escuadra de jenízaros con las cimitarras desenvainadas había echado el cerrojo a la Puerta del Estiércol, de modo que no podíamos salir. Arriba, en las almenas, una multitud de musulmanes vociferantes corría hacia la escalera.

—¡Hacia el barrio judío! —instó Farhi—. ¡Es nuestra única posibilidad!

Ahora sonaban gritos de alarma desde los minaretes y tocaban campanas cristianas. Habíamos despertado a la ciudad entera. La gente salía a las calles gritando. Los perros aullaban, las ovejas balaban. Una cabra aterrorizada pasó al galope por nuestro lado, en sentido contrario. Farhi, jadeando, nos condujo cuesta arriba hacia la sinagoga Ramban y la Puerta de Jafa, con la turba musulmana detrás iluminada por antorchas en una serpiente de fuego. Aunque pudiera encontrar tiempo para volver a cargar, mi único disparo no sería un elemento disuasorio para la ira que habíamos provocado entrando ilegalmente bajo la Cúpula de la Roca. A menos que alguien nos ayudara, estábamos perdidos.

—¡Quieren incendiar las sinagogas Ramban y Iojanan ben Zakai! —gritó Farhi a los inquietos judíos que salían a las calles—. ¡Conseguid aliados cristianos! ¡Los musulmanes se están amotinando!

—¡Las sinagogas! ¡Salvad nuestros templos santos!

Y, dicho esto, tuvimos un escudo. Los judíos corrieron a interceptar a la turba que entraba en tropel en su barrio. Los cristianos advirtieron que su verdadero objetivo era la iglesia del Santo Sepulcro. Una multitud chocó contra otra. En unos momentos reinó el caos.

Con él, Farhi desapareció.

Sujeté a los demás.

—¡Nos dividiremos! Jericó y Miriam, vosotros vivís aquí. ¡Id a casa!

—He oído que los musulmanes gritaban mi nombre —dijo él sombrío—. No podemos quedarnos en Jerusalén. Me han reconocido. —Me miró irritado—. Saquearán e incendiarán mi casa.

Me sentí abrumado por la culpabilidad.

—Entonces coged lo que podáis y huid hacia la costa. Smith está organizando la defensa de Acre. Buscad su protección allí.

—¡Ven con nosotros! —suplicó Miriam.

—No, vosotros dos solos podréis viajar seguros, porque sois indígenas. Los demás llamamos la atención como muñecos de nieve en el mes de julio. —Puse los querubines en sus manos—. Tomad esto y ocultadlo hasta que volvamos a encontrarnos. Los europeos podremos huir o escondernos, escabulléndonos en la oscuridad. Iremos en sentido contrario para daros tiempo. No os preocupéis. Nos reuniremos en Acre.

—He perdido mi casa y mi reputación por una cámara vacía —dijo Jericó amargamente.

—Allí había algo —insistí—. Sabes que sí. La cuestión es: ¿dónde está ahora? Y cuando lo encontremos, seremos ricos.

Me miró con una mezcla de ira, desesperación y esperanza.

—¡Marchaos, antes de que sea demasiado tarde para tu hermana!

Al mismo tiempo, Tentwhistle me tiró del brazo.

—¡Vamos, antes de que sea demasiado tarde para nosotros!

Y nos separamos. Volví la cabeza hacia los dos hermanos mientras corríamos.

—¡Lo encontraremos!

Los marineros británicos y yo nos dirigimos hacia la Puerta de Sión. Me volví una vez, pero Jericó y Miriam se perdieron entre la multitud como restos de naufragio en un mar encrespado. Avanzamos dando traspies, muy despacio y desesperados. Little Tom, con el brazo ensangrentado, no podía correr pero seguía valientemente. Entramos en el barrio armenio y llegamos a la puerta. Sus soldados se habían ido, probablemente para controlar los disturbios o en nuestra busca: nuestro primer golpe de suerte en todo aquel fiasco. Desatrancamos las grandes puertas, empujamos con

fuerza y salimos a campo abierto. El cielo se ponía rosa. Detrás, llamas, luz de antorchas y el inminente amanecer habían pintado el cielo de color naranja sobre las murallas de la ciudad. Delante se extendían sombras protectoras.

Teníamos a nuestra derecha el monte Sión y la Tumba de David. A la izquierda estaba el valle de Hinnom, con la piscina de Siloé en alguna parte entre las tinieblas.

—Rodearemos la muralla hacia el norte y tomaremos el camino de Nablus —dijo —. Si viajamos de noche podremos llegar a Acre en cuatro días y notificar a Sidney Smith.

—¿Y qué hay del tesoro? —preguntó Tentwhistle—. ¿Se acabó? ¿Nos rendimos?

—Ya habéis visto que no estaba allí. Tenemos que pensar dónde más buscarlo. Rezo a Dios para que no hayan capturado a Farhi. El sabrá dónde intentarlo a continuación.

—No, creo que nos está traicionando. ¿Por qué se ha escabullido de ese modo?

Yo me preguntaba lo mismo.

—Primero debemos salvar el pellejo —dijo Big Ned.

Dicho esto, su teniente se sacudió y el sonido de un disparo resonó colina arriba. Entonces una sucesión de balas impactó en la tierra. Tentwhistle se sentó con un gruñido. Luego oí las palabras en francés:

—¡Están allí! ¡Separaos! ¡Cortadles el paso!

Era el grupo que había tratado de emparedarnos dentro de los túneles, los mismos franceses que habían abordado a Miriam. Habían salido de la piscina de Siloé, oído la confusión y esperado al pie de la muralla a que apareciese alguien.

Me agaché junto a Tentwhistle y apunté. Mi lente encontró a uno de nuestros asaltantes y disparé. Se desplomó. Buen rifle. Recargué febrilmente.

Ned había cogido la pistola de Tentwhistle y disparó a su vez, pero nuestros agresores estaban fuera del alcance de una pistola.

—Lo único que haces con tus destellos es atraer su puntería —le advertí—. Lleva a Tom y al teniente al otro lado de la puerta. Yo los contendré aquí un momento y luego los despistaremos en el barrio armenio.

Otra bala pasó silbando sobre nuestras cabezas. Tentwhistle tosía sangre, los ojos vidriosos. No viviría mucho tiempo.

—De acuerdo, patrón, danos tiempo. —Ned empezó a llevarse a rastras a Tentwhistle, con Tom siguiéndolos como atontado—. Potts muerto, otros dos de nosotros heridos. Eres una inspiración nefasta.

El día se iluminaba. Las balas silbaban mientras los franceses se iban acercando. Volví a disparar y eché un vistazo a mi espalda. Los marineros habían cruzado la puerta. ¡No había tiempo para recargar, tenía que irme! En cuclillas, retrocedí furtivamente hacia la puerta. Unas siluetas negras se acercaban como un corro de lobos. Entonces oí un chirrido. ¡La puerta se cerraba! Eché a correr, y en el mismo

momento en que alcancé la muralla la entrada se cerró con estruendo, dejándome fuera. Oí el golpe sordo de la barra al ser colocada.

—¡Ned! ¡Abre! —Se oyó una orden en francés y me eché al suelo justo antes de que sonara una descarga. Las balas golpetearon contra el hierro como granizo. Yo era como un condenado en el paredón—. ¡Date prisa, ya vienen!

—Creo que seguiremos nuestro propio camino, patrón —gritó Ned.

—¿Vuestro camino? Por el amor de Dios...

—No creo que esos franchutes se preocupen demasiado por un par de pobres marineros británicos. Eres tú quien conoce los secretos del tesoro, ¿no?

—¿Qué? ¿Vas a dejarme a merced de ellos?

—Quizá puedas guiarlos como has hecho con nosotros, ¿eh?

—¡Maldita sea, Ned, mantengámonos juntos, como ha dicho el teniente!

—Está hecho polvo, y nosotros también. No vale la pena engañar a marineros honrados a las cartas, patrón. Pierdes tus amigos, ¿sabes?

—Pero no os engañé, ¡fui más listo que vosotros!

—Es lo mismo.

—¡Ned, abre esta puerta!

Pero no hubo respuesta. La puerta enmudeció.

—¡Ned! —Postrado boca abajo, aporreé el inflexible hierro—. ¡Ned! ¡Déjame entrar!

Pero no lo hizo, naturalmente, *y agucé* el oído para oírlos retirarse sobre el tumulto de la ciudad. Los franceses se habían acercado a pocos metros, y varios mosqueteros me encañonaban. El más alto sonrió.

—¡Nos hemos despedido debajo del Monte del Templo y sin embargo volvemos a encontrarnos! —exclamó su jefe. Se quitó el bicornio e hizo una reverencia—. Tenéis el talento de estar en todas partes, monsieur Gage, pero yo también, ¿no es cierto? —Exhibía la sonrisa de un torturador—. Sin duda os acordáis de mí, de la diligencia de Tolón. Pierre Najac, para serviros.

—Os recuerdo: el vista de aduanas que resultó ser un ladrón. ¿De modo que Najac es vuestro verdadero nombre?

—En efecto. ¿Qué les ha ocurrido a vuestros amigos, Monsieur?

Me levanté despacio.

—Están decepcionados por una partida de cartas.

Supe que estaba en el infierno cuando Najac insistió en mostrarme su herida de bala. Era yo quien se la había producido el año anterior, roja y llena de costras, en un torso que no podía haber visto jabón o una manopla en un mes. El pequeño cráter estaba unos pocos centímetros debajo de la tetilla izquierda y hacia el costado izquierdo, confirmando que mi puntería se había desviado escasos grados. Ahora sabía que también apetaba.

—Me rompió una costilla —dijo—. Imaginad mi placer cuando me enteré después de mi convalecencia de que podíais estar vivo y podría ayudar a mi amo a seguirnos la pista. Primero fuisteis lo bastante estúpido como para hacer pesquisas en Egipto. Luego, cuando llegamos aquí, capturamos a un viejo chocho que confesó haber conocido a un franco que llevaba unos ángeles de oro de Satán, después de haberlo desollado vivo lo suficiente. Fue entonces cuando supe que debíais de andar cerca. La venganza es más dulce cuanto más se demora, ¿no os parece?

—Os lo haré saber cuando por fin os mate.

Se rio de mi bromita, se irguió y me dio una patada en el costado de la cabeza con tal fuerza que la noche se disolvió en fragmentos brillantes de luz. Fui a caer junto a las llamas atado de pies y manos, y fueron el fuego que prendió en mi ropa y el dolor que sentí lo que finalmente hicieron que me moviera. Esto divirtió mucho a mis captores, pero siempre me gustó ser el centro de atención. Después las quemaduras me dieron fiebre. Fue la noche siguiente a nuestra partida de Jerusalén, y miedo y dolor eran las únicas cosas que me mantenían consciente. Estaba exhausto, dolorido y espantosamente solo. El grupo de esbirros de Najac había aumentado por alguna razón a diez, la mitad de ellos franceses y los demás beduinos desaliñados que parecían la mugre de Arabia, feos como sapos. Faltaba, junto con la mitad de los dientes de aquella dotación, el francés al que había acuchillado en la refriega por Miriam. Confiaba en haberlo liquidado, una señal de que iba mejorando en la aniquilación de mis enemigos. Pero quizás también él estaba convaleciente, soñando con el día en que podría capturarme y darme patadas a su vez.

El humor de Najac no mejoró con el descubrimiento de que yo no llevaba nada valioso aparte de mi rifle y mi tomahawk, de los cuales, siendo un ladrón, se apropió. Había confiado los querubines a Miriam, y en medio de todo el alboroto no me había dado cuenta de que alguien —Big Ned o Little Tom, supuse— me había despojado también de la bolsa. Mi insistencia en que no había encontrado nada bajo tierra, que Jerusalén era tan frustrante como Egipto, no sentó nada bien.

¿Qué estaba haciendo si no había nada que encontrar allí abajo?

«Viendo la piedra angular del mundo por su otra cara», contesté.

Me golpearon, pero no se atrevieron a matarme. Las galerías bajo el Monte del Templo estaban tan agitadas como un hormiguero, y los musulmanes seguramente estaban dándole vueltas a qué habíamos estado buscando. El follón eliminaba cualquier posibilidad de que aquella banda franco-árabe volviera atrás, de modo que yo era la única pista que tenían.

—Si Bonaparte y el amo no os quisieran vivo, os asaría ahora mismo —gruñó Najac.

Dejó que los árabes se divirtieran usando sus dagas para lanzarme ascuas a los brazos y las piernas, pero poco más. Ya habría tiempo suficiente después para hacerme gritar.

De modo que finalmente me sumergí en una agotada negrura hasta que me despertaron con mucho esfuerzo a la mañana siguiente para desayunar puré de garbanzos y agua. Entonces seguimos una pista desde las colinas de Jerusalén hasta la llanura costera, con el horizonte marcado por columnas de humo.

El ejército francés estaba en plena actividad.

Pese a mi cautiverio, experimenté una curiosa sensación de vuelta al hogar cuando llegamos al campamento de Napoleón.

Había marchado con el ejército de Bonaparte y me había tropezado con la división de Desaix en Dendara. Ahora, armando tiendas blancas frente a las murallas de Jafa, volvía a haber hombres con uniformes europeos. Olí comida que me resultaba conocida, y una vez más oí la elegancia cantarina de la lengua francesa. Mientras avanzábamos por entre las filas, los hombres observaron con curiosidad a la banda de Najac y algunos me señalaron al reconocerme con sorpresa. No mucho tiempo atrás había sido uno de sus sabios. Ahora volvía a estar allí, en calidad de desertor y prisionero.

La propia Jafa me resultaba familiar, pero vista en esta ocasión desde la posición ventajosa del sitiador. Lonas y alfombras colgadas habían desaparecido, y sus defensas mostraban los mordiscos recientes de las balas de cañón. Análogamente, muchos de los naranjos que resguardaban al ejército de Napoleón presentaban madera desnuda allí donde el fuego otomano había destrozado sus copas. Se arrojaba tierra y arena para los trabajos de asedio, y largas filas de caballos franceses se agitaban nerviosos allí donde estaban estacados a la sombra, gañendo y piafando mientras los cañones disparaban. Sus colas espantaban a las moscas como metrónomos, y su estiércol emanaba ese conocido olor dulzón.

Najac entró en el amplio pabellón de lona de Napoleón mientras yo permanecía descubierto bajo el sol mediterráneo, sediento, mareado y sintiéndome fatalista. En una ocasión me había precipitado desde un risco sobre el río St. Lawrence, girando sin parar, y experimentaba la misma vaga sensación de remordimiento atenazador que aquella vez, cuando reboté en un arbusto, salté sobre las rocas y me zambullí en el río.

Y ahí se acercaba, acaso, mi arbusto salvador.

—¡Gaspard! —llamé.

Era Monge, el famoso matemático francés, el hombre que había contribuido a resolver parte del rompecabezas de la Gran Pirámide. Había sido confidente de Napoleón desde los triunfos del general en Italia y mentor mío como de un sobrino rebelde. Ahora acompañaba al ejército a Palestina.

—¿Gage? —Monge me miró con los ojos entrecerrados al acercarse, su traje civil cada vez más deteriorado, la chaqueta raída y el rostro ensombrecido por una incipiente barba. Aquel hombre contaba cincuenta y dos años y parecía cansado—. ¿Qué hacéis aquí? ¡Creía haberos dicho que regresarais a América!

—Lo intenté. Escuchad. ¿Habéis sabido algo acerca de Astiza?

—¿La mujer? Pero si se fue con vos.

—Sí, pero nos sepáramos.

—Cogió un globo, los dos lo hicisteis..., eso me dijo Conté. ¡Ah, cómo lo enfureció aquella broma! Os alejasteis flotando, cómo os envidiamos los demás..., ¿y ahora habéis vuelto a este manicomio? Dios mío, sabía que no erais un verdadero sabio, pero parecéis carecer de todo sentido común.

—Sobre este punto podemos estar de acuerdo, doctor Monge.

No sólo no sabía nada del destino de Astiza, sino que además era obvio que desconocía nuestra entrada en la pirámide, por lo que decidí precipitadamente que era mejor no decírselo. Si los franceses llegaban a descubrir que había cosas de valor allí abajo, volarían el edificio. Era mejor dejar que el faraón descansara en paz.

—Astiza cayó al Nilo y posteriormente el globo amerizó en el Mediterráneo —expliqué—. ¿Está Nicolás también aquí?

Me inquietaba un poco enfrentarme a Conté, el aeronauta de la expedición, después de haberle robado su globo de observación.

—Afortunadamente para vos ha vuelto al sur, para organizar el embarque de nuestra artillería de asedio. Se le ocurrió la brillante idea de construir carros con múltiples ruedas a fin de transportar los cañones a través del desierto, pero Bonaparte no tiene tiempo para nuevos inventos. Nos arriesgamos a traer el material por mar. —Se detuvo, dándose cuenta de que estaba revelando secretos—. Pero ¿qué hacéis aquí, con las manos atadas? —Parecía perplejo—. Estáis sucio, con quemaduras, sin amigos... Dios mío, ¿qué os ha pasado?

—Es un espía inglés —anunció Najac, saliendo de la tienda—. Y también vos, científico, os exponéis a ser sospechoso por el mero hecho de hablar con él.

—¿Un espía inglés? No seáis ridículo. Gage es un diletante, un parásito, un aficionado, un vagabundo. Nadie lo tomaría en serio como espía.

—¿No? Nuestro general, sí.

Y dicho esto apareció el mismísimo Napoleón, con la puerta de la tienda ondeando pomposamente como animada por su electricidad. Al igual que todos nosotros, estaba más moreno que cuando zarpamos de Tolón hacía casi un año, y si bien tenía sólo veintinueve años, el éxito y la responsabilidad habían conferido una nueva dureza a su rostro. Josefina era una adúltera; la respuesta a sus planes para reformar Egipto sobre las líneas republicanas francesas había sido su condena como infiel, y había tenido que sofocar una sangrienta sublevación en El Cairo. Su idealismo estaba sitiado, en su romanticismo se había abierto una brecha. Ahora sus

ojos grises eran glaciales; su pelo oscuro, greñudo; su semblante, más aguileño; sus andares, más impacientes. Se me acercó y se detuvo. Con su metro sesenta y siete era más bajo que yo, pero estaba hinchido de poder. No pude evitar estremecerme.

—Vaya. ¡Sois vos! Os daba por muerto.

—¡Se pasó a los británicos, *mon général!* —dijo Najac.

Aquel hombre era como un acusica de escuela, y yo comenzaba a desear haberle disparado en la lengua.

Bonaparte se inclinó hacia mí.

—¿Es eso cierto, Gage? ¿Desertasteis de mi ejército para pasaros al enemigo? ¿Rechazasteis el republicanismo, el racionalismo y la reforma a cambio del monarquismo, los reaccionarios y el turco?

—Las circunstancias nos separaron, general. Simplemente he estado tratando de averiguar la suerte de la mujer que adquirí en Egipto. Ya recordáis a Astiza.

—La mujer que dispara a la gente. Mi experiencia es que el amor es más perjudicial que beneficioso, Gage. ¿Y esperabais encontrarla en Jerusalén, donde Najac os capturó?

—Como sabio, intentaba realizar ciertas indagaciones históricas...

—¡No! —estalló—. ¡Si hay algo que he aprendido, es que no sois ningún sabio! ¡No me hagáis perder más tiempo con malditos disparates! ¡Sois un renegado, un embustero y un hipócrita que combatió en compañía de marineros ingleses! Probablemente sois un espía, como ha dicho Najac. Si no fuerais tan tonto, como también señala Monge.

—Señor, Najac trató de robarme el medallón en Francia, cuando ya me había comprometido con vuestra expedición. ¡Él es el traidor!

—Él fue quien me disparó —dijo Najac.

—Es un secuaz del conde Alessandro Silano y un partidario del herético Rito Egipcio, enemigo de todos los francmasones auténticos. ¡Estoy seguro de ello!

—¡Silencio! —me interrumpió Bonaparte—. Conozco bien vuestra aversión al conde Silano, Gage. Sé también que él ha demostrado una lealtad y perseverancia admirables a pesar de su caída en las pirámides.

«De manera que Silano está vivo», pensé. Las noticias iban velozmente de mal en peor. ¿Había fingido el conde que se había caído de las pirámides y no del globo? ¿Y por qué nadie decía nada acerca de Astiza?

—Si hubieseis tenido la lealtad de Silano, ahora no os habrías condenado —continuó Bonaparte—. ¡Por todos los santos, Gage, fuisteis acusado de asesinato, os di todas las oportunidades y sin embargo cambiáis de bando como un péndulo!

—Cuestión de carácter, *mon général* —dijo Najac con suficiencia.

Ardía en deseos de estrangularlo.

—En realidad estuvisteis buscando un tesoro, ¿no? —inquirió Napoleón—. Todo consiste en eso. Mercantilismo y codicia americanos.

—Conocimiento —corregí, con cierta apariencia de verdad.

—¿Y qué conocimiento habéis encontrado? Hablad sinceramente, si apreciáis vuestra vida.

—Nada, general, como podéis ver por mi condición. Ésa es la verdad. No digo más que la verdad. Soy sólo un investigador americano, atrapado en una guerra que no es de mi...

—Napoleón, este hombre es evidentemente más tonto que traidor —interrumpió el matemático Monge—. Su pecado es la incompetencia, no la traición. Miradlo. ¿Qué sabe él?

Traté de sonreír estúpidamente —cosa nada fácil para un hombre de mi sentido común—, pero pensé que la valoración del matemático suponía una mejora con respecto a la de Najac.

—Puedo deciros que la situación política de Jerusalén es muy confusa —ofrecí—. No está claro dónde reside realmente la lealtad de los cristianos, de los judíos y de los drusos...

—¡Basta! —Bonaparte nos miró a todos con acritud—. Gage, no sé si ordenar que os maten o dejar que os arriesguéis con el turco. Debería mandaros al interior de Jafa para esperar a mis tropas allí. Mis soldados no son hombres pacientes, no después de la resistencia en El-Arish y Gaza. O tal vez debería enviaros a Djeddar, con una nota diciendo que sois un espía mío.

Tragué saliva.

—Quizá podría ayudar al doctor Monge...

Entonces se oyó el sonido de disparos, cuernos y vótores. Todos miramos hacia la ciudad. En el flanco sur, una columna de infantería otomana se desparramaba fuera de Jafa mientras los cañones turcos tronaban. Enarbolando sus banderas, los hombres bajaban la colina hacia un emplazamiento de artillería francés a medio terminar.

Empezaron a sonar cornetas francesas a modo de respuesta.

—Maldita sea —murmuró Napoleón—. ¡Najac!

—*Oui, mon général!*

—Tengo que ocuparme de una salida. ¿Podéis averiguar lo que realmente sabe?

El hombre sonrió.

—Oh, sí.

—Informadme luego. Si de verdad no sirve para nada, lo haré fusilar.

—General, dejad que hable con él... —volvió a intentar Monge.

—Si volvéis a hablar con él, doctor Monge, sólo será para oír sus últimas palabras.

Y entonces Bonaparte corrió hacia el ruido de los cañones, llamando a sus edecanes.

No soy un cobarde, pero hay algo en ser colgado cabeza abajo sobre un pozo de arena en las dunas mediterráneas por una banda de asesinos franco-árabes que te abuchean que me hizo querer decirles todo aquello que desearan oír. ¡Sólo para impedir que la maldita sangre se agolpara en mi cabeza! Los franceses habían repelido la salida otomana, pero no antes de que los valerosos turcos arrasaran la batería y mataran al número suficiente de franceses para obligar al ejército a sostener el fuego. Cuando se les dijo que yo era un espía inglés, varios soldados se ofrecieron entusiásticamente para ayudar a la banda de Najac a cavar el pozo y construir el patíbulo de troncos de palmera del que me colgaron. Oficialmente, la idea era sonsacarme cualquier secreto que aún no hubiese compartido. Extraoficialmente, mi tortura era una recompensa para la colección particular de Najac de sádicos, pervertidos, chiflados y ladrones que existían para hacer el trabajo sucio de la invasión.

Ya había dicho la verdad una decena de veces. «¡Allí abajo no hay nada!» Y «¡Fracasé!». Y «¡Ni siquiera sabía exactamente qué andaba buscando!».

Pero la verdad no es el verdadero propósito de la tortura, habida cuenta que la víctima dirá lo que sea para detener el dolor. La tortura consiste en el torturador.

Así pues, me ataron los tobillos y me colgaron cabeza abajo de la viga transversal sobre el pozo de arena, con los brazos libres para bracear. Cavarón un foso de más de tres metros de profundidad antes de encontrar algo duro y declararon que ya era suficiente para mi tumba. Entonces uno de los beduinos se acercó con un cesto de mimbre y vació su contenido. Media docena de serpientes cayeron al fondo del pozo y se retorciéron indignadas, silbando.

—Una forma interesante de morir, ¿no? —preguntó Najac retóricamente.

—Apofis —contesté, mi voz enronquecida por el hecho de hallarse donde deberían estar mis pies.

—¿Qué?

—¡Apofis! —repetí más alto.

Fingió no entender, pero los árabes sí comprendieron. Retrocedieron al oír ese nombre, puesto que era el apodo del antiguo dios serpiente egipcio venerado por el asesino renegado Ahmed bin Sadr. Sí, me había topado con la misma cuadrilla escamosa, y se crisparon ante mi conocimiento como si les arrancaran la piel. Sembró la duda en sus mentes. ¿Cuánto sabía en realidad yo, el misterioso electricista de Jerusalén? Najac, no obstante, fingió desconocer aquel nombre.

—Una mordedura de serpiente es horriblemente dolorosa y angustiosamente lenta. Os mataremos más rápido, monsieur Gage, si nos decís qué buscáis y qué encontrasteis en realidad.

—He recibido ofertas más agradables. Iros al infierno.

—Vos primero, *monsieur*. —Se dirigió a los hombres que sostenían mis cuerdas—. ¡Bajadlo!

La cuerda empezó a desenrollarse a sacudidas. Mi cabeza vuelta del revés descendió a la altura del suelo, con el cuerpo oscilando sobre el pozo, y lo único que podía ver era una hilera de botas y sandalias, cuyos dueños abucheaban. Soltaron más cuerda. Eché la cabeza hacia atrás y doblé la espalda para mirar directamente hacia abajo. Sí, las serpientes estaban allí, reptando, como es propio de ellas. Me recordó la traicionera muerte del pobre Taima, y todas las atroces fechorías que Silano y su chusma habían cometido para llegar hasta el libro.

—¡Os maldeciré con el nombre de Tot! —grité.

La cuerda volvió a detenerse, y tuvo lugar una discusión en árabe. No podía seguir el furioso torrente de palabras, pero oí fragmentos como «Apofis», «Silano», «hechicero» y «electricidad». ¡Me había ganado una reputación! Estaban nerviosos.

La voz de Najac se elevó sobre las de sus secuaces, irritada e insistente. La cuerda descendió otros treinta centímetros y volvió a pararse en medio de discusiones. De repente sonó la detonación de una pistola, noté una sacudida mientras caía sesenta centímetros más, y una nueva parada. Ahora todo mi cuerpo estaba dentro del pozo, con las serpientes un metro y veinte centímetros más abajo.

Levanté la vista. Un beduino que había discutido demasiado rato con Najac yacía muerto, con un pie calzado con sandalia sobre el borde del pozo.

—¡El siguiente que discuta conmigo compartirá la tumba con el americano! —advirtió Najac. El grupo había enmudecido—. Sí, ¿estáis de acuerdo conmigo ahora? ¡Bajadlo! ¡Despacio, para que pueda suplicar!

Oh, desde luego que supliqué, supliqué como un poseso. No soy arrogante cuando se trata de evitar una mordedura de serpiente. Pero no sirvió de nada, salvo para hacer que mi descenso fuese gradual para proporcionar diversión. Debían de considerarme nacido para la escena. Grité todo lo que creía que deseaban oír, suplicando, debatiéndome y sudando, con los ojos escocidos por la transpiración. Luego, cuando mis abyectos lamentos empezaron a aburrir, alguien me empujó para balancearme adelante y atrás. Daba vértigo. Un rato más y perdería el conocimiento. Vi una serpiente tras otra enroscándose excitadas, pero entonces reparé en algo más.

—¡Aquí abajo hay una pala!

—Para llenar vuestra tumba una vez que os hayan mordido, *monsieur Gage* —dijo Najac—. ¿O sería más fácil explicar qué visteis debajo del Monte del Templo?

—¡Ya os lo he dicho, nada!

Arriaron la cuerda treinta centímetros más. Esto es lo que consigues diciendo la verdad.

Las malditas serpientes silbaban. Era injusto lo enojados que estaban aquellos reptiles, pues no era yo quien los había metido allí abajo.

—Bueno, quizás algo —enmendé.

—No soy un hombre paciente, monsieur Gage.

La cuerda volvió a bajar.

—¡Esperad, esperad! —Empezaba a dejarme llevar por un verdadero pánico—. ¡Izadme y os lo diré!

¡Pensaría en algo! Un par de serpientes oscilaban hacia arriba, disponiéndose a acometer mi cabeza.

El sol había subido, su luz deslizándose a través de mi tumba. Volví a ver la pala, con serpientes enroscándose sobre ella, y la roca raspada en la que los cavadores del hoyo se habían detenido. Excepto que ahora no creía que fuese una roca porque tenía el color rojo arcilloso de una vasija o una teja. Observé también que tenía una forma regular, cilíndrica a juzgar por el montón de arena que la cubría. Casi se parecía a una tubería. No: era una tubería.

—Creo que podéis decírmelo desde ahí abajo —dijo Najac, mirando por encima del labio.

Bajé los brazos colgantes todo lo que pude. Aún me faltaban treinta centímetros para alcanzar la pala abandonada. Mis atormentadores vieron lo que trataba de hacer y me bajaron unos centímetros más. Pero entonces una serpiente embistió mi palma y levanté bruscamente los brazos, medio enroscándome, un movimiento que provocó risas. Ahora comenzaron a apostar sobre mi habilidad para coger la pala antes de ser mordido por los reptiles. Bajé dos centímetros, y otros dos. ¡Ah, cómo se divertían mis captores!

—¡Si me matais, perderéis el mayor tesoro de este mundo! —advertí.

—Entonces decidme dónde está.

Me bajaron unos centímetros más.

—¡Sólo os puedo llevar hasta él si me dejáis vivir!

Miraba la pala y las serpientes, balanceándome al girar el torso para pasar por encima de su mango de madera.

—¿Y qué es ese tesoro?

Otra serpiente me atacó, solté un grito y estalló otro coro de risas. Ojalá fuese tan divertido para las prostitutas de París.

—Es...

La cuerda bajó más, me estiré con los dedos en tensión, las serpientes se irguieron dispuestas para el ataque, y entonces, mientras se movían a tirones, cogí la pala y oscilé desesperadamente. La pala alcanzó a dos reptiles y los lanzó contra las paredes de arena, provocando una pequeña cascada. Se agitaron furiosamente cuando volvieron a caer al fondo del pozo.

—¡Arriba, arriba, por el amor de Dios, subidme!

—¿Qué es, monsieur Gage? ¿En qué consiste el tesoro?

No se me ocurría nada más que hacer. Tomé la pala con ambas manos, me encorvé lo más alto que pude, apunté con cuidado y luego me dejé caer, haciendo que mi peso descargara el tosco pico de madera de la pala contra la tubería de arcilla. ¡Se hizo pedazos!

El pozo se llenó de líquido.

Nadie quedó más sorprendido que yo.

La cuerda descendió otros treinta centímetros mientras los hombres de arriba gritaban de sorpresa, y mi pelo se sumergió en aguas residuales que apestaban a cloaca y agua marina. ¿Era eso un maldito desagüe procedente de Jafa? Cerré con fuerza los ojos, preparado para recibir la mordedura de unos colmillos en la nariz, las orejas o los párpados. Sin embargo, el irritado siseo disminuía.

Abrí los ojos. Las serpientes se habían arrastrado hasta los lados del pozo para escapar del efusivo hedor. Eran serpientes del desierto, tan disgustadas por todo aquello como yo.

Mi cabeza volvió a bajar, y ahora mi frente dragó en la grasienda sentina. Por el dólar de Hamilton, ¿iba a escapar del veneno sólo para ahogarme cabeza abajo?

—¡El Grial! —bramé—. ¡Es el Grial!

Dicho esto, Najac dio una orden y procedieron a izarme.

Los árabes prorrumpieron en un gran alboroto, afirmando que yo era un hechicero que había obrado algún milagro eléctrico sacando agua de la arena. Najac miraba incrédulo la pala que sostenía en mis manos. Abajo, el pozo seguía llenándose, las serpientes intentaban huir y volvían a caer dentro.

Y entonces mi cabeza quedó por encima del suelo, con los tobillos todavía atados y el torso oscilando como una lonja de vaca colgada de un gancho.

—¿Qué habéis dicho? —inquirió Najac.

—El Grial —dije con voz débil—. El Santo Grial. Ahora, por favor, ¿me mataréis de un tiro?

Por supuesto que le habría gustado. Pero ¿y si mi declaración resultaba importante para Bonaparte? Y entonces un murmullo enojado, que aumentaba a un clamor de indignación, comenzó a elevarse de todo el ejército sitiador.

Las atrocidades no tienen justificación, pero a veces pueden explicarse. Las tropas de Bonaparte habían estado luchando con desilusión desde su desembarco en Egipto el verano anterior. El calor, la miseria y la enemistad de la población se habían sucedido como descargas. Los franceses habían esperado ser recibidos como salvadores republicanos que traían las luces de la Ilustración. En su lugar los habían resistido, considerado como infieles y ateos, y los restos de los ejércitos mamelucos los habían combatido desde el desierto. Las guarniciones de las aldeas vivían bajo la amenaza constante de envenenamiento o un cuchillo en la oscuridad. La respuesta de Napoleón era seguir avanzando.

Habían encontrado una resistencia inesperadamente feroz en Gaza. Habían dejado en libertad condicional a prisioneros turcos con la promesa de que no volvieran a luchar, pero oficiales provistos de telescopios habían avistado a las mismas unidades guarneciendo ahora las murallas de Jafa. ¡Esto constituía una violación de una regla fundamental de la guerra europea! Pero ni siquiera esto habría podido provocar las matanzas que seguirían. Lo que causó la ola de indignación fue la decisión del comandante otomano Aga Abdalla de responder a las condiciones de rendición ofrecidas por Napoleón asesinando a los dos emisarios franceses y exhibiendo sus cabezas sobre astas.

Era una temeridad por parte de un musulmán orgulloso superado en número en una relación de tres a uno. El ejército francés rugió su protesta, como un león provocado.

Ahora no podía haber clemencia. En unos minutos comenzó el bombardeo. Se oía un ladrido, un silbido cuando una bala de cañón cortaba el aire, y luego una erupción de polvo y cascotes volando al impactar en la mampostería de la ciudad. A cada impacto las tropas vitoreaban, hasta que el bombardeo se prolongó durante horas y se volvió monótono en su constante erosión de las defensas de Jafa. En los flancos este y sur, cada cañón disparaba cada seis minutos. En el sur, donde la artillería apuntaba a través de un barranco de vegetación exuberante que ponía bien a cubierto a las tropas atacantes, los cañones tronaban cada tres minutos y abrían brecha poco a poco. La artillería otomana respondía, pero con material viejo y escasa puntería.

Najac se tomó tiempo para ver cómo se ahogaban sus serpientes y después me encadenó a un naranjo mientras contemplaba el bombardeo y meditaba mis palabras. La batalla era un caos que prefería no perderse, pero supongo que encontró un minuto para informar a Bonaparte de mi balbuceo sobre el Santo Grial. Cayó la noche, se encendieron hogueras en Jafa, pero no me suministraron comida ni agua, tan sólo el monótono golpeteo de la artillería. Me dormí oyendo su tamborileo.

El amanecer reveló una gran brecha en el muro meridional de la ciudad. La tarta nupcial de casas blancas estaba horadada con nuevos agujeros negros, y el humo envolvía Jafa. Los franceses apuntaban sus cañones con la precisión de un cirujano, y la brecha fue ensanchándose a un ritmo constante. Pude ver docenas de proyectiles usados amontonados en los escombros al pie de la muralla, como pasas en una masa

arrugada. Entonces dos compañías de granaderos, acompañadas por ingenieros de asalto que llevaban explosivos, empezaron a congregarse en el barranco. Más tropas se prepararon detrás.

Najac me desencadenó.

—Bonaparte. Demostrad vuestra utilidad o morid.

Napoleón estaba rodeado por un corro de oficiales, más bajo en estatura y más alto en personalidad, y el que gesticulaba más enérgicamente. Los granaderos desfilaban por el barranco, saludando mientras se dirigían hacia la brecha en la muralla de Jafa. Las balas de cañón otomanas estallaban, agitando el follaje como un oso merodeador. Los soldados hacían caso omiso del impreciso fuego y de su lluvia de hojas cortadas.

—¡Veremos la cabeza de quién termina en un asta! —gritó un sargento mientras pasaban marchando, las bayonetas caladas.

Bonaparte exhibió una sonrisa forzada.

Los oficiales nos ignoraron durante algún tiempo, pero cuando las tropas de avance iniciaron su asalto, Napoleón desvió bruscamente su atención hacia mí, como para ocupar el angustioso rato de espera del éxito o el fracaso. Se oyó un traqueteo de fuego de mosquete cuando los granaderos salieron de la arboleda y cargaron contra la brecha, pero él ni siquiera miró.

—Bien, monsieur Gage, ¿tengo entendido que ahora obráis milagros, sacando agua de las piedras y ahogando serpientes?

—Encontré un viejo conducto.

—Y el Santo Grial, tengo entendido.

Respiré hondo.

—Es lo mismo que andaba buscando en las pirámides, general, y lo mismo que el conde Alessandro Silano y su corrupto Rito Egipcio de francmasones están persiguiendo con el posible perjuicio para todos nosotros. El propio Najac está asociado con canallas que...

—Señor Gage, he soportado vuestras divagaciones durante muchos meses, y no recuerdo que hayan reportado ningún beneficio. Si os acordáis, os ofrecí una asociación, una posibilidad de rehacer el mundo a través de los ideales de nuestras dos revoluciones, la francesa y la americana. En su lugar desertasteis en globo, ¿no es correcto?

—Pero sólo porque Silano...

—¿Tenéis ese Grial o no?

—No.

—¿Sabéis dónde está?

—No, pero lo estábamos buscando cuando Najac...

—¿Sabéis por lo menos qué es?

—No exactamente, pero...

Se volvió hacia Najac.

—Es evidente que no sabe nada. ¿Por qué lo sacasteis?

—¡Pero dijo que sí, en el pozo!

—¿Quién no diría cualquier cosa, con vuestras malditas serpientes chasqueando junto a su cabeza? ¡Basta de disparates! Quiero dar a este hombre un castigo ejemplar: ¡no sólo es inútil, sino también aburrido! Se le hará desfilar delante de la infantería y será fusilado como el renegado que es. Estoy harto de masones, hechiceros, serpientes, dioses mohosos y cualquier otra clase de leyenda imbécil que he oído desde el comienzo de esta expedición. ¡Soy miembro del Instituto! ¡Francia es la encarnación de la ciencia! ¡El único «Grial» es la potencia de fuego!

Y dicho esto, una bala arrancó el sombrero del general y fue a alojarse en el pecho de un coronel que estaba detrás, quien murió en el acto.

El general pegó un brinco, mirando commocionado cómo el oficial se derrumbaba.

—*Mon Dieu!* —Najac se persignó, lo que me pareció el colmo de la hipocresía, puesto que su compasión tenía tanto valor como un dólar continental—. ¡Es una señal! ¡No deberíais haber hablado así!

Napoleón palideció momentáneamente, pero recobró la calma. Frunció el ceño al enemigo que pululaba en lo alto de las murallas, miró al coronel postrado en el suelo y seguidamente recogió su sombrero.

—Ha sido Lambeau quien ha recibido la bala, no yo.

—¡Pero el poder del Grial...!

—Es la segunda vez que mi estatura me salva la vida. Si fuese tan alto como nuestro general Kléber, ya estaría muerto dos veces. He aquí vuestro milagro, Najac.

Mi captor miraba paralizado el agujero en el sombrero del general.

—Quizás es una señal de que todavía podemos ayudarnos unos a otros —intenté.

—Y quiero al americano amordazado además de atado. Una palabra más, y tendré que fusilarlo yo mismo.

Y dicho esto se alejó con paso airado, sin que mi situación hubiese mejorado ni un ápice.

—¡Muy bien, tienen un punto de apoyo! ¡Lannes, disparad un cañón de tres contra esa brecha!

Me perdí la mayor parte de lo que sucedió a continuación y estoy agradecido por ello. Las tropas otomanas combatieron ferozmente, hasta el punto de que un capitán de ingenieros llamado Ayme tuvo que abrirse paso a través de los sótanos de Jafa para sorprender al enemigo por detrás con la bayoneta. Después de esto, soldados franceses irritados empezaron a desplegarse en abanico por las callejuelas de Jafa.

Entretanto, en la parte septentrional de la ciudad, el general Bon había convertido su ataque de diversión en un asalto con todas las de la ley que forzó la entrada desde esa dirección. Viendo el enjambre de tropas francesas, la moral de los defensores se hundió y los reclutas otomanos empezaron a rendirse. Sin embargo, la furia francesa por la estúpida decapitación de los emisarios no se había aplacado, y primero la matanza y el saqueo fueron desenfrenados, para tornarse después en un frenesí colectivo. Los prisioneros eran acribillados y pasados por la bayoneta. Las casas eran desvalijadas. Cuando la sangrienta tarde daba paso a la noche encubridora, soldados eufóricos andaban tambaleándose por las calles cargados con su botín. Disparaban mosquetes contra las ventanas y blandían sables bañados en sangre. Los saqueadores ni siquiera se detenían a auxiliar a sus propios heridos. Los oficiales que trataban de poner fin a la matanza recibían amenazas y empujones. A las mujeres les arrancaban el velo del rostro, y a continuación la ropa. Cualquier marido o hermano que intentara defenderlas era abatido a balazos y las mujeres eran violadas en presencia de los cuerpos. No se respetó ninguna mezquita, iglesia ni sinagoga, y musulmanes, cristianos y judíos perecieron en el fuego. Los niños yacían gritando sobre los cadáveres de sus padres. Las hijas suplicaban clemencia mientras las violaban sobre sus madres moribundas. Los prisioneros eran arrojados desde lo alto de las murallas. Las llamas atrapaban a los ancianos, los enfermos y los locos en las habitaciones donde se escondían. La sangre corría por los desagües como el agua de lluvia. En una noche monstruosa, se descargó el miedo y la frustración de casi un año de amarga campaña sobre una sola ciudad indefensa. Un ejército de lo racional, procedente de la capital de la razón, había enloquecido.

Bonaparte sabía que no debía intentar detener aquella descarga; la misma anarquía había reinado en un millar de saqueos anteriores, desde Troya hasta los pillajes cruzados de Constantinopla y Jerusalén. «Uno no debe olvidar nunca que carece del poder de impedir», comentó. Al amanecer la emoción de los hombres se había agotado y los exhaustos soldados se tendieron como sus víctimas, estupefactos por lo que habían hecho, pero también saciados, como sátiros después de una perversión. Un odio hambriento y demoníaco había quedado satisfecho.

Como consecuencia, Bonaparte se quedó con más de tres mil prisioneros otomanos huraños, hambrientos y aterrados.

Napoleón no se arredraba a la hora de tomar decisiones difíciles. Pese a su admiración por los poetas y artistas, en el fondo era un artillero y un ingeniero. Estaba invadiendo Siria y Palestina, un territorio de dos millones y medio de habitantes, con trece mil soldados franceses y dos mil auxiliares egipcios. Al mismo tiempo que caía Jafa, algunos de sus hombres evidenciaban síntomas de peste. Su fantástico objetivo era marchar sobre la India como Alejandro antes que él, encabezando un ejército de orientales reclutados y esculpiendo un imperio en Oriente. Pero Horatio Nelson había destruido su flota y lo había aislado de sus refuerzos, Sidney Smith estaba ayudando a organizar la defensa de Acre y Bonaparte necesitaba forzar al Carnicero con amenazas para que capitulara. No se atrevía a liberar a sus prisioneros, y no podía alimentarlos ni protegerlos.

De modo que decidió ejecutarlos.

Era una decisión monstruosa en una carrera controvertida, y todavía más por el hecho de que yo era uno de los prisioneros que había decidido ejecutar. Ni siquiera iba a tener la dignidad y la fama de desfilar delante de los regimientos formados como un espía notable; en su lugar fui arrojado por Najac a la masa de marroquíes, sudaneses y albanos como si fuese un recluta otomano más. Aquellos desgraciados aún no estaban seguros de lo que estaba ocurriendo, ya que se habían rendido suponiendo que se les respetaría la vida. ¿Los embarcaría Bonaparte en navios rumbo a Constantinopla? ¿Los enviaría a Egipto como esclavos? ¿Los dejaría simplemente acampados fuera de los muros humeantes de la ciudad hasta que los franceses se marcharan? Pero no, no era nada de eso, y las adustas filas de granaderos y fusileros, con los mosquetes en descanso de formación, no tardaron en suscitar rumores y pánico. La caballería francesa estaba apostada en todos los confines de la playa para impedir la huida. Delante de los naranjales se hallaba la infantería, y a nuestra espalda estaba el mar.

—¡Van a matarnos! —se puso a gritar alguien.

—Alá nos protegerá —prometieron otros.

—¿Igual que ha protegido Jafa?

—Escuchad, todavía no he dado con el Grial —susurré a Najac—, pero existe, es un libro, y si me matáis, no lo encontraréis nunca. No es demasiado tarde para asociarnos...

Apretó la punta de su sable contra mi espalda.

—¡Lo que os disponéis a hacer es un crimen! —siseé—. ¡El mundo no lo olvidará!

—Tonterías. En la guerra no hay crímenes.

Describí la escena que siguió al principio de esta historia. Una de las particularidades de prepararse para ser ejecutado es cómo se agudizan los sentidos. Podía sentir la textura de las capas de aire como si tuviese alas de mariposa; podía percibir los olores del mar, la sangre y las naranjas; podía notar cada grano de arena bajo mis pies descalzos y oír cada chasquido y crujido de las armas preparándose, los arneses tirados por caballos impacientes, el zumbido de los insectos, los gritos de los pájaros. ¡Qué poco dispuesto estaba a morir! Los hombres suplicaban y sollozaban en una docena de lenguas. Los rezos eran un murmullo.

—Por lo menos ahogué a vuestras malditas serpientes —observé.

—Sentiréis la bala entrando en vuestro cuerpo como yo —respondió Najac—. Después otra, y otra. Espero que tardéis en desangraros, porque el plomo duele mucho. Aplasta y desgarra. Yo hubiese preferido las serpientes, pero esto es casi igual de bueno.

Se alejó mientras apuntaban los mosquetes.

—¡Fuego!

Se produjo un estruendo, y la fila de prisioneros se tambaleó. Las balas acertaron el blanco y levantaron carne y gotitas por el aire. Entonces ¿qué me salvó? Mi gigante negro, con los brazos levantados en actitud suplicante, echó a correr detrás de Najac como si el villano pudiera suspender la ejecución, con lo que se interpuso entre mí y los mosquetes justo cuando tuvo lugar la descarga. Las balas lo lanzaron hacia atrás, pero formó un escudo momentáneo. Una fila de prisioneros se desplomó, gritando, y me salpicó tanta sangre que al principio temí que parte de ella fuese mía. De los que todavía nos teníamos en pie, algunos se hincaron de rodillas y otros arremetieron contra las filas de los franceses. Pero la mayoría, entre ellos yo, huimos instintivamente hacia el mar.

—¡Fuego!

Otra fila disparó y los prisioneros giraron, cayeron, tropezaron. Uno que estaba a mi lado tosió sangre; otro perdió la coronilla en una rociada de bruma roja. El agua levantó cortinas cegadoras cuando cientos de nosotros entramos corriendo en ella, tratando de escapar de una pesadilla demasiado horrible para parecer real. Algunos daban traspies, arrastrándose y chillando en los bajíos. Otros se agarraban piernas y brazos heridos. Las súplicas a Alá se elevaban desesperadamente.

—¡Fuego!

Cuando las balas silbaron por encima de mi cabeza, me zambullí y braceé, reparando al mismo tiempo en que la mayoría de los turcos que me rodeaban no sabían nadar. Estaban paralizados, con el agua a la altura del pecho. Recorrió varios metros y miré atrás. El ritmo de los disparos había disminuido mientras los soldados arremetían con bayonetas. Los heridos y los paralizados por el miedo estaban siendo acuchillados como cerdos. Otros soldados franceses cargaban tranquilamente y apuntaban a los que nos habíamos alejado por el agua, gritándose y señalando los blancos. Las descargas se habían disuelto en un torbellino general de disparos.

Hombres que se ahogaban se aferraron a mí. Los aparté de un empujón y seguí adelante.

A unos cincuenta metros de la costa había un arrecife plano. Las olas barrían su parte superior, dejando bajíos de treinta o sesenta centímetros de profundidad. Muchos de nosotros alcanzamos esta meseta dentada, nos aupamos a ella y avanzamos tambaleándonos hacia el azul más intenso del lado del mar. Cuando lo hicimos nos dispararon; algunos hombres se agitaron, giraron y cayeron en una espuma que se volvía de color rosa. Tras de mí el mar estaba sembrado de cabezas y espaldas oscilantes de los otomanos acribillados o ahogados, al mismo tiempo que los franceses se adentraban en el agua esgrimiendo sables y hachas.

¡Aquellos eran una locura! Yo seguía tan milagrosamente ileso como Napoleón, que observaba la escena desde las dunas. El arrecife terminó y me zambullí en aguas más profundas loco de desesperación. ¿Adonde iría? Me dejé llevar, braceando débilmente, junto al borde exterior del arrecife, viendo cómo los hombres se acurrucaban hasta que las balas terminaban por encontrarlos. ¿Era ése Najac, corriendo sobre la arena de un lado a otro, buscando furiosamente mi cadáver?

Había un afloramiento de arrecife más alto que se levantaba sobre las olas más cerca de Jafa. ¿Podría encontrar algún escondrijo?

Vi que Bonaparte había desaparecido, sin molestarse a observar la matanza hasta el final.

Llegué a la roca a la que se aferraban varios hombres, tan expuestos como moscas sobre papel. Los franceses salían en pequeños botes para acabar con los supervivientes.

No sabiendo qué otra cosa hacer, sumergí la cabeza bajo el agua y abrí los ojos. Vi las piernas inquietas de los prisioneros que se aferraban a nuestro refugio, y las tonalidades apagadas de azul a medida que la roca se perdía en las profundidades. Y allí, una cavidad, semejante a una pequeña gruta submarina. Cuando menos parecía maravillosamente apartada del horrible clamor de la superficie. Bajé, entré y palpé con el brazo. La roca era puntiaguda y viscosa. Y entonces, al estirar el brazo, mi mano se agitó en aire libre. Me impulsé hacia delante y salí a la superficie.

¡Podía respirar! Estaba dentro de una bolsa de aire en una cueva submarina, y la única iluminación era un rayo de luz procedente de una estrecha grieta en lo alto. Podía volver a oír los gritos y los disparos, pero llegaban amortiguados. No me atreví a gritar mi descubrimiento, por miedo a que los franceses me encontrasen. De todas maneras sólo había espacio para uno. Así que esperé, temblando, mientras los cascos de madera encallaban contra las rocas, sonaban gritos y los últimos prisioneros lloriqueantes eran atravesados por espadas o bayonetas. Los soldados eran metódicos; no querían testigos.

—¡Allí! ¡Coged a ese!

—Mirad cómo se retuerce este gusano.

—¡Ahí hay otro al que eliminar!

Finalmente se hizo el silencio.

Yo era el único superviviente.

Así existí, temblando por el creciente frío, mientras los juramentos y las súplicas se desvanecían. En el Mediterráneo apenas hay marea, por lo que no corría demasiado peligro de ahogarme. Era por la mañana cuando nos condujeron a la playa, y ya anochecía para cuando me atreví a salir, con la piel tan ajada como la de un cadáver por el prolongado remojo. Tenía la ropa hecha jirones y me castañeteaban los dientes.

¿Y ahora qué?

Anduve por el agua aturdido, balanceándome hacia el mar. Un par de cuerpos flotaban a mi lado. Pude ver que Jafa seguía ardiendo, una pila de carbón recortada contra el cielo. Atisbé el resplandor de las hogueras del campamento francés y oí algún que otro disparo, o gritos, o risas amargas.

Cerca de mí flotaba algo oscuro que no era un cadáver y me agarré a un barril de pólvora vacío, arrojado por uno u otro bando durante la batalla. Las horas se

sucedieron, las estrellas giraron por encima de mi cabeza y Jafa se oscureció. Mis fuerzas se disolvían con el frío.

Y entonces, en los primeros albores del alba, casi veinticuatro horas después del comienzo de las ejecuciones, avisté una embarcación. Era una pequeña gabarra árabe como la que me había llevado desde el navío de guerra *Dangerous* hasta Jafa. Grité con voz ronca y agité los brazos, tosiendo, y la nave se acercó. Unos ojos abiertos como platos me miraron sobre la borda como un animal al acecho.

—Auxilio. —Fue poco más que un murmullo.

Unos brazos fuertes me asieron y me izaron a bordo. Me quedé tendido en el fondo, inerte como una medusa, exhausto, parpadeando bajo el cielo gris y no muy seguro de si estaba vivo o muerto.

—*Effendi*?

Me sobresalté. Conocía esa voz.

—*Mohamed*?

—*Qué haces en medio del mar, cuando te dejé en Jerusalén?*

—*Desde cuándo eres marinero?*

—Cuando cayó la ciudad, robé este barco y salí remando del puerto. Por desgracia, no tengo la menor idea de cómo gobernarlo. Me he dejado arrastrar por la corriente.

Me incorporé con mucho esfuerzo. Vi con alivio que estábamos bastante alejados de la costa, fuera del alcance de cualquier francés. La gabarra tenía un mástil y una vela latina, y yo había gobernado embarcaciones no muy distintas a ésta en el Nilo.

—Eres un pan sobre las aguas —dije con un hilo de voz—. Yo sé gobernar. Podemos ir en busca de un barco amigo.

—Pero ¿qué ocurre en Jafa?

—Todos están muertos.

Pareció afligido. Sin duda tenía amigos o parientes que habían quedado atrapados por el asedio.

—No todos, claro. —Pero había sido más sincero la primera vez.

En los años venideros los historiadores se esforzarán por ofrecer la justificación estratégica de las invasiones de Egipto y Siria por parte de Napoleón, de la matanza en Jafa y las marchas sin un objetivo claro. La tarea de los eruditos es en vano. La guerra no tiene nada que ver con la razón y todo con la emoción. Si tiene lógica, es la lógica loca del infierno. Todos tenemos alguna maldad: honda en la mayoría, satisfecha por unos pocos, universalmente liberada por la guerra. Los hombres renuncian a cualquier cosa por esa liberación, destapando una caldera que apenas saben que está hirviendo, y entonces se obsesionan para siempre. Los franceses —a pesar de todo su revoltijo de ideales republicanos, alianzas con pachas remotos, estudios científicos y sueños de reforma— alcanzaron por encima de todo una

espantosa catarsis, seguida por la certeza de que lo que habían liberado acabaría por consumirlos a ellos también. La guerra es gloria emponzoñada.

—Pero ¿conoces algún navío amigo? —preguntó Mohamed.

—Los británicos, tal vez, y tengo noticias que debo llevarles. —«Y también algunas cuentas pendientes», pensé—. ¿Tienes agua?

—Y pan. Y dátils.

—Entonces somos compañeros de tripulación, Mohamed.

Sonrió.

—Los caminos de Alá son inescrutables, ¿verdad? ¿Encontraste lo que buscabas en Jerusalén?

—No.

—Más adelante, supongo. —Me dio agua y comida, tan reconstituyentes como un hormigüeo de electricidad—. Estás llamado a encontrarlo, o no habrías sobrevivido.

¡Qué reconfortante debía de resultar tener tanta fe!

—O no debería haber buscado, y he sido castigado por ver demasiado. —Aparté la mirada del triste resplandor en la costa—. Bien, ayúdame a aparejar esa vela. Pondremos rumbo a Acre y los navíos ingleses.

—¡Sí, otra vez soy tu guía, *effendi*, en mi barca nueva y fuerte! ¡Te llevaré con los ingleses!

Me recosté sobre una bancada.

—Gracias por rescatarme, amigo.

Mohamed asintió.

—¡Y por esto sólo te cobraré diez chelines!

SEGUNDA PARTE

Llegué a Acre como un héroe, pero no por haber escapado de la ejecución en masa de Jafa. Más bien me vengué de los franceses con información oportuna.

Mohamed y yo encontramos al escuadrón británico al segundo día de navegación. Los navíos iban encabezados por los acorazados *Tigre* y *Theseus*, y cuando avanzamos al socaire del buque almirante saludé nada menos que al mismísimo diablo amistoso, sir Sidney Smith.

—Gage, ¿sois realmente vos? —gritó—. ¡Creíamos que os habíais vuelto con los franchutes! ¿Y ahora volvéis con nosotros?

—¡Con los franceses por la traición de vuestros marineros británicos, capitán!

—¿Traición? ¡Pero si dijeron que habíais desertado!

—No os parece una mentira descarada de Big Ned y Little Tom? Sin duda me creían muerto e incapaz de contradecirlos. Es la clase de tergiversación que se me habría ocurrido a mí, lo cual incrementó mi indignación.

—¡Ni hablar! ¡Vuestros matones me cortaron la retirada! Nos debéis una medalla. ¿No es cierto, Mohamed?

—Los franceses intentaron matarnos —dijo mi compañero de embarcación—. Me debe diez chelines.

—¿Y aquí estáis, en el medio del Mediterráneo? —Smith se rascó la cabeza—. ¡Maldición! Para ser un hombre que aparece por todas partes, cuesta trabajo saber de qué lado estáis. Bien, subid a bordo y resolvamos esto.

De modo que subimos al navío de ochenta cañones, un gigante comparado con la frágil gabarra en la que habíamos estado navegando, que fue remolcada. Los oficiales británicos registraron a Mohamed como si pudiera sacar una daga en cualquier momento, y a mí me miraron con dureza. Pero ya había decidido hacer el papel de agraviado, y además tenía un triunfo en mis manos. De modo que relaté mi versión de los hechos.

—...Y entonces la puerta de hierro se cerró delante de mis narices mientras el cerco de canallas franceses y árabes se cerraba...

Pero en lugar de la indignación y la compasión que merecía, Smith y sus oficiales me miraron con escepticismo.

—Admitidlo, Ethan. Dais la impresión de cambiar de bando con excesiva facilidad —dijo Smith—. Y de salir de los aprietos más imposibles.

—Sí, es un rebelde americano —terció un teniente de navío.

—Esperad. ¿Creéis que los franceses me dejaron escapar de Jafa?

—Los informes dicen que nadie más lo hizo. Encontrarlos resulta bastante singular.

—¿Y quién es este salvaje, entonces? —preguntó otro oficial, señalando a Mohamed.

—Es mi amigo y salvador, y mejor hombre que vos, apostaría.

Ahora se enfurecieron, y seguramente estuve a punto de ser retado a un duelo. Smith se apresuró a intervenir.

—Vamos, no hay necesidad de esto. Tenemos derecho a hacer preguntas concretas, y vos tenéis derecho a contestarlas. Francamente, Gage, no había recibido información demasiado útil de vos en Jerusalén, pese a la inversión de la Corona. Entonces mis marineros me dicen que habéis conseguido un rifle muy caro y notable. ¿Dónde está?

—Me lo robó un maldito ladrón y torturador francés llamado Najac —respondí—. Si me había unido a los franceses, ¿qué diablos hago andrajoso, herido, chamuscado, balanceándome en una barca con un camellero musulmán y desprovisto de armas?

—Estaba furioso—. Si me había unido a los franceses, ¿por qué no estoy ahora mismo en la tienda de Napoleón bebiendo clarete? Sí, esclarezcamos la verdad. Llamad a esos marineros granujas ahora mismo...

—Little Tom perdió el brazo y lo mandaron a casa —dijo Smith. Pese a mi indignación, aquella noticia me tranquilizó. Perder un miembro suponía una condena a la miseria—. Big Ned ha sido asignado a tierra, con la mayor parte de la tripulación del Dangerous, para reforzar las defensas de Djezzar en Acre. Quizá podréis discutirlo con él allí. Contamos con una mezcolanza de hombres resueltos para rechazar a Bonaparte, una combinación de turcos, mamelucos, mercenarios, granujas e ingleses. Incluso tenemos un oficial de artillería francés monárquico que se ha pasado a nuestro bando, Louis-Edmond Phelipeaux. Está reforzando las fortificaciones.

—¿Estáis aliado con un francés y dudáis de mí?

—Ayudó a organizar mi evasión de la Prisión del Temple en París y es un camarada tan leal como uno podría desear. Es curioso cómo los hombres escogen su bando en tiempos peligrosos, ¿verdad? —Me miró con detenimiento—. Potts y Tentwhistle muertos, Tom lisiado, ningún beneficio y, sin embargo, aquí estáis. Jericó dice que también os creía muerto o desertado.

—¿Habéis hablado con Jericó?

—Se encuentra en Acre, con su hermana.

Bueno, había buenas noticias. Había estado distraído por mis propios problemas, pero experimenté una oleada de alivio al saber que Miriam estaba por el momento fuera de peligro. Me pregunté si aún tenía mis querubines. Respiré hondo.

—Sir Sidney, he terminado con los franceses, os lo puedo asegurar. Me colgaron cabeza abajo sobre un pozo lleno de serpientes.

—¡Por Dios, qué bárbaros! No les dijisteis nada, ¿verdad?

—Por supuesto que no —mentí—. Pero ellos sí me dijeron algo, y puedo probar mi lealtad con ello.

Era el momento de jugar mi triunfo.

—¿Qué os dijeron?

—Que la artillería de asedio de Bonaparte viene por mar, y con algo de suerte podremos capturarla antes de que sus tropas arriben a Acre.

—¿De veras? Bueno, eso cambiaría las cosas, ¿no? —Smith sonrió—. Localizadme esos cañones, Gage, y os concederé una medalla. Una hermosa medalla turca: son más grandes que las nuestras y muy llamativas. Las entregan a manos llenas, y podéis apostar a que os reservaré una si decís la verdad. Por una vez.

Naturalmente llovió, aguando nuestras posibilidades de avistar a la flotilla francesa, y luego cayó la niebla, reduciendo todavía más la visibilidad. La oscuridad no tardó en hacer que los ingleses volviesen a creer que yo era un doble agente, como si pudiera controlar el tiempo. Pero si nosotros teníamos dificultades para localizar a los franceses, a ellos les costaría aún más trabajo eludirnos. La niebla era también su enemigo.

De modo que los franceses se tropezaron con nosotros la mañana del 18 de marzo, cuando el capitán Standelet trataba de doblar el cabo Carmelo y entrar en la amplia bahía delimitada por Haifa, en el sur, y Acre, en el norte. Tres navíos, entre ellos el de Standelet, escaparon. Pero otros seis no lo consiguieron, y los cañones de asedio, que disparan balas de diez kilos, fueron apuntalados en sus bodegas. De un plumazo habíamos capturado el arma más potente de Napoleón. En una mañana de trabajo fui proclamado baluarte de Acre, lince de Jafa y centinela de las profundidades. Además conseguí una medalla adornada con piedras preciosas, la Orden del León del Sultán, que luego compró Smith para saldar el pago que debía a Mohamed, además de unas cuantas monedas.

—Si sabes cómo gastar menos de lo que ganas, tendrás la piedra filosofal —sermoneó—. He estado leyendo a vuestro Franklin.

Y así llegué a la antigua ciudad de los cruzados. Nuestra ruta por mar fue seguida en paralelo por tierra por columnas de humo que marcaban el avance de las tropas de Napoleón. Habían llegado noticias de una serie constante de escaramuzas entre sus regimientos y los musulmanes del interior, pero era en Acre donde se decidiría el combate.

La ciudad se halla en una península que se adentra en el Mediterráneo en el extremo norte de la bahía de Carmelo, y por lo tanto está rodeada en dos terceras partes de mar. La península se extiende al suroeste desde el continente, y su puerto está formado por un rompeolas. Acre es más pequeña que Jerusalén, sus murallas marítimas y terrestres miden menos de dos kilómetros y medio de perímetro, pero es más próspera y casi igual de populosa. Para cuando llegamos los franceses ya estaban asediando la ciudad por tierra, con tricolores ondeantes dibujando el arco de sus campamentos.

Acre es una ciudad hermosa en tiempos normales, sus murallas marítimas delimitadas por arrecifes de color verde mar y las terrestres bordeadas por campos verdes. Un antiguo acueducto, ya en desuso, conducía desde su foso hasta las filas francesas. La gran cúpula de cobre verde de su mezquita central, unida a un minarete

en forma de aguja, realza un perfil encantador de tejas, torres y toldos. Los pisos superiores forman arcos sobre callejuelas sinuosas. Mercados a la sombra de toldos de vivos colores llenan las calles principales. El puerto huele a sal, pescado fresco y especias. Hay tres grandes complejos de tabernas y almacenes para los visitantes marítimos, el Khan el-Omdan, el Khan el-Efranj y el Khan a-Shawarda. Compensa esta hermosura el palacio del gobernador en la muralla septentrional, un sombrío bloque de los cruzados con una torre redonda en cada esquina, sólo alegrado por el hecho de que las ventanas de su harén dan a unos frescos jardines entre la mezquita y el palacio. El sólido fuerte y el laberíntico trazado medieval de tejados me trajeron a la mente la imagen de un director de escuela severo e intimidante destacando en una animada clase de niños pelirrojos.

La zona administrativa y religiosa ocupa el cuarto nororiental de la ciudad, y las murallas de tierra miran al norte y al este, confluyendo en la esquina en una enorme torre. Ésta resultaría un factor tan determinante para el subsiguiente asedio que con el tiempo los franceses la apodarían *la tour maudite*: la torre maldita. Pero ¿podía defenderse Acre?

Era evidente que muchos creían que no. Llevamos la pequeña embarcación de Mohamed a tierra, siguiendo a la lancha del *Tigre*, y cuando arribamos al muelle éste estaba repleto de refugiados impacientes por abandonar la ciudad. Smith, Mohamed y yo nos abrimos paso a empujones por entre una muchedumbre al borde del pánico. La mayoría eran mujeres y niños, pero no pocos eran mercaderes ricos que habían entregado a Djezzar sobornos exorbitantes para huir. En la guerra, el dinero puede significar supervivencia, y las noticias sobre matanzas habían recorrido la costa con gran celeridad. La gente cogía las pocas pertenencias que podía acarrear y pujaba por un pasaje a bordo de los buques mercantes del litoral. Una mujer sudorosa abrazaba un servicio de café de plata, con sus hijos pequeños aferrados a su vestido y llorando. Un mercader de algodón había introducido pistolas cargadas en un fajín cosido con monedas de oro. Una adorable niña de diez años, de ojos oscuros y labios temblorosos, sujetaba un Perrito que no dejaba de retorcerse. Un banquero utilizó una cuña de esclavos africanos para abrirse paso hasta la vanguardia.

—Tanto me da esta chusma —dijo Smith—. Estaremos mejor sin ellos.

—¿No confían en su guarnición?

—Su guarnición no confía en sí misma. Djezzar tiene temple, pero los franceses han aplastado cada ejército con el que se han topado. Vuestra artillería ayudará. Tenemos cañones más grandes que los de Boney, e instalaremos una batería en la Puerta de Tierra, donde confluyen las murallas marítimas y terrestres. Pero será la torre de la esquina el hueso más duro de roer. Es la más alejada del apoyo de nuestra artillería naval, pero también el punto más sólido de la muralla. Es la maldita bisagra de Acre, y nuestro verdadero secreto es un hombre que odia a Boney todavía más que nosotros.

—Os referís a Djezzar *el Carnicero*.

—No, me refiero al compañero de clase de Napoleón en la École Royale Militaire de París. Nuestro Louis-Edmond le Picard de Phelipeaux compartió pupitre con el granuja corso, lo creáis o no, y el aristócrata y el provinciano se amorataron las piernas a puntapiés cuando eran adolescentes. Era Phelipeaux quien siempre superaba a Napoleón en los exámenes, fue Phelipeaux quien se graduó con mayores honores, y Phelipeaux quien consiguió los mejores destinos militares. De no haber acaecido la Revolución, obligando a nuestro monárquico amigo a salir de Francia, probablemente habría sido el superior de Napoleón. El año pasado entró en Francia como agente clandestino y me rescató de la Prisión del Temple, haciendo pasar por un jefe de policía que debía trasladarme a otra celda. Jamás ha perdido contra Napoleón, y tampoco lo hará esta vez. Venid a conocerlo.

El «palacio» de Djézzar parecía una Bastilla trasplantada. El torreón de los cruzados había sido remodelado para albergar troneras, no encanto, y dos tercera partes de la artillería del Carnicero apuntaban a su propio pueblo en lugar de a los franceses. Cuadrada y terca, la ciudadela era tan implacable como el gobierno con mano de hierro de Djézzar.

—Hay un arsenal en el sótano, barracones en la planta baja, oficinas administrativas en el primer piso, el palacio de Djézzar sobre éste y el harén en la parte de arriba —explicó Smith, señalando.

Pude ver las ventanas enrejadas del harén, cual jaula de pájaros hermosos. Como por solidaridad, unas golondrinas revoloteaban entre ellas y las palmeras de abajo. Después de irrumpir en un harén en Egipto, no experimentaba el menor deseo de explorar éste. Aquellas mujeres me habían dado miedo.

Pasamos junto a corpulentos centinelas otomanos, franqueamos una enorme puerta de madera tachonada de hierro y accedimos al lúgubre interior. Después del deslumbrante sol de Levante, el interior parecía un calabozo. Parpadeé mirando a mi alrededor. En aquel piso se hallaban las dependencias de los guardias partidarios del régimen de Djézzar, y emanaban una austeridad castrense. Los soldados nos miraban con timidez desde las sombras, donde limpiaban mosquetes y afilaban hojas. Parecían tan alegres como reclutas en Valley Forge. Luego se oyeron unos pasos presurosos que venían de la escalera y un francés ágil y energético bajó de un salto, vestido con un uniforme blanco bastante mugriento de los Borbones. Debía de ser Phelipeaux.

Era más alto que Napoleón, elegante en sus movimientos y revestido de esa lánguida confianza en uno mismo que otorga la alta alcurnia. Phelipeaux hizo una cortés reverencia, su pálida sonrisa y sus ojos oscuros pareciendo medirlo todo con el cálculo de un artillero.

—Monsieur Gage, me han dicho que tal vez habéis salvado a nuestra ciudad.

—No lo creo.

—Los cañones franceses que capturasteis serán inestimables, os lo aseguro. ¡Ah, qué ironía! ¡Y un americano! ¡Somos Lafayette y Washington! Menuda alianza

internacional formamos aquí: británicos, franceses, americanos, mamelucos, judíos, otomanos, maronitas... ¡todos contra mi antiguo compañero de clase!

—¿De veras fuisteis juntos a la escuela?

—Él miraba mis respuestas. —Sonrió—. ¡Venid, ahora miraremos nosotros!

Su brío ya me agradaba.

Phelipeaux nos condujo por una escalera de caracol hasta que salimos a la azotea del castillo de Djezzar. ¡Qué magnífica vista! Después de la lluvia de los últimos días el aire era prístino, el lejano monte Carmelo un risco azuláceo al otro lado de la bahía. Más cerca, los franceses que se congregaban eran nítidos como soldados de plomo. Tiendas y toldos se desplegaban como un carnaval de primavera. Desde Jafa, sabía cómo sería la vida en sus filas: comida abundante, bebidas de importación para levantar el ánimo de los grupos de asalto, y cuadros de prostitutas y criadas para cocinar, lavar y dar calor por la noche, todo a precios exorbitantes pagados alegremente por unos hombres que creían tener muchas posibilidades de morir pronto. Aproximadamente a un kilómetro y medio, tierra adentro había una loma de treinta metros de altura, y allí pude ver a un grupo de hombres y caballos entre banderas ondeantes, fuera del alcance de nuestra artillería.

—Sospecho que es allí donde Bonaparte instalará su cuartel general —dijo Phelipeaux, alargando la pronunciación italiana con aristocrático desdén—. Lo conozco, ¿sabéis?, y sé cómo piensa. Ambos haríamos lo mismo. Extenderá sus trincheras y tratará de minar nuestras murallas con zapadores. Así que sé que él sabe que la torre es fundamental.

Seguí el movimiento de su dedo. Estaban subiendo cañones a las murallas, y fuera de ellas se extendía un foso seco, sembrado de piedras, de unos seis metros de profundidad por quince de ancho.

—¿No hay agua en el foso?

—No ha sido concebido para eso, el fondo se encuentra más arriba del nivel del mar, pero nuestros ingenieros tienen una idea. Estamos construyendo una presa en el Mediterráneo, junto a la Puerta de Tierra de la ciudad, que llenaremos de agua marina con la ayuda de bombas. Podría verterse en el foso en un momento de crisis.

—No obstante, este plan aún tardará semanas en llegar a su conclusión —dijo Smith.

Asentí.

—Y, mientras tanto, tenéis vuestra torre.

Era enorme, como un promontorio junto al mar. Supuse que parecía todavía más alta desde el lado francés.

—Es la más fuerte de la muralla —dijo Phelipeaux—, pero también pueden disparar contra ella y atacarla desde dos flancos.

Si los republicanos abren brecha en ella, entrarán en los jardines y podrán desplegarse para sorprender a nuestras defensas por la espalda. Si no lo logran, su infantería perecerá en vano.

Traté de observar el cuadro con su vista de ingeniero. El acueducto en ruinas partía de las murallas en dirección a los franceses. Se interrumpía justo antes de llegar a nuestro muro próximo a la torre, a la que antaño había suministrado agua. Vi que los franceses cavaban zanjas a lo largo del mismo porque procuraba protección contra el fuego hostil. A un lado había lo que parecía un estanque seco. Los franceses plantaban estacas de medición en su interior.

—Han desecado una presa para hacerse una depresión protectora en la que instalar una batería —explicó Phelipeaux como si me leyera el pensamiento—. Pronto la ocuparán los cañones más ligeros que han traído por tierra.

Miré hacia abajo. El jardín era un oasis de sombra en medio de los preparativos militares. Probablemente las mujeres del harén estaban acostumbradas a visitarlo. Ahora, con tantos soldados y marineros guarneciendo las defensas de arriba, debían de estar encerradas bajo llave.

—Hemos añadido casi cien cañones a las defensas de la ciudad —dijo Phelipeaux—. Ahora que hemos capturado las piezas más pesadas de los franceses, tenemos que mantenerlos a distancia.

—Lo que supone no dejar que Djezzar se rinda —enmendó Smith—. Y vos, Gage, sois la clave para ello.

—¿Yo?

—Vos habéis visto al ejército de Napoleón. Quiero que digáis a nuestro aliado que puede ser derrotado, porque puede serlo si él lo cree. Pero antes debéis creerlo vos. ¿Es así?

Reflexioné un momento.

—Bonaparte se abotonó los pantalones como todos los demás. Sólo que aún no se ha topado con nadie tan agresivo como él.

—Exacto. Entonces venid a conocer al Carnicero.

No tuvimos que esperar para ser recibidos. Después de Jafa, Djezzar reconocía que su supervivencia dependía de sus nuevos aliados europeos. Nos condujeron a su sala de audiencias, una estancia elegantemente decorada pero modesta, con un techo tallado con ornamentos y el suelo recubierto de alfombrillas orientales superpuestas. Unos pájaros trinaban dentro de jaulas de oro, un pequeño mono daba saltos atado con una correa y una especie de gran felino de la jungla moteado nos miraba adormilado sobre un cojín, como si meditara si valía la pena molestarse en comernos. Recibí una sensación parecida del Carnicero, que estaba sentado muy tieso, su envejecido torso transmitiendo aún fuerza física. Nos sentamos con las piernas cruzadas frente a él mientras sus guardaespaldas sudaneses nos observaban con cautela, como si pudiéramos ser asesinos en lugar de aliados.

Djezzar contaba setenta y cinco años y parecía un profeta apasionado, no un abuelo bondadoso. Su poblada barba era blanca, los ojos de pedernal, y su boca dibujaba una mueca cruel. Había alojada una pistola en su fajín, y una daga descansaba al alcance de su mano. Pero su mirada delataba también la desconfianza en sí mismo de un matón enfrentado a otro: Napoleón.

—Pacha, éste es el americano del que os hablé —me presentó Smith.

Me evaluó de un vistazo —mi ropa de marinero prestada, las botas sucias y la piel curtida por el exceso de sol y agua salada— y no trató de ocultar su escepticismo. Pero también sentía curiosidad.

—Escapasteis de Jafa.

—Los franceses quisieron matarme con los demás prisioneros —dije—. Nadé mar adentro y encontré una pequeña gruta en las rocas. La matanza fue horrible.

—Con todo, la supervivencia es la marca de los hombres notables. —El Carnicero era un superviviente astuto, desde luego—. ¿Y ayudasteis a capturar la artillería del enemigo?

—Parte de ella, por lo menos.

Me examinó.

—Sois ingenioso, creo.

—Lo mismo que vos, pacha. Tan ingenioso como cualquier Napoleón.

Sonrió.

—Más, creo yo. He matado a más hombres y fornicado con más mujeres. Así pues, ahora es una prueba de voluntades. Un asedio. Y Alá me ha obligado a usar a infieles para combatir a infieles. No confío en los cristianos. Andan siempre conspirando.

Pareció un comentario ingrato.

—Ahora mismo estamos conspirando para salvaros el pescuezo.

Se encogió de hombros.

—Habladme de ese Bonaparte. ¿Es un hombre paciente?

—En absoluto.

—Pero es activo cuando se trata de conseguir lo que quiere —enmendó Phelipeaux.

—Atacará vuestra ciudad con ímpetu, pronto, aun sin los cañones —dije—. Cree en un ataque veloz de fuerza abrumadora para quebrantar la voluntad de un enemigo. Sus soldados son buenos en su oficio, y su artillería es certera.

Djezzar cogió un dátil de una taza y lo examinó como si nunca hubiese visto uno. Luego se lo llevó a la boca y lo masticó por un costado al mismo tiempo que hablaba.

—En tal caso quizá debería rendirme. O huir. Son dos veces más numerosos que mi guarnición.

—Con los navíos británicos lo sobrepasáis en potencia de fuego. Se halla a cientos de kilómetros de su base egipcia y a tres mil doscientos kilómetros de Francia.

—De manera que podemos vencerlo antes de que obtenga más cañones.

—Casi no tiene tropas para guarnecer lo que captura. Sus soldados tienen morriña y están cansados.

—Y también enfermos —dijo Djezzar—. Han circulado rumores de peste.

—Se dieron algunos casos ya en Egipto —confirmé yo—. Oí que había más en Jafa.

—Me di cuenta de que el Carnicero era un hombre perspicaz, no un pelele otomano impuesto por la Sublime Puerta de Constantinopla. Recopilaba información sobre sus enemigos como un erudito—. La debilidad de Napoleón es el tiempo, pacha. A cada día que pase delante de Acre, el sultán de Constantinopla puede ordenar más fuerzas que lo rodeen. No recibe refuerzos, ni tampoco nuevas provisiones, mientras que la marina británica puede traernos ambas cosas. Trata de hacer en un día lo que otros hombres requieren un año para culminar, y ése es su punto flaco. Está intentando conquistar Asia con diez mil hombres, y nadie sabe mejor que él que todo es un farol. Tan pronto como sus enemigos dejen de temerlo, estará perdido. Si podéis resistir...

—Él se irá —completó Djezzar—. Nadie ha derrotado a ese hombrecillo.

—Nosotros lo derrotaremos aquí —prometió Smith.

—A menos que encuentre algo más poderoso que la artillería —dijo alguien desde las sombras.

Me sobresalté. ¡Conocía aquella voz! ¡Y, en efecto, de la penumbra que había detrás del trono encojinado de Djezzar apareció el horrible rostro de Haim Farhi! Smith y Phelipeaux parpadearon al ver aquel semblante mutilado, pero no retrocedieron. También lo habían visto antes.

—¡Farhi! ¿Qué estáis haciendo en Acre?

—Servir a su amo —respondió Djezzar.

—Dejamos Jerusalén convertido en un lugar incómodo, monsieur Gage. Y sin libro, no había ninguna razón para quedarse allí.

—¿Nos acompañasteis por el pacha?

—Por supuesto. Ya sabéis quién modificó mi aspecto.

—Le hice un favor —tronó el Carnicero—. El aspecto atractivo permite la vanidad, y el orgullo es el mayor pecado. Sus cicatrices le dejan concentrarse en sus números. Y entrar en el cielo.

Farhi se inclinó.

—Como siempre, sois generoso, amo.

—¡Así que escapasteis de Jerusalén!

—Por los pelos. Os abandoné porque mi cara llama demasiado la atención, y porque sabía que se requerían más investigaciones. ¿Qué saben los franceses de nuestros secretos?

—Ese alboroto musulmán les impide seguir explorando los túneles. No saben nada, y me amenazaron con serpientes para intentar sonsacarme lo que sabía. Creo que todos hemos vuelto con las manos vacías.

—¿Las manos vacías de qué? —preguntó Smith.

Farhi se volvió hacia el oficial británico.

—Este aliado vuestro no fue a Jerusalén sólo para serviros, capitán.

—No, había una mujer sobre la que hizo indagaciones, si mal no recuerdo.

—Y un tesoro que hombres desesperados andan buscando.

—¿Un tesoro?

—No es dinero —dijo yo, molesto por la revelación informal de mi secreto por parte de Farhi—. Un libro.

—Un libro de magia —enmendó el banquero—. Se ha rumoreado acerca de él durante miles de años, y los caballeros templarios lo buscaron. Cuando pedimos a vuestros marineros como aliados, no buscábamos una puerta de asedio en Jerusalén. Buscábamos ese libro.

—Lo mismo que los franceses —añadí.

—Y yo —dijo Djezzar—. Farhi era mi oído.

Resultaba apropiado que empleara el singular, puesto que aquel canalla le había cortado la otra oreja a su ministro.

La mirada de Smith iba de uno a otro.

—Pero no estaba allí —dije—. Lo más probable es que no exista.

—Y sin embargo hay agentes investigando en la provincia entera de Siria —señaló Farhi—. Básicamente árabes, al servicio de un personaje misterioso que se encuentra en Egipto.

Se me erizó la piel.

—Me dijeron que el conde Silano sigue vivo.

—Vivo. Resucitado. Inmortal.

Farhi se encogió de hombros.

—¿Qué quieres decir, Haim? —preguntó Djezzar, con el tono de un amo muy impacientado por las divagaciones de sus subordinados.

—Que, como ha dicho Gage, lo que todos los hombres buscan podría no existir. Pero si existe, no tenemos ninguna posibilidad de buscarlo, acorralados como estamos por el ejército de Napoleón. El tiempo es su enemigo, sí. Pero también es nuestro reto. Si permanecemos sitiados demasiado tiempo, puede ser demasiado

tarde para descubrir primero lo que el conde Silano todavía busca. —Me señaló—. Este hombre debe encontrar la manera de volver a buscar el secreto, antes de que sea demasiado tarde.

Seguí el olor a carbón vegetal para localizar a Jericó. Se encontraba en las entrañas del arsenal en el sótano del palacio de Djézzar, sus músculos iluminados por el resplandor de una fragua, martilleando como Thor sobre las herramientas de guerra: espadas, picas, pértigas bifurcadas para hacer caer escalas de mano, bayonetas, baquetas... El plomo se enfriaba en moldes de bala como perlas negras, y las sobras se apilaban para convertirlas en metralla. Miriam accionaba los fuelles, el pelo rizado sobre sus mejillas en mechones sudorosos, el vestido húmedo y turbadoramente ceñido, la transpiración reluciente en aquel valle de tentación entre cuello y pechos. No sabía cómo me recibirían, dado que habían perdido su casa de Jerusalén en el tumulto que yo había provocado, pero cuando ella me vio sus ojos me saludaron con un alegre fulgor y corrió hacia mí en el resplandor infernal, con los brazos extendidos. ¡Qué abrazo más placentero! Hice todo lo posible por impedir que mi mano se deslizara hasta su redondo trasero, pero naturalmente su hermano estaba allí. Hasta el taciturno Jericó se permitió una sonrisa desganada.

—¡Te creíamos muerto!

Miriam me besó en la mejilla y la abrasó. La mantuve a una distancia prudencial por miedo a que mi entusiasmo por nuestro reencuentro resultase demasiado obvio físicamente.

—Y yo temía lo mismo de vosotros —dije—. Lamento que nuestra aventura os haya dejado atrapados aquí, pero creía de veras que encontraríamos un tesoro. Escapé de Jafa con mi amigo Mohamed en una barca. —Miré a Miriam, reparando en cuánto la había echado de menos y qué angelicalmente hermosa era en realidad—. La noticia de tu supervivencia fue como néctar para un hombre muerto de sed.

Me pareció ver un rubor debajo del hollín, y desde luego había borrado la sonrisa de su hermano. Daba lo mismo. Yo no soltaba su cintura, y ella no soltaba mis hombros.

—Y ahora estamos todos aquí, vivos —dijo Jericó—. Los tres.

Finalmente la solté y asentí.

—Con un hombre apodado el Carnicero, un capitán de navío inglés medio loco, un judío mutilado, un compañero de escuela de Napoleón contrariado y un guía musulmán. Y no digamos un quincallero fornido, su erudita hermana y un jugador americano que siempre mete la pata. Somos los valientes compañeros.

—Y compañeras —dijo Miriam—. Ethan, nos enteramos de lo que ocurrió en Jafa. ¿Qué pasará si los franceses entran aquí?

—No lo harán —respondí con mayor confianza de la que sentía—. No tenemos que derrotarlos, sólo debemos resistirlos hasta que se vean obligados a retirarse. Y tengo una idea para eso. Jericó, ¿hay en la ciudad alguna cadena gruesa que sobre?

—He visto alguna por ahí, utilizada por barcos, y para cerrar la boca del puerto.
¿Por qué?

—Quiero colgarla de nuestras torres para dar la bienvenida a los franceses.

Sacudió la cabeza, convencido de que seguía siendo tan tonto como siempre.

—¿Para echarles una mano?

—Sí. Y entonces cargarla con electricidad.

—¡Electricidad!

Se santiguó.

—Se me ocurrió esta idea cuando iba en la barca con Mohamed. Si almacenamos suficientes chispas en una batería de botellas de Leiden, podríamos transferirlas con un alambre a una cadena suspendida. Produciría la misma sacudida que demostré en Jerusalén, pero esta vez los haría caer al foso, donde podríamos matarlos.

Me había vuelto una especie de guerrero sanguinario.

—¿Quieres decir que no podrían agarrarse a la cadena? —preguntó Miriam.

—No más que si estuviese al rojo vivo. Sería como una barrera de fuego.

Jericó estaba intrigado.

—¿Podría funcionar?

—Si no funciona, el Carnicero usará esa cadena para colgarnos.

Necesitaba generar una carga eléctrica a una escala con la que ni siquiera Ben Franklin había soñado. Así, mientras Jericó se ponía manos a la obra recogiendo y uniendo cadenas, Miriam y yo empezamos a reunir vidrio, plomo, cobre y jarras en cantidad suficiente para armar una batería gigantesca. Rara vez he disfrutado tanto con un proyecto. Miriam y yo no sólo trabajábamos juntos, éramos compañeros, de un modo que recordaba la alianza que había formado con Astiza. La recatada timidez con que había topado al principio se había perdido en algún lugar de los túneles subterráneos de Jerusalén, y ahora ella mostraba una confianza enérgica que fortalecía el valor de cualquiera con quien trabajaba. Ningún hombre quiere ser un cobarde en proximidad de una mujer. Ella y yo trabajábamos hombro con hombro; rozándonos más de lo necesario, al mismo tiempo que yo recordaba el punto exacto en mi mejilla donde su beso me había abrasado. No hay nada más deseable que una mujer que no has poseído.

Mientras trabajábamos podíamos oír el eco de los cañones franceses, y tratar de medir el alcance al tiempo que sus primeras trincheras avanzaban hacia las murallas. Hasta las entrañas del palacio de Djezzar temblaban cuando una bola de hierro impactaba en los muros exteriores.

Franklin denominó «batería» a una hilera de botellas de Leiden porque le recordaba una batería de cañones, dispuestos eje contra eje para concentrar el fuego. En nuestro caso, cada jarra adicional podía conectarse con la última para intensificar la posible sacudida de los soldados franceses que yo pretendía. Pronto tuvimos tantas que cargarlas todas de energía mediante fricción —haciendo girar una manivela— parecía tarea de Sísifo, como hacer rodar una roca montaña arriba sin cesar.

—Ethan, ¿cómo vamos a hacer girar los discos de vidrio el tiempo suficiente para alimentar este enorme aparato? —preguntó Miriam—. Necesitamos un ejército de molenderos.

—No un ejército, sino una espalda más ancha y una mente más corta. —Me refería a Big Ned.

Desde que había desembarcado en Acre había estado considerando mi reencuentro con el corpulento y malhumorado marinero. Debía pagar por su traición en la puerta de Jerusalén, y no obstante seguía siendo un peligroso gigante aún resentido por sus pérdidas en las cartas. La clave consistía en no tropezarse con él cuando yo estaba en desventaja, así que planeé cuidadosamente mi lección. Supe que se había enterado de mi milagrosa reaparición y que se jactaba de que todavía me debía una pelea, tan pronto como dejase la protección de las faldas de mi mujer. Cuando me informaron de que le había tocado ayudar a arreglar presurosamente la mampostería del foso al pie de la torre clave de Acre, comparecí para echar una mano desde la poterna superior.

Una muralla es más sólida que nunca cuando no presenta grietas en las que las balas de los cañones puedan fisgonear, y es por eso que Smith y Phelipeaux quisieron

hacer arreglos. Era un trabajo arriesgado: los francotiradores británicos intercambiaban fuego con excelentes tiradores franceses mientras unos pocos voluntarios, entre ellos Ned, trabajaban fuera de las murallas en la oscuridad. A pesar de mis problemas con Ned y Tom, había llegado a admirar la pétrea determinación de los marineros rasos ingleses, la pasta de trabajador de los pobres y analfabetos que tenían poco del idealismo de los voluntarios franceses salvo una lealtad tenaz a la Corona y al país. Ned estaba hecho de esa pasta. Mientras los mosquetes destellaban y detonaban en la negrura —¡cómo echaba de menos mi rifle!—, se bajaban capazos de piedras, mortero y agua al equipo de reparación que se ocupaba de picar, raspar y tapar. Cerca del amanecer treparon finalmente por una escala de cuerda como monos huidizos, mientras las balas silbaban, y tendí el brazo a cada uno de ellos para ayudarlos a entrar. Finalmente sólo quedó abajo Ned. Dio un buen tirón a la escala.

La expresión en su cara al ver que su vía de escape se aflojaba y caía amontonada a sus pies fue impagable. Hay algo que decir a favor de la venganza.

Me asomé.

—No resulta divertido quedarse fuera, ¿verdad, Ned?

Su cabeza se encendió como una cebolla roja cuando me reconoció siete metros más arriba.

—¡Así que te has atrevido a salir del palacio del pacha, chapucero yanqui! ¡Creía que no te acercarías a menos de ciento cincuenta kilómetros de marineros británicos honrados después de la lección que te di en Jerusalén! ¿Y ahora pretendes abandonarme en este foso y dejar que los franceses te hagan el trabajo? —Formó bocina con las manos y gritó—: ¡Este hombre es un cobarde!

—Oh, no —repliqué—. Sólo quiero que pruebes tu vil traición, y ver si eres lo bastante hombre como para enfrentarte a mí cara a cara, en lugar de cerrarme puertas en las narices o esconderte en el pantoque de un navío.

Se le saltaron los ojos como si les hubiesen inyectado vapor.

—¿Enfrentarme a ti cara a cara? ¡Vive Dios, te arrancaré los miembros uno a uno, trámoso, si tienes el valor de pelear conmigo como un hombre!

—Confiar en el tamaño es propio de un matón, Big Ned —respondí—. Lucha conmigo limpiamente, espada contra espada como hacen los caballeros, y te daré una soberana lección.

—¡Maldita sea, desde luego que lo haré! ¡Lucharé contigo con pistolas, pasadores, porras, dagas o cañones!

—He dicho espadas.

—¡Entonces déjame subir! ¡Si no puedo estrangularte, te partiré en dos!

Así pues, una vez pactado el duelo a mi satisfacción, arrié una cuerda, icé la escala y dejé que Ned entrara en Acre justo antes de que la luz del alba lo convirtiera en un blanco.

—Te he demostrado más clemencia de la que tú me mostraste —salmodié mientras me miraba con el ceño fruncido, sacudiéndose el mortero de la ropa.

—Y yo te devolveré la clemencia que mostraste en las cartas. ¡Crucemos las espadas y acabemos con esto de una vez por todas! ¡Ahora no te dejaría escapar aunque me devolvieras diez veces mi dinero!

—Me reuniré contigo en los jardines de palacio. ¿Prefieres estoque, sable o alfanje?

—¡Alfanje, vive Dios! ¡Algo que corte los huesos! ¡Y traeré a mis esbirros para que te vean desangrarte! —Miró a los otros hombres que presenciaban nuestro diálogo—. Nadie se burla de Big Ned.

Mi buena disposición para batirme en duelo con semejante animal procedía de pensar en las cartas que vendrían. Franklin era siempre una inspiración, y mientras trabajaba en la fragua nueva de Jericó meditaba sobre cómo el sabio de Filadelfia habría utilizado el ingenio en lugar de la fuerza. Entonces puse manos a la obra.

El sabotaje fue sencillo. Desarmé la empuñadura de tela y madera del alfanje de Ned, monté otra de cobre, raspé el puño para que mi oponente lo sujetara con firmeza y pulí todo el ensamblaje. El metal es conductor.

La preparación de mi arma resultó más compleja. Vacié el puño, lo llené de plomo, doblé la envoltura para proporcionarme un mayor aislamiento y, justo antes de que llegara mi adversario, conecté el extremo a un alambre grueso procedente de la máquina de manivela que había construido para generar una carga por fricción. La hacía girar, almacenando electricidad en el acero de mi alfanje, cuando mi oponente compareció en el patio.

Ned me miró con los ojos entrecerrados.

—¿Qué es eso, maldito chapucero yanqui?

—Magia—dije.

—¡Eh, quiero un combate justo!

—Y lo tendrás, hoja contra hoja. Tus músculos contra mi cerebro. Nada más justo que eso, ¿no?

—Ethan, te partirá como un leño —advirtió Jericó cuando me hube preparado—. Es una locura. No tienes ninguna posibilidad contra Big Ned.

—El honor exige que crucemos las espadas —recité con resignación igualmente ensayada—, sean cuales sean su destreza y su tamaño.

Supongo que no es deportivo incitar a un toro, pero ¿qué matador no agita una capa?

Concedí algunos minutos para que una multitud de marineros reunidos apostara contra mí —cubrí todas las apuestas, con un préstamo del metalúrgico, pensando que bien podía sacar tajada de tantas molestias— y luego me puse en guardia en el camino del jardín donde íbamos a batirnos. Me agradó pensar que las muchachas del harén miraban desde arriba, y sabía que también Djezzar hacía lo propio.

—¡En guardia, grandullón! —grité—. ¡Si pierdo, te entregaré hasta el último chelín, pero si pierdes tú, tendrás obligaciones conmigo!

—¡Si pierdes, cogeré lo que me debes de los filetes y las chuletas en que te habré convertido!

La multitud rugió al oír esta gracia y Ned se pavoneó. Entonces embistió blandiendo la hoja.

Paré el golpe.

Ojalá pudiera decir que hubo cierto manejo de la espada valiente y experto cuando contrarresté su fuerza bruta con destreza y atlética agilidad. En lugar de eso, cuando los aceros entrechocaron, se produjo simplemente una lluvia de chispas y un fuerte estallido como un disparo que hicieron que los espectadores gritaran y saltaran. Nuestras hojas sólo se tocaron, pero Ned salió despedido hacia atrás como si un mulo le hubiese propinado una coz. Su alfanje voló por los aires y estuvo a punto de alcanzar a uno de sus compañeros de tripulación, mientras él se derrumbaba como Goliat y quedaba tendido, los ojos en blanco. La espada me produjo una punzada en la mano, pero me había aislado de lo peor de la sacudida. El aire olía a quemado.

—Estaba muerto?

Lo toqué con la punta de mi espada y se agitó como una de las ranas de Galvani.

La multitud guardaba silencio, asombrada.

Finalmente Ned se estremeció, parpadeó y se encogió de miedo.

—¡No me toques!

—No deberías desafiar a tus superiores, Ned.

—¡Caray! ¿Qué has hecho?

—Magia —volví a decir. Apunté con la espada a los demás—. Gané a las cartas con justicia, y he ganado este duelo. Bien. ¿Quién más quiere retarme?

Retrocedieron como si fuera un leproso. Un contramaestre se apresuró a lanzarme la bolsa de apuestas que sujetaba. Dios bendiga la estúpida inclinación por el juego de los marineros británicos.

Ned se incorporó mareado.

—Nadie me ha ganado nunca. Ni siquiera mi papá, no desde que tuve ocho o nueve años y pude darle una paliza.

—¿Me respetarás por fin?

Sacudió la cabeza para aclarársela.

—Tengo obligaciones contigo, como has dicho. Posees extraños poderes, patrón. Ahora me doy cuenta de ello. Siempre sobrevives, estés en el bando que estés.

—Sólo uso mi cerebro, Ned. Si te aliaras conmigo, te enseñaría a hacer lo mismo.

—Sí, quiero servir contigo, no luchar. —Se puso torpemente en pie y se tambaleó. Podía imaginarme el tremendo hormigueo que todavía sentía. La electricidad duele —. Los demás, escuchadme —dijo con voz ronca—. No os metáis con el americano. Y si lo hacéis, os las veréis conmigo. Ahora somos socios.

Me dio un abrazo, como un gigantesco simio.

—¡No toques la espada!

—Ah, sí. —Se apartó apresuradamente.

—Bien, necesito tu ayuda para hacer más magia, pero esta vez contra los franceses. Necesito a un tipo que pueda hacer girar mi aparato como el mismísimo diablo. ¿Puedes hacer eso, Ned?

—Si no me tocas.

—No, estamos en paz —confirmé—. Ahora podemos ser amigos.

Hubo una extraña tregua mientras los franceses cavaban como topos hacia las murallas de Acre, emplazando la artillería que les quedaba. Ellos cavaban y nosotros esperábamos, con ese fatalismo perezoso que abruma a los sitiados. Era Semana Santa y, compartiendo el espíritu de aquellas festividades, Smith y Bonaparte acordaron un intercambio de prisioneros para recuperar a los hombres capturados en incursiones y escaramuzas. Djezzar se paseaba por las murallas como un gato inquieto, murmurando sobre la perdición de los cristianos y todos los infieles, y luego se sentaba en una gran butaca en la torre de la esquina para motivar a sus soldados mirándolos con ojos feroces. Yo trabajaba en mi proyecto eléctrico, pero me resultaba difícil recabar la ayuda de Jericó porque el Carnicero, Smith y Phelipeaux no dejaban de encargar armamento. En el combate cuerpo a cuerpo sobre las defensas, con poco tiempo para recargar, el acero sería tan importante como la pólvora.

La tensión era visible. El rostro hasta cierto punto querúbico del metalúrgico se había vuelto más tenso, los ojos ensombrecidos. Los cañones franceses disparaban a todas horas, rara vez veía la luz del día y estaba intranquilo por mi creciente proximidad con Miriam. Y sin embargo era la clase de hombre incapaz de negar nada a nadie, ni de permitirse una falta de calidad. Trabajaba incluso cuando Miriam y yo nos derrumbábamos en rincones opuestos del arsenal y nos sumíamos en un sueño turbulento y exhausto.

Así, el quincallero nos despertó en la oscuridad que precedía al alba del 28 de marzo cuando el fuego de los cañones franceses se intensificó, señalando un ataque inminente. Incluso en las profundidades del sótano de Djezzar, las vigas del techo temblaban con el bombardeo. Caía polvo. El temblor levantaba chispas de la fragua.

—Los franceses están poniendo a prueba nuestras defensas —conjeturé aún atontado—. Retén a tu hermana aquí abajo. Sois más valiosos como metalúrgicos que como blancos.

—¿Y tú?

—Aún no está lista, pero voy a ver cómo podría utilizarse mi cadena.

Eran las cuatro de la madrugada, las escaleras y rampas se hallaban alumbradas por antorchas. Fui arrastrado por una marea de soldados turcos y marineros británicos que subían a las murallas, todos maldiciendo en su idioma. En el parapeto el bombardeo era atronador, acentuado por algún que otro estruendo cuando una bala de cañón impactaba contra el muro, o un silbido cuando otra pasaba sobre nuestras cabezas. Se veían destellos en las filas francesas, indicando la situación de sus cañones.

Smith estaba allí, con una sonrisa extraña en los labios, paseándose detrás de un contingente de marinos británicos. Phelipeaux subía y bajaba por las murallas como un loco, usando una confusa mezcla de francés, inglés, árabe y gestos impacientes con las manos para dirigir la artillería de la ciudad. Al mismo tiempo se izaban faroles de señales en la torre de la esquina para pedir apoyo naval.

Miré entre la penumbra, pero no pude distinguir a las tropas enemigas. Tomé prestado un mosquete y disparé hacia donde suponía podían estar, con la esperanza de atraer puntitos de luz a modo de respuesta, pero los franceses eran demasiado disciplinados. De manera que seguí a Phelipeaux hacia la torre. Ésta temblaba como un árbol siendo talado.

Ahora nuestra artillería comenzaba a responder, interrumpiendo con sus fogonazos el tamborileo constante del fuego francés, pero dando también a los artilleros enemigos una referencia para apuntar. Los proyectiles empezaron a volar más alto, y se produjo un estallido cuando una bala de cañón golpeó las almenas de la muralla y fragmentos de roca salieron despedidos como los trozos de una granada. Un cañón turco se desarmó y se desplomó, entre los gritos de hombres cegados.

—¿Qué puedo hacer? —pregunté a Phelipeaux, tratando de contener el temblor natural de mi voz.

Todo aquel fragor me lastimaba los oídos. Los muros y el foso tendían a repetir y amplificar los estallidos, y el aire estaba impregnado de ese hedor acre y embriagador de pólvora quemada.

—Id a buscar a Djezzar. Es el único hombre al que sus soldados temen más que a Napoleón.

Me alegré de tener una excusa para correr a refugiarme dentro del palacio, y casi choqué con Haim Farhi en las dependencias del pachá.

—¡Necesitamos a vuestro amo para que ayude a reforzar la moral de sus soldados!

—No puede ser molestado. Está en el harén.

Por los calzones de Casanova, ¿cómo podía estar en celo el gobernador en un momento como ése? Pero entonces se abrió una puerta en una escalera que llevaba arriba y apareció el Carnicero, sin camisa, barbudo, los ojos brillantes, una mezcla de sátiro y profeta Elías. Se había metido dos pistolas en el fajín y blandía un viejo sable prusiano. Un esclavo trajo una cota de malla medieval oxidada y una camiseta de

fieltro. Antes de cerrar la puerta a su espalda, pude oír el parloteo excitado y el llanto de las mujeres.

—Phelipeaux os necesita —dije sin necesidad.

—Ahora los francesos se acercarán lo suficiente para que pueda matarlos —prometió.

Los primeros albores del día perfilaban la loma de observación de Napoleón cuando regresamos a la torre. Vi que los navíos británicos se habían acercado hacia tierra en la bahía de Acre, pero su artillería no podía alcanzar la columna de asalto. Ahora podía distinguir a una masa de hombres en las trincheras poco profundas, como un gran ciempiés oscuro. Muchos llevaban escalas de mano.

—Han abierto una brecha en la torre justo encima del foso —informó Phelipeaux—. No es grande, pero si entran, los turcos saldrán huyendo. Han circulado demasiados rumores sobre lo que sucedió en Jafa. Nuestros otomanos están demasiado nerviosos para luchar y demasiado asustados para rendirse.

Me asomé para mirar el hoyo negro del foso seco que se extendía muy abajo. Los franceses podrían entrar en él muy fácilmente, pero ¿lograrían salir?

—Usad un barril de pólvora —sugerí—. O medio barril, y el resto clavos y balas. Arrojadlos sobre ellos cuando intenten entrar en la brecha.

El coronel monárquico sonrió.

—Ah, mi sanguinario *américain*. ¡Tenéis instinto de guerrero! ¡Alumbraremos el camino al corso!

—¡Napoleón! —bramó Djezzar, encaramándose a su butaca de observación de suerte que era tan visible como una bandera—. ¡Pon a prueba a este mameluco! ¡Te follaré como acabo de follar a mis esposas! —Las balas pasaron silbando, sin alcanzarlo milagrosamente—. ¡Sí, abanícame como mis mujeres!

Nos apresuramos a bajarlo.

—Si os matan, todo estará perdido —sermoneó Phelipeaux.

El Carnicero escupió.

—Esto es lo que pienso de su puntería. —Su cota de malla giraba por el dobladillo mientras se pavoneaba de un lado a otro de la torre, cerciorándose de que sus hombres se mantenían firmes—. ¡No creáis que no os vigilo!

A medida que el paisaje se tornaba gris pálido con el sol naciente, vi cuánto se había precipitado Napoleón. Sus trincheras eran aún demasiado poco profundas y una veintena de sus hombres ya había sido alcanzada. Varios cañones franceses habían quedado inutilizados en su batería de reserva porque sus terraplenes eran inadecuados, y el viejo acueducto estaba siendo erosionado por nuestro fuego, que rociaba de cascotes a sus tropas acurrucadas. Sus escalas de mano parecían ridículamente cortas.

Sin embargo, se oyó un fuerte grito, la tricolor ondeó y los franceses atacaron. Siempre con ímpetu, ellos.

Ésa era la primera vez que veía su valor temerario desde el otro lado, y resultó un espectáculo pavoroso. El ciempiés atacó y engulló el terreno entre trincheras y foso con celeridad alarmante. Los turcos y los marinos británicos intentaron frenarlos con disparos, pero el experimentado fuego de protección francés nos obligaba a agachar la cabeza. Sólo acabamos con unos pocos. Se precipitaron por el borde del foso hasta el fondo. Sus escalas eran demasiado cortas —su exploración había sido precipitada—, pero los más valientes saltaron, cogieron las atrofiadas escalas y permitieron que otros compañeros los siguieran. Otros dispararon desde el otro lado del foso a la brecha que habían abierto y mataron a algunos de nuestros defensores. Las tropas otomanas empezaron a quejarse.

—¡Silencio! ¡Os parecéis a mis mujeres! —bramó Djezzar—. ¿Queréis saber lo que os haré si huís?

Ahora la infantería francesa apuntaló sus escalas sobre el otro lado del foso. La parte superior distaba varios metros de la brecha, un error de cálculo imperdonable. Ése era el momento, cuando se impulsaran hacia arriba, en el que podrían agarrarse a una cadena colgada. Si permanecía descargada, les permitiría entrar a raudales en la ciudad y Acre sufriría la misma suerte que Jafa. Pero si estaba electrificada...

Los turcos más valientes se asomaban para disparar o arrojar piedras, pero tan pronto como lo hacían eran alcanzados por los franceses que apuntaban desde el otro lado del foso. Un hombre lanzó un fuerte grito y se precipitó abajo. Yo disparaba un mosquete, maldiciendo su imprecisión.

Algunos otomanos comenzaron a desertar de sus cañones. Los marineros británicos trataron de detenerlos, pero eran presas del pánico. Entonces Djezzar bajó de lo alto de la torre para impedirles salir, blandiendo su sable prusiano y rugiendo.

—¿De qué tenéis miedo? —gritó—. ¡Miradlos! ¡Sus escalas son demasiado cortas! ¡No pueden entrar! —Se asomó, descargó las dos pistolas y se las entregó a un turco—. ¡Haz algo, vieja! ¡Recárgalas!

Sus hombres, escarmientados, volvieron a abrir fuego. Por muy asustados que estuviesen de los formidables franceses, Djezzar los aterrorizaba.

Entonces un meteoro en llamas cayó de la torre.

Era el barril de pólvora que yo había sugerido. Chocó, rebotó y estalló.

Siguieron un gran estruendo y una nube que irradiaba astillas de madera y fragmentos de metal. Los granaderos apiñados se tambalearon, los más próximos hechos pedazos, otros gravemente heridos, y todavía más aturdidos por la explosión. Los hombres de Djezzar gritaron y abrieron fuego en serio contra los desconcertados franceses, haciendo más estragos.

Así, el asalto terminó antes de empezar de verdad. Con su artillería incapaz de disparar demasiado cerca de su carga, sus escalas demasiado cortas, la brecha demasiado pequeña y la resistencia recién envalentonada, los franceses habían

perdido ímpetu. Napoleón había apostado por la rapidez en detrimento de una tediosa preparación del asedio, y había perdido. Los atacantes se volvieron y comenzaron a retirarse con dificultad por donde habían venido.

—¿Veis cómo huyen? —gritó Djezzar a sus hombres.

Y, en efecto, las tropas turcas se pusieron a gritar de asombro y confianza renovada. ¡Los implacables franceses se retiraban! ¡No eran invencibles después de todo! Y desde ese momento una nueva seguridad en sí misma se apoderó de la guarnición, una confianza que la sostendría durante las largas y aciagas semanas que seguirían. La torre se erigiría en el punto de reunión de la resistencia no sólo para Acre sino también para todo el imperio otomano.

Cuando por fin el sol coronó las colinas del este e iluminó por completo el lugar, los estragos se hicieron visibles. Casi doscientos de los soldados de Napoleón yacían muertos o heridos, y Djezzar se negó a aflojar el fuego para dejar que los franceses recuperasen a sus compañeros. Muchos murieron, gritando, hasta que a la noche siguiente los supervivientes pudieron ser trasladados finalmente fuera de peligro.

—¡Hemos enseñado a los franceses la hospitalidad de Acre! —se jactó el Carnicero.

Phelipeaux estaba menos satisfecho.

—Conozco al corso. Esto no ha sido más que un tanteo. La próxima vez vendrá más fuerte. —Se dirigió a mí—. Más vale que vuestra pequeño experimento funcione.

El fracaso del primer asalto de Napoleón tuvo un efecto curioso en la guarnición. Los soldados otomanos estaban alentados por la efectividad de su rechazo, y por primera vez atendieron sus obligaciones con orgullosa determinación en lugar de resignación fatalista. ¡Los franceses podían ser derrotados! ¡Djezzar era invencible! ¡Alá había escuchado sus oraciones!

Los marineros británicos, en cambio, se volvieron más serios. Una larga sucesión de victorias navales los había vuelto creídos con respecto a «enfrentarse a los franchutes». El valor de los soldados franceses, no obstante, era conocido. Bonaparte no se había retirado. En lugar de eso sus trincheras se cavaban con más energía que nunca. Los marineros se sentían atrapados en tierra firme. Los franceses utilizaban espantapájaros para atraer nuestro fuego y desenterraban nuestras balas de cañón para disparárnoslas.

No ayudaba el hecho de que Djezzar estuviese convencido de que los cristianos que vivían en Acre debían de conspirar contra él, aun cuando los atacantes franceses provenían de una revolución que había abandonado el cristianismo. Ordenó que varias docenas de ellos, más dos prisioneros franceses, fuesen encerrados dentro de sacos y arrojados al mar. Smith y Phelipeaux no podían parar al pacha como Napoleón no había podido contener a sus tropas en el saqueo de Jafa, pero muchos ingleses concluyeron que su aliado era un loco al que no era posible controlar.

La inquieta enemistad de Djezzar no se limitaba a los seguidores de la cruz. Salih Bey, un mameluco de El Cairo y viejo archienemigo, había huido de Egipto después

de la victoria de Napoleón allí y vino para hacer causa común con Djezzar contra los franceses. El pacha lo recibió calurosamente, le dio una taza de café envenenado y arrojó su cuerpo al mar en menos de media hora desde su llegada.

Big Ned dijo a sus compañeros que depositaran su confianza en «el mago», o sea, yo. Prometió que el mismo truco que me había permitido derrotarlo a él, un hombre que me doblaba en tamaño, nos ayudaría a triunfar sobre Napoleón. Así pues, siguiendo nuestras indicaciones, los marineros construyeron dos toscos cabrestantes de madera en cada lado de la torre. La cadena colgaría como una guirnalda de la fachada, su elevación controlada por medio de esas poleas. Luego trasladé mi aparato de botellas de Leiden con manivela a un piso situado a media torre, que contenía la poterna desde la que había retado a Big Ned. Una cadena más pequeña con un gancho se conectaría con la más grande, y esa cadena a su vez se empalmaría por medio de una barra de cobre a mis botellas.

—Cuando lleguen, Ned, debes accionar la manivela como el mismo diablo.

—Encenderé a los franchutes como una hoguera de Todos los Santos, patrón.

Miriam ayudó a montar el dispositivo, sus ágiles dedos idóneos para conectar las botellas. ¿Habían conocido también esa hechicería los antiguos egipcios?

—Ojalá el viejo Ben estuviese aquí para verme —comenté cuando descansábamos en la torre una noche, nuestra brujería metálica brillando a la tenue luz procedente de las aspilleras.

—¿Quién es el viejo Ben? —murmuró ella, recostándose en mi hombro mientras nos sentábamos en el suelo. Tal proximidad física ya no parecía sorprendente, aunque yo soñaba con más.

—Un sabio americano que contribuyó a fundar nuestro país, lira un francmاسón que conocía a los templarios, y hay quien cree que tenía sus ideas en la cabeza cuando gestó los Estados Unidos.

—¿Qué ideas?

—Bueno, no lo sé, exactamente. Que en teoría un país debe detener algo, supongo. Creer en algo.

—¿Y en qué crees tú, Ethan Gage?

—¡Eso es lo que Astiza solía preguntarme! ¿Todas las mujeres lo hacéis? Acabé por creer en ella y, tan pronto como lo hice, la perdí.

Me miró con tristeza.

—La echas de menos, ¿verdad?

—Como tú debes de echar de menos a tu prometido que murió en la guerra. Como Jericó echa de menos a su esposa, Big Ned a su Little Tom y Phelipeaux a la monarquía.

—Y aquí estamos, un corro de dolientes. —Guardó silencio un momento y luego añadió—: ¿Sabes en qué creo yo, Ethan?

—¿En la Iglesia?

—Creo en la alteridad que defiende la Iglesia.

—¿Te refieres a Dios?

—Me refiero a que hay algo más en la locura de la vida que sólo demencia. Creo que en toda vida hay raros momentos en que sentimos esta alteridad que nos rodea por todos lados. La mayor parte del tiempo permanecemos encerrados, solos y ciegos, como un polluelo en su huevo, pero de vez en cuando rompemos el cascarón para echar una miradita. Los bienaventurados tienen muchos de esos momentos, y los malvados ninguno. Pero cuando lo haces, cuando has percibido que es verdaderamente real, mucho más real que la pesadilla en la que vivimos, todo es soportable. Y creo que si puedes encontrar a alguien que cree lo mismo que tú, que presiona el huevo que nos constriñe... bueno, entonces los dos juntos podéis romper el cascarón por completo. Y eso es a lo máximo que podemos aspirar en este mundo.

Me estremecí por dentro. ¿Era la monstruosa guerra en la que había estado atrapado durante el último año un falso sueño, un cascarón que me tenía encerrado? ¿Sabían los antiguos cómo abrir el huevo?

—No sé si he tenido nunca ni un solo momento. ¿Significa eso que soy malvado?

—Los malvados no lo admitirían jamás, ni siquiera ante sí mismos. —Su mano tocó mi barba incipiente, sus ojos azules como el abismo en el fondo del arrecife de Jafa—. Pero cuando te llegue el momento debes aprovecharlo, dejar entrar la luz.

Y entonces me besó, esta vez en los labios, su aliento cálido, su cuerpo apretado contra el mío, sus pechos aplastados contra mí y su torso tembloroso.

Entonces me enamoré, no sólo de Miriam, sino también de todos. ¿Parece insensato? Durante el más breve de los suspiros me sentí vinculado a todas las demás almas turbadas de nuestro loco mundo, una extraña sensación de comunidad que me llenó de congoja y amor. De modo que le devolví el beso, inclinándome. Finalmente olvidaba el dolor de la larga ausencia de Astiza.

—Conservé tus ángeles de oro, Ethan —murmuró ella, sacando una bolsa de terciopelo que llevaba colgando entre sus pechos—. Ahora puedes recuperarlos.

—Quédate los, como regalo. —¿De qué me servirían?

Y entonces hubo un estruendo, una lluvia de mortero y toda nuestra torre tembló como si una mano gigante la sacudiera para sacarnos de ella. Por un momento temí que se hundiera, pero poco a poco dejó de oscilar y se asentó un poco, el suelo ligeramente inclinado. Sonaron las cornetas.

—¡Han hecho estallar una mina! ¡Ya vienen!

Había llegado la hora de probar la cadena.

Me asomé por la poterna a una niebla de humo y polvo.

—Quédate aquí—dije a Miriam—. Voy a intentar averiguar qué está pasando.

Y salí al galope hacia lo alto de la torre. Phelipeaux ya estaba allí, sin sombrero, inclinándose sobre el borde del parapeto sin hacer caso de las balas francesas que tamborileaban.

—Los zapadores han excavado un túnel bajo la torre y lo han llenado de pólvora —me dijo—. Creo que han errado el cálculo. El foso está sembrado de escombros, pero sólo hay una brecha. No veo grietas hasta arriba. —Se retiró y me cogió del brazo—. ¿Está lista vuestra diablura? —Señaló—. Bonaparte está decidido.

Como antes, una columna de tropas avanzó al trote junto al antiguo acueducto, pero en esta ocasión parecía una brigada entera. Sus escalas eran más largas que la última vez, y oscilaban mientras corrían. Me asomé a mi vez. Había un gran boquete en la base de la torre y una nueva pila de escombros en el foso.

—Llevad a vuestros mejores hombres a la brecha —dijo a Phelipeaux—. Yo los contendré con mi cadena. Cuando se agrupen, golpearlos con todo lo que tengamos desde ahí abajo y aquí arriba. —Me volví hacia Smith, que acababa de llegar sin resuello—. ¡Sir Sidney, preparad vuestras bombas!

Tomó aire.

—Descargaré el fuego de Zeus contra ellos.

—No vaciléis. En algún momento, perderé potencia y superarán mi artillugio.

—Para entonces acabaremos con ellos.

Phelipeaux y yo bajamos corriendo, él hacia la brecha y yo con mi nuevo compañero.

—¡Ahora, Ned, ahora! ¡Ve a nuestra habitación y haz girar la manivela con todas tus fuerzas! ¡Ya vienen, y nuestra batería de botellas tiene que estar cargada del todo!

—Tú baja la cadena, patrón, y yo le pondré una chispa.

Puse a unos cuantos marineros en cada cabrestante, diciéndoles que se agacharan hasta que llegase el momento de arriar. Desde la explosión de la mina se había producido un duelo artillero a gran escala, y la intensidad y el furor de la batalla eran sobrecogedores. Los cañones disparaban por doquier, haciendo gritar para acallar su estruendo. Cuando las balas caían dentro de la ciudad, se levantaban nubes de escombros. A veces se podía ver la estela oscura de los proyectiles surcando el aire, y cuando impactaban se producía un gran estallido y una polvareda. Nuestras balas levantaban grandes salpicaduras de arena allí donde caían entre las posiciones francesas, y de vez en cuando volcaban o destruían una pieza de artillería o un carro de pólvora. Los primeros granaderos franceses echaban a correr, las escalas como lanzas, en dirección al foso.

—¡Ahora, ahora! —grité—. ¡Bajad la cadena!

En ambos extremos, mis marineros procedieron a sacar los cables de los cabrestantes. La cadena colgada, como una guirnalda festiva, empezó a rascar y descender por el costado de la torre hacia la brecha de la base.

Cuando alcanzó el hueco ordené que la ataran, la cadena colgando a través del boquete en la torre cual inverosímil tope de entrada. Los franceses debían de pensar que nos habíamos vuelto locos. Compañías enteras de ellos disparaban contra nuestras cabezas en lo alto de la muralla, mientras nosotros devolvíamos el cumplido con metralla. El metal silbaba y zumbaba. Los hombres gritaban o jadeaban al ser alcanzados, y las murallas se iban manchando de sangre.

Djezzar apareció, todavía con su cota de malla como un sarraceno chiflado, paseándose de un lado a otro junto a los cuerpos tendidos o agachados de sus soldados, indiferente al fuego enemigo.

—¡Disparad, disparad! ¡Cederán cuando comprendan que no saldremos huyendo! ¡Su mina no ha dado resultado! ¡Mirad, la torre aún se mantiene en pie!

Bajé precipitadamente la escalera de la torre hacia la habitación donde estaban mis compañeros. Ned hacía girar la manivela furiosamente, sin camisa, su enorme torso reluciente de sudor. El disco de vidrio giraba como una rueda galopante, los cojinetes de fricción zumbando como una colmena.

—¡Listo, patrón!

—Esperaremos a que lleguen hasta la cadena.

—Ya llegan —dijo Miriam, espiando a través de una aspillera.

Corriendo como locos pese al fuego fulminador que diezmaba sus filas, los primeros granaderos cargaron a través de la pila de escombros que medio llenaba el foso y empezaron a trepar hacia el agujero que su mina había abierto, uno de ellos portando una bandera tricolor. Oí a Phelipeaux gritar una orden y se oyó una serie de detonaciones cuando nuestros hombres apostados dentro de la base de la torre dispararon. Los atacantes de vanguardia empezaron a retroceder y el estandarte cayó. Otros atacantes avanzaron por encima de sus cuerpos, disparando hacia la brecha, y la bandera fue izada de nuevo. Se oyó el conocido ruido sordo del plomo impactando en la carne, y los gruñidos y gritos de hombres heridos.

—Ya casi, Ned.

—Todo mi músculo está en esas jarras —jadeó.

Los primeros atacantes alcanzaron mi guirnalda de hierro y se colgaron. Lejos de una barrera, más parecía una ayuda para escalar mientras tendían los brazos para izar a sus compañeros que venían detrás. En poco tiempo la cadena se llenó de soldados, como avispas sobre una línea de melaza.

—¡Hacedlo! —gritó Miriam.

—Rezad una oración por Franklin —murmuré.

Empujé una palanca de madera que impulsaba una barra de cobre desde las baterías contra la cadena pequeña conectada a la grande. Hubo un fagonazo y un chisporroteo.

El efecto fue instantáneo. Se produjo un grito, chispas, y los granaderos salieron despedidos de la cadena como si les hubieran dado una patada. Algunos no pudieron soltarse, gritando mientras se quemaban y luego estremeciéndose colgados de la cadena, sus músculos deshechos. Fue horrendo. Pude oler su carne. La confusión reinó de inmediato.

—¡Fuego! —gritó Phelipeaux desde abajo.

Más disparos desde nuestra torre, y más atacantes cayeron.

—¡Hay un calor extraño en esta cadena! —gritaban los granaderos.

Los hombres la tocaban con sus bayonetas y retrocedían. Los soldados trataban de levantarla o arrancarla y caían como bueyes aturdidos.

El dispositivo funcionaba, pero ¿cuánto duraría la carga? Ned resollaba. En algún momento los atacantes se darían cuenta de cómo estaba suspendida la cadena y la romperían, pero ahora se apiñaban indecisos, al mismo tiempo que más tropas entraban a raudales en el foso tras ellos. Mientras se agrupaban, más hombres eran abatidos.

De repente caí en la cuenta de una ausencia y miré como loco alrededor.

—¿Dónde está Miriam?

—Ha bajado a llevar pólvora a Phelipeaux —gruñó Ned.

—¡No! ¡La necesito aquí! —La brecha sería una carnicería. Corrí hacia la puerta—. ¡Sigue girando!

Hizo una mueca.

—Sí.

Dos pisos más abajo, llegué en plena furia del combate. Phelipeaux y su banda de turcos y marinos ingleses, con las bayonetas caladas, estaban aglomerados en la base de la torre, disparando y batiéndose con espadas a través de la irregular brecha con granaderos franceses que intentaban pasar por debajo o por encima de la cadena. Ambos bandos habían lanzado granadas, y por lo menos la mitad de nuestros hombres habían caído. En el lado francés, los muertos yacían desparramados como guijarros. Desde allí la brecha parecía la boca de una cueva abierta a todo el ejército francés, un agujero espantoso de luz y humo. Atisbé a Miriam en el mismo frente, tratando de apartar a uno de los heridos de las bayonetas francesas.

—¡Miriam, te necesito arriba!

Asintió, su vestido rasgado y ensangrentado, su pelo revuelto en una maraña, sus manos rojas de sangre derramada. Nuevas tropas se precipitaron, tocaron la cadena y se retiraron gritando. «Gira, Ned, gira», recé en voz baja. Sabía que la carga se agotaría.

Phelipeaux acuchillaba con su espada. Atravesó el pecho de un teniente y abrió un tajo en la mano a otro.

—¡Malditos republicanos!

Una pistola disparó y estuvo a punto de darle en la cara.

Entonces se oyó un grito de mujer y vi que se llevaban a Miriam. Un soldado se había agachado y la había cogido por las piernas. Empezó a arrastrarla hacia atrás como si quisiera arrojarla contra mi aparato. ¡Se freiría!

—¡Ned, deja de girar la manivela! ¡Retira la barra de cobre! —grité.

Pero no había ninguna posibilidad de que me oyera. Me precipité hacia ella.

Fue una carga contra una cuña de hombres que habían pasado a gatas por debajo. Cogí un mosquete caído en el suelo y giré como loco, derribando hombres como palos de tienda hasta que se rompió por la articulación de la culata. Finalmente agarré al secuestrador de Miriam y los tres comenzamos a retorcernos, ella arañándole los ojos.

Caímos entre los escombros, unas manos nos aferraron por ambos lados, y entonces recibí un golpe, me la arrebataron y la arrojaron contra la cadena.

Agité los brazos, esperando que mi brujería matara lo que ahora amaba.

No ocurrió nada.

El metal no tenía corriente.

Hubo una gran aclamación, y los franceses avanzaron en tropel. Cortaron a hachazos los extremos de la cadena y ésta cayó. Una docena de hombres se la llevaron, inspeccionándola en busca de sus misteriosos poderes.

Miriam había caído con la cadena. Traté de arrastrarme bajo la oleada de granaderos para alcanzarla, pero fui simplemente pisoteado. Sujeté el dobladillo de su vestido, al mismo tiempo que las botas de los soldados avanzaban y tropezaban con nosotros. Pude oír gritos y lamentos en por lo menos tres idiomas, hombres resoplando y cayendo.

Entonces se produjo otro estruendo, éste incluso más fuerte que el de la mina porque no se confinó bajo tierra. Una enorme bomba hecha de barriles de pólvora había sido arrojada finalmente desde lo alto de la torre por Sidney Smith. Cayó en la masa de franceses que se había apiñado frente a la cadena y ahora estalló, su fuerza redoblada por el foso y la torre, que la hicieron rebotar. Me abracé a los escombros mientras el mundo se disolvía en fuego y humo. Miembros y cabezas salieron volando como paja. Los hombres que nos habían estado pisoteando se convirtieron en un escudo sanguinolento, sus cuerpos cayendo sobre nosotros como vigas. Quedé fugazmente sordo.

Y entonces unas manos nos buscaron para arrastrarnos hacia atrás. Phelipeaux decía algo que yo no podía oír y señalaba.

Una vez más, los franceses se retiraban, sus bajas mucho más numerosas que antes.

Me volví y lancé un grito que no logré oír.

—¡Miriam! ¿Estás viva?

Estaba inmóvil y silenciosa.

La saqué de los escombros y de la torre y la llevé hacia los jardines del pacha, con los oídos zumbándome pero empezando a oír. Detrás, Phelipeaux gritaba órdenes para que los ingenieros y obreros comenzaran a reparar la brecha. El aire del jardín estaba impregnado de humo. Llovían cenizas.

Acosté a mi compañera en un banco junto a una fuente y acerqué mi oído a sus labios. ¡Sí! Un susurro de respiración trémula. Estaba inconsciente, no muerta. Mojé un pañuelo en el agua, rosado de sangre, y le limpié el rostro. ¡Tan terso, tan suave debajo de la mugre! Finalmente el frescor la hizo volver en sí. Parpadeó, estremeciéndose un poco, y luego se incorporó bruscamente.

—¿Qué ha pasado?

Estaba temblando.

—Ha funcionado. Se han retirado.

Me echó los brazos al cuello y se aferró.

—Ethan, es tan horrible...

—Quizá no volverán.

Sacudió la cabeza.

—Dijiste que Bonaparte es implacable.

Yo sabía que se necesitaría algo más que una descarga eléctrica para derrotar a Napoleón.

Miriam se echó una mirada.

—Parezco una carnicera.

—Estás preciosa. Preciosa y ensangrentada. —Era cierto—. Te llevaré adentro.

La levanté y se inclinó sobre mí, un brazo alrededor de mis hombros para apoyarse. Yo no sabía adonde llevarla, pero quería mantenerla alejada de la fundición de Jericó y de la muralla del combate. Eché a andar hacia la mezquita.

Entonces apareció Jericó, acompañado por un preocupado Ned.

—¿Dios mío, qué ha pasado? —preguntó el quincallero.

—Ha quedado atrapada en la lucha en la brecha. Se ha portado como una amazona.

—Estoy bien, hermano.

La voz de él fue acusatoria.

—Dijiste que se limitaría a ayudar en tu hechicería.

Ella intercedió.

—Los hombres necesitaban municiones, Jericó.

—Habría podido perderte.

Entonces se hizo el silencio, y se sintió la tensión de dos hombres queriendo a una mujer por razones distintas. Ned permaneció callado a un lado, con una expresión culpable, como si fuese responsabilidad suya.

—Bueno, baja a la fundición —dijo Jericó con firmeza—. Allí no nos alcanzarán las balas de cañón.

—Me voy con Ethan.

—¿Te vas? ¿Adonde?

Ambos me miraron como si lo supiera.

—Nos vamos —dije— a donde pueda descansar. Tu fragua es ruidosa como una fábrica, Jericó. Hace calor y hay suciedad.

—No te quiero con ella. —La voz del herrero era monótona.

—Estoy con Ethan, hermano. —Su voz era suave pero insistente.

Y nos fuimos, ella apoyándose en mí, el metalúrgico de pie en el jardín presa de frustración, sus manos cerradas sobre nada. A nuestra espalda, la artillería atronaba como tambores lejanos.

Mi amigo Mohamed se había instalado en Khan el-Omdan, la Posada de los Pilares, en lugar de zarpar y dejarnos con Napoleón. Con la emoción de trabajar en la cadena me había olvidado de él, pero ahora fui en su busca. Había envuelto a Miriam en una capa, pero cuando comparecimos en su cuarto ambos parecíamos refugiados: manchados de humo, sucios y andrajosos.

—Mohamed, necesitamos un sitio para descansar.

—*Effendi*, todas las habitaciones están ocupadas!

—Sin duda...

—Pero siempre se puede encontrar algo por un precio.

Sonréí con ironía.

—¿Podríamos compartir tu habitación?

Sacudió la cabeza.

—Las paredes son delgadas y el agua escasa. No es lugar para una dama. Tú no mereces algo mejor, pero ella sí. Entrégame el resto del dinero que sir Sidney te dio por tu medalla y tus ganancias en el duelo. —Extendió su mano.

Vacilé.

—Vamos, sabes que no te engañaré. ¿Para qué sirve el dinero, sino para usarlo?

Se lo di y desapareció. Regresó a la media hora, con mi bolsa vacía.

—Vamos. Un mercader ha huido de la ciudad y un joven médico ha estado utilizando su casa para dormir, pero rara vez va allí. Me ha alquilado las llaves.

La casa era oscura, y tenía los postigos echados, los muebles cubiertos y retirados contra la pared. La deserción de su propietario había dejado un aspecto desolado, y el doctor que había ocupado su lugar tan sólo se alojaba allí temporalmente. Era un cristiano levantino de Tiro llamado Zawani. Me estrechó la mano y miró a Miriam con curiosidad.

—Emplearé el dinero para comprar hierbas y vendas. —Estábamos lo bastante alejados de las murallas como para que los cañones sonaran amortiguados—. Hay un baño arriba. Descansad. No volveré hasta mañana.

Era apuesto, de ojos bondadosos, pero ya hundidos por el cansancio.

—La dama necesita recuperarse...

—No debéis darme explicaciones. Soy médico.

Nos dejaron solos. El piso de arriba tenía un cuarto de baño con una bóveda de mampostería blanca sobre su alberca que estaba horadada por gruesos vidrios de colores. La luz entraba en rayos multicolores como un arco iris desarmado. Había leña para calentar el agua, y me puse a trabajar mientras Miriam echaba una siestecita. Cuando la desperté, la estancia estaba llena de vapor.

—He preparado un baño.

Hice ademán de marcharme, pero ella me detuvo y nos desvistió a los dos. Sus pechos eran pequeños pero perfectos, firmes, sus pezones rosados, su vientre bajando hacia una mata de pelo claro. Era la imagen de una Virgen, frotándonos a los dos la mugre de la batalla hasta que volvió a ser de alabastro.

El colchón del mercader estaba elevado hasta la altura de mi cintura sobre una cama tallada con adornos, con cajones debajo y un dosel encima. Ella se subió primero y se tendió, para que pudiera verla en la pálida luz. No hay visión más deliciosa que la de una mujer receptiva. Su dulzura te engulle, como el abrazo de un mar cálido. La orografía de su cuerpo era una cordillera nevada, misteriosa e inexplicada. ¿Acaso recordaba yo qué hacer? Tenía la sensación de que hubiesen transcurrido mil años. Asomó un extraño y repentino recuerdo de Astiza —una daga en el corazón—, pero entonces Miriam habló.

—Éste es uno de los momentos de los que te hablé, Ethan.

Así que la tomé, despacio y con delicadeza. Lloró la primera vez, y luego se aferró ferozmente, gritando, la segunda. También yo me agarré, tembloroso y jadeante al final, mis ojos húmedos cuando pensé primero en Astiza, después en Napoleón, a continuación en Miriam y en cuánto tiempo pasaría hasta que los franceses vinieran de nuevo, tan furiosos como lo habían estado en Jafa. Si entraban, nos matarían a todos.

Volví la cabeza para que no viera ninguna lágrima o preocupación, y nos quedamos dormidos.

Cerca de la medianoche me despertaron sacudiéndome. Cogí una pistola, pero entonces vi que era Mohamed.

—¿Qué diablos? —siseé—. ¿No podemos tener un poco de intimidad?

Se puso un dedo sobre los labios y me hizo señas con la cabeza. «Vamos.»

—¿Ahora?

Asintió energicamente. Suspirando, salí de la cama, el suelo estaba frío, y lo seguí hacia la sala principal.

—¿Qué ocurre aquí? —gruñí, envolviéndome en una manta a guisa de toga. La ciudad parecía tranquila, los cañones se tomaban un respiro.

—Lo lamento, *effendi*, pero sir Sidney y Phelipeaux han dicho que esto no podía esperar. Los franceses han utilizado una flecha para enviar esto por encima de la muralla. Lleva tu nombre.

—¿Una flecha? Por Isaac Newton, ¿en qué siglo estamos?

La flecha llevaba atado un trocito de arpilla. En efecto, una etiqueta, escrita con pluma, decía: «Ethan Gage.» Franklin habría admirado la eficiencia del correo.

—¿Cómo saben que estoy aquí?

—Tu cadena eléctrica es como una bandera que anuncia tu presencia. Se habla de ello en toda la provincia, diría yo.

Cierto. Pero ¿qué podían mandarme nuestros enemigos que fuese tan pequeño?

Desenvolví la arpilla y vertí su contenido sobre la palma de mi mano.

Era un anillo con un rubí del tamaño de una cereza, con una tarjeta anexa que simplemente rezaba: «Ella necesita los ángeles. Monge.» Mi mundo se tambaleó.

La última vez que había visto aquella joya, había sido en el dedo de Astiza.

Mohamed me observaba con atención.

—Este anillo, ¿significa algo para ti, amigo mío?

—¿Eso es todo? ¿Ningún otro mensaje?

Monge era sin duda Gaspard Monge, el matemático francés al que había visto en Jafa.

—Y no es sólo el tamaño de la joya, ¿verdad? —insistió Mohamed.

Me dejé caer en la silla.

—Conocía a la mujer que la llevaba.

¡Astiza estaba viva!

—¿Y por qué razón el ejército francés te enviaría su anillo?

Sí, ¿por qué razón? Hice girar el anillo, recordando su origen. Había insistido a Astiza que lo cogiera del tesoro subterráneo que habíamos encontrado debajo de la Gran Pirámide, pese a sus protestas en el sentido de que aquel botín estaba maldito. Luego lo habíamos olvidado brevemente hasta que ella trató de trepar por la cuerda del globo fugitivo de Conté hasta mi barquilla de mimbre, con el conde Silano agarrándola desesperadamente por los tobillos. Ella se acordó de la maldición y me pidió que le quitara el anillo, pero no pude. Así, en lugar de arrastrarme hacia abajo y dejarme a merced de los soldados franceses, cortó la cuerda y se precipitó con Silano, gritando, al Nilo. El globo se elevó tan tumultuosamente que no los vi caer, entonces hubo una descarga de las tropas francesas, y para cuando miré hacia las aguas deslumbradas por el sol... nada. Era como si hubiese desaparecido de la faz de la tierra. Hasta ahora.

¿Y los ángeles? Los querubines que habíamos encontrado. Tendría que pedírselos a Miriam.

—Quieren que vaya a ver.

—¡Entonces es una trampa! —dijo mi compañero—. Te temen a ti y a tu magia eléctrica.

—No, no es una trampa, creo. —No presumía de que me consideraran un enemigo tan formidable como para que tuviesen que hacerme salir de las murallas sólo para matarme. Lo que sospechaba era que no habían renunciado a nuestra búsqueda conjunta del *Libro de Tot*. Si había algún modo de volver a reclutarme, era prometiéndome a Astiza—. Simplemente saben que estoy vivo, debido a la electricidad, y han averiguado algo a lo que puedo contribuir. Tiene que ver con lo que anduve buscando en Jerusalén, supongo. Y saben que lo único que me haría volver con ellos son noticias de esa mujer.

—*Effendi*, no puedes pretender salir de estas murallas!

Miré hacia donde Miriam dormía.

—Tengo que hacerlo.

Mohamed estaba desconcertado.

—¿Por una mujer? Ya tienes una, aquí mismo.

—Porque hay algo ahí fuera que debe ser redescubierto, y su uso o abuso afectará al destino del mundo. —Reflexioné—. Quiero ayudar a los franceses a encontrarlo, pero luego robárselo. Para eso necesito ayuda, Mohamed. Tendré que escapar a través de Palestina en cuanto tenga a Astiza y el botín. Necesito a alguien que conozca la región.

Palideció.

—¡Apenas pude escapar de Jafa, *effendi!* Ir en medio de los demonios fracos...

—Podría proporcionarte una parte del mayor tesoro del mundo —dije débilmente.

—¿El mayor tesoro?

—No está garantizado, desde luego.

Consideró el asunto.

—¿Qué parte?

—Bueno, el cinco por ciento parece razonable, ¿no crees?

—¿Por llevarte a través del desierto palestino? ¡La quinta parte, por lo menos!

—Tengo intención de recabar más ayuda. El siete por ciento es el máximo absoluto que puedo permitirme.

Inclinó la cabeza.

—Entonces la décima parte es perfectamente razonable. Más un pequeño detalle si conseguimos la ayuda de mis primos, hermanos y tíos. Y gastos para caballos y camellos. Armas, comida. Una miseria, si se trata realmente del mayor tesoro.

Suspiré.

—Veamos si podemos llegar hasta Monge sin que nos maten, ¿de acuerdo?

Naturalmente, me recordaba la conciencia cuando nos pusimos a hacer planes. Acababa de acostarme con la mujer más dulce que había conocido nunca, Miriam, y planeaba recuperar mis querubines y escabullirme para averiguar la verdad acerca de Astiza sin dejar a la pobre mujer ni una sola palabra. Me sentía como un canalla, y no tenía la menor idea de cómo justificarme sin que pareciera una canallada. No sólo era desleal a Miriam, sino también era simplemente leal al recuerdo de la primera mujer, y amaba a las dos de formas distintas. Astiza se había convertido para mí en la esencia de Egipto, del misterio arcano, una belleza cuya búsqueda del conocimiento antiguo había hecho mía. Nos habíamos conocido cuando ella intentó ayudar a asesinarme, con el mismísimo Napoleón encabezando la pequeña ofensiva que la capturó. Después me había salvado la vida, más de una vez, y llenado mi personalidad vacía con determinación. No sólo habíamos sido amantes, sino también compañeros en una búsqueda, y estuvimos a punto de morir en la Gran Pirámide.

Era del todo razonable ir a buscar a Astiza —el anillo había encendido recuerdos como una cerilla aplicada a un reguero de pólvora—, pero un poco delicado de explicárselo a Miriam. Las mujeres pueden mostrarse malhumoradas con esta clase de cosas. De modo que iría a averiguar el significado del anillo de Astiza, la rescataría, juntaría a las dos, y luego...

—¿Qué? Bueno, como Sidney Smith había prometido, es espléndido cómo se resuelven estas cosas. «Resulta muy práctico ser un individuo razonable —había dicho Ben Franklin—, porque te permite hacer todo aquello que te propones hacer de todos modos.» El viejo Ben había entretenido a las damas mientras su esposa permanecía en Filadelfia.

—¿Deberíamos despertar a tu mujer? —preguntó Mohamed.

—Oh, no.

Cuando pedí a Big Ned que me acompañara, fue tan difícil de convencer como un perro al que su dueño llama para salir a dar un paseo. Era uno de esos hombres que no tienen término medio; era mi enemigo más implacable o mi sirviente más fiel. Había llegado a convencerse de que yo era un hechicero con raros poderes que se limitaba a esperar la hora propicia para repartir las riquezas de Salomón.

Jericó, en cambio, hacía ya tiempo que había dejado de hablar del tesoro. Se mostró intrigado cuando lo desperté para explicarle que el anillo del rubí había pertenecido a Astiza, pero sólo porque aquella distracción me mantendría alejado de su hermana.

—Por lo tanto deberás cuidar de Miriam en mi ausencia —le dije, tratando de proteger mi conciencia haciéndolo responsable. Parecía tan complacido que por un momento pensé si no me habría mandado el anillo él.

Pero entonces parpadeó y sacudió la cabeza.

—No puedo permitir que vayas solo.

—No estaré solo. Tengo a Mohamed y a Ned.

—¿Un bárbaro y un zoquete? Será un concurso para ver cuál es el primero en llevarlos al desastre. No, necesitas a alguien que no pierda la cabeza.

—Que es Astiza, si está viva. Smith, Phelipeaux y el resto de la guarnición te necesitan más que yo, Jericó. Defiende la ciudad y a Miriam. Seguiré incluyéndote cuando hayamos encontrado el tesoro.

No puedes tentar a un hombre con riquezas sin que piense con nostalgia en esa posibilidad, por remota que sea.

Me miró con renovado respeto.

—Cruzar las líneas francesas es peligroso. Quizá tengas algo de razón después de todo, Ethan Gage.

—Tu hermana también lo cree.

Y antes de que pudiéramos discutir sobre esa cuestión, partí con Mohamed y Ned. Si nos limitábamos a salir de las murallas quedaríamos atrapados en el fuego cruzado, de modo que cogimos la barca en la que Mohamed había huido de Jafa. La ciudad era una silueta oscura recortada sobre las estrellas, para ofrecer a los franceses el menor número de objetivos posible, mientras que el resplandor de las hogueras enemigas producía una aurora detrás de las trincheras. Dejábamos una estela de fosforescencia plateada. Encallamos en la playa de arena situada detrás del semicírculo de filas francesas y nos acercamos sigilosamente a su campamento por la retaguardia, cruzando los surcos y los campos pisoteados por la guerra.

Resulta más fácil de lo que uno podría suponer acceder a un ejército desde su retaguardia, que es la competencia de los carreteros, los vivanderos, las prostitutas y los enfermos fingidos, que no están acostumbrados a manejar un arma. Dije a mis compañeros que aguardasen en un matorral junto a un tibio arroyo y avancé con el aire de superioridad de un sabio, un hombre que tiene una opinión sobre todas las cosas y talento para ninguna.

—Traigo un mensaje para Gaspard Monge de sus colegas académicos en El Cairo —anuncié a un centinela.

—Está ayudando en el hospital. —Señaló—. Id a verlo por vuestra cuenta y riesgo.

¿Ya habíamos herido a tantos? El cielo oriental empezaba a iluminarse cuando encontré las tiendas del hospital, cosidas juntas como una enorme carpa de circo. Monge estaba durmiendo en un catre y parecía también enfermo, un científico y aventurero de mediana edad al que la expedición envejecía. Estaba pálido a pesar del sol, y más delgado, demacrado por la enfermedad. No me atreví a despertarlo.

Eché un vistazo alrededor. Los soldados, gimiendo débilmente, yacían en hileras paralelas que se perdían en la penumbra. Parecían demasiados para las bajas que habíamos infligido. Me incliné a examinar a uno que se agitaba espasmódicamente, y me eché atrás asustado. Tenía pústulas en la cara y, cuando levanté la sábana, una fea hinchazón en la ingle.

Peste.

Retrocedí presurosamente, sudando. Habían circulado rumores de que empeoraba, pero la confirmación trajo un terror histórico. La enfermedad era la sombra de los ejércitos, la peste la criada de los asedios, y casi nunca se limitaba a un solo bando. ¿Y si atravesaba las murallas?

Por otra parte, la enfermedad señalaba a Napoleón un plazo limitado. Debía ganar antes de que la peste diezmara su ejército. No era de extrañar que hubiese atacado precipitadamente.

—¿Ethan, sois vos?

Me volví. Monge se incorporaba, despeinado y cansado, parpadeando. Su cara volvió a recordarme la de un viejo perro sabio.

—Una vez más he venido a pediros consejo, Gaspard.

Sonrió.

—Primero os creímos muerto, luego supusimos que erais el electricista loco del interior de las murallas de Acre, y ahora acudís a mi llamada. Es muy posible que seáis un mago. O el hombre más confuso de cada ejército, que no sabe nunca a qué bando pertenece.

—Me encontraba muy a gusto en el otro bando, Gaspard.

—Bah. ¿Con un pacha despótico, un inglés chiflado y un monárquico francés envidioso? No lo creo. Sois más sensato de lo que fingís.

—Phelipeaux dijo que era Bonaparte el envidioso en la escuela, no él.

—Phelipeaux está en el lado equivocado de la historia, como todos los hombres que hay detrás de esos muros. La Revolución está rescatando al hombre de siglos de superstición y tiranía. El racionalismo siempre triunfará sobre la superstición. Nuestro ejército promete libertad.

—Con la guillotina, matanzas y peste.

Me miró con el ceño fruncido, decepcionado por mi intransigencia, y luego las comisuras de su boca se crisparon. Por último rió.

—¡Menudos filósofos somos, en los confines de la tierra!

—El centro, dirían los judíos.

—Sí. Con el tiempo todos los ejércitos recorren Palestina, la encrucijada de tres continentes.

—Gaspard, ¿de dónde sacasteis este anillo? —Lo saqué, la piedra como una burbuja de sangre en la palidez—. Astiza lo llevaba cuando la vi por última vez, cayendo al Nilo.

—Bonaparte ordenó que lo mandaran con la flecha.

—Pero ¿por qué?

—Bueno, en primer lugar, ella está viva.

Mi corazón se puso a latir a galope tendido.

—¿Y cómo está?

—No la he visto, pero he recibido noticias. Estuvo en coma, y bajo el cuidado del conde Silano durante un mes. Pero me han dicho que se ha recuperado mejor que él. Sospecho que Silano fue el primero en caer al agua, ella encima de él, de modo que él rompió la superficie. Se destrozó la cadera, y cojeará durante el resto de su vida.

El ritmo de mi pulso parecía un redoble de tambores en mis oídos. Saber, saber...

—Ahora ella cuida de él —continuó Monge.

Fue como una bofetada.

—Debéis de estar bromeando.

—Se ocupa de él, quiero decir. No ha renunciado a la peculiar búsqueda en la que todos parecéis estar metidos. Se enfurecieron al enterarse de que os habían condenado en Jafa (eso fue obra del bufón de Najac; no sé por qué Napoleón no me hizo caso a mí) y les horrorizó que os hubieran ejecutado. Vos sabéis algo que ellos necesitan. Entonces circularon rumores de que estabais vivo, y ella envió el anillo. Vimos vuestro truco eléctrico. Mis instrucciones eran indagar sobre unos ángeles. ¿Sabéis a qué se refiere?

Una vez más los noté presionándome la piel.

—Tal vez. Tengo que verla.

—No está aquí. Ella y Silano han ido al monte Nebo.

—¿Al monte... qué?

—Al este de Jerusalén, al otro lado del río Jordán. Allí Moisés avistó por fin la Tierra Prometida, y murió antes de poder llegar a ella. Pero ¿por qué están tan interesados en Moisés, Ethan Gage? —Me observaba atentamente.

De suerte que Monge y probablemente Bonaparte no lo sabían todo. ¿A qué clase de juego jugaban Silano y Astiza?

—No tengo ni idea —mentí.

—¿Y qué sabéis de esos ángeles vuestros que los hace tan ansiosos por encontrarlos como a vos por encontrarlos a ellos?

—Eso todavía lo entiendo menos —dije sinceramente.

—¿Habéis venido solo?

—Tengo unos amigos, esperando en lugar seguro.

—Ningún lugar es seguro en Palestina. Éste es un país mortífero. Nuestro amigo Conté ha concebido carroajes sofisticados para transportar más artillería de asedio desde Egipto, desde que los perfidos británicos capturaron nuestros cañones en el mar, pero ha habido continuas escaramuzas para traerlos aquí. Esta gente no sabe reconocer que ha perdido.

Si Napoleón esperaba cañones grandes, no había tiempo que perder.

—¿Qué ocurre en el monte Nebo?

—Si confiarais en vuestros sabios colegas, Gage, quizá podríamos iluminar vuestro futuro con más precisión. En realidad, guardáis silencio y acabáis metiéndoos en líos. Es como vuestra búsqueda inútil sobre el triángulo de Pascal que había inscrito en vuestro medallón... Decidme, ¿os deshicisteis por fin de ese viejo juguete?

—Oh, sí. —Monge se había convencido en Egipto de que mi medallón era un fraude. Astiza, sin que él lo oyera, le había llamado idiota. No era un idiota, sino un hombre abrumado por la certidumbre inherente a un exceso de educación. La correlación entre instrucción y sentido común es limitada en grado sumo—. No hay

nada que confiar. Simplemente estaba realizando experimentos eléctricos cuando vos mandasteis este anillo sobre nuestras murallas.

—Unos experimentos que mataron a mis hombres.

Aquella voz me sobresaltó. ¡Era Bonaparte, saliendo de las sombras! Parecía siempre estar en todas partes. ¿Dormía? Tenía un aspecto cetrino, intranquilo, y sus ojos grises proyectaban su fría influencia, como hacían sobre tantos hombres, como un amo con su montura. Volví a maravillarme de su don de parecer más corpulento de lo que era, y cómo rebosaba una sensación de atractiva energía.

—Monge tiene razón, Gage, vuestro sitio está en el lado de la ciencia y la razón: el lado de la Revolución.

Tuve que recordarme que éramos enemigos.

—¿Vais a intentar matarme otra vez?

—Eso es lo que mi ejército trataba de hacer ayer, ¿no? —dijo con suavidad—. Y vos y vuestra brujería eléctrica ayudasteis a superarnos.

—Después de que intentarais fusilarme y ahogarme en Jafa siguiendo el consejo del chiflado de Najac. Allí estaba yo, afrontando la eternidad, ¡y cuando levanto la vista estáis leyendo novelas baratas!

—Mis novelas no son baratas, y tengo interés por la literatura igual que por la ciencia. ¿Sabíais que escribí ficción cuando era joven? Soñaba con ser publicado.

Muy a mi pesar, sentí curiosidad.

—¿De amor o de guerra?

—De guerra, por supuesto, y de pasión. Uno de mis relatos favoritos se titulaba *El profeta enmascarado*. Trataba de un fanático musulmán del siglo VIII que, creyéndose el *mabdi*, entra en guerra con el califa. Un escenario profético, ¿verdad?

—¿Qué sucede?

—Los sueños del protagonista se frustran cuando pierde la vista en combate, pero para ocultar su desgracia se cubre el rostro con una máscara de plata reluciente. Dice a sus hombres que debe cubrirse la cara para que el resplandor del *mahdi* no deje ciegos a quienes lo contemplen. Le creen. Pero no consigue vencer, y el orgullo no le permite rendirse, así que ordena a sus hombres que caven una gigantesca zanja para engullir la carga enemiga. Entonces invita a sus partidarios a un banquete y los envenena a todos. Arrastra sus cuerpos hasta la zanja, prende fuego a los cadáveres y se arroja a las llamas. Melodramático, lo admito. Morbosidad adolescente.

—Era ésa la imaginación que estaba en juego en Tierra Santa?

—Si me permitís preguntarlo, ¿qué queríais decir?

—«Los extremos a los que la manía de la fama puede llevar a un hombre» era mi última frase. —Sonrió.

—También profético.

—¿Creeís que mi historia era autobiográfica? No estoy ciego, Ethan Gage. Si acaso, padezco de ver demasiado bien. Y una cosa que veo es que ahora estáis en el lugar que os corresponde, en el lado de la ciencia que nunca deberíais haber abandonado. Os creéis distinto al conde Silano, y no obstante los dos queréis saber; en este sentido, sois exactamente iguales. También lo es la mujer por la que ambos os sentís atraídos, todos curiosos como gatos. Podría ordenar que os mataran, pero es más delicioso dejar que los tres resolváis vuestro misterio, ¿no os parece?

Suspiré.

—Por lo menos parecéis más afable que cuando coincidimos por última vez, general.

—Tengo una percepción más clara de mi mando, lo cual siempre sosiega el humor de uno. No he renunciado a convencerlos, americano. Todavía confío en que podamos rehacer el mundo para bien.

—¿Para bien como la matanza de Jafa?

—Unos momentos de crueldad pueden salvar a millones, Gage. Dejé claro a los otomanos el riesgo de la resistencia para que esta guerra pueda terminar pronto. De no ser por fanáticos como Smith y Phelipeaux, traidor a su propia nación, se habrían rendido y no se derramaría sangre. No os dejéis atrapar en Acre por su locura. Id, averiguad lo que podáis con Silano y Astiza, y luego tomad una decisión de erudito acerca de qué hacer con eso. Recordad que soy miembro del Instituto. Me atendré a la ciencia. ¿No es cierto, Gaspard?

El matemático esbozó una sonrisa.

—Nadie ha hecho más por casar ciencia, política y tecnología militar, general.

—Y nadie ha trabajado más duro por Francia que el doctor Monge, al que he cuidado personalmente cuando lo aquejaba la enfermedad. ¡Es un hombre firme! ¡Aprended de él, Gage! Ahora, dado vuestro extraño historial, comprenderéis que debo asignaros una escolta. Supongo que tendréis interés por vigilaros mutuamente.

Y de las sombras apareció Pierre Najac, con un aspecto tan desaliñado y feroz como cuando lo había dejado.

—Debe de ser una broma.

—Al contrario, custodiaros es su castigo por no haberos tratado antes más inteligentemente —dijo Bonaparte—. ¿No es así, Pierre?

—Lo llevaré con Silano —gruñó el hombre.

Yo no había olvidado sus quemaduras y azotes.

—Este torturador no es más que un ladrón. No necesito su escolta.

—Pero yo sí —repuso Napoleón—. Estoy harto de que deambuléis en todas direcciones. Iréis con Najac o no iréis. Él es vuestro billete para llegar hasta la mujer, Gage.

Najac escupió.

—No os preocupéis. Después de encontrar lo que sea que estáis buscando, tendréis vuestra oportunidad de matarme. Como yo tendré una oportunidad de mataros a vos.

Miré lo que llevaba.

—Pero no con mi rifle.

Napoleón estaba perplejo.

—¿Vuestro rifle?

—Ayudé a construirlo en Jerusalén. Luego este bandido lo robó.

—Os desarmé. ¡Erais un cautivo!

—Y ahora otra vez un aliado, me guste o no. Devolvedlo.

—¡Ni hablar!

—No colaboraré si no lo devolvéis.

Bonaparte parecía divertido.

—Sí, lo haréis, Gage. Lo haréis por la mujer, y lo haréis porque ya no podéis renunciar a ese misterio que supera a una partida de cartas prometedora. Najac os capturó, y tiene razón. Vuestro rifle es un botín de guerra.

—Ni siquiera es tan bueno —agregó el canalla—. Dispara como un trabuco.

—La precisión de un arma depende del hombre que la maneja —repliqueó. Sabía que aquel instrumento disparaba como el mismo demonio—. ¿Qué opináis de su telescopio?

—Un experimento ridículo. Lo saqué.

—Era un regalo. Si vamos a buscar un tesoro, necesitaré un catalejo.

—Eso es justo —decidió Napoleón—. Dádselo.

Najac lo hizo a regañadientes.

—Y mi tomahawk.

Sabía que debía tenerlo.

—Es peligroso dejar que el americano vaya armado —advirtió Najac.

—No es un arma, sino una herramienta.

—Dádselo, Najac. Si no podéis controlar al americano con una docena de hombres cuando lo único que tiene es una pequeña hacha, quizá debería mandaros de vuelta con la policía.

El hombre hizo una mueca, pero cedió.

—Éste es un instrumento para salvajes, no sabios. Parecéis un aldeano con él.

Levanté su agradable peso.

—Y vos parecéis un ladrón, blandiendo mi rifle.

—En cuanto encontremos vuestro maldito secreto, Gage, vos y yo ajustaremos cuentas de una vez por todas.

—Desde luego. —Mi rifle ya presentaba muescas y marcas (Najac era tan torpe con las armas de fuego como descuidado en el vestir), pero aún conservaba un aspecto tan esbelto y liso como la extremidad de una doncella. Lo deseaba—. Hacedme un favor, Najac. Escoltadme desde una distancia a la que no pueda oleros.

—Pero sí a tiro de rifle, os lo prometo.

—Las alianzas nunca son sencillas —terció Bonaparte—. Pero ahora Najac tiene el rifle y Gage el catalejo. ¡Podéis apuntar juntos!

Aquel chiste irritante hizo que quisiera desconcertar al general.

—Y supongo que querréis que me dé prisa. —Señalé hacia los enfermos.

—¿Presa?

—La peste. Debe de estar sembrando el pánico en vuestras tropas.

Pero nunca conseguía pillarlo desprevenido.

—Les da urgencia. Y sí, daos prisa. Pero no os preocupéis demasiado por el ritmo de mi campaña. Están en juego cosas más grandes de las que conocéis. Vuestra búsqueda no sólo afecta a Siria, sino también a Europa. La misma Francia me espera.

Había supuesto que viajaríamos directamente al monte Nebo con la banda de asesinos de Najac, pero se echó a reír cuando lo sugerí.

—¡Tendríamos que abrirnos paso a través de la mitad del ejército otomano!

Desde que Napoleón había invadido Palestina, la Sublime Puerta de Constantinopla había estado reuniendo soldados para parar a los franceses. Galilea, me informó Najac, estaba infestada de caballería turca y mameluca. La liberación gala no estaba siendo recibida en Tierra Santa con mayor entusiasmo que en Egipto. Ahora el general Jean-Baptiste Kléber, que había desembarcado con Bonaparte en la playa de Alejandría hacía casi un año, llevaría su división a barrer a esos musulmanes. Mis compañeros y yo acompañaríamos a sus tropas hacia el este hasta el río Jordán, que discurre hacia el sur desde el mar de Galilea hasta el mar Muerto. Entonces avanzaríamos hacia el sur por nuestra cuenta, siguiendo el legendario Jordán hasta que pasara al pie del monte Nebo.

Mohamed y Ned no se alegraron de tener que marchar con los franceses. Kléber era un comandante popular, pero también podía ser un exaltado impetuoso. Pero no teníamos elección. Los otomanos se interponían directamente en nuestro camino y no estaban de humor para distinguir entre un grupo de europeos y otro. Dependeríamos de Kléber para abrirnos paso.

—¡El monte Nebo! —exclamó Mohamed—. ¡Allí no hay más que fantasmas y cabras!

—Un tesoro, supongo —dijo Ned sagazmente—. ¿Por qué nuestro mago se dejaría reclutar otra vez por los franchutes, si no? El tesoro de Salomón, ¿eh, patrón?

Para ser un bobo, acertaba demasiado.

—Es una reunión de eruditos de la antigüedad —dije—. Una mujer que conocí en Egipto está viva y esperando. Ayudará a resolver el misterio que tratamos de desentrañar en los túneles subterráneos de Jerusalén.

—Sí, y me han dicho que ya tienes una bonita chuchería.

Fulminé con la mirada a Mohamed, quien se encogió de hombros.

—El marinero quería saber qué ha motivado nuestra expedición, *effendi*.

—Entonces debes saber que esto trae mala suerte. —Me saqué el anillo del bolsillo—. Es de la tumba de un faraón muerto, y sobre semejante saqueo cae siempre una maldición.

—¿Maldición? Aquí hay la paga de una vida entera —observó Ned asombrado.

—Pero no me ves llevarlo, ¿verdad?

—No casa con tu color—admitió Ned—. Es demasiado chillón.

—De modo que marcharemos con los franceses hasta que podamos liberarnos. Es probable que surjan un par de apuros. ¿Estás dispuesto?

—Un apuro sin un trozo de acero entre nosotros, excepto tu hacha de cortar salchichas —dijo Ned—. Y has elegido mal a tus escoltas, patrón. Ese Najac parece un tipo capaz de hervir a sus propios hijos si pudiera sacar un chelín por el caldo. Aun así, prefiero estar fuera de las murallas. Me sentía enjaulado allí dentro.

—Y ahora veréis la Palestina auténtica —prometió Mohamed—. Todo el mundo desea poseerla.

En lo cual estribaba precisamente el problema, por lo que yo sabía.

¿Éramos aliados de los franceses... o prisioneros? Estábamos desarmados exceptuando mi tomahawk, sin libertad de movimientos, vigilados tanto por *chasseurs* de escolta como por la banda de Najac. Sin embargo Kléber mandó una botella de vino y sus saludos, recibimos buenas monturas y fuimos tratados como invitados de la marcha, montando delante de la columna principal para evitar lo peor de la polvareda. Éramos perros valiosos con correa.

Ned y Najac se tomaron antipatía enseguida, el marinero recordando la reyerta que había matado a Tentwhistle, y Najac envidiando la fuerza del gigante. Si el villano se nos acercaba, desplegaba bien su capa para exhibir las dos pistolas alojadas en su fajín, recordándonos que más valía no meterse con él. A su vez, Ned proclamaba que no había visto una rana tan fea desde un sapo imitante en el retrete situado en la parte trasera del burdel más asqueroso de Portsmouth.

—Si tu cerebro tuviese la mitad del tamaño de tus bíceps, quizá me interesaría lo que tienes que decir —espetó Najac.

—Y si tu morcilla tuviese la mitad del tamaño de tu lengua de víbora, no tendrías que forzar tanto la vista para buscarla cada vez que te bajas los pantalones —replicó Ned.

A pesar de las disputas, saboreé nuestra liberación de Acre. Tierra Santa suscita una pasión poco común, bien irrigada en el norte y de un intenso verde primaveral. Trigo y cebada crecían como la hierba silvestre, y las amapolas rojas y la mostaza amarilla aportaban gruesas pinceladas de color. Había lino morado, crisantemos dorados en ramos naturales de tallos torcidos, y altos lirios de Pascua. ¿Era ése el jardín del Edén? Lejos del mar el cielo tenía el azul del pañuelo de la Virgen, y la luz resaltaba la mica y el cuarzo como gemas minúsculas.

—Mirad, un escribano amarillo —dijo Mohamed—. Ese pájaro indica que se acerca el verano.

Nuestra división era una serpiente azul que se deslizaba por el Edén, la tricolor francesa anunciando nuestra improbable penetración en el imperio otomano. Rebaños de ovejas se separaban como las aguas del mar para dejarnos paso. Los cañones de campaña ligeros saltaban bajo el sol, su bronce centelleando como una señal. Los carros cubiertos de blanco se bamboleaban. En algún lugar al noreste se hallaba Damasco, y al sur, Jerusalén. Los soldados estaban de buen humor, contentos de librarse del tedioso servicio de asedio, y la división disponía de suficiente dinero —capturado en Jafa— para comer bien, en lugar de robar. Al final del segundo día subimos una última cresta y vislumbré el mar de Galilea, sopa azul en una inmensa

escudilla verde y marrón, muy, muy lejos. Se trata de un enorme lago hundido bajo el nivel del mar, calinoso y santo. No bajamos, sino que seguimos la línea de crestas al sur hacia la célebre Nazaret.

La patria chica del Salvador es un sitio arenoso e inconexo, su carretera principal un polvoriento camino de carros transitado básicamente por cabras. Una mezquita y un monasterio franciscano se levantan frente por frente, como si se vigilaran uno a otro. Sacamos agua del pozo de María y visitamos la iglesia de la Anunciación, una gruta ortodoxa con la clase de baratijas que causan indigestión a los protestantes. Luego reanudamos la marcha hacia el rico y perezoso valle de Jezreel, el granero de la antigua Israel y una avenida para los ejércitos durante tres mil años. Las vacas pastaban en montículos herbosos que antaño fueron grandes fortalezas. Los carros avanzaban con estrépito por caminos que las legiones romanas habían atravesado. Mis compañeros se impacientaban con aquel serpenteo militar, pero yo sabía que experimentaba lo que pocos americanos pueden siquiera esperar ver. ¡Tierra Santa! Allí, a decir de todos, los hombres se acercan más a Dios. Algunos de los soldados se persignaban o murmuraban oraciones en sitios sagrados, pese al ateísmo oficial de la Revolución. Pero al caer la noche afilaban sus bayonetas, el chirrido tan familiar como los grillos mientras nos dormíamos.

Por muy ansioso que estuviera por ver a Astiza, también me sentía intranquilo. Al fin y al cabo, no había logrado salvarla. Volvía a estar liada de alguna manera con el investigador de lo oculto, Silano. Mis alianzas políticas eran más confusas que nunca, y Miriam esperaba en Acre. Practiqué primeras frases para todas ellas, pero parecían manidas.

Entretanto Mohamed advertía que nuestros tres mil acompañantes no eran suficientes...

—En cada aldea se rumorea que los turcos se están congregando contra nosotros —dijo—. Más hombres que estrellas en el cielo. Hay tropas procedentes de Damasco y Constantinopla, mamelucos supervivientes de Ibrahim Bey de Egipto y guerreros de las montañas de Samaria. Chiitas y sunnitas se están uniendo. Sus mercenarios abarcan desde Marruecos hasta Armenia. Es una locura quedarnos con estos franceses. Están perdidos.

Señalé a los canallas de Najac.

—No tenemos elección.

Naturalmente, el general Kléber trataba de encontrar aquella hueste turca en lugar de evitarla, esperando atacarla de flanco bajando desde las tierras altas nazarenas. «La pasión gobierna —gustaba de decir el viejo Ben—, y nunca gobierna sabiamente.» Y ciertamente Kléber, competente como lo son los generales, se había impacientado como subordinado de Napoleón durante un año entero. Era mayor que él, más alto, más fuerte y más experimentado, y sin embargo la gloria de la campaña egipcia se la había llevado el corso. Era Bonaparte quien aparecía en los boletines sobre la campaña de Egipto que se enviaban a Francia, Bonaparte quien hacía posibles grandes y nuevos descubrimientos arqueológicos, y Bonaparte quien

determinaba el humor del ejército. Aún peor, en la batalla de El-Arish al comienzo de la campaña palestina, la división de Kléber había tenido una actuación sólo regular, mientras que su rival, Reynier, se había ganado el elogio de Napoleón. No importaba que Kléber tuviese la estatura, el porte y los cabellos greñudos del héroe militar de los que Bonaparte carecía, y que fuese mejor tirador y mejor jinete. Sus colegas preferían al arribista. Nadie lo admitía, pero pese a todos sus defectos, Bonaparte era su superior intelectual, el sol alrededor del cual giraban instintivamente. Así pues, esta incursión independiente para aniquilar los refuerzos otomanos era para Kléber una oportunidad de destacar. Así como Bonaparte había levantado el campamento en mitad de la noche para atacar a los mamelucos en las pirámides antes de que estuvieran preparados del todo, Kléber decidió partir en la oscuridad para sorprender al campamento turco.

—¡Una locura! —exclamó Mohamed—. Estamos demasiado lejos para sorprenderlos. Daremos con los turcos cuando el sol aparezca ante nuestros ojos.

En efecto, el camino alrededor del monte Tabor resultó mucho más largo de lo que Kléber había previsto. En lugar de atacar a las dos de la madrugada, como se había planeado, los franceses se enfrentaron a los primeros piquetes turcos al amanecer. Para cuando hubimos formado filas para un asalto, nuestra presa había tenido tiempo de desayunar. Pronto vimos multitud de jinetes otomanos corriendo acá y allá, y la ambición de Kléber empezó a ser atemperada por el sentido común. El sol naciente reveló que había conducido a tres mil soldados a atacar a veinticinco mil. Me las pinto solo para estar en el bando equivocado.

—Pues sí que trae mala suerte el anillo —murmuró Mohamed—. ¿Es posible que Bonaparte aún trate de ejecutarte, *effendi*, pero esta vez de un modo más sofisticado?

Los tres nos quedamos boquiabiertos ante la enorme multitud de caballería amenazadora, los caballos medio tragados por el alto trigo primaveral mientras sus jinetes disparaban inútilmente sus rifles al aire. Lo único que impedía que nos aplastaran de inmediato era la confusión del enemigo; no parecía haber nadie al mando. Su ejército estaba nutrido desde demasiados rincones del imperio. Podíamos ver el arco iris de colores de los distintos regimientos otomanos, grandes convoyes de carros tras ellos, y tiendas armadas llenas de colorido como un carnaval. Si queréis un espectáculo hermoso, id a ver la guerra antes de que empiece el combate.

—Es como una repetición de la Batalla de las Pirámides —dije para tranquilizar—. Fijaos en su desorden. Tienen tantos soldados que no pueden organizarse.

—No necesitan organización —murmuró Big Ned—. Lo único que necesitan es salir en tropel. ¡Percebes, ojalá estuviera otra vez en una fragata! Además está más limpia.

Si bien Kléber se había mostrado temerario al subestimar a sus oponentes, era un estratega experimentado. Nos hizo retroceder hasta una colina llamada Djebel-el-Dahy, lo cual nos confirió una posición elevada. Cerca de la cima había un castillo cruzado en ruinas, llamado Le-Faba, que dominaba el amplio valle, y el general francés apostó a cien de sus hombres en sus deterioradas murallas. Los demás

formaron dos cuadros de infantería, uno al mando de Kléber y el otro del general Jean-Andoche Junot. Estos cuadros eran como fuertes hechos de hombres, cada soldado encarado hacia fuera y los lados apuntando en las cuatro direcciones para imposibilitar dar la vuelta al flanco. Los veteranos y sargentos se situaban detrás de las tropas más recientes para impedirles retroceder y hundir la formación. Esta táctica había desconcertado a los mamelucos en Egipto, e iba a hacer lo propio con los otomanos. Fuera cual fuese la dirección en la que atacasen, se toparían con una barrera firme de cañones de mosquete y bayonetas. Nuestro convoy de municiones y nuestro trío, con los hombres de Najac, ocupábamos el centro.

Los turcos concedieron tontamente a Kléber tiempo para alinear sus filas y efectuaron cargas de tanteo, galopando cerca de nuestros hombres mientras gritaban y blandían sus espadas. Los franceses guardaron absoluto silencio hasta que sonó la orden «¡Fuego!», entonces se produjo un fogonazo, un estampido en cadena, una gran humareda blanca, y la caballería enemiga más próxima cayó de sus monturas. Los demás se alejaron.

—¡Caray, tienen más agallas que sentido común! —observó Ned, entrecerrando los ojos.

El sol seguía subiendo. Más y más caballería enemiga entraba a raudales en el suave valle que se extendía a nuestros pies, agitando lanzas y dando voces. De vez en cuando unos centenares giraban y cargaban contra nuestros cuadros. Otra descarga, y las consecuencias eran las mismas. Pronto hubo un semicírculo de cadáveres a nuestro alrededor, sus colores como flores cortadas.

—¿Qué diablos están haciendo? —murmuró Ned—. ¿Por qué no cargan de verdad?

—Quizás esperan a que nos quedemos sin agua y sin munición —dijo Mohamed.

—¿Tragándose todo nuestro plomo?

Creo que esperaban que nos descomponiéramos y saliéramos huyendo —sus otros enemigos debían de ser menos resueltos—, pero los franceses no vacilaron. Nos erizamos como un erizo, y ellos no podían conseguir que sus caballos se acercaran.

Kléber permanecía montado, sin hacer caso de las balas silbantes, recorriendo despacio las filas para alentar a sus hombres.

—Manteneos firmes —aleccionaba—. Manteneos firmes. Llegará ayuda.

—Ayuda? Bonaparte, en Acre, quedaba lejos. ¿Era ése un juego otomano, para hacer que sudáramos y nos inquietáramos hasta que finalmente emprendieran la penúltima carga?

No obstante, cuando miré a través del catalejo que sir Sidney me había regalado, empecé a dudar que se produjera ese ataque. Muchos turcos retrocedían, invitando a otros a acometerlos primero. Algunos estaban echados sobre la hierba para comer, y otros dormían. ¡En los momentos más críticos de una batalla!

A medida que avanzaba el día, sin embargo, nuestra resistencia se debilitaba y su confianza aumentaba. La pólvora se iba agotando. Empezamos a contener nuestras descargas hasta el último segundo, para proporcionar a las valiosas balas el blanco más seguro. Ellos se percataron de nuestras dudas. Se elevaba un fuerte grito, se espoleaban los caballos y oleadas de caballería se precipitaban hacia nosotros como rompientes en una playa.

—Esperad..., esperad..., dejad que se acerquen... ¡Fuego! ¡Ahora, ahora, segunda fila, fuego!

Los caballos relinchaban y se derrumbaban. Jenízaros de uniformes de vivos colores caían entre terrones de tierra. Los más valientes avanzaban espoleando a sus monturas, zigzagueando entre sus compañeros derribados, pero cuando alcanzaban la barrera de bayonetas sus caballos retrocedían. Pistolas y mosquetes abrían huecos en nuestras filas, pero la carnicería era mucho peor en el otro bando. Había tantos cadáveres de caballos esparcidos por el suelo que comenzaba a hacerse difícil para los turcos sortearlos para acercarse a nosotros. Ned, Mohamed y yo ayudamos a arrastrar a franceses heridos al centro de los cuadros.

Era mediodía. Los heridos franceses gemían pidiendo agua y los demás suspirábamos por ella. Nuestra colina parecía seca como una tumba egipcia. El sol había interrumpido su arco a través del cielo, prometiendo caer a plomo sobre nosotros para siempre, y los turcos se insultaban unos a otros. Cien franceses habían caído, y Kléber dio la orden de que los dos cuadros se fusionaran en uno solo, engrosando las filas y dando a los hombres una confianza muy necesaria. Daba la impresión de que todos los musulmanes del mundo se hubiesen unido contra nosotros. Los campos habían sido pisoteados hasta quedar sin hierba y el polvo se elevaba en grandes columnas. Los turcos trataron de subir a la cresta de Djebel-el-Dahy y bajar sobre nosotros desde lo alto, pero los *chasseurs* y carabineros apostados en el viejo castillo cruzado los obligaron a bifurcarse y se derramaron inútilmente por ambos lados de nuestra formación, lo que nos permitió mermarlos disparando contra sus flancos.

—¡Ahora!

Atronaba una descarga, humo acre, fragmentos de tacos revoloteando como nieve. Caballos relinchando y sin jinete se alejaban al galope. Entonces los dientes rasgaban cartuchos y se introducía pólvora valiosa. El suelo estaba blanco de papel.

A media tarde yo tenía la boca seca como algodón. Las moscas zumbaban sobre los muertos. Algunos soldados perdían el conocimiento al permanecer inmóviles demasiado tiempo. Los otomanos parecían impotentes, y sin embargo no podíamos ir a ninguna parte. Supuse que terminaría cuando todos muriéramos de sed.

—Mohamed, cuando nos aplasten finge que estás muerto hasta que se haya acabado. Puedes presentarte como musulmán. No tienes necesidad de compartir la suerte de unos europeos confusos.

—Alá no ordena a un hombre que abandone a sus amigos —replicó él gravemente.

Entonces se oyó un nuevo grito. Algunos hombres afirmaron haber avistado el brillo de bayonetas en el valle hacia el oeste.

—¡Aquí viene *le petit caporal*!

Kléber se mostró incrédulo.

—¿Cómo podría Napoleón llegar aquí tan pronto? —Me señaló—. Venid. Traed vuestro catalejo naval.

Mi telescopio inglés había demostrado ser más preciso que el instrumento del ejército francés de fabricación corriente.

Abandoné la comodidad del cuadro para seguirlo hasta la ladera expuesta de la colina. Pasamos junto a un círculo de cuerpos de musulmanes caídos, algunos gimiendo en la hierba, su sangre una mancha escarlata sobre el trigo verde.

Las ruinas cruzadas ofrecían una vista panorámica. Si acaso, los turcos parecían todavía más numerosos ahora que podía ver más lejos sobre sus filas. Miles de ellos iban trotando de acá para allá, gesticulando mientras discutían qué hacer. Cientos de sus camaradas ya alfombraban la colina a nuestros pies. A lo lejos eran visibles sus tiendas, pertrechos y miles de sirvientes y prostitutas. Éramos como una roca azul en medio de un mar rojo, blanco y verde. ¡Una carga decidida y seguramente abrirían brecha en nuestra formación! Entonces los hombres saldrían huyendo y sería el fin.

Salvo que aún no lo habían hecho.

—Allí. —Kléber señaló—. ¿Veis bayonetillas francesas?

Miré hasta que me dolía el ojo. Las hierbas altas se mecían en el oeste, pero no sabía si era debido al paso de infantería o al viento. La exuberante tierra engullía las maniobras de hormiga de los ejércitos.

—Podría tratarse de una columna francesa, porque las hierbas altas se mueven. Pero, como vos decís, ¿cómo podría llegar tan pronto?

—Moriremos de sed si nos quedamos aquí—dijo Kléber—. O los hombres desertarán y les cortarán el cuello. No sé si vienen refuerzos o no, pero vamos a averiguarlo.

Volvió a bajar al trote, conmigo siguiéndolo.

—Junot, empezad a formar columnas. ¡Saldremos al encuentro de nuestros relevos!

Los hombres vitorearon, esperando contra toda esperanza que no se abrieran simplemente para ser aplastados. Cuando el cuadro se disolvió en dos columnas, la caballería turca se animó. ¡Tenían una posibilidad de lanzarse sobre nuestros flancos y retaguardia! Les oímos gritar, los cuernos resonando.

—¡Adelante!

Empezamos a bajar la cuesta.

Las lanzas turcas se agitaron y bailotearon.

Entonces sonó un cañonazo a lo lejos. La detonación formal fue tan francesa como un pedido a gritos en un restaurante parisino, tan distintos son los calibres de la artillería. Miramos y vimos un penacho de humo disipándose. Los hombres empezaron a gritar aliviados. ¡Era cierto que llegaba ayuda! Los franceses prorrumpieron en vítores, incluso en cánticos.

La caballería enemiga vaciló, mirando hacia el oeste.

Las tricolores ondearon cuando bajamos marchando de Djebel-el-Dahy, como en un desfile.

Entonces comenzó a elevarse humo del campamento enemigo. Se oyeron disparos, gritos apagados y el gemido triunfante de cornetas francesas. La caballería de Napoleón había irrumpido en la retaguardia turca y estaba sembrando el pánico. Provisiones valiosas empezaron a arder. Las municiones almacenadas estallaron con estruendo.

—¡Quietos! —recordó Kléber—. ¡Mantened las filas!

—¡Cuando vengan hacia nosotros, agachaos y disparad cuando se os ordene! — agregó Junot.

Vimos un pequeño lago junto a la aldea de Fula. Nuestra emoción aumentó. Había un regimiento otomano delante de él, en actitud indecisa. Ahora los oficiales galopaban de un lado a otro de las columnas, dando órdenes para preparar una carga.

—¡Al ataque!

Entre vítores, los ensangrentados franceses terminaron de bajar la colina y se abalanzaron sobre la infantería samaritana que guarnecía la aldea. Hubo disparos, una zambullida de bayonetas y mosquetes, y a continuación el enemigo echó a correr. Mientras tanto los turcos huían también de aquello que había aparecido en el oeste. Milagrosamente, en cuestión de minutos un ejército de veinticinco mil hombres se dejaba llevar por el pánico y huía hacia el este ante unos pocos miles de franceses. La caballería de Bonaparte pasó al galope por nuestro lado, persiguiendo hacia el valle del Jordán. Los otomanos fueron perseguidos y acribillados en todo el trayecto hasta el río.

Nos zambullimos en la charca de Fula, apagamos la sed y luego salimos empapados y goteando como borrachos, con las cartucheras vacías. Napoleón se acercó al galope, sonriendo como el salvador que era, con los pantalones de montar cubiertos de polvo.

—¡Sospeché que os meteríais en un lío, Kléber! —gritó—. ¡Partí ayer después de leer los informes! —Sonrió—. ¡Han salido huyendo de la detonación de un cañón!

Con su visión para lo político, Bonaparte bautizó de inmediato nuestro quasi desastre con el nombre de Batalla del Monte Tabor —un pico mucho más imponente y fácil de pronunciar que la modestamente empinada Djebel-el-Dahy, aunque a varios kilómetros de distancia— y la proclamó «una de las victorias más desequilibradas de la historia militar. Quiero que se envíen todos los detalles a París tan pronto como podamos».

Yo estaba seguro de que no había sido tan diligente para transmitir la noticia de la masacre de Jafa.

—Unas divisiones más y podríamos marchar sobre Damasco —dijo Kléber, embriagado por su improbable victoria. En vez de tener celos, ahora parecía deslumbrado por el oportuno rescate de su comandante. Bonaparte podía obrar milagros.

—Unas divisiones más, general, y podríamos marchar sobre Bagdad y Constantinopla —enmendó Napoleón—. ¡Maldito Nelson! ¡Si no hubiese destruido mi flota, sería el dueño de Asia!

Kléber asintió.

—Y si Alejandro no hubiese muerto en Babilonia, si César no hubiese sido acuchillado o si Rolando no se hubiese adelantado tanto...

—A falta de un clavo se perdió la batalla —tercié yo.

—¿Qué?

—Una frase que mi mentor Ben Franklin solía decir. Son las pequeñas cosas las que nos hacen tropezar. Él creía en la atención al detalle.

—Franklin era un hombre sabio —dijo Napoleón—. La escrupulosa atención al detalle es esencial para un soldado. Y vuestro mentor era un verdadero erudito. Estaría impaciente por resolver misterios antiguos, no en beneficio propio sino en el de la ciencia. Y es por eso que ahora seguiréis vuestro camino para reuniros con Silano, ¿me equivoco, monsieur Gage?

—Parece que habéis desembarazado el camino de obstáculos, general —dije amablemente. Bonaparte rompía ejércitos del mismo modo en que Moisés separaba las aguas del mar—. Pero aún estamos en el borde de Asia, a miles de kilómetros de la India y de vuestro aliado allí, Tippoo Sahib. Ni siquiera habéis tomado Acre. ¿Cómo podéis emular a Alejandro con tan pocos hombres?

Bonaparte frunció el ceño. No le gustaban las dudas.

—Los macedonios no eran mucho más numerosos. Y también Alejandro tuvo su asedio, en Tiro. —Pareció pensativo—. Pero nuestro mundo es más grande que el suyo, y en Francia se desarrollan acontecimientos. Tengo muchos llamamientos que atender, y vuestros descubrimientos pueden ser más importantes en París que aquí.

—¿Francia? —preguntó Kléber—. ¿Pensáis en nuestra patria cuando todavía estamos luchando en este estercolero?

—Intento pensar en todo, siempre, y es por eso que se me ocurrió prestar auxilio a vuestra expedición antes de que lo necesitarais, Kléber —respondió Bonaparte secamente. Dio una palmada al hombro del general, que se alzaba sobre él, su pelo espléndido como la melena de un león—. Aseguraos tan sólo de que aquello que estamos haciendo tiene un propósito. ¡Cumplid con vuestro deber y triunfaremos juntos!

Kléber lo miró con recelo.

—Nuestro deber está aquí, no en Francia. ¿No es así?

—Y el deber de este americano es cumplir, por fin, aquello para lo que lo trajimos aquí: ¡resolver el misterio de las pirámides y los antiguos con el conde Alessandro Silano! Daos prisa, Gage, porque el tiempo nos apremia a todos.

—Estoy más impaciente por volver a casa que nadie —dije.

—En ese caso encontrad vuestro libro.

Se volvió y se alejó con paso airado con su estado mayor, agitando el dedo mientras lanzaba órdenes. Entretanto, yo me quedé helado. Era la primera vez que le oía mencionar un libro. Era obvio que los franceses sabían más de lo que había esperado.

Y Astiza les había contado más de lo que yo deseaba.

Tal era nuestra situación ahora, instrumentos de Silano y de su desacreditado Rito Egipcio de francmasones. Los templarios habían descubierto algo, y los habían quemado en la hoguera atormentadores que confiaban en encontrarlo. Esperaba que mi destino fuese más benigno. Esperaba no llevar a mis compañeros a la destrucción.

Cenamos carnes y pasteles capturados a los turcos, intentando no hacer caso del hedor que ya se levantaba del oscuro campo de batalla.

—Bueno, entonces se acabó —comentó Big Ned con pesimismo—. Si una horda como ésa no sabe defenderse de unos cuantos franchutes, ¿qué posibilidades tienen mis compañeros en Acre? Será otro baño de sangre, como Jafa.

—Salvo que Acre tiene al Carnicero —dije—. No permitirá que nadie huya o se rinda.

—Y artillería, y a Phelipeaux, y a Sidney Smith —agregó Mohamed—. No temas, marinero. La ciudad resistirá hasta que regresemos.

—Justo a tiempo para el último saqueo. —Me miró pícaramente.

Supe qué estaba pensando el marinero. Encontrar el tesoro y echar a correr. No puedo decir que estuviera en desacuerdo del todo.

La caballería francesa aún perseguía a los restos del desperdigado ejército otomano cuando seguimos su camino pisoteado y accedimos al valle del río Jordán. Entonces dejamos atrás los campos para entrar en un terreno seco de cabras,

exceptuando las arboledas y los prados junto al río. Innumerables hombres santos habían seguido aquella corriente, Juan Bautista dando audiencia en algún lugar a lo largo de sus legendarias orillas, pero nosotros viajábamos como una compañía de bandidos. La docena de franceses y árabes de Najac iba erizada de rifles, mosquetes, pistolas y espadas. También había bandidos auténticos, y vimos dos bandas distintas escabullándose como lobos decepcionados después de avistar nuestro arsenal. Pasamos también junto a cuerpos ahogados y acribillados de soldados otomanos, hinchados como globos de tela. Nos apartamos de ellos para evitar el hedor y tuvimos la precaución de beber agua sólo de las fuentes.

Mientras avanzábamos hacia el sur, el valle fue haciéndose cada vez más árido y los navíos británicos a los que Ned llamaba su casa parecían distar veinte mil kilómetros. Una noche, se arrastró a mi lado para cuchichear.

—Dejemos plantados a estos bandidos y sigamos solos, patrón —instó—. Ese Najac no deja de mirarte como un cuervo esperando a sacarle los ojos a un cadáver. Aunque se vistieran de niños del coro, estos bribones conseguirían asustar a Westminster.

—Sí, tienen la moralidad de una asamblea legislativa y la higiene de galeotes, pero los necesitamos para que nos lleven hasta la mujer que llevaba el anillo del rubí, ¿recuerdas? —Gruñó, así que tuve que ponerlo en su sitio—. No creas que no he conservado mis poderes eléctricos. Conseguiremos lo que hemos venido a buscar, y ajustaremos cuentas con esta gente.

—Ya estoy deseando que llegue el día de aplastarlos. Odio a los franchutes. Y también a los árabes. Exceptuando a Mohamed.

—Llegará, Ned. Llegará.

Pasamos al trote junto a un camino que Najac dijo conducía a la aldea de Jericó. No vi nada, y el terreno era tan seco que costaba trabajo creer que se hubiese erigido allí una ciudad con murallas inmensas. Pensé en el quincallero y volví a sentirme culpable por haber abandonado a Miriam. No se lo merecía.

El mar Muerto era lo que su nombre implica: una costa incrustada de sal y un agua salobre de color azul intenso que se extendía hasta el horizonte. No había pájaros apiñados en los bajíos ni peces rompiendo la superficie. El aire del desierto era denso, calinoso y bochornoso, como si hubiésemos avanzado en el tiempo dos meses en dos días. Yo compartía la inquietud de Ned. Aquella era una tierra extraña y de ensueño, que había engendrado demasiados profetas y locos.

—Jerusalén queda hacia allí —dijo Mohamed, señalando hacia el oeste. Luego, extendiendo el brazo en la dirección contraria, anunció—: El monte Nebo.

Unas montañas se levantaban abruptamente de la costa del mar Muerto como presurosas de apartarse del piélago. La más alta era tanto una cadena como un pico, salpicada de pinos raquílicos. En los barrancos pedregosos, por los que sólo corría agua cuando llovía, florecían adelfas rosadas.

Najac, que había dicho poco en nuestro viaje, sacó un espejo de señales y emitió destellos a la luz del sol. Aguardamos, pero no sucedió nada.

—El maldito ladrón nos ha extraviado —murmuró Ned.

—Ten paciencia, bruto —espetó el francés. Volvió a hacer señales.

Entonces una columna de humo se elevó de Nebo.

—¡Allí! —exclamó nuestro escolta—. ¡El asiento de Moisés!

Espoleamos nuestros caballos e iniciamos la ascensión.

Fue un alivio dejar el valle del Jordán y respirar un aire menos empalagoso. Nos refrescamos, y la ladera empezó a oler a pino. Había tiendas beduinas montadas en las banquetas de la montaña, y pude atisbar muchachos árabes con túnicas negras ocupándose de rebaños errantes de cabras enanas. Seguimos un camino de caravanas cuesta arriba, con los cascos cayendo con un ruido sordo sobre la tierra blanda, y los caballos bufando cuando pasaban junto a excrementos de camello.

Nos llevó cuatro horas, pero finalmente ganamos la cima. Ciertamente podíamos ver la Tierra Prometida al oeste al otro lado del Jordán, parda y calinosa desde allí, nada semejante a leche y miel. El mar Muerto era un espejo azul. Delante, no vi ninguna cueva que prometiera albergar un tesoro. En lugar de eso había una tienda francesa en una hondonada; la verde hierba contigua indicaba una fuente. Cerca se hallaban las ruinas bajas de algo, quizás una antigua iglesia. Varios hombres nos esperaban junto a la voluta de humo de una hoguera, los restos del fuego de señales. ¿Estaba Silano entre ellos? Pero antes de averiguarlo avisté a una persona sentada sobre un afloramiento rocoso al pie de la iglesia en ruinas, apartada de los hombres. Guié a mi caballo fuera de la fila y desmonté.

Era una mujer, vestida de blanco, que había estado observando nuestra llegada.

Se levantó cuando me acerqué a pie, sus trenzas largas y negras como las recordaba, cayendo de un pañuelo de color blanco para protegerse del sol. Tela y pelo se mecían suavemente en la brisa de la montaña. Su belleza era más tangible de lo que me esperaba, intensa a la luz de la cumbre. Yo la había convertido en un fantasma y sin embargo allí estaba ella, hecha carne. Me había preparado para la decepción, habiéndola sublimado en mi memoria, pero no, lo que me había imaginado seguía allí, la agilidad equilibrada, los labios y pómulos dignos de una Cleopatra, los brillantes ojos oscuros. Las mujeres son flores que confieren gracia al mundo, y Astiza era un loto.

No obstante, había envejecido. No mal —es un error considerar la edad como una ofensa para las mujeres, porque su belleza simplemente tenía más carácter—, pero sus ojos se habían hundido, como si hubiese visto o sentido cosas que prefería no haber conocido. Me pregunté si yo había cambiado del mismo modo: ¿cuánto tiempo hacía que no me miraba en un espejo? Me llevé una mano a la barba incipiente y reparé, de pronto, en mi ropa sucia por el viaje. Su túnica estaba manchada de polvo y partida para montar. Calzaba botas de caballería, tan pequeñas que quizás las había tomado prestadas a un tamborilero. Estaba delgada, un cuerpo de bailarina, pero

también todos habíamos adelgazado. Llevaba la cintura ceñida por una cinta de seda que sujetaba una pequeña daga curva y una bolsa de cuero. Un odre de agua descansaba sobre la roca.

Vacilé, olvidados mis ensayos. Era como si se hubiera levantado de entre los muertos. Finalmente dije:

—Mandé hombres a preguntar. —Sonó como una disculpa, torpe y sin elocuencia; pero me sentía realmente avergonzado después de haberme ido volando en el globo sin ella—. Me dijeron que habías desaparecido.

—¿Tienes mi anillo?

Era una manera fría de empezar. Lo saqué, el rubí brillante. Ella me lo arrebató como un pájaro y se apresuró a deslizado en la bolsa que llevaba en el costado, como si quemara. «Todavía cree que está maldito», pensé.

—Lo utilizaré como ofrenda —dijo.

—¿A Isis?

—A todos ellos, incluido Thoth.

—Te creía muerta. Es como un milagro. Pareces un espíritu o un ángel.

—¿Tienes los querubines?

Su distancia resultaba desconcertante.

—¿Te encuentro después de luchar contra viento y marea y lo único que quieres son joyas?

—Nos hacen falta.

Me di cuenta de que se esforzaba por no mostrar emoción.

—¿Nos?

—Ethan, fui salvada por Alessandro.

Bueno, eso fue una puñalada en las costillas. Había estado aferrada a la cuerda colgada del globo, Silano la sujetó para que no pudiera subir, y finalmente ella había cortado la soga con mi tomahawk para que la aeronave se alejara del alcance de los mosqueteros. Yo no había podido izarla a la barquilla, ni deshacerme del noble hechicero que antes había sido su amante. ¿De modo que volvían a ser pareja? Si así era, que me aspen si lograba entender por qué habían mandado a buscarme. Si lo único que querían eran baratijas de oro, habría podido enviárselas por correo.

—Ese bastardo estuvo a punto de matarte. La única razón de que no escaparas es que él no te soltó.

Apartó la mirada hacia el valle, su voz sonó oscura.

—No recuerdo el impacto, sólo la caída. Lo último que recuerdo es tu cara, asomando por el borde de la barquilla. Fue lo más espantoso que he tenido que hacer en mi vida. Cuando corté la cuerda vi cien emociones en tus ojos.

—Horror, si mal no recuerdo.

—Miedo, vergüenza, arrepentimiento, anhelo, pena... y alivio.

Me disponía a protestar, pero en lugar de eso me sonrojé, porque era verdad.

—Cuando blandí ese tomahawk te liberé, Ethan, de la carga que había caído sobre ti: salvaguardar el *Libro de Tot*. Te libré de mí. Y sin embargo no te fuiste a América.

—No puedes cortar la cuerda que nos une con un hacha, Astiza.

Se volvió y me miró nuevamente, sus ojos intensos, su cuerpo tembloroso, y supe que hacía todo lo posible por no arrojarse a mis brazos. ¿Por qué vacilaba? Una vez más no entendí nada. Y tampoco podía tocarla, porque había un muro invisible de deber y arrepentimiento que antes debíamos derribar. No podíamos empezar como era debido porque teníamos demasiado que decir.

—Cuando desperté, había pasado un mes y estaba con Silano, atendida en secreto. Los sabios le habían asignado unas dependencias de estudio en El Cairo. A medida que su cadera rota iba mejorando siguió leyendo cada fragmento de escritura antigua que podían conseguirle. Reunió baúles y más baúles de libros. Incluso le vi hurgar entre manuscritos ennegrecidos que debían de proceder de la biblioteca quemada de Enoc. No había renunciado, ni por un instante. El sabía que no habíamos salido de la pirámide con nada útil, y sospechaba que habían llevado el libro a alguna otra parte. De modo que volví a alarme con él con el fin de utilizarlo para volver contigo. Confiaba en que aún estuvieras en Egipto, o en algún sitio cercano.

—Has dicho que esperabas que me marchara a América.

—Dudé, lo admito. Sabía que habrías podido escapar. Entonces oí rumorear que estaban haciendo indagaciones, y mi corazón se aceleró. Silano hizo que Bonaparte encarcelara al mensajero auténtico y mandase en su lugar a su hombre a Jerusalén para desalentarte. Pero no dio resultado. Y cuando el conde empezó a urdir un nuevo plan, y Najac partió para espiarte, me di cuenta de que el destino estaba conspirando para reunirnos a todos. Vamos a resolver este misterio, Ethan, y a encontrar el libro.

—¿Por qué? ¿Acaso no quieres sólo volver a enterrarlo?

—También puede emplearse para el bien. El antiguo Egipto fue en otro tiempo un paraíso de paz y aprendizaje. El mundo podría volver a ser así.

—Astiza, ya has visto nuestro mundo. ¿O la caída te ha despojado de todo el sentido común?

—En la cima que se levanta sobre nosotros hay una iglesia, ahora en ruinas. Marca el lugar donde pudo haberse sentado Moisés, contemplando su Tierra Prometida, sabiendo que pese a todo su sacrificio jamás podría entrar en ella. El antiguo dios de tu cultura era cruel. Este edificio data de la época bizantina. Hemos encontrado una tumba de un caballero templario, como los estudios de Silano lo llevaron a esperar, y en ese sepulcro huesos. Escondido dentro de un fémur había un mapa medieval.

—¿Rompisteis los huesos de un muerto?

—Silano encontró una mención de esta posibilidad mientras estudiaba en Constantinopla. Los templarios fugitivos vinieron aquí, Ethan, después de su aniquilación en Europa. Ocultaron algo que habían hallado en Jerusalén en una extraña ciudad que este mapa describe. Silano ha descubierto también algo más, algo que puede implicar electricidad y a tu Benjamin Franklin. Entonces nos enteramos de que habías sido ejecutado en Jafa, pero tu cuerpo no apareció. Desesperada, entregué el anillo a Monge, preguntándome si llegaría a toparse contigo. Y ahora...

—¿Has estado alguna vez enamorada de Alessandro Silano?

Vaciló sólo un momento antes de responder.

—No.

Me quedé allí, esperando algo más antes de atreverme a formular la siguiente pregunta, más lógica.

—No me siento orgullosa de eso —dijo ella—. El me quería. Todavía me ama. Los hombres se enamoran fácilmente, pero las mujeres deben tener cuidado. Fuimos amantes, pero me costaría trabajo quererle.

—Astiza, no me necesitabas aquí para traer dos ángeles dorados.

—¿Todavía me amas, Ethan, como dijiste a lo largo del Nilo?

Por supuesto que la quería. Pero también la temía. ¿Qué la había llamado el pobre Taima, una bruja? ¿Una hechicera? Temía el influjo que volvería a tener sobre mí cuando reconociera mi atracción. ¿Y la pobre Miriam, todavía asediada dentro de las murallas de Acre?

Pero nada de esto importaba. Todas las viejas emociones volvían a raudales.

—Te he amado desde el momento en que te saqué de los escombros en Alejandría —confirmé por fin precipitadamente—. Te amé cuando remontamos el Nilo en el *chebek*, te amé en la casa de Enoc y te amé incluso cuando pensé por un momento que me habías traicionado en el templo de Dendara. Y te amé cuando creí que estábamos perdidos dentro de la Gran Pirámide. Te amé lo suficiente como para aliarne con los malditos británicos con la sola esperanza de recuperarte, y te amé para volver a aliarne, según parece, con los malditos franceses. Amé incluso la ilusión de verte cuando me encontraba en ese valle de abajo, y toda la larga ascensión a esta montaña, aun sin tener la menor idea de qué te diría, qué aspecto tendrías o qué sentirías.

Estaba perdiendo toda la disciplina, ¿verdad? Las mujeres pueden despojar a un hombre del sentido común más rápido que el whisky de garrafón de los Apalaches. Y ahora, sin resuello y aferrándome a la esperanza, aguardé a que me matara con una palabra. Me había descubierto el pecho ante los mosqueteros. Me había inclinado bajo la hoja del verdugo.

Ella sonrió con tristeza.

—Costaría trabajo querer a Alessandro, pero no me resultó difícil enamorarme de ti.

Me tambaleé ligeramente, ebrio de gozo.

—Entonces vayámonos. Esta noche.

Sacudió la cabeza, los ojos húmedos.

—No, Ethan. Silano sabe demasiado. No podemos dejarlo solo en esta búsqueda. Debemos llevarla a cabo, y apoderarnos del libro cuando llegue el momento. Tenemos que cooperar con él, y luego traicionarlo. Ha sido mi destino desde que lo conocí en El Cairo, y el tuyo desde que ganaste el medallón en París. Todo ha estado conduciendo a la cima de este monte y a las montañas que hay detrás. Lo encontraremos y entonces huiremos.

—¿Qué montañas de detrás?

—La Ciudad de los Fantasmas.

—¿Qué?

—Es un lugar sagrado, un lugar mítico. Ningún europeo ha estado allí, creo, desde los templarios. Nuestro viaje no ha terminado.

Gemí.

—Por la codicia de Benedict Arnold.

—De modo que ahora tú y yo debemos estar distanciados, Ethan, para engañarlo. Debes mostrarte enfadado porque vuelvo a ser pareja de Alessandro, y viajaremos como ex amantes resentidos. Deben creernos enemigos hasta el final.

—¿Enemigos?

Y entonces giró y me abofeteó, con todas sus fuerzas.

Sonó como un disparo de rifle. Eché un vistazo atrás. Los demás nos miraban ladera abajo. Alessandro Silano, alto, su porte aristocrático, era el que nos observaba con mayor atención.

Silano no era el espadachín ágil que yo recordaba. Andaba cojeando, y el dolor había endurecido sus apuestas facciones, transformando su atractivo propio del dios Pan en un sátiro más siniestro de frustrada ambición. Iba más rígido por la lesión que había sufrido en la caída del globo, y ahora su mirada no tenía seducción, sólo objetivo. Había maldad en sus ojos, y una expresión dura en su boca. Hizo muecas cuando bajó por un camino de cabras desde la capilla bizantina en ruinas para acudir a nuestro encuentro, y no me ofreció la mano ni saludó. ¿Para qué? Éramos rivales, y aún me escocía la cara por la bofetada de Astiza. Sospeché que Monge u otros médicos le habían suministrado drogas para el dolor.

—¿Y bien? —preguntó Silano—. ¿Los tiene?

—No ha querido decirlo —informó ella—. No está convencido de que deba ayudarnos.

—¿Y lo convences abofeteándolo?

Ella se encogió de hombros.

—Tenemos ciertos antecedentes.

Silano se dirigió a mí.

—No parece que podamos escapar uno de otro, ¿eh, Gage?

—No me iba mal hasta que mandasteis a buscarme con el anillo de Astiza.

—Y habéis venido por ella, como hicisteis antes. Espero que aprenda a agradecerlo antes de que vos aprendáis a hartaros. No es una mujer fácil de querer, americano.

Le dirigió una mirada, sin saber más que yo hasta qué punto confiar en ella. Yo sabía que Astiza lo había rechazado. Eran aliados, no amantes. No resulta fácil vivir con alguien a quien no puedes tener, y Silano no era de los que llevaban bien la frustración. Todos íbamos a tener que vigilarnos.

—Me dijo que traeríais dos angelitos de metal que encontrasteis en la Gran Pirámide. ¿Lo habéis hecho?

Vacilé, sólo para hacerle sufrir. Y luego:

—Los he traído. Eso no significa que los usaré para ayudaros. —Quería comprobar cuan hostil era. Naturalmente, podía hacer que me mataran—. Se encuentran en un lugar seguro hasta que hayamos hablado. Dados nuestros antecedentes, ya me disculparéis si no confío enteramente en vos.

Inclinó la cabeza.

—Ni yo en vos, desde luego. Y sin embargo no hay necesidad de que los aliados sean amigos. De hecho, a veces es mejor que no lo sean: de ese modo hay más sinceridad, ¿no os parece? Venid, estoy seguro de que tenéis hambre. Comamos, y os contaré una historia. Luego podréis decidir si deseáis ayudarnos.

—¿Y si no lo hago?

—En tal caso podéis regresar a Acre. Y Astiza puede seguiros o quedarse, como prefiera. —Se puso a cojear camino arriba, y luego se volvió—. Pero sé qué decidiréis los dos.

Eché una ojeada a Astiza, buscando la confirmación de que despreciaba a ese hombre, ese diplomático, dulista, ilusionista, erudito e intrigante. Pero su mirada no era de desprecio sino de tristeza. Entendía hasta qué punto somos prisioneros del deseo y la frustración. Éramos soñadores en una pesadilla engendrada por nosotros mismos.

Subimos hasta la iglesia sin techo; la luz resaltaba sus escombros. Había pilas de tierra y hoyos de excavaciones. Astiza me mostró el sarcófago de piedra abierto donde al parecer habían sido encontrados los huesos del caballero templario, ocultos bajo el suelo.

—Silano encontró referencias a esta tumba en el Vaticano y en las bibliotecas de Constantinopla —explicó—. Este caballero era Michel de Troyes, quien escapó a las detenciones de los templarios en París y partió hacia Tierra Santa.

—Había una carta que decía que dejó sus huesos con Moisés —dijo Silano— y enterró el secreto con él. Nos llevó algún tiempo comprender que esa referencia significaba que el lugar tenía que ser el monte Nebo, aun cuando la tumba de Moisés no se haya descubierto jamás. Yo esperaba encontrar el documento sin más en el sepulcro del caballero, pero no fue así.

—Golpeaste los huesos impacientado —dijo Astiza.

—Sí. —El conde reconoció su emoción a regañadientes—. Y una grieta en su fémur reveló un indicio de oro. Había insertado un tubo delgado (debieron de cortarle la pierna y vaciar el hueso después de su muerte) y dentro del tubo había un mapa medieval, con nombres en latín. Señala el siguiente paso. Fue entonces cuando mandamos a buscarlos.

—¿Porqué?

—Porque sois un hombre de Franklin. Un electricista.

—¿Electricidad?

—Es la clave. Os lo explicaré después de cenar.

Para entonces éramos veinte: los hombres de Najac, mi trío y Silano, Astiza y varios guardaespaldas con los que viajaba el conde. Había caído la noche. Sus sirvientes encendieron una fogata en un rincón de los muros en ruinas de la iglesia y luego dejaron solos a los principales miembros de la expedición. Najac se sentó con nosotros, para mi disgusto, por lo que insistí en que Ned y Mohamed nos acompañaran. Astiza se arrodilló recatadamente, algo nada propio de su carácter, y Silano ocupó el centro. Nos sentamos en la arena amontonada sobre antiguos mosaicos de escenas de caza romanas; animales retrocediendo ante las lanzas arrojadas por nobles en un bosque.

—Bien, por fin estamos todos juntos —empezó Silano, el calor del fuego resguardándonos del frío cielo del desierto. Las chispas ascendían para ir a mezclarse con las estrellas—. ¿Es posible que Thoth se propusiera forjar uniones como ésta, para resolver los acertijos que nos dejó? ¿Hemos estado siguiendo sin darnos cuenta los designios de los dioses todo el trayecto?

—Yo creo en un solo Dios verdadero —murmuró Mohamed.

—Sí —dijo Ned—, aunque has elegido al equivocado, amigo. No te ofendas.

—Como yo creo en Uno —dijo Silano—; y todas las cosas, y todos los seres, y todas las creencias, son manifestaciones de su misterio. Hemos seguido mil sendas en las bibliotecas, monasterios y tumbas del mundo, y todas llevan hacia el mismo centro. Ese centro es lo que buscamos, mis reacios aliados.

—¿Qué centro, amo? —instó Najac, como el perro adiestrado que era.

Silano cogió un grano de arena.

—¿Y si dijera que esto es el universo?

—Os diría que lo cogierais y nos dejarais el resto —sugirió Ned.

El conde esbozó una sonrisa, lanzó el grano hacia arriba y lo cogió.

—¿Y si dijera que el mundo que nos rodea es sutil, tan insustancial como los espacios entre una tela de araña, y lo único que mantiene la ilusión son energías misteriosas que no entendemos... que esa energía tal vez no es más que pensamiento? ¿O... electricidad?

—Yo diría que el Nilo contra el que chocasteis no era una telaraña, sino en realidad lo bastante sustancial como para que os rompierais la cadera —repliqué.

—Una ilusión tras otra. Eso es lo que algunas de las escrituras sagradas sostienen, todas inspiradas por Thoth.

—¿El oro es sólo una tela de araña? ¿El poder no se apodera más que de aire?

—Oh, no. Mientras nos encontramos dentro de un sueño, el sueño es nuestra realidad. Pero aquí radica el secreto. Supongamos que las cosas más sólidas, las piedras de esta iglesia, son matrices de casi nada. Que el rodar de una piedra o la caída de una estrella es una simple regla matemática. Que un edificio puede abarcar lo divino, una forma puede ser sagrada, y una mente puede percibir energías invisibles. ¿Qué será de los seres que se den cuenta de ello? Si las montañas son simples telarañas, ¿no podrían moverse? Si los mares son el vapor más tenue, ¿no podrían separarse? ¿Podría el Nilo tornarse sangre, o una plaga de ranas? ¿Cuánto cuesta derribar las murallas de Jericó, si no son más que celosías? ¿Qué dificultad hay en convertir plomo en oro si ambos, básicamente, son polvo?

—Estáis loco —dijo Mohamed—. Eso es palabrería de Satanás.

—No. ¡Soy un erudito! —Ahora se puso en pie; Najac le prestó una mano que él apartó tan pronto como pudo—. Vos me negasteis este título una vez, en un banquete en presencia de Napoleón, Ethan Gage. Insultasteis mi reputación para hacerme parecer mezquino. —Me sonrojé a mi pesar. Aquel hombre no olvidaba nada—. Sin embargo he investigado estos misterios durante veinte años. Llegué a El Cairo cuando la ciudad aún era esclava de los mamelucos, y exploré misterios remotos mientras vos malgastabais vuestra vida. Seguí la senda de los antiguos mientras vos enganchabais vuestro oportunismo a los franceses. He tratado de comprender las enigmáticas pistas que nos dejaron, mientras los demás luchabais en el fango. —Tampoco había perdido el alto concepto que tenía de sí mismo—. Y ahora comprendo lo que andamos buscando, y lo que debemos utilizar para encontrarlo. ¡Tenemos que capturar el rayo!

—¿Capturar qué? —preguntó Ned con recelo.

—Gage, tengo entendido que habéis conseguido usar la electricidad como arma contra las tropas de Bonaparte.

—La guerra me obligó a ello.

—Creo que vamos a necesitar los conocimientos de Franklin cuando nos acerquemos al *Libro de Tot*. ¿Sois lo bastante electricista?

—Soy un hombre de ciencia, pero no entiendo ni media palabra de lo que estáis diciendo.

—Es por eso que necesitamos los querubines, Ethan —intervino Astiza, más bajito—. Creemos que de algún modo indicarán un último escondrijo que los caballeros templarios usaron después de la aniquilación de su orden. Trajeron lo que habían encontrado debajo de Jerusalén al desierto y lo ocultaron en la Ciudad de los Fantasmas. Los documentos son enigmáticos, pero Alessandro y yo creemos que también Thoth sabía de electricidad, y que los templarios lo impusieron como prueba para encontrar el libro. Debemos atraer el rayo como hizo Franklin.

—En ese caso estoy de acuerdo con Mohamed. Los dos estáis locos.

—En las cámaras subterráneas de Jerusalén—dijo Silano— encontrasteis un suelo curioso, con un rayo dibujado. Y una extraña puerta. ¿No es así?

—¿Cómo sabéis eso?

Estaba seguro de que Najac no había penetrado en las estancias que habíamos explorado, y no había visto la puerta decorada de forma extraña de Miriam.

—He estado estudiando, como dijisteis. Y en esa puerta templaria visteis un dibujo judío, ¿no es cierto? ¿Los diez *sefirot* de la cabala?

—¿Qué tiene eso que ver con el rayo?

—Mirad.

Inclinándose sobre la arena del suelo junto a la hoguera, trazó dos círculos unidos por los bordes.

—Todas las cosas son duales —murmuró Astiza.

—Y sin embargo unidas —dijo el conde. Dibujó otro círculo, del mismo tamaño que los dos primeros, superpuesto a ambos. Luego círculos sobre esos círculos, más y más, haciendo el dibujo más intrincado—. Los profetas conocían esto —dijo—. Quizá también Jesús. Los templarios lo reprendieron. —Entonces, allí donde se cortaban los círculos, empezó a trazar líneas que formaban dibujos: una estrella de cinco puntas y otra de seis—. Una es egipcia y la otra judía —anunció—. Ambas igualmente sagradas. Vos usáis la estrella egipcia en la nueva bandera de vuestra nación. ¿No creéis que era ésta la intención de los francmasones que contribuyeron a fundar vuestro país?

Y por último, en los intersticios, inscribió diez puntos, que formaban la misma pauta peculiar que habíamos visto en la sala templaria debajo del Monte del Templo. Los *sefirot*, los había llamado Haim Farhi. Una vez más, todo el mundo parecía hablar lenguas antiguas que yo no conocía, y hallar significado en lo que yo habría supuesto simple decoración.

—¿Lo reconocéis? —preguntó Silano.

—¿Qué importa eso? —dije con cautela.

—Los templarios trazaron otra pauta a partir de este dibujo —explicó. De un punto a otro, trazó una línea zigzagueante y superpuesta—. Aquí tenéis. Un rayo. Espeluznante, ¿verdad?

—Tal vez.

—Tal vez, no. Sus pistas nos dicen que utilicemos el cielo si queremos averiguar dónde está el libro. El símbolo del rayo aparece en el mapa que encontramos aquí, y luego está el poema.

—¿Poema?

—Pareado. Es bastante elocuente.

Y recitó:

*Aether cum radiis fulgore relucet
Ángelus et pinnis indicat ore Dei,
Cum región deserta bibens ex márice torto
Siccatis labris árida sorbet aquas
Tum demum partem quandam lux clara revelat
Quae prius ignota est nec repute ubi
Opperiens cunctatur eum dea candida Veri
Floribus insanum quifurit atque fide.*

—Para mí eso es chino, Silano.

—Latín. ¿No os enseñan los clásicos en la frontera, monsieur Gage?

—En la frontera, los clásicos sirven para encender el fuego. —La traducción de este documento, que encontré en mis viajes, explica por qué estaba impaciente por volver a veros:

*Cuando el cielo resplandece con el relámpago de los rayos del sol
Y con sus plumas el ángel señala por orden de Dios.
Cuando el desierto, bebiendo de la enroscada concha de caracol,
Absorbe con avidez agua con labios resecos,
Entonces por fin la luz clara revela cierta parte
Que antes era tanto desconocida como ignota en tu juicio,
Verdad persistente y divina te aguarda,
El loco por la flor, que confía también en la fe.*

¿Qué diablos significaba aquello? El mundo se ahorraría mucha confusión si todo el mundo se limitase a decir las cosas claras, pero no parece que lo tengamos por costumbre, ¿verdad? Y no obstante había algo en esa redacción que despertaba un

recuerdo, un recuerdo que no había compartido nunca con Astiza ni Silano. Experimenté un escalofrío al caer en la cuenta.

— Debemos ir a un lugar especial dentro de la Ciudad de los Fantasmas — dijo Silano — e invocar las llamas de la tormenta, el rayo, como vuestro mentor Franklin hizo en Filadelfia. Atraerlo hacia los querubines, y ver qué parte señalan.

— ¿La parte de qué?

— De un edificio o una cueva. Se hará patente si esto funciona.

— ¿El desierto bebe de una concha de caracol?

— De la lluvia de la tormenta. Una alusión a una vasija de beber sagrada, sospecho.

«U otra cosa», me dije a mí mismo.

— ¿Y la flor y la fe?

— Mi teoría es que se trata de una referencia a los propios templarios y a la orden de la Rosa y la Cruz, o de los rosacrucianos. Las teorías sobre el origen de la Rosacruz difieren, pero una sostiene que el sabio alejandrino Ormus fue convertido al cristianismo por el discípulo Marcos en el año 46 D.C. y fusionó sus enseñanzas con las del antiguo Egipto, para dar lugar a un credo gnóstico, o fe en el conocimiento. — Me miró fijamente para cerciorarse de que establecía la relación con el *Libro de Tot* —. Los movimientos aparecen y desaparecen de la historia, pero el símbolo de la cruz y la rosa es muy antiguo, simbolizando muerte y vida, o desesperación y esperanza. La resurrección, si queréis.

— Y hombre y mujer — añadió Astiza —, la cruz fálica y la flor yónica.

— Flor y fe simbolizan el carácter exigido a aquellos que descubrirían el secreto — dijo Silano.

— ¿Una mujer?

— Quizá, lo cual es una razón de que nos acompañe una mujer.

Decidí callarme mis sospechas.

— ¿Así que queréis atraer un rayo a mis querubines y ver qué ocurre?

— En el lugar prescrito por los documentos que hemos encontrado, sí.

Reflexioné:

— Estáis hablando de un pararrayos, o más bien dos, puesto que tenemos dos querubines. Necesitamos metal para hacer bajar la energía al suelo, creo.

— Lo cual explica que los palos de nuestras tiendas sean de metal, para fijar a ellos vuestros ángeles. Lo he estado planeando durante meses. Vos necesitáis nuestra ayuda para encontrar la ciudad, y nosotros necesitamos la vuestra para encontrar el escondrijo dentro de ella.

— ¿Y luego qué? ¿Cortamos el libro por la mitad?

—No —contestó Silano—. No necesitamos a Salomón para resolver nuestra rivalidad. Lo usaremos juntos, para el bien de la humanidad, como hicieron los antiguos.

—¡Juntos!

—¿Por qué no, cuando tenemos el poder de hacer un bien ilimitado? Si la verdadera forma del mundo es una telaraña, puede hacerse girar y cambiar. Esto es lo que, según parece, ese libro nos dice cómo hacer. Y cuando todas las cosas son posibles, se pueden mudar las piedras, alargar las vidas, reconciliar a los enemigos y sanar las heridas. —Sus ojos brillaron.

Miré su cadera.

—Rejuvenecer.

—Exacto, y al frente de un mundo finalmente gobernado por la razón.

—¿La razón de Bonaparte?

Silano miró de soslayo a Najac.

—Soy leal al gobierno que me nombró. Y sin embargo políticos y generales sólo entienden eso. Son los eruditos los que regirán el futuro, Ethan. El mundo antiguo fue el juguete de príncipes y sacerdotes. El nuevo será la responsabilidad de los científicos. Cuando se unan la razón y lo oculto, comenzará una edad de oro. Los sacerdotes desempeñaron esta misión en Egipto. Nosotros seremos los sacerdotes del futuro.

—¡Pero estamos en bandos opuestos!

—No, no lo estamos. Todas las cosas son duales. Y estamos vinculados por Astiza.

—Su sonrisa pretendía ser seductora.

Qué trinidad tan impía. No obstante, ¿cómo podía conseguir nada sin participar del juego? La miré. Estaba sentada al lado de Silano, no de mí.

—Ni siquiera me ha perdonado —mentí.

—Lo haré si nos ayudas, Ethan —replicó ella—. Necesitamos que hagas bajar el fuego desde el cielo. Necesitamos que utilices las nubes, como tu Benjamín Franklin.

La entrada a la Ciudad de los Fantasmas era una hendidura de un cañón de arenisca, estrecha y rosada como una virgen. El sinuoso pasadizo no era más ancho que una habitación en su base, el cielo una lejana línea azul en lo alto. Las paredes se levantaban a doscientos metros de altura, a veces inclinándose hacia dentro como un techo, como una grieta que se cierra en un terremoto. El abrazo resultaba inquietante mientras bajábamos con mochilas por su suelo sombreado. Pero si la roca puede ser voluptuosa, aquella barbacana rosa y azul era un serrallo de carne ondulada, esculpida por el agua en mil formas sensuales tan placenteras a los ojos como la favorita de un sultán. La mayor parte de ella estaba dividida en capas de coral, gris, blanco y lavanda. Acá la roca goteaba como sirope congelado, allá desprendía vapor como la escarcha, y en otro sitio era una cortina de encaje. El *wadi* de arena y piedra formaba una tosca carretera que descendía hacia nuestro destino, como una calzada hacia un infierno en el sueño de un sátiro. Y, cuando miré con detenimiento, vi que la naturaleza no era el único escultor en aquel lugar. Aquella había sido una entrada para caravanas, y se había excavado un canal en la pared del desfiladero, su mancha oscura poniendo de manifiesto que había sido un acueducto para la antigua ciudad. Pasamos debajo de un desgastado arco romano que señalaba el acceso de arriba del cañón y anduvimos en silencio, admirados, junto a nichos en sus paredes que contenían dioses e inscripciones geométricas. Camellos de arenisca, el doble del tamaño real, deambulaban con nosotros como bajorrelieves en los muros de roca. Era como si los muertos se hubiesen convertido en piedra, y cuando doblamos la última esquina del cañón este efecto espectral se intensificó. Nos quedamos boquiabiertos.

—Contemplad —entonó Silano—. ¡He aquí lo que es posible cuando los hombres sueñan!

Sí, allí tenía que residir el libro.

Habíamos estado viajando hasta ese lugar varios días desde Nebo. Nuestro grupo había seguido las tierras altas jordanas, rodeando verdes pastos en el altiplano y pasando junto a las siniestras ruinas de castillos cruzados, tan abandonados como los templarios. De vez en cuando bajábamos a desfiladeros profundos y calurosos entre montañas que se abrían en un desierto de arena amarilla al oeste. Arroyos minúsculos eran engullidos por la sequedad. Luego subimos a la otra vertiente y continuamos hacia el sur, los halcones girando en las secas corrientes térmicas y los beduinos ahuyentando a sus cabras hacia *wadis* laterales, observando en silencio desde una distancia prudencial hasta que habíamos pasado. El asedio en Acre parecía un mundo aparte.

Mientras avanzábamos dispuse de mucho tiempo para pensar en la pista latina de Silano. La parte sobre los ángeles señalando parecía hasta cierto punto plausible, aunque se me escapaba qué fuerzas había en juego. Pero aquello que había estimulado mi memoria eran las palabras «concha de caracol» y «flor». La misma imaginería había sido utilizada por el sabio francés, y amigo mío, Edme François Jomard cuando escalamos la Gran Pirámide. Había dicho que las dimensiones de la

pirámide cifraban un «número áureo» o proporción—1,618, si mal no recordaba—, que era a su vez una representación geométrica de una progresión de números llamada secuencia de Fibonacci. Esta progresión matemática podía representarse con una serie interrelacionada de cuadrados siempre crecientes, y un arco a través de los cuadrados generaba el tipo de espiral que se aprecia en una concha de nautilo, o, como dijo Jomard, en la disposición de los pétalos de las flores. Mi compañero Taima había creído que el joven matemático estaba medio loco, pero yo me sentí intrigado. ¿Representaba realmente la pirámide alguna verdad fundamental sobre la naturaleza? ¿Y qué relación tenía, si es que guardaba alguna, con el lugar al que nos dirigíamos ahora?

Intenté pensar como Monge y Jomard, los matemáticos. «Entonces por fin la luz clara revela cierta parte que antes era tanto desconocida como ignota en tu juicio», habían escrito los templarios. Esto parecía absurdo, y sin embargo me dio una idea descabellada. ¿Tenía una pista que me permitiría birlar a Silano el *Libro de Tot* delante de sus narices?

Acampábamos en los lugares más defendibles que podíamos encontrar, y un atardecer subimos a un altozano para pasar la noche en los vestigios de caliza de un castillo cruzado, con golondrinas girando alrededor de sus torres destrozadas. Las ruinas amarilleaban a la luz del sol poniente, los hierbajos crecían en las grietas entre las piedras. Atravesamos un prado de flores silvestres que se mecían en el viento primaveral. Era como si asintieran ante mi suposición. «Fibonacci», susurraban.

Cuando nos congregamos en la puerta medio hundida para conducir nuestros caballos al patio abandonado, me las arreglé para susurrar unas palabras al oído de Astiza.

—Reúnete conmigo bajo la luna, en las almenas, lo más lejos posible de donde durmamos —murmuré.

Asintió con la cabeza de un modo casi imperceptible y después, fingiéndose irritada, instó a su caballo a pasar delante del mío para cortar el paso a mi montura. Sí, para los demás éramos ex amantes resentidos.

Nuestro trío había tomado por costumbre dormir algo apartado de la banda de asesinos de Najac, y cuando Ned estuvo sumido en sus potentes ronquidos me alejé sigilosamente y aguardé en las tinieblas. Ella vino como un fantasma, envuelta en ropa blanca y luminosa en la noche. Me levanté y la icé a una garita de centinela fuera de la vista de todos los demás, la lechosa luz de la luna cayendo a través de la aspillera. La besé por primera vez desde nuestro reencuentro, sus labios helados por el frío, sus dedos entrelazados con los míos para controlar mis manos.

—No tenemos tiempo —susurró—. Najac está despierto y cree que he ido a orinar. Estará contando los minutos.

—Deja que ese bastardo cuente.

Traté de abrazarla.

—¡Ethan, si vamos demasiado lejos se estropeará todo!

—Si no lo hacemos reventaré.

—No. —Me apartó de un empujón—. ¡Paciencia! ¡Ya estamos cerca!

Maldita sea, había resultado difícil mantener la estabilidad desde mi partida de París. Demasiado ejercicio y demasiado pocas mujeres. Respiré hondo.

—Está bien, escucha. Si el truco del rayo funciona de verdad, tienes que ayudarme a separarme de Silano. Necesito tiempo para probar algo por mi cuenta, y luego debemos encontrarnos más adelante.

—Sabes algo que no nos has dicho, ¿verdad?

—Tal vez. Es un juego.

—Y tú eres un jugador. —Reflexionó—. Después de utilizar el rayo, dile que canjeeas tu parte del libro por mí. Entonces yo fingiré traicionarte y me iré con él. Te abandonaremos. Fíngete frustrado.

—Eso no resultará difícil. ¿Puedo confiar en ti?

Sonrió.

—La confianza tiene que venir de dentro.

Y dicho esto se escabulló. Durante el tiempo restante cuidamos de mostrarnos muy enojadizos. Yo esperaba que fuese realmente una treta.

Seguimos los antiguos caminos de las caravanas y temí la presencia de patrullas otomanas, pero era como si el choque en el monte Tabor hubiese hecho desaparecer temporalmente a las fuerzas turcas. El mundo parecía vacío, primitivo. En una ocasión fuimos seguidos por miembros de tribus indígenas, unos hombrecillos duros a lomos de camellos, pero nuestro grupo parecía duro también, y más pobre que las ratas, apenas digno de ser robado. Najac partió con sus matones a hablar con ellos, y se esfumaron.

Para cuando llegamos a la ciudad de los mapas templarios, no nos seguía ni un alma.

Giramos al oeste y bajamos desde el borde de la meseta central hacia el lejano desierto. Sin embargo, entre nosotros y aquel baldío se levantaba la formación geológica más extraña que había visto nunca. Había una cadena de montañas de aspecto lunar, dentadas e inhóspitas, y delante de ellas un forúnculo de arenisca marrón, aterronado y redondeado. Se asemejaba a un caldo petrificado de burbujas marrones, o a un pan muy aumentado. No parecía haber ningún modo de entrar o rodear aquella curiosa formación, pero cuando nos acercamos vi en ella cuevas, como un monstruo de cien ojos aquejado de viruela. Me fijé en que la arenisca estaba salpicada de grutas. Comenzaron a aparecer pilares y escalones tallados en los afloramientos. Acampamos en un *wadi* seco, las estrellas brillantes y frías.

Silano dijo que los senderos que pisaríamos a la mañana siguiente eran demasiado estrechos y escarpados para los caballos, de modo que cuando el cielo clareó los dejamos estacados a la entrada del cañón con algunos de los árabes de Najac de guardia. Observé que los animales estaban extrañamente nerviosos, relinchando y

piafando, y se asustaban de un carro que había aparecido en el límite de nuestro campamento en algún momento de la noche. Era cuadrado y estaba cubierto de lona alquitranada, y Silano dijo que entre sus provisiones había carne que ponía nerviosos a los caballos. Quise investigar, pero entonces el sol matutino iluminó la escarpa y resaltó su desfiladero, semejante a una grieta, y el acogedor arco romano. Entramos a pie y a los pocos metros ya no pudimos ver nada del mundo que habíamos dejado atrás. Todos los sonidos se extinguieron, salvo el rumor de nuestros pies mientras bajábamos por el *wadi*.

—Las tormentas han arrastrado piedras sobre lo que fue una antigua carretera —dijo Silano—. En esta época del año se registran las inundaciones repentina más frecuentes, después de rayos y truenos. Los templarios lo sabían, y lo aprovecharon. Nosotros también lo haremos.

Y entonces, como he descrito, llegamos al cabo de un kilómetro y medio a la otra punta del cañón y nos quedamos boquiabiertos. Delante se abría otro desfiladero, perpendicular al primero e igual de imponente, pero no es esto lo que nos asombró. En la pared de enfrente se hallaba el monumento más inesperado que he visto jamás, la primera cosa que se equipararía en esplendor con la inmensidad de las pirámides. Era un templo tallado en roca viva.

Imaginaos un risco de centenares de metros de altura, rosado como las mejillas de una doncella, y no sobre él, sino en su interior, un edificio pagano decorado con columnas, frontones y cúpulas alzándose más altas que la aguja de una iglesia de Filadelfia. Águilas esculpidas del tamaño de búfalos se agazapaban en sus cornisas superiores, y los nichos entre sus columnas albergaban figuras de piedra con alas de ángel. Pero lo que me llamó la atención no fueron esos querubines o demonios, sino la figura central emplazada sobre la oscura puerta del templo. Era una mujer, con los pechos descubiertos y erosionados, las caderas envueltas en pliegues romanos de tela pétreas, y la cabeza erguida y alerta. Ya había visto esa forma antes en los recintos sagrados del antiguo Egipto. Rodeaba con un brazo un cuerno de la abundancia, y tenía sobre la cabeza los restos de una corona hecha con un disco solar entre unos cuernos de toro. Me estremecí ante la reaparición de una diosa que me había obsesionado desde París, donde los romanos habían erigido un templo a esta misma divinidad en lo que ahora son los cimientos de Notre-Dame.

—¡Isis! —exclamó Astiza—. ¡Es una estrella, que nos guía hacia el libro!

Silano sonrió.

—Los árabes llaman a esto el Khazne, el Tesoro, porque sus leyendas afirman que es aquí donde el faraón ocultó sus riquezas.

—¿Queréis decir que el libro está ahí dentro? —pregunté.

—No. Las estancias son poco profundas y están vacías. Se halla en algún lugar cercano.

Nos dirigimos hacia la entrada del Khazne, chapoteando a través de un riachuelo que discurría por el centro de esta nueva sima. El cañón se alejaba serpenteando a nuestra derecha. Una gran escalinata conducía a la oscura entrada con columnas.

Nos detuvimos un momento en el frescor del pórtico del templo, contemplando la roca rojiza, y luego accedimos al vestíbulo.

Como había dicho Silano, estaba lamentablemente vacío, tan monótono como la cámara que contenía los sarcófagos vacíos de la Gran Pirámide. El risco había sido excavado para formar unos aposentos interiores rectos, de formas cuadradas. Unos minutos de inspección confirmaron que no había puertas ocultas. Era sencillo como un almacén vacío.

—A menos que este lugar tenga algún truco, como sus dimensiones matemáticas, aquí no hay nada —dije—. ¿Para qué sirve?

Parecía demasiado grande para vivir en él, pero no lo bastante amplio y luminoso para ser un templo.

Silano se encogió de hombros.

—Eso no importa. Tenemos que encontrar el Lugar del Alto Sacrificio. Si hay algo que podemos confirmar al respecto, es que no será alto.

—Pero sí glorioso —murmuró Astiza.

—Ilusión, como todo lo demás —replicó el conde—. Sólo la mente es real. Por eso la crueldad no es pecado.

Regresamos afuera, el cañón mitad iluminado por el sol, mitad a la sombra. El día se estaba nublando.

—Tenemos suerte —observó Silano—. El aire es denso y huele a tormenta. No tendremos que esperar, pero debemos actuar antes de que estalle la tempestad.

Este nuevo desfiladero se iba ensanchando poco a poco a medida que lo seguíamos, ofreciéndonos vislumbres aún mejores del laberinto de montañas en el que habíamos entrado. La roca se elevaba hacia el cielo como bizcochos de varias capas, barras de pan redondeadas y castillos pastosos. Las adelfas florecían para reflejar la extraña roca. Por todas partes las paredes del risco aparecían agujereadas por cuevas, pero no eran naturales. Presentaban la forma rectangular de puertas artificiales, indicando que alguien las había excavado. No era una ciudad construida sobre la tierra, sino dentro de ella. Pasamos por un espléndido teatro romano semicircular, sus gradas también talladas en la piedra del risco, y por último dejamos atrás una amplia cuenca rodeada de montañas abruptas, como un inmenso patio cerrado por paredes. Era un escondrijo perfecto para una ciudad, sólo accesible a través de cañones angostos y fáciles de defender. No obstante había espacio suficiente para contener a una población como Boston. De la tierra surgían columnas que ya no sostenían nada. Templos sin techo se levantaban entre los escombros.

—Por la gracia de Isis —murmuró Astiza—. ¿Quién soñó esto?

Una pared del risco ofrecía un espectáculo que rivalizaba con el Khazne que acabábamos de ver. Esculpida en ella se encontraba la fachada de una ciudad fabulosa, un derroche de escalinatas, columnas, frontones; plataformas, ventanas y

puertas, que conducían a una colmena de aposentos en el interior. Empecé a contar las entradas y me rendí. Había cientos. No, miles.

—Este lugar es inmenso —dije—. ¿Vamos a encontrar un libro ahí dentro? Hace que las pirámides parezcan un buzón.

—Vos lo encontraréis. Vos y vuestros querubines. —Silano había sacado su mapa templario y lo estaba estudiando. Entonces señaló—. Desde allá arriba.

A nuestra espalda, una montaña que se levantaba sobre el antiguo teatro estaba cortada en forma de almenas, pero su cima parecía plana. Unas veredas de cabras trepaban por ella.

—¿Allá arriba? ¿Dónde?

—En el Lugar Alto del Sacrificio.

Se había construido un estrecho sendero con toscos escalones tallados en la arenisca. Hacía bochorno y sudábamos, pero a medida que íbamos subiendo la vista se ensanchaba, y se hicieron visibles más y más riscos horadados por puertas y ventanas. No se veía gente por ningún lado. La ciudad abandonada estaba en silencio, sin lamentos de fantasmas. La luz se teñía de morado.

En la cima salimos a una meseta llana de arenisca con una vista magnífica. Abajo, muy lejos, se hallaba la cuenca grisácea de muros en ruinas y columnas desmoronadas, cercada por riscos. Más allá se extendían más montañas dentadas sin una pizca de vegetación, tan desnudas como un esqueleto. El sol descendía hacia unos nubarrones amenazadores que corrían hacia nosotros como buques de guerra negros. Soplaba una brisa caliente y húmeda que levantaba columnas de polvo y las hacía girar como peonzas. La cornisa de roca había sido aplanada con precisión por cinceles antiguos. En el centro había grabado un rectángulo del tamaño de un salón de baile, como un estanque muy poco profundo y seco. Silano consultó una brújula.

—Está orientado al norte y al sur, en efecto —confirmó como si ya lo esperara.

Al oeste, de donde venía la tormenta, cuatro escalones conducían a una plataforma elevada que se asemejaba a una especie de altar. En ella había una pila redonda con un canal.

—Para la sangre —nos explicó el conde. Su capa se agitaba al viento.

—No veo ningún sitio donde esconder un libro —dije yo.

Silano señaló la ciudad que se extendía muy abajo, diez mil agujeros horadando la arenisca como un panal de locos.

—Y yo veo infinidad. Ha llegado la hora de usar vuestros querubines, Ethan Gage. Están hechos de un metal más santo que el oro.

—¿Qué metal?

—Los egipcios lo llamaban Raezhri. Lágrimas del Sol. El dedo de Dios lo tocará, y entonces nos indicará adonde tenemos que ir. ¿Qué necesitamos para atraer el dedo de Thoth? ¿Cómo puede darnos una señal la esencia del universo?

Estaba loco de atar, pero también lo estaba el viejo Ben, supongo, cuando se propuso hacer volar una cometa en una tempestad. Los sabios son un atajo de chiflados.

—Esperad. ¿Qué ocurrirá cuando recuperemos el libro?

—Lo estudiaremos —contestó Silano secamente.

—Ni siquiera sabemos si podremos leerlo —agregó Astiza.

—Me refiero a quién se lo quedará —insistí—. Alguien tiene que custodiarlo. Parece que mis querubines son la herramienta crítica, y mi habilidad para fijarlos la clave. Y en realidad no estoy en el bando francés ni en el británico. Soy neutral. Deberíais confiármelo a mí.

—No habrías podido encontrar solo este lugar ni en mil años —gruñó Najac—, ni haceros cargo de la lista de la compra.

—Y vos no podríais encontrarlos la oreja derecha ni aunque llevaseis una cuerda atada desde ella hasta los testículos —repliqué irritado.

—Monsieur Gage, no hay duda de que la situación está clara —dijo Silano con impaciencia—. Vos os asociáis conmigo, os unís al Rito Egipcio, y con una parte de poder.

—¿Asociarme con un hombre que en Egipto me mandó la cabeza de mi amigo en una vasija?

Suspiró.

—O bien puedo dejaros sin nada.

—¿Y qué os legitima para ser su propietario? —Tenía que representar mi papel.

Miró a su alrededor, divertido.

—Bueno, todas las armas, la mayor parte de las provisiones y la única esperanza de descifrar lo que estamos a punto de encontrar. —Los hombres de Najac levantaron los cañones de sus armas. Me molestó especialmente tener que mirar la boca del cañón de mi propio rifle, en las sucias manos de Najac—. La verdad, no sé qué vio Franklin en vos, Ethan. Os cuesta trabajo comprender lo que es obvio.

Señalé la concentración de nubes.

—No dará resultado sin mí, Silano.

—No seáis estúpido. Si no cooperáis, nadie dará con el libro y no tendréis nada. Además, sentís tanta curiosidad como yo.

Miré a Astiza.

—Hagamos un trato, entonces. Yo os ayudo a fijar los querubines. Si funciona, vos os quedáis con el libro. Tomadlo, y acabemos de una vez.

—¡Patrón! —gritó Ned.

—Pero a cambio quiero a Astiza.

—No es mía para entregárosla, monsieur.

—Quiero que nos dejéis marchar, sin causar daño ni intromisión.

El conde la miró de soslayo. Ella evitaba los ojos de ambos.

—¿Y me ayudaréis si accedo?

Asentí.

—Más vale que nos demos prisa.

—Pero la decisión es suya, no mía —advirtió él.

El rostro de Astiza era una máscara.

—Su decisión —confirmé con confianza—. No vuestra. Es lo único que pido.

—De acuerdo. —Sonrió; su sonrisa era tan fría como una trampa de castores en un riachuelo canadiense—. Ahora ayudadnos a prepararlo.

Respiré hondo. ¿Podía confiar en ella? ¿Daría resultado aquello? Lo estaba apostando todo a un acertijo en latín. Pesqué mis recuerdos de la pirámide dentro de mi ropa y vi brillar los ojos del hechicero al cogerlos.

—Utilizad los cierres que los fijaban a la vara de Moisés para montarlos en la punta de vuestros palos metálicos —indiqué—. Vamos a hacer un pararrayos de Franklin.

Me había fijado en dos agujeros abiertos en la parte superior de la meseta aplanada, y Silano confirmó que se mencionaban en los documentos templarios, así que los introducimos allí. Pero no había conexión entre ellos.

Examiné la planicie. Vi unas estrías en la roca de arenisca que formaban una estrella de seis puntas. Los palos se encontraban en puntas opuestas.

—Necesitamos una conexión entre los palos —dije—. Flejes, para conducir la electricidad. ¿Tenéis alguno?

Desde luego que no. ¡Eso valían las investigaciones de Silano! Estaba oscureciendo; los truenos retumbaban mientras las nubes se hinchaban y crecían. Remolinos de polvo volaban a ras de suelo en el valle de abajo, zigzagueando e inclinándose como borrachos.

—No veo para qué servirán las barras si están aisladas —advertí.

—Los templarios dijeron que esto funcionará. Mis estudios son infalibles.

Aquel hombre tenía un ego comparable al de Aaron Burr. Así pues, pensé en algo que pudiera sustituir los flejes, porque mis enemigos tenían razón: sentía más curiosidad que nadie.

—Najac, haced algo más que mirar con ceño —sugerí por fin—. Usad vuestro odre de agua para llenar estas estrías de agua, y añadid un poco de sal.

—¿Agua?

—Ben dijo que puede ayudar a conducir la electricidad.

El agua llenó los canalillos hasta que la estrella resplandeció en la luz densa, de un morado verdoso. El sol fue engullido y la temperatura descendió. Me escocía la piel. Más truenos, y pude ver los primeros zarcillos de lluvia cayendo en espiral como plumas, evaporándose antes de tocar el suelo. Los rayos hendían el cielo del oeste. Retrocedí hasta el borde de la meseta. Ned y Mohamed me siguieron, pero nadie más parecía asustado. Incluso Astiza aguardaba con expectación, con el pelo arremolinándosele y los ojos puestos en el cielo y no en mí.

La tormenta se precipitó sobre nosotros como una carga de caballería. Se levantó un muro de viento racheado que arrojaba arenilla y las nubes nos cubrieron, grandes bolsas de lluvia y truenos que emitían un resplandor plateado mientras ondeaban y flotaban. Los rayos destellaban y alcanzaban los picos que nos rodeaban, cada vez más cercanos, los truenos como el fragor de la artillería. Cayeron grandes gotas de lluvia, calientes y pesadas, más semejantes a plomo fundido que a agua. Nuestras ropas se sacudían, y el viento arreció hasta un chillido. Y entonces se produjo un fagonazo cegador, un estruendo instantáneo, y la montaña tembló. ¡Una de las barras había sido alcanzada! Me flojearon las rodillas. Saltaron chispas, y una luz azul intenso se transmitió velozmente de una barra a otra siguiendo las estrías húmedas de la estrella y luego describió un arco a través del espacio de un ángel al otro. Los querubines se tornaron de un blanco reluciente. Oscilaron, al tiempo que las barras de hierro giraban, y sus alas señalaron hacia el noreste, inclinándose una hacia otra de suerte que unas líneas trazadas desde cada una se encontraban a unos veinte metros de distancia. El rayo se había extinguido, pero las barras acumulaban energía, todo bañado en un resplandor morado no muy distinto al que habíamos visto en la cámara bajo el Monte del Templo de Jerusalén. Entonces unos rayos de luz fluyeron de las alas de los querubines, se encontraron en el aire, y un solo haz salió disparado como una bala de rifle, como atraído, para ir a dar en una gran puerta con columnas de otro templo en la pared del risco, a tres kilómetros de donde nos hallábamos. Saltaron chispas en cascada.

—¡Sí! —gritaron los secuaces de Silano.

El rayo persistió un instante, como un momentáneo resquicio de sol en una cueva oscura, y luego se desvaneció. La cima de la montaña se oscureció. Deslumbrado, miré nuestras barras metálicas. Los querubines se habían fundido, las puntas de los palos achataadas como setas. Silano agitaba triunfalmente los brazos al aire. Astiza estaba rígida, su vestido empapado, los mechones de cabello oscuro pegados a su mejilla goteando. La tormenta se desplazaba hacia el este, pero detrás de su proa destellante llegó más lluvia, esta vez más fría, limpiando el ozono del aire con un siseo. Llovía a cántaros. Todos podíamos notar la electricidad en el aire; nuestro pelo todavía saltaba con ella. El agua bajaba por todas partes desde lo alto de los riscos.

—¿Os habéis fijado todos en eso? —preguntó Silano.

—Podría encontrarlo con los ojos cerrados —prometió Najac, con un dejo de codicia en su voz.

—Obra del diablo —murmuró Big Ned.

—¡No, de Moisés! —respondió Silano—. Y de los caballeros templarios, y de todos aquellos que buscan la verdad. Estamos ante la obra de Dios, caballeros, y ya sea ese dios Thoth, Jehová o Alá, su disfraz es el mismo: conocimiento.

Sus ojos emitían un fulgor enérgico, como si parte del rayo hubiese entrado en él.

No tengo nada en contra del conocimiento —a fin de cuentas navegué con sabios —, pero sus palabras y su mirada me molestaron. Recordé sermones de mi niñez acerca de Satanás con forma de serpiente, prometiendo sabiduría a Adán y Eva en el paraíso. ¿Con qué fuego estábamos jugando allí? Sin embargo, ¿cómo podía dejar una manzana tan tentadora sin morderla?

Miré a Astiza, mi brújula moral. Pero ella tenía que evitar mi mirada, ¿no? Parecía asombrada —de que verdaderamente hubiese ocurrido algo— y preocupada.

—Caballeros, creo que estamos a punto de hacer historia —dijo Silano—. Bajaremos antes de que caiga la noche. Acamparemos delante del templo y lo buscaremos mañana con la primera luz del día.

—O esta noche con antorchas —sugirió el ansioso Najac.

—Agradezco tu impaciencia, Pierre, pero después de mil años no creo que nuestro objetivo se vaya a ninguna parte. Monsieur Gage, como siempre vuestra compañía ha sido fascinante. Pero me atrevería a decir que ninguno de los dos lamentará por completo nuestra separación. Habéis cumplido vuestra parte del trato, de modo que ahora puedo decirlo. *Adieu*, hombre de la frontera. —Inclinó la cabeza.

—Astiza —dije—, ahora puedes venir conmigo.

Ella guardó silencio un buen rato. Luego:

—Pero no puedo, Ethan.

—¿Qué?

—Me voy con Alessandro.

—¡Pero he venido a buscarte! ¡Salí de Acre por ti!

Exhibí más cólera que un abogado ante las pruebas irrefutables de un cliente culpable.

—No puedo dejar que Alessandro se quede con el libro para sí, Ethan. No puedo alejarme de él después de tanto sufrimiento. Isis me ha traído a este lugar para terminar lo que empecé.

—¡Pero está loco! Mira a sus compañeros. ¡Son la estirpe del diablo! Vuelve con nosotros. Regresa conmigo a América.

Sacudió la cabeza.

—Adiós, Ethan.

Silano sonreía. Ya se lo esperaba.

—¡No!

—Ella ha tomado su decisión, monsieur.

—¡Sólo he ayudado con el rayo para recuperarte!

—Lo siento, Ethan. El libro es más importante que tú. Más importante que nosotros. Vuelve con los ingleses. Yo me voy con Alessandro.

—¡Me has utilizado!

—Te hemos utilizado para encontrar el libro: para bien, espero.

Con fingida frustración, arranqué uno de los palos de hierro para usarlo como arma, pero la banda de Najac levantó sus mosquetes. Astiza no me miraba mientras Silano se la llevaba de la meseta, envolviéndose la cabeza en su pañuelo.

—¡Un día no muy lejano os daréis cuenta de lo que acabáis de rechazar, Gage! — gritó Silano—. ¡Lo que el Rito Egipcio habría podido daros! ¡Os arrepentiréis de vuestro trato!

—Sí —gruñó Najac, con su pistola preparada—. Ahora regresad a Acre y morid.

Dejé caer el palo con estrépito. Nuestra representación había salido bien. Si es que Astiza actuaba realmente.

—Entonces salid de mi montaña —ordené con voz temblorosa.

Sonriendo de satisfacción, emprendieron el camino de bajada, llevándose con ellos los querubines fundidos. Astiza sólo miró atrás una vez mientras emprendía el descenso.

No fue hasta que ya no podían oírnos que Big Ned finalmente estalló.

—Por todos los santos, patrón, ¿vas a dejar que ese canalla papista nos robe el tesoro que nos corresponde? ¡Te suponía más valor!

—Valor no, Ned, ingenio. ¿Recuerdas cómo te superé en el duelo con espadas?

Pareció escarmentado.

—Sí.

—Eso fue mi cerebro, no mis músculos. Silano no sabe tanto como cree. Lo que significa que tenemos una posibilidad. Encontraremos un camino por la otra cara de la montaña y exploraremos por nuestra cuenta, bien lejos de esa tribu de asesinos.

—¿Lejos? ¡Pero ellos saben dónde está ese libro tuyo!

—Sabén adonde ha arrojado su luz ese rayo. Pero no creo que los templarios fuesen tan elocuentes. Espero que fuesen estudiosos de la Gran Pirámide.

Ned estaba desconcertado.

—¿A qué te refieres, patrón?

—Apuesto a que acabamos de presenciar una señal errónea. Soy un jugador, Ned. Y la Gran Pirámide incluye una serie de números conocida como la secuencia de Fibonacci. Seguro que has oído hablar de ella.

—Caray, pues no.

—Los franceses me la enseñaron en Egipto. Y esta secuencia, a su vez, es una representación de algunos procesos básicos de la naturaleza. Es santa, si quieres. Justo la clase de cosas en que los templarios estarían interesados.

—Lo siento, patrón, pero yo creía que todo esto iba de un tesoro antiguo y poderes secretos, no de números y templarios.

—Son todas esas cosas. Bien, hay una relación que aparece en toda representación geográfica de la secuencia, una proporción armoniosa de una línea más larga respecto a una más corta que resulta ser de 1,61 y pico. Se llama «número áureo» y era conocido por los griegos, los constructores de las catedrales góticas y los pintores del Renacimiento. Y está codificado en las dimensiones de la Gran Pirámide.

—¿Oro?

Ned me miraba como si fuese tonto, lo cual tal vez era verdad.

Encontré un retazo de tierra y dibujé.

—Lo que significa que el libro puede estar formando ángulo con lo que acabamos de ver. Ésa es mi apuesta, por lo menos. Bien, supongamos que la base de la pirámide está representada por la línea que hemos visto cruzar sobre el valle. —Tracé una línea que apuntaba a las ruinas adonde Silano y su equipo se dirigían—. Dibujas una línea perpendicular a ésta, y discurre más o menos al oeste. —Señalé la escarpada cordillera de donde había llegado la tormenta—. En alguna parte a lo largo de esta nueva línea hay un punto que se representaría si completásemos un triángulo rectángulo trazando desde donde va Silano hasta mí otra línea en dirección oeste.

—¿Un punto dónde?

—Efectivamente. Tienes que saber qué longitud tendría la tercera línea, la diagonal. Supongamos que sea 1,61 veces, aproximadamente, la de la línea al templo de Silano: la proporción áurea, la encarnación física de Fibonacci y la naturaleza, y la inclinación de la propia Gran Pirámide. Una pirámide construida para incorporar números fundamentales, como los que hay en las conchas de los caracoles o las flores. Es difícil medir la distancia, sí, pero si calculamos que el templo se halla a tres kilómetros, entonces nuestra línea contigua tendrá algo menos de cinco...

Entrecerró los ojos, siguiendo el movimiento de mi brazo conforme dejaba el templo sobre el que había incidido el haz de luz y se desplazaba de norte a oeste.

—Supongo que alcanzaría mi línea occidental imaginaria más o menos donde se encuentran aquellas imponentes ruinas.

Miramos. En el suelo del valle se hallaban los restos de un edificio antiguo que daba la impresión de haber sido bombardeado con artillería durante cien años. Su estado ruinoso era en realidad consecuencia del tiempo y el abandono, pero todavía se erguía más alto que los escombros de su alrededor. Una hilera de viejas columnas, que no sostenían nada, sobresalían a lo largo de lo que parecía una calzada antigua.

—¿Dónde viste ese ángulo, *efendi*? —intentó aclarar Mohamed.

—En la pendiente de la Gran Pirámide. Mi amigo Jomard me lo explicó.

—¿Quieres decir que el conde Demonio se dirige al templo equivocado?

—Es sólo una suposición, pero la única posibilidad que nos queda. Muchachos, ¿estáis dispuestos a echar una ojeada y esperar que los templarios se interesaran por este juego de números tanto como los antiguos egipcios?

—He aprendido a tener fe en ti, *effendi*.

—Y, caray, ¡qué gracia tendría encontrar primero el dichoso libro! —rió Ned—. Y también un poco de oro, apuesto.

Y me mostró aquella sonrisa amplia y amenazadora.

Fingimos bajar como si regresáramos al cañón para salir de la Ciudad de los Fantasmas. Pero después de abrirnos paso bordeando unas cuantas rocas, sin ser vistos por Silano, encontramos un complicado descenso por un hermoso barranco húmedo en la vertiente oeste de la montaña. Pasamos junto a más cuevas y tumbas en ruinas, cascadas impetuosas causadas por la lluvia —ciertamente el desierto estaba bebiendo hasta saciarse, como habían profetizado los templarios—, hasta que llegamos al fondo del valle. Anochecía, y había dejado de llover. Al abrigo de colinas bajas para no ser descubiertos por los otros, alcanzamos el enorme templo que habíamos visto justo antes de que cayera la noche. Hacía fresco después de la lluvia, las estrellas comenzaban a tachonar el cielo.

Esta estructura se hallaba en peores condiciones que el templo de Dendara que había explorado en Egipto, y era mucho menos imponente. Su techo se había hundido, y lo que quedaba era un corral de escombros sin ventanas con una decoración mínima. Era grande —las paredes parecían tener treinta metros de altura, con un arco lo bastante grande como para dejar pasar una fragata— pero sencillo.

No fue difícil encontrar un túnel que conducía al subsuelo. En un rincón del interior del templo había un cráter entre las ruinas, como si alguien hubiese cavado en busca de un tesoro, y en el fondo unos toscos tablones asegurados con piedras.

—¡Es aquí! —exclamó Ned en voz baja.

Retiramos los tablones y descubrimos una escalera de arenisca que bajaba. Usamos broza seca a modo de rudimentarias antorchas, encendimos una con acero y pedernal y bajamos. Pero pronto quedamos decepcionados. Al cabo de treinta escalones la escalera terminaba bruscamente en lo que parecía un pozo, con los lados de arenisca lisa. Cogí una piedra y la dejé caer. Transcurrieron largos segundos hasta que se produjo un chapoteo. Pude oír agua corriendo en el fondo.

—Un viejo pozo —dije—. Los beduinos lo taparon para que sus cabras y sus hijos no cayeran dentro.

Decepcionados, regresamos a la superficie para explorar el perímetro, pero no encontramos nada interesante. Enfrente, viejas columnas que no sostenían nada flanqueaban una calzada abandonada. Más montones de escombros marcaban edificios antiguos, desmoronados hacia tiempo. Todos parecían removidos, con fragmentos de cerámica por doquier. Os diré qué es la historia: fragmentos rotos y huesos olvidados; un millón de habitantes convencidos de que su época es la más importante, todos convertidos en polvo. En los riscos circundantes, las cuevas eran bocas mudas. Cansados, nos sentamos.

—Parece que tu teoría no ha funcionado, patrón —observó Ned, desanimado.

—Todavía no, Ned. Todavía no.

—¿Dónde están los fantasmas, pues? —Miró alrededor.

—Guardando silencio, espero. ¿Crees en ellos?

—Sí, los he visto. Compañeros de tripulación desaparecidos acechan en cubierta durante las guardias más oscuras. Otros fantasmas, de naufragios desconocidos, gritan desde las olas que pasan. Pone los pelos de punta a un marinero, ya lo creo. En una pensión que alquilé en Potsmouth había un bebé que había muerto allí, y oíamos su llanto cuando...

—Eso es palabrería de Satanás —interrumpió Mohamed—. No está bien hablar de los muertos.

—Sí, pensemos en nuestro objetivo, muchachos. Necesitamos un modo de bajar. Si hay algo que vaya con la caza de tesoros, es remover la tierra.

—Deberíamos percibir un sueldo de mineros —admitió Ned.

—Por la mañana, Silano entrará en un templo donde incidió ese rayo de luz y encontrará algo o no. Yo he apostado a que no. Pero antes debemos encontrarlo nosotros y alejarnos cuanto podamos.

—¿Y qué hay de la mujer? —preguntó Ned—. ¿Vas a renunciar a ella, patrón?

—En teoría debe escabullirse y reunirse con nosotros.

—Ah, ¿has apostado por ella también? Bueno, las mujeres son una mala apuesta.

Me encogí de hombros.

—La vida no es más que un juego.

—Me gusta el sonido del río —comentó Mohamed para cambiar de tema. Yo sabía que también consideraba el juego como una estrategia de Satanás—. Pocas veces se oye en el desierto.

Escuchamos. En efecto, un arroyo bajaba por un canal junto a la calzada con un alegre chapoteo.

—Ha sido la tormenta —dijo Ned—. Me imagino que la mayor parte del tiempo este sitio está reseco como un hueso.

—Me pregunto adonde irá el agua —añadió Mohamed—. Estamos en una cuenca.

Me puse en pie. Sí, ¿adonde iba? «El desierto bebe hasta saciarse.» Con repentino entusiasmo, bajé precipitadamente la maltrecha escalera del templo hacia la calzada y la crucé hasta el río temporal, que relucía a la luz de las estrellas. Discurría hacia el oeste en dirección a las montañas y... ¡ya está! Desaparecía.

Una vieja columna yacía como el tronco de un árbol cortado sobre el cauce del río, y debajo de ella la corriente cesaba bruscamente. A un lado un arroyo cantarín, al otro arena y piedras secas. Me metí en las frías aguas, notándolas precipitarse contra mis pantorrillas, y eché un vistazo debajo de la columna. Había una hendidura horizontal en la tierra como el párpado de un gigante adormecido, por la que se escurría el agua. Podía oír el eco. No era el ojo de un gigante, sino su boca. «Bebe hasta saciarse.»

—¡Creo que he encontrado nuestro agujero! —grité a los demás.

Ned bajó de un salto a mi lado.

—Métete en esa grieta, patrón, y serás arrastrado hasta el infierno.

En efecto. Pero ¿y si por algún milagro mi suposición era acertada, y ésa era una pista para dar con el sitio donde los templarios habían escondido realmente su secreto de Jerusalén? Daba la impresión de ser cierto. Salí de debajo de la columna y miré alrededor. Ésa era la única columna que había caído sobre el cauce del río. ¿Cuáles eran las posibilidades de que hubiese rodado precisamente hasta el lugar donde una caverna conducía bajo tierra? ¿Una caverna, además, que sólo revelaba su presencia después de una gran tormenta?

Seguí la longitud del tronco de piedra hasta el otro lado del templo. Desprendida de la base a consecuencia quizá de un terremoto, su parte inferior sobresalía como un diente roto. Curiosamente, la plataforma de los cimientos parecía más libre de escombros que el paisaje circundante. Alguien —¿hacía ya siglos?— la había limpiado: quizá después de despojarse de su cota de malla y una túnica blanca con una cruz roja.

—Ned, ayúdame a cavar. Mohamed, ve a buscar más broza para hacer antorchas.

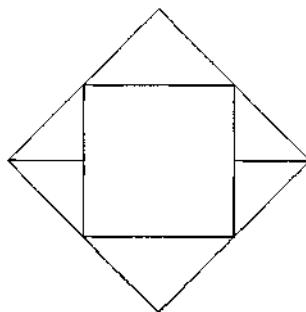
Ned refunfuñó.

—¿Otra vez, patrón?

—El tesoro, ¿recuerdas?

Pronto dejamos al descubierto una plataforma de mármol gastado bajo la base de la columna. Durante sólo un momento pude visualizar cómo debía de haber sido aquella ciudad en su época de esplendor, las columnas formando un pórtico sombreado a ambos lados de la calzada central, lleno de tiendas y tabernas pintorescas, agua limpia chorreando hasta fuentes azules, y camellos de Arabia con borlas y las jorobas cargadas de mercancías, balanceándose con paso majestuoso. Habría banderas, trompetas y huertos de árboles frutales...

¡Allí! Un dibujo sobre el mármol. Unos triángulos grabados sobresalían de la base cuadrada de la columna. Observé que había en realidad dos capas de enlosado, una, dos centímetros y medio más alta y superpuesta a la otra. Trazaba este dibujo:



—Buscad un símbolo en esta obra de mampostería —ordené a mis compañeros—. Como el signo masónico de compás y escuadra.

Buscamos.

—Limpio como el pecho de una virgen —declaró Ned.

Bueno, los templarios eran monjes guerreros, no albañiles.

—¿No hay ninguna cruz? ¿Ninguna espada? ¿Ningún *sefiroth*?

—*Effendi*, no es más que una columna rota.

—No, aquí hay algo. Algún camino de bajada hacia la flor y la fe, como decía el poema. Es una puerta cerrada, y la llave es..., es un cuadrado dentro de un cuadrado. ¿Cuatro ángulos más cuatro ángulos? Eso son ocho. ¿Un número sagrado? Figura en la secuencia de Fibonacci.

Los otros dos me miraron sin comprender.

—Pero también dos triángulos, tres más tres. Seis. No es eso. Sumados dan catorce, y tampoco es eso. ¡Maldita sea! ¿Estoy desencaminado del todo?

Notaba que me esforzaba demasiado. Necesitaba a Monge, o a Astiza.

—Si pudieras superponer los triángulos, *effendi*, dibujarían la estrella de David.

Claro. ¿Era tan sencillo como eso?

—Ned, ayúdame a tirar de la base de la columna. Veamos si los triángulos de este suelo se deslizan uno sobre otro.

—¿Qué?

Una vez más, me miró como si fuese un chiflado.

—¡Tira! ¡Como hiciste con el altar debajo de Jerusalén!

Con cara de confirmar su propia condena, el marinero se unió a mí. No creo que hubiese podido mover la piedra congelada yo solo, pero los músculos de Ned se hincharon hasta casi reventar. También Mohamed ayudó. De mala gana, la base de la columna caída empezó a moverse, y el mármol comenzó a superponerse. A medida que los triángulos se iban cruzando, empezaban a formar el dibujo de la estrella de David.

—¡Tira, Ned, tira!

—Tendrás que hacer caer otro rayo, patrón.

Pero no lo hicimos. Cuanto más se superponían los triángulos, más fácilmente se deslizaban. Cuando formaron la estrella se oyó un chasquido y la base de la columna se liberó de repente, girando sobre un solo perno en su esquina. Toda la estructura se había vuelto ingravida. Al retirarse la base, la estrella de seis lados comenzó a hundirse en el suelo.

Nos quedamos boquiabiertos.

—¡Saltad, saltad antes de que se aleje de nosotros!

Salté y aterricé sobre el enlosado que bajaba. Tras un momento de vacilación, Ned y Mohamed hicieron lo propio, el árabe sujetando unas toscas antorchas. Podíamos oír el chirrido de mecanismos antiguos mientras nos hundíamos bajo tierra.

—Vamos al infierno —gimió Mohamed.

—Ni hablar. ¡Hacia el libro y el tesoro!

El sonido del agua era ahora más intenso al resonar en la cámara subterránea a la que estábamos bajando. Descendimos por un pozo en forma de estrella, sobre la plataforma formada por la estrella de seis puntas, hasta que ésta se detuvo con una sacudida en el fondo. Miré hacia arriba. Estábamos dentro de un pozo, demasiado alto para salir trepando. Sólo se veían unas pocas estrellas.

—¿Cómo volveremos a subir? —preguntó Ned con toda la razón.

—Hum. Me pregunto si no debería haberse quedado uno de nosotros arriba. Bueno, ya es demasiado tarde, muchachos. El libro nos dirá cómo salir.

Lo dije con más confianza de la que tenía.

Un pasillo horizontal de techo bajo conducía desde nuestro extraño pozo hacia el sonido de agua. Nos agachamos y lo seguimos. En aproximadamente la longitud de la columna caída de arriba, llegamos a una caverna. El agua corría con estruendo.

—Encendamos una antorcha —dije—. Sólo una, podríamos necesitar el resto.

Brilló una luz amarilla. Me quedé asombrado. El torrente de la tormenta bajaba a chorro desde la hendidura que había observado arriba, el desierto bebiendo hasta saciarse. Pero no fue eso lo que me llamó la atención. La caverna en la que nos hallábamos era artificial y en forma de cuerno, o embudo, y se estrechaba a medida que bajaba. Por su perímetro discurría una cornisa, de la anchura de un hombre. Estábamos apiñados sobre ella. La cornisa bajaba en espiral, y su trazado me recordó la concha de nautilo que Jomard me había mostrado en la Gran Pirámide, el inspirado por la secuencia de Fibonacci. «Por la flor y la fe.» Al final del embudo, el río formaba una charca de aguas turbulentas.

—Un remolino —murmuró Ned—. No es la clase de cosa de la que uno pueda salir.

—No, es otro símbolo, Ned. El universo está hecho de números por alguna razón, y los templarios, o la gente que construyó esta ciudad, trataban de conmemorarlo en piedra. Igual que los egipcios. Supongo que es de eso de lo que trata el libro.

—¿De lugares subterráneos construidos por locos?

—De lo que hay detrás del mundo cotidiano que vemos.

Sacudió la cabeza.

—Es una alcantarilla, patrón.

—No. Un portal.

«Y fe.»

—Caray, ¿cómo he acabado relacionándome contigo?

—Ciento, estamos en un lugar maligno, *effendi*.

—No, éste es un lugar santo. Vosotros dos podéis esperar aquí. Apuesto a que no habrían construido todo esto si no hubiera algo ahí abajo. ¿Verdad?

Me miraron como si me correspondiera estar en un manicomio, lo cual no distaba mucho de la verdad. Estábamos todos locos de remate, buscando un atajo hacia la felicidad. Pero yo sabía que había resuelto el rompecabezas, que los chiflados templarios y su rayo habían puesto su secreto allí, no donde se encontraba Silano, y que si Astiza se reunía con nosotros como había prometido finalmente lo tendría todo: conocimiento, un tesoro y una mujer. Bueno, dos mujeres, pero eso se resolvería sobre la marcha. Una vez más me sentí preso de la culpabilidad a causa de Miriam, mezclada con el dulce recuerdo de su cuerpo y no poca aprensión por hacerle daño. Es curioso lo que uno piensa en momentos de apuro.

Encendí otra antorcha y bajé cautelosamente por el camino en espiral como un caracol precavido. Mis compañeros se quedaron arriba, siguiéndome con la mirada. Cuando llegué a donde la cascada de agua chocaba contra la charca oscura como boca de lobo, mi llama chisporroteó en la llovizna. ¿Qué profundidad tenía ese pozo? ¿Era demasiado hondo para recuperar lo que los templarios habían arrojado ahí abajo? Porque no dudaba que habían dejado caer su tesoro de Jerusalén en ese embudo, confiando en que algún día los miembros supervivientes regresarían y refundarían su orden.

Me armé de valor. El agua, completamente negra como he dicho, giraba como en un desagüe, con espuma verde flotando en la superficie como cuajada. Olía a cerrado como un ataúd. Pero no podíamos volver por donde habíamos venido, ¿verdad? Así pues, tras dejar mi antorcha a un lado, donde no tardó en apagarse —ahora mi única luz era el tenue fulgor de la tea de Ned y Mohamed, en lo alto—, inspiré hondo, recé a todos los dioses que me vinieron a la cabeza y me zambullí.

El agua estaba fría, pero no helada. Caí dentro de tinta. Unas matas de algas blandas y fibrosas me rozaron mientras caía, el cieno de los siglos. También podía haber cosas nadando, blancas y pulposas en la oscuridad —me las imaginé, tanto si estaban como si no—, pero seguí impulsándome con los pies hacia abajo, a tientas. Disponía de dos minutos para encontrar aquello que buscábamos... o ahogarme.

La corriente empezó a empujarme. Comencé a sentir pánico, pues estaba cada vez más claro que regresar hacia arriba costaría más tiempo y aire de los que tenía. No podía retroceder, y estaba siendo arrastrado hacia abajo y adelante.

Percibí un resplandor extraño. Venía de enfrente, no muy intenso, pero gratificante después de largos segundos de negrura absoluta. Vi un fondo de un blanco tranquilizador, como un lecho de arena limpia. Entonces reparé en el verdadero origen de aquella palidez y estuve a punto de tragarme agua. El fondo no era de arena, sino de huesos.

Había visto el friso de calaveras en la cámara templaria debajo de Jerusalén, pero esto era cien veces peor, un osario de los condenados. En esta ocasión eran cráneos auténticos, pálidos y borrosos pero reconocibles, espantosamente enredados con brazos, piernas y costillas. Era un arrecife de huesos blanqueados, los dientes largos como índices, las cuencas vacías como una tumba. Todo el conjunto estaba envuelto en cadenas cubiertas de borra y fragmentos de roca.

Aquello había sido un pozo sacrificatorio o una cámara de ejecuciones.

La corriente me arrastró sobre el osario llevándome hacia una luz que se intensificaba. ¿Era una alucinación mientras mi cerebro se moría por falta de aire? No, era luz real, y a la salida de un breve túnel la vi aún más intensa sobre mí. Mientras que la corriente quería llevarme hacia donde fuera que se dirigía el río, pataleé furiosamente hacia arriba.

Salí a la superficie con mi último aliento. ¡Aquellos huesos! Atisbé y traté de alcanzar una cornisa de arenisca, me agarré, pataleé y me impulsé fuera del agua como un pez agotado. Durante un rato me quedé allí tendido, jadeando. Finalmente recobré la respiración lo suficiente como para incorporarme y mirar alrededor. Me hallaba en el fondo de un pozo de arenisca. Muy arriba, lejos de mi alcance, se encontraba la fuente de la tenue luz. El río subterráneo del que había escapado corría junto a la cornisa de roca y se precipitaba en otro túnel bajo el agua. Me estremecí. ¿Podía haber todavía más huesos corriente abajo, a los que se unirían los míos?

Levanté la vista para examinar la luz pálida y plateada de la luna y las estrellas. No podía ver el cielo, por lo que supuse que algo reflejaba el firmamento nocturno hacia abajo. La iluminación era muy tenue, pero suficiente para ver que las paredes del pozo eran lisas, sin grietas ni asideros, y estaban demasiado separadas como para alcanzarlas extendiendo ambos brazos. No había ninguna posibilidad de salir trepando. ¿Y qué más?

Hombres vigilando.

Goteando, me puse lentamente en pie y me volví en aquella cámara mortecina. Me di cuenta de que estaba rodeado de hombres, enormes y siniestros, en armaduras medievales. Llevaban yelmo, barba y unos escudos en forma de cometa plantados a sus pies blindados. Sólo que no eran hombres de verdad, sino estatuas de arenisca, esculpidas en las paredes del pozo para formar un círculo de centinelas eternos: templarios. Tal vez eran representaciones de grandes maestres del pasado. Eran más grandes que el tamaño natural, más de dos metros y medio de estatura, y tenían una expresión adusta. Pero había también algo reconfortante en aquellos acompañantes, que nunca bajarían la guardia y sin embargo se mantenían apartados contra las paredes de la estancia de roca como si esperasen que aquello que custodiaban llegara a encontrarse algún día.

¿Y qué era eso? Un sarcófago de piedra, observé, pero no sin tapa como el que había visto en la cámara del rey de la Gran Pirámide. Correspondía al estilo de las iglesias europeas, su tapa la figura esculpida de un caballero europeo. El sarcófago era de caliza, y aquel templario, supuse, era quizás el primero: Montbard, tío de san Bernardo. Un guardián para toda la eternidad.

La tapa era pesada, y al principio parecía firmemente soldada. Pero cuando le di un empujón lo bastante fuerte se movió ligeramente, con un chirrido. Se levantó polvo de los bordes. Esforzándome, empujé y empujé hasta que logré entreabrirlo lo suficiente para bajar un borde hasta el suelo. Entonces miré dentro. Una caja dentro de otra.

El ataúd era de madera de acacia, increíblemente conservada. Aunque dudé si debía abrirlo, ya había llegado demasiado lejos. Abrí la tapa de un tirón. Dentro se hallaba el esqueleto de un hombre, no terrorífico sino más bien pequeño y desnudo en esa última aparición. Hacía ya tiempo que la carne se había corrompido dejando los huesos, y sus ropas eran andrajos. Su espada de guerrero, estrecha y oxidada, era un zarcillo de su antiguo poder. Pero una mano esquelética sujetaba una maravilla nada corroída, sino tan brillante y profusamente decorada como el día en que se forjó. Era un cilindro de oro, grueso como un carcaj y largo como un rollo de pergamino. Su exterior era un derroche de personajes mitológicos, de toros, halcones, peces, escarabajos y seres tan extraños y de otro mundo que soy incapaz de describirlos, tan distintos eran de todo lo que había visto antes. Había estrías y arabescos, estrellas y formas geométricas, y el oro era tan liso e intrincado que las puntas de mis dedos acariciaron su sensualidad. El metal parecía caliente. Era la fortuna de una vida en peso, e inestimable en diseño.

El *Libro de Tot* tenía que estar dentro. Pero, cuando quise levantarla, ¡el esqueleto tiró de él!

Me sobresalté tanto que lo solté y el cilindro se movió un poco, recostándose más profundamente en los huesos. Entonces me di cuenta de que simplemente me había sorprendido el peso del objeto. Volví a levantarla y el cilindro se liberó como un ancla de piedra, flexible, suave y pesado. No saltó ningún rayo. No sonó ningún trueno. Sin darme cuenta de que lo había hecho, solté la respiración contenida. Sólo estaba yo en la penumbra, sosteniendo aquello por lo que, según decían, los hombres habían buscado, luchado y muerto durante más de cinco mil años. ¿También eso estaba maldito? ¿O sería mi guía para un mundo mejor?

¿Y cómo abrirla?

A medida que examinaba el cilindro con mayor atención, nacía el reconocimiento. Había visto antes varios de esos símbolos. No todos, pero algunos habían estado en el techo del templo de Dendara, y otros en el calendario que había examinado en la bodega del *Orient* antes de que el navío insignia francés estallara en la Batalla del Nilo. Había un círculo sobre una línea, como en el calendario, y todos los demás: animales, estrellas, una pirámide, y Tauro, el toro, la era zodiacal en la que se había construido la Gran Pirámide. Y no sólo una pirámide, sino también una pequeña representación de un templo con columnas. Observé que el cilindro estaba articulado de modo que era posible hacer girar y alinear símbolos, al igual que los círculos del calendario. Así pues, una vez más probé con lo que conocía: toro, estrella de cinco puntas y el símbolo del solsticio de verano, como había hecho en el barco. Pero no bastaba con eso, de modo que añadí pirámide y templo.

Quizá fui listo. Quizá tuve suerte. Quizás había cien combinaciones que abrían el cilindro. Todo lo que sé es que se produjo un chasquido y se dividió entre pirámide y templo, como una salchicha partida en dos. Y cuando separé ambas mitades, lo que esperaba estaba dentro: un manuscrito, la forma antigua del libro.

Lo desenrollé, mis dedos temblando de emoción. El papiro, si de eso se trataba, era distinto a todos los que había visto o tocado anteriormente. Era más liso, más

extensible y relucía de un modo extraño, pero de un material que no parecía cuero, papel ni metal. ¿Qué era? La escritura resultaba aún más curiosa. En lugar de la escritura pictórica o los jeroglíficos que había visto en Egipto, ésta era más abstracta. Era angulosa y ligeramente geométrica, pero más singular que todas las escrituras que había conocido hasta entonces, un derroche de formas, barras oblicuas, garabatos, lazadas y caracteres intrincados. Había descubierto el secreto de la vida, el universo o la inmortalidad, si se podía dar crédito a los chiflados que buscaban esa cosa. ¡Y no podía leer ni media palabra!

En alguna parte, Thoth se reía.

Bueno, había descifrado cosas antes. Y aunque el manuscrito resultara indecifrable, su recipiente bastaba para pagar una pensión al rey de Prusia. Una vez más, era rico.

Siempre y cuando lograra salir de aquella ratonera.

Reflexioné. Regresar nadando contra la corriente sería imposible, y aunque pudiera hacerlo tan sólo volvería a un pozo que no teníamos manera de escalar. Pero dejarme arrastrar por la corriente me llevaría a un conducto subterráneo sin garantías de aire. A duras penas había sobrevivido a un canal semejante debajo de la Gran Pirámide, y no tenía el valor para intentarlo de nuevo. No había visto ningún indicio de que aquel río temporal saliera a la superficie en alguna parte.

¿Qué haría Ben Franklin?

Me había hartado por completo de sus aforismos cuando tenía que oírlos a diario, pero ahora lo echaba de menos. «Los hombres sabios no necesitan consejo, los tontos no lo aceptan.» Ingenioso, pero de escasa ayuda. «Energía y perseverancia conquistan todas las cosas.» ¿Perseverancia, cómo? ¿Perforando un túnel como un minero? Inspeccióné la cámara con más detenimiento. Las estatuas templarias eran rígidas e inmóviles, a diferencia de las vírgenes giratorias de debajo del Monte del Templo. No había dibujos en las paredes de la cueva, ni grietas, puertas o agujeros en los que insertar el cilindro de oro, con la esperanza de que pudiera servir como una especie de llave. Di golpéenos en el pozo, pero no oí huecos. Grité, pero el eco fue vano. Golpeé las paredes, para ver si algo podía ceder, pero no ocurrió nada. ¿Cómo demonios habían entrado los templarios ahí? El túnel estaría seco entre las tormentas. ¿Debía esperar? No, habían reverberado más truenos y un río como ése podía fluir durante días. Di patadas, tiré y bramé, pero nada se movió. «No confundas nunca movimiento con acción», había aconsejado Ben.

¿Qué más había dicho? «Vale más bien hecho que bien dicho.» Sí, pero no demasiado útil en mi situación actual, que yo supiera. «Todo el mundo quiere vivir mucho tiempo, pero nadie quiere envejecer.» En ese momento, hasta envejecer resultaba preferible a morir. «En los ríos y el mal gobierno, las cosas más ligeras salen a la superficie.» Bueno, por lo menos había un río...

«Salir a la superficie.»

Levanté la vista. Si se filtraba luz desde arriba, tenía que haber una salida. Imposible subir sin cuerda, escala o asideros. Ojalá tuviera uno de los globos de Conté... «Salir a la superficie.»

Lo que hacía Ben, de manera distinta a casi todos nosotros, era primero pensar y después actuar. ¿Por qué resulta tan difícil? Pero finalmente se me ocurrió una idea desesperada, e —igual de importante— ninguna alternativa plausible. Cogí la tapa del sarcófago que estaba apoyada contra la caja de piedra y la arrastré, chirriando, hasta el borde del agua. Tirando de ella, la puse vertical como una puerta, en equilibrio sobre una esquina, bamboleándose sobre el río subterráneo. Apunté con la mayor precisión posible al agujero oscuro en el que el arroyo desaparecía corriente abajo. Y, con un gruñido, ¡lancé la tapa al agua! La fuerza de la corriente impulsó la tapa contra la boca del túnel, obstruyendo el desagüe.

Al instante, el agua comenzó a subir.

Se derramó sobre la plataforma de arenisca, cubriendo las botas de las estatuas templadas. ¡Esto había dado mejor resultado! «Lo siento, Montbard, o quienquiera que seas.» Coloqueé el ataúd de madera de acacia sobre la tapa del sarcófago de piedra y vertí los huesos. Cayeron ruidosamente en el sarcófago de caliza en sacrílega confusión, el cráneo mirándome con lo que juro era reproche. Bueno, ahora ya estaba maldito. Equilibré la caja de madera sobre la parte superior del sarcófago, metí el cilindro de oro dentro de mi camisa y me introduje dentro como si fuese una bañera. El agua subía deprisa, casi treinta centímetros por minuto. Pasó junto a las rodillas de los templarios, rebasó el borde del sarcófago, lo inundó... y después me hizo flotar. Recé a los dioses cristianos, judíos y egipcios. ¡Gloria, gloria, aleluya!

Mi arca se elevó. A medida que el pozo se llenaba y el agua se hacía más profunda, supe que el aumento de la presión podía reventar la tapa que le obstruía el paso, así que sólo podía esperar que aguantara lo suficiente. «Quien vive de esperanza morirá ayunando.» Mi propio consejo es seleccionar y elegir tus aforismos según convenga, por lo que me aferré a la esperanza como el mismo diablo. Continuamos subiendo, un precioso palmo tras otro. Caí en la cuenta de que mi acción haría retroceder también el agua hacia la espiral de la cámara de detrás, hacia Ned y Mohamed.

Confié en que supieran nadar.

La tenue luz se intensificaba mientras ascendíamos, y las estrellas se reflejaban en el agua negra. Encontré un par de costillas que se habían desbordado de mi embarcación y las arrojé sin cortesías por la borda, razonando que en realidad a mí no me importaría qué fuese de mis huesos una vez que ya no los necesitara. Más y más arriba, hasta que vi un disco plateado que reflejaba la luz procedente de un pozo inclinado. ¡Y en ese pozo había una escalera de arenisca! Me puse de pie en mi ataúd bamboleante, estiré los brazos para alcanzar el primer escalón y me aupé. ¡Roca sólida! A mi espalda, el agua seguía subiendo.

Entonces se oyó un golpetazo, el agua eructó, y con un fuerte ruido de succión comenzó a bajar, mi barca-ataúd girando en espiral con ella. La tapa que obstruía el

rio se había resquebrajado bajo la presión y terminado por ceder. El agua se arremolinaba y desaparecía de nuevo por el desagüe, pero yo no tenía tiempo de mirar. Subí la escalera y comprobé que ése era el mismo pozo que habíamos encontrado en el templo en ruinas. No nos habíamos percatado del reflejo desde nuestro ángulo, y si no hubiésemos retirado los tablones no habría tenido ninguna luz allí abajo. Salí a la superficie entre las paredes de piedra, me abrí paso por entre los escombros y regresé corriendo a través de la calzada a la base de la columna desde donde habíamos bajado.

—¡Ned! ¡Mohamed! ¿Estáis vivos?

—¡Por la piel de nuestros dientes, patrón! ¡Este embudo se ha llenado de agua y hemos estado a punto de ahogarnos como ratas! ¡Después el agua ha vuelto a bajar!

—¿Cómo has llegado ahí arriba, *effendi*? ¿Qué ocurre?

—Sólo quería que tomárais un baño, muchachos.

—Pero ¿cómo has salido?

—En barca. —Pude ver sus caras vueltas hacia arriba como pequeñas lunas—. Esperad. Tengo una idea para intentar sacaros.

La base de la columna caída, como recordaréis, se había desplazado girando fuera del enlosado en forma de estrella para iniciar el descenso de la plataforma. Ahora la empujé hacia atrás, se oyó un chasquido y la plataforma de abajo comenzó a subir por el pozo estrellado, Ned y Mohamed ululando de alegría como locos.

Una vez arriba, me ayudaron a volver a colocar la base en su lugar correspondiente, sellando nuevamente la entrada. Entonces Ned me abrazó como si fuera su madre.

—¡Por Davy Jones, eres un mago, patrón! ¡Siempre te escapas como un gato! ¿Y has encontrado el tesoro?

—Me temo que no hay tesoro. —Pusieron cargas largas—. Creedme, he buscado. Tan sólo una tumba templaria, amigos. Ah, y esto.

Hice aparecer el cilindro de oro como un mago. Se quedaron boquiabiertos.

—Tened, sopesadlo. —Dejé que lo cogieran—. Aquí hay oro suficiente para que podamos vivir holgadamente los tres.

—Pero, *effendi* —dijo Mohamed—, ¿qué hay de tu libro? ¿Está aquí? ¿Está lleno de secretos mágicos?

—Está aquí dentro, en efecto, y es lo más extraño que he visto nunca. Estoy seguro de que haremos un favor al mundo manteniéndolo alejado de Silano. Quizás un erudito pueda entenderlo algún día.

—¿Un erudito?

—Por fin lo tengo, por los trabajos de Hércules, y no puedo leer ni media palabra.

Me miraron consternados.

—Vayamos en busca de Astiza.

La salida llana de la Ciudad de los Fantasmas nos obligaría a pasar por el campamento de Silano, lo cual no me atrevía a hacer. En lugar de eso, cuando las estrellas se desvanecían y el cielo se sonrojaba, primero volvimos a colocar en su sitio los tablones del pozo del templo —no quería cargar con la caída de un niño en mi conciencia— y luego deshicimos nuestro laborioso camino subiendo y coronando el Lugar Alto del Sacrificio, deteniéndonos sólo ante la insistencia de Ned para que le dejara arrancar un pino pequeño y marchito. «Por lo menos es una porra —explicó—. Un convento de monjas tiene más armamento que nosotros.» Mientras avanzábamos le arrancó las ramas con sus manazas como un Sansón para darle forma. Seguimos subiendo y bajando, sin aliento y agotados para cuando alcanzamos el suelo del cañón junto al teatro romano en ruinas. A un par de kilómetros a nuestra espalda, pude ver el resplandor de un fuego allí donde Silano estaba acampado. Si Astiza se había escabullido, ¿cuánto tardarían en advertir su ausencia? Al este el cielo clareaba. Los picos más altos ya estaban iluminados.

Nos apresuramos por el desfiladero principal de la ciudad hacia la sinuosa hendidura de la entrada y llegamos de nuevo ante la fachada del primer gran templo que habíamos visto, el Khazne. Mientras los demás se arrodillaban junto al pequeño riachuelo para beber, subí a saltos por sus escaleras y accedí al oscuro interior.

—¿Astiza?

Silencio. ¿No era ése el lugar de nuestra cita?

—¡Astiza!

Resonó como si se burlara de mí.

Maldita sea. ¿Había vuelto a malinterpretar a esa mujer? ¿Había descubierto Silano nuestro plan y la tenía prisionera? ¿O simplemente se retrasaba o se había perdido?

Salí corriendo. El cielo pasaba del gris al azul, y la parte superior de los riscos empezaba a resplandecer. ¡Debíamos irnos antes de que el conde se diera cuenta de que lo había dirigido hacia un agujero vacío! Pero no iba a canjejar la mujer a la que amaba por un manuscrito que no sabía leer. Si partíamos sin ella, volvería a torturarme el remordimiento. Si nos demorábamos demasiado, mis amigos podían ser asesinados.

—No está aquí —anuncié con preocupación.

—Entonces debemos irnos —dijo Mohamed—. Cada kilómetro que pongamos entre nosotros y esos infieles fracos duplica nuestras posibilidades de huir.

—Presiento que viene.

—No podemos esperar, patrón.

Ned tenía razón. Podía oír gritos apagados procedentes del grupo de Silano resonando en el desfiladero, aunque no sabía si eran de entusiasmo o de indignación.

—Unos minutos más —insistí.

—¿Te ha hechizado? ¡Hará que nos capturen a todos, y también tu libro!

—Podemos canjear el libro si no hay más remedio.

—Por el retrete de Lucifer, entonces ¿para qué hemos venido?

De repente Astiza apareció a la vuelta de la esquina, arrimándose a la roca para reducir al mínimo la posibilidad de ser vista, con la cara pálida, rizos de pelo negro delante de los ojos y sin resuello por la carrera. Corrí a su encuentro.

—¿Qué te ha retrasado tanto?

—Estaban tan emocionados que no podían dormir. Fui la primera en acostarme y ha sido una tortura, esperando toda la noche a que callaran. Entonces he tenido que entrar en el *wadi* del cañón y pasar junto a un centinela soñoliento, a lo largo de cien metros o más. —Llevaba el vestido sucio—. Creo que ya se han percatado de mi ausencia.

—¿Puedes correr?

—Si no lo tienes, no quiero hacerlo. —Sus ojos brillaban, interrogantes.

—Lo he encontrado.

Me cogió de los brazos, su sonrisa como la de una niña esperando un regalo. Había soñado con ese libro durante mucho más tiempo que yo. Saqué el cilindro. Ella contuvo la respiración.

—Sopásalo.

Sus dedos lo exploraron como los de un ciego.

—¿De verdad está aquí dentro?

—Sí. Pero no sé leerlo.

—Por el amor de Alá, *effendi*, tenemos qué irnos —apremió Mohamed.

No le hice caso, abrí el cilindro y desenrollé parte del manuscrito. De nuevo quedé impresionado por lo extraños que resultaban los caracteres. Ella cogió el libro con ambas manos, desconcertada, pero reacia a devolverlo.

—¿Dónde estaba?

—En el fondo de una tumba de los templarios. Aposté a que había que dar un giro a sus pistas, y exigían a los buscadores que usaran las matemáticas de las pirámides para demostrar sus conocimientos.

—Esto cambiará el mundo, Ethan.

—Para bien, espero. Las cosas no pueden empeorar mucho, desde mi punto de vista.

—¡Patrón!

El grito de Ned nos rescató de nuestro trance mutuo. Se llevaba una mano al oído, señalando. Era el eco de un disparo.

Arrebaté el libro a Astiza, cerré el cilindro, volví a introducirlo en mi camisa y corrí hacia donde el marinero estaba mirando. La luz del sol empezaba a bajar por la fachada del templo, pintando el risco y las esculturas de un rosa resplandeciente. Pero Ned señalaba el camino por el que habíamos venido, hacia el campamento de Silano. Un espejo emitía destellos al inclinarse.

—Están haciendo señales a alguien. —Indicó la meseta de arenisca que el cañón de la entrada dividía en dos—. A algún demonio de allá arriba, listo para hacer rodar una roca.

—¡Los hombres de Silano se acercan, *effendil*!

—Entonces tendremos que quitarles los caballos atados a los árabes de la entrada. ¿Estáis dispuestos, muchachos?

Pareció la clase de llamamiento que Nelson o Smith usarían.

—¡Volvamos a Inglaterra! —gritó Ned.

Así que echamos a correr, tragados en un instante por el angosto cañón de la entrada y completamente cegados por sus numerosas curvas. Nuestros pasos resonaban mientras nos precipitábamos cuesta arriba. Los brazos de Ned subían y bajaban con su garrote. El pelo de Astiza se agitaba tras ella.

Se oyeron gritos muy arriba, y luego golpes. Levantamos la vista. Una roca del tamaño de un barril de pólvora rebotaba entre las estrechas paredes mientras bajaba, con fragmentos desprendiéndose como metralla.

—¡Más rápido!

Corrimos a toda velocidad y superamos el proyectil antes de que impactara con estrépito en el suelo del desfiladero. En el borde de arriba gritaban en árabe.

Seguimos avanzando. Ahora se produjo un estruendo, y un fogonazo. ¡Aquellos bastardos se habían desplegado por todo el cañón! Silano debía de haber adivinado que seríamos más listos que él y que tendría que impedirnos la huida. Un alud de rocas provocado con pólvora bajó de la montaña, y esta vez hice retroceder a mis compañeros, refugiándonos todos debajo de un saliente. La avalancha pasó con estrépito, sacudiendo el suelo del desfiladero, y luego echamos a correr de nuevo ocultados por su polvareda, abriéndonos paso a través de los cascotes.

Silbaron las balas, inútilmente porque éramos invisibles.

—¡Deprisa! ¡Antes de que lancen otro ataque!

Hubo otra explosión, y otra lluvia de piedras, pero en esta ocasión se precipitó a nuestra espalda, donde obstaculizaría la persecución de Silano. Calculé que ya habíamos recorrido la mitad de aquel nido de serpientes, y si los árabes se encontraban arriba colocando cargas explosivas, no quedaría ninguno para custodiar los caballos. Una vez montados, provocaríamos la desbandada de los demás y...

Jadeando, doblamos otra esquina del cañón y vimos el camino obstruido por un carro. Era un armatoste enjaulado como los que había visto para transportar esclavos, y supuse que era el que habíamos visto cubierto cerca del campo y que había puesto

nerviosos a los caballos. Había un solo árabe junto a él, apuntándonos con un mosquete.

—Yo me encargaré —gruñó Ned, levantando su porra.

—¡Ned, no le ofrezcas un blanco fácil!

Pero cuando el marinero atacaba, se oyó un silbido en el aire y una piedra pasó rozándonos los oídos casi con la velocidad de una bala. El proyectil acertó al árabe en la frente justo cuando abría fuego. El mosquete disparó, pero la bala salió desviada. Miré hacia atrás. Mohamed se había quitado el turbante y utilizado su tela como una onda improvisada.

—Cuando era chico, tenía que mantener a los perros y chacales alejados de las ovejas —explicó.

Corrimos a enfrentarnos con el aturdido árabe y pasar junto al carro, Ned en cabeza, Astiza a continuación. Pero cuando el hombre se desmoronaba como atontado, accionó una palanca y la parte posterior de la jaula cayó de golpe. Algo indefinido y enorme se levantó y se agazapó.

—¡Ned! —grité.

La cosa saltó como impulsada por una catapulta en lugar de sus patas traseras. Atisbé una visión aterradora de una melena parda, unos dientes blancos y el rosa íntimo de su boca. Astiza chilló. Ned y el león rugieron al unísono y chocaron, el garrote golpeando al mismo tiempo que las mandíbulas del depredador se cerraban sobre su antebrazo izquierdo.

El marinero aulló de dolor y de rabia, pero también pude oír el chasquido de las costillas del león cuando la porra de pino impactaba en su costado una y otra vez, tan potente que derribó al león lateralmente, arrastrando el brazo de Ned, y todo su cuerpo, consigo. Rodaron los dos, el humano gritando y el gato gruñendo, una masa de pelo y polvo. El marinero retrocedió y descargó el garrote una y otra vez aún aprisionado por las mandíbulas. Su ropa se rasgaba y su carne se abría. Me sentí mareado.

Había sacado mi tomahawk, endeble como una cucharilla, pero antes de pensármelo dos veces y huir como un hombre sensato, arremetí a mi vez.

—¡Ethan! —Oí a Astiza vagamente.

Otra piedra arrojada por Mohamed pasó silbando por mi lado y dio al gato, haciendo que su cabeza se sacudiera, y la distracción fue tan oportuna que pude meterme en el tumulto y asestar un golpe a la cabeza del león. Le acerté en una ceja, y el felino soltó el brazo de Ned y rugió de dolor y de furia, con la cola agitándose y las patas traseras removiendo la tierra. Ahora también Astiza atacaba, levantando una piedra sobre su cabeza y arrojándola como un atleta. La roca bajó hacia la visión ensangrentada de la bestia y se estrelló contra su hocico.

Nuestro furioso asalto lo desconcertó. En contra de todos los pronósticos, el león se descompuso y salió huyendo, saltando junto a la jaula del carro que lo había

traído. Corrió cañón arriba y lo vi atacar a más árabes de Najac que venían a interponerse en nuestro camino. Gritando ante este cambio de rumbo de su arma secreta, se volvieron y huyeron. El ensangrentado león abatió a uno de ellos, se detuvo a romperle el cuello, y luego salió en persecución de los demás y la libertad de las colinas del fondo.

Los caballos relinchaban aterrorizados.

Estábamos estupefactos, con el corazón acelerado. El filo de mi tomahawk estaba manchado de sangre y pelo. Astiza estaba inclinada; le oscilaba el pecho. Asombrosamente, todos excepto Ned habíamos salido ilesos. Todavía podía oler el hedor del gato, ese olor apestoso de orina, carne y sangre, y me temblaba la voz cuando me arrodillé al lado del gigantesco marinero. Su ataque contra las fauces del león era el acto más valiente que había visto nunca.

—¡Ned, Ned! ¡Tenemos que seguir! —dije sin resuello—. Silano viene, pero creo que el león nos ha despejado el cañón.

—Me temo que no, patrón. —Hablabía con dificultad, los dientes apretados. Sangraba como un hombre apaleado. Relucía de sangre viva. Mohamed utilizaba la tela de su turbante para vendar el maltrecho antebrazo del gigante, pero era inútil—. Tendréis que continuar sin mí.

—¡Nosotros te llevaremos!

Él rió, o más bien carraspeó, una risa parecida a un estornudo entre sus labios fruncidos, con los ojos abiertos como platos al tener conocimiento de su destino.

—Ni hablar.

De todas formas extendimos el brazo para levantarla, pero aulló de dolor y nos apartó de un manotazo.

—¡Dejadme, todos sabemos que no regresaré a Inglaterra! —Gimió y las lágrimas humedecieron sus mejillas—. Me ha rozado las costillas, me siento la pierna torcida o rota y peso más que el rey Jorge y su bañera. Corred, corred como el viento, para que haya merecido la pena.

Tenía los nudillos blanquecinos allí donde aferraba la porra.

—¡Ned, que me cuelguen si te abandono! ¡No después de todo esto!

—Estarás muerto si no lo haces, y tu libro del tesoro en las manos de ese conde loco y su esbirro chiflado. ¡Por Lucifer, haz que mi vida tenga algún sentido viviendo! Puedo retroceder hasta ese montón de escombros y capturarlos cuando lleguen.

—¡Te acribillarán!

—Será una bendición, patrón. Será una bendición. —Hizo una mueca—. Tenía el presentimiento de que no vería Inglaterra si iba contigo. Pero eres un compañero muy interesante, Ethan Gage. Algo más que un tramposo yanqui a las cartas, ya lo creo.

—¿Por qué nuestros peores enemigos se convierten a veces en nuestros mejores amigos?

—Ned...

—¡Huye, malditos tus ojos! Huye, y si encuentras a mi madre, dale un poco de ese oro. —Y, quitándonos de encima, se incorporó tenazmente, primero de rodillas y luego de pie, zigzagueando, y enfiló tambaleándose el camino por el que habíamos venido, su costado una cortina de sangre—. ¡Dios, tengo sed!

Yo estaba paralizado, pero Mohamed tiró de mí.

—*Effendi*, debemos irnos. ¡Ahora!

Y salimos corriendo. No me enorgullezco de ello, pero si nos quedábamos para luchar contra los franceses armados de Silano perderíamos seguro, ¿y para qué? Así que pasamos junto al árabe desplomado en el carro, saltamos sobre el mordido por el león y ascendimos por el desfiladero inclinado, con el pecho palpitando, casi esperando que el gato enfurecido se abalanzara sobre nosotros en cada esquina. Pero el león había desaparecido. Cuando llegamos a la boca del cañón oímos el eco de gritos y luego disparos a nuestra espalda. Hubo alaridos, un espantoso aullido como el de un hombre corpulento sometido a un dolor insoportable. Ned todavía nos hacía ganar tiempo, pero con agonía.

Los caballos estaban estacados donde los habíamos dejado la víspera, pero piafaban con estridentes relinchos y los ojos en blanco. Ensillamos a los tres mejores, cogimos la cuerda de los demás y salimos al galope por donde habíamos venido. Hubo más disparos, pero estábamos muy lejos de su alcance.

Mientras subíamos a la meseta miramos hacia atrás. El grupo de Silano había salido del cañón y nos seguía en tenaz persecución, pero iban a pie. La distancia aumentaba. No podíamos manejar los caballos sobrantes, por lo que los soltamos exceptuando a tres de refresco. A nuestros perseguidores les llevaría algún tiempo volver a capturarlos.

Luego, llorando y completamente agotados, emprendimos rumbo al norte hacia Acre.

Al atardecer alcanzamos el castillo cruzado donde habíamos acampado antes. Supongo que deberíamos haber avanzado más trecho, pero después de perder una noche de sueño rescatando el libro y huyendo a través de los desfiladeros, Mohamed y yo nos tambaleábamos en la silla. Astiza no estaba mucho mejor. Soy un jugador, y aposté a que Silano y Najac no recuperarían pronto sus caballos. Así pues nos detuvimos, las piedras del castillo brevemente anaranjadas al ponerse el sol, y comimos exigüas raciones de pan y dátiles que encontramos en las alforjas. No nos atrevimos a encender fuego.

—Dormid primero vosotros dos —dijo Mohamed—. Yo montaré guardia. Aunque franceses y árabes hayan quedado tirados atrás, sigue habiendo bandidos por estos andurriales.

—Tú estás tan exhausto como nosotros, Mohamed.

—Y por eso deberéis relevarme dentro de unas horas. En esa esquina hay hierba para un lecho y la piedra estará caliente del sol. Estaré en lo alto de la torre en ruinas.

Desapareció, todavía mi guía y guardián.

—Nos deja solos apostá —observó Astiza.

—Sí.

—Vamos. Estoy temblando.

La hierba era todavía verde y blanda en esa época del año. Una lagartija se escabulló dentro de su madriguera cuando el anochecer extendió sus tinieblas. Nos acostamos juntos en la cuña de piedra caliente, era nuestra primera oportunidad de estar realmente cerca desde que me había abofeteado delante de Silano. Astiza se acurrucó en busca de calor y consuelo. Estaba temblando y tenía las mejillas húmedas.

—Siempre es tan difícil...

—Ned no era mal tipo. Yo lo he llevado al desastre.

—Fue Najac quien metió el león ahí dentro, no tú.

Y yo quien había llevado a Ned, y Astiza quien portaba el anillo. De repente me acordé de él y se lo saqué del bolsito.

—Lo guardaste a pesar de haber dicho que estaba maldito.

—Era lo único que conservaba de ti, Ethan. Tenía intención de devolverlo.

—¿Tenían los dioses algún propósito, permitiendo que lo encontrásemos?

—No lo sé. No lo sé. —Se aferró aún más fuerte.

—Quizá trae buena suerte. Al fin y al cabo, tenemos el libro. Y volvemos a estar juntos.

Me miró sorprendida.

—Perseguidos, incapaces de leerlo, con un compañero muerto. —Tendió la mano —. Dámelo.

Cuando lo hice se incorporó y lo arrojó al rincón opuesto del patio en ruinas. Pude oírlo tintinear. Un rubí, lo bastante grande para mantener a un hombre toda su vida, se había perdido.

—Con el libro basta. Nada más, nada más.

Y entonces se recostó, los ojos furiosos, y me besó con eléctrica pasión.

Algún día, tal vez, tendré una cama como es debido, pero al igual que en Egipto, tuvimos que aprovechar el tiempo y el lugar de que disponíamos. Fue una ocasión urgente, desmañada, medio vestidos, nuestro deseo no tanto del cuerpo del otro como de la unión tranquilizadora contra un mundo frío, traicionero, implacable. Jadeamos al unirnos, esforzándonos como animales, Astiza soltando un pequeño grito, y luego nos derrumbamos juntos en una inconsciencia casi inmediata, nuestra

maraña de ropa arrugada como una concha. Prometí débilmente relevar a Mohamed como habíamos convenido.

Nos despertó al amanecer.

—¡Mohamed, lo siento!

Nos esforzábamos con todo el decoro posible por vestirnos.

—No pasa nada, effendi. Yo también me dormí, probablemente unos minutos después de dejaros. He oteado el horizonte. No viene nadie. Pero tenemos que movernos otra vez, pronto. ¿Quién sabe cuándo recuperará sus caballos el enemigo?

—Sí, y con los franceses dominando Palestina, sólo hay un sitio al que podamos ir sin ningún percance: Acre. Y ellos lo saben.

—¿Cómo atravesaremos el ejército de Bonaparte? —preguntó Astiza animosamente, no con preocupación. Parecía rejuvenecida a la luz que se intensificaba, radiante, sus ojos más vivos, su pelo una maraña exuberante. También yo me sentía resucitado. Habíamos hecho bien deshaciéndonos del anillo del faraón.

—Atajaremos hacia la costa, buscaremos una embarcación y navegaremos en ella —dije, repentinamente lleno de confianza. Tenía el libro, tenía a Astiza... y desde luego tenía también a Miriam, un detalle del que había olvidado hablarle a Astiza. Bueno, lo primero es lo primero.

Montamos y bajamos al galope por la ladera del castillo.

No nos atrevimos a descansar una segunda noche. Cabalgamos tanto como pudimos forzar a los caballos, deshaciendo el camino hasta el monte Nebo y bajando luego hasta el mar Muerto y el Jordán, levantando un penacho de polvo a nuestro paso. Supusimos que las tierras altas de Jerusalén estaban aún plagadas de guerrillas samaritanas que podían considerarnos o no como aliados, así que nos dirigimos al norte a orillas del Jordán y regresamos al valle de Jezreel, dando un amplio rodeo alrededor del campo de batalla de Kléber. Los buitres volaban en círculo sobre la colina donde habíamos hecho parada. Mi grupo aún no disponía de armas, exceptuando mi tomahawk. En una ocasión vimos una patrulla de la caballería francesa y desmontamos para escondernos en un olivar mientras pasaban a un kilómetro y medio de distancia. Por dos veces vimos jinetes otomanos, y también nos ocultamos de ellos.

—Nos dirigiremos a la costa cerca de Haifa —dije a mis compañeros—. Sólo está ligeramente guarneída por los franceses. Si podemos robar una embarcación y llegar hasta los británicos, estaremos a salvo.

Y así cabalgamos, separando el alto trigo como Moisés, la Ciudad de los Fantasmas tan irreal como un sueño y la extraña muerte de Ned una pesadilla incomprendible. Astiza y yo habíamos recobrado esa camaradería fácil que llega a las parejas, y Mohamed era nuestro leal carabina y compañero. Desde nuestra huida, no había mencionado el dinero ni una sola vez.

Todos nos habíamos transformado.

De modo que la huida parecía próxima, pero cuando avanzábamos en dirección noreste hacia las colinas de la costa y el monte Carmelo que rodeaban Haifa, vimos una fila de jinetes esperando enfrente.

Me encaramé a un pino para observar con mi telescopio, y fui presa del horror cuando enfoqué primero a una figura, y después a otra. ¿Cómo era posible?

Eran Silano y Najac. No sólo nos habían dado alcance, sino que además nos habían aventajado y establecido aquella fila de piquetes para atraparnos.

Tal vez podríamos escabullimos por su lado.

Pero no, había campos abiertos inevitables mientras nos precipitábamos hacia el norte, y nos reconocieron dando un grito. ¡La persecución comenzaba! Se aseguraron de interponerse entre nosotros y la costa.

—¿Por qué no se acercan? —preguntó Astiza.

—Nos están conduciendo hacia Napoleón.

Esa noche tratamos de virar hacia el Mediterráneo, pero una descarga nos obligó a retroceder. Sospeché que los árabes de Najac eran rastreadores experimentados y habían adivinado adonde íbamos. Ahora no podíamos sacárnoslos de encima. Cabalgábamos con ahínco, lo suficiente para mantenerlos a distancia, pero éramos impotentes sin armas. Ellos no nos acuciaban, sabedores de que nos tenían.

—Podemos ir tierra adentro otra vez, *effendi*, hacia Nazaret o el mar de Galilea — sugirió Mohamed—. Incluso podríamos refugiarnos en el ejército turco en Damasco.

—Y perder todo lo que hemos conseguido —dije gravemente—. Los dos sabemos que los otomanos cogerían el cilindro al instante. —Miré hacia atrás—. Éste es nuestro plan. Les echaremos una carrera hasta las filas francesas, como si fuéramos a rendirnos a Napoleón. Entonces seguiremos adelante, a través de su campamento, y huiremos hacia las murallas de Acre. Si Silano o los franceses nos siguen, se toparán con los cañones de los ingleses y Djezzar.

—¿Y luego, *efendi*?

—Espero que nuestros amigos no disparen también contra nosotros.

Y espoleamos nuestras monturas para cubrir los últimos kilómetros.

Nos hallábamos en la llanura litoral cuando salió el sol, con el Mediterráneo como una tentadora bandeja de plata bloqueada por nuestros enemigos. Cuando partimos al galope, nuestros perseguidores, que habían estado reservando a sus corceles, hicieron lo propio. Yo los había estado observando a través del catalejo y había reconocido algunos de los caballos que habían vuelto a capturar. También tenían otros nuevos. Silano debía de haberlos forzado brutalmente. Nuestro descanso en el castillo cruzado nos había costado caro.

Nuestra única esperanza era el factor sorpresa.

—¡Astiza! ¡Cuando nos acerquemos al campamento, enarbola tu pañuelo blanco como una bandera de tregua! ¡Tenemos que confundirlos!

Ella asintió, inclinándose atentamente sobre su caballo al galope.

A nuestra espalda, oímos disparos. Miré hacia atrás. Nuestros perseguidores estaban muy lejos de nuestro alcance, pero trataban de alertar a los centinelas franceses de que debían arrestarnos. Yo apostaba por la confusión, ayudado por el hecho de que teníamos a una mujer.

El último kilómetro discurrió a la carrera, nuestros caballos rociados de espuma, los flancos palpitando, nuestras cabezas agachadas mientras seguían sonando disparos detrás. Los centinelas habían salido, con los mosquetes en alto y las bayonetas caladas, pero indecisos.

—¡Ahora, ahora! ¡Hazlo ondear!

Astiza lo hizo, levantando un brazo con el pañuelo colgado tras ella e irguiéndose lo suficiente como para exhibir su torso femenino, el viento alisando su vestido contra sus pechos. Los guardias bajaron las armas.

Pasamos con estrépito.

—¡Bandidos y guerrilleros! —grité.

El grupo de Najac parecía un atajo de rufianes. Ahora los piquetes apuntaban tímidamente a nuestros perseguidores.

—¡No aminoréis la marcha! —grité a los demás.

Pasamos como un rayo junto a las tiendas del hospital y saltamos las varas de los carros. Vaya, ¿no eran éhos Monge y el químico, Berthollet? ¿Y salía Bonaparte de su tienda? Irrumpimos en un corro formado en torno a una hoguera, los hombres se dispersaron y las ascuas volaron, y por todas partes los soldados se levantaban de su desayuno gritando y señalando. Sus mosquetes estaban amontonados en pequeñas y ordenadas pirámides, con las bayonetas relucientes. Enfilamos el pasillo, parecido a una avenida, entre las tiendas de un regimiento, el polvo arremolinándose. Detrás pude oír gritos y discusiones cuando el grupo de Silano tiró de las riendas en las filas, señalando frenéticamente.

Podíamos conseguirlo.

Un sargento apuntó una pistola, pero viré bruscamente y el hombre fue apartado por el hombro de mi caballo; el arma se disparó sin causar daños. Mohamed, ágil de reflejos, agarró una tricolor y la portó, como si emprendiéramos un ataque contra Acre por nuestra cuenta. Pero no, ahora se estaba formando una cuña de infantería entre nosotros y los muros de la ciudad, todavía a un kilómetro y medio de distancia, así que zigzagueamos a lo largo de las líneas y saltamos un terraplén de arena. Empezaron a disparar. Las balas pasaron zumbando como avispas insistentes.

En lo alto de las murallas de Acre sonaban las cornetas. ¿Qué debía de pensar Smith después de haberlo abandonado sin mediar palabra?

Allí, una unidad de cocina, los hombres desarmados y ocupados en cocinar. Hice girar a mi caballo y la atravesé, dispersándolos. Su número nos ponía a cubierto del fuego ajeno. Luego crucé una trinchera, me puse a galopar junto al viejo acueducto en dirección a la ciudad...

Y entonces salté por los aires.

Por un momento no supe qué había ocurrido, y pensé que quizás mi caballo había sido alcanzado por una bala o le había reventado de repente el corazón. Caí sobre tierra blanda y resbalé, medio cegado por el polvo. Pero mientras rodaba me di cuenta de que también Mohamed y Astiza habían sido derribados, sus caballos chillaron al romperse sus patas, y vi la cuerda que habían estacado apresuradamente para hacernos tropezar. Esta chasqueó en el aire, y un cocinero ululó jubilosamente. ¡Abatidos, con nuestro objetivo a la vista!

Me levanté, con las manos llenas de arañazos, y corrí hacia los otros dos. Más disparos, balas que pasaban silbando.

—¡El acueducto, *effendi*! ¡Podemos utilizarlo para ponernos a cubierto!

Asentí, tirando despiadadamente de Astiza para no quedarnos atrás. Ella hacía muecas, con el tobillo torcido, pero resuelta.

Había una pila de escalas de mano reunidas para el siguiente asalto, y Mohamed y yo cogimos una y la apoyamos sobre la antigua obra de ingeniería romana. Icé a Astiza desde atrás, la hice pasar por la parte superior y pudimos dejarnos caer al canal por donde había circulado el agua. Nos proporcionaba algo de protección. Las balas rebocaban en la piedra.

—Agachaos y seguid el canal hasta que lleguemos bajo los cañones británicos —dije—. Astiza, ve tú delante con el pañuelo para hacerles señales.

Aquella mujer valerosa había aferrado la prenda incluso cuando cayó su caballo.

Me lanzó el pañuelo.

—No, es a ti a quien reconocerán. Corre y consigue ayuda. Os seguiré tan aprisa como pueda.

—Me quedaré con ella —prometió Mohamed.

Miré sobre el borde del acueducto. Todo el campamento francés bullía de actividad. Silano había conseguido adentrarse y estaba apuntando. Najac parecía cargar mi rifle.

No había tiempo que perder.

Corré por el canal de una anchura inferior a un metro, las balas silbaban y rebotaban. Astiza y Mohamed me seguían en cucillas como podían. ¡Gracias a Thoth un mosquete apenas puede acertar el lateral de un granero! Enfrente, más soldados en las trincheras de avance se volvían hacia el tumulto y levantaban las armas.

Entonces un cañón inglés tronó desde Acre, salpicando tierra, y los franceses se agacharon instintivamente dentro de sus trincheras. Luego otro cañón, y otro. Sin duda los defensores aún no tenían idea de a quién beneficiaban con sus disparos, pero habían decidido que cualquier enemigo de los franceses debía de ser su amigo.

Entonces se oyó otra voz, un grito, y una bala alcanzó los pilares del acueducto. ¡Artillería francesa! Toda la estructura tembló.

—¡Deprisa! —grité a los otros dos.

Corré con la cabeza agachada, agitando el pañuelo como un loco y esperando un milagro.

Más bocanadas de humo desde una batería francesa y más silbidos mientras las balas surcaban el aire, algunas de ellas rebotando sobre sus propias trincheras. Una acertó y el acueducto volvió a temblar, y luego otra vez. Una bala fue a estrellarse contra el borde superior y me roció de cascotes. Parpadeé y miré a mi espalda. Astiza cojeaba denodadamente, con Mohamed justo detrás. ¡Otros cien metros! La artillería disparaba desde ambos bandos, toda una batalla arremolinándose alrededor de nuestro pequeño trío.

Entonces Astiza dio un grito. Me volví. Mohamed se sacudió, rígido, con la boca abierta de sorpresa. Su pecho se empapó de rojo, y se desplomó. Miré hacia atrás. Najac estaba bajando mi rifle.

Tuve que contenerme para no regresar corriendo y matar a ese bastardo.

—¡Déjalo! —grité a Astiza en lugar de eso. La esperaría.

Pero entonces el acueducto que nos separaba voló por los aires.

Fue un disparo perfecto de un cañón grande. Los franceses debían de haber traído nuevas piezas de asedio para sustituir las que les habíamos capturado en el mar. El acueducto se balanceó, piedras antiguas salieron despedidas en todas direcciones, se levantó una polvareda y luego se abrió un enorme boquete entre los pilares. Astiza y yo nos hallábamos de repente en los extremos opuestos de un abismo.

—¡Salta y yo te subiré!

—¡No, vete, vete! —gritó ella—. ¡A mí no me matará! ¡Te haré ganar tiempo!

Arrancó un trozo de su vestido y empezó a regresar cojeando, mientras agitaba frenéticamente la tela en señal de rendición. El fuego francés amainó.

Solté un juramento, pero no podía detenerla. Angustiado, me volví y eché a correr hacia Acre, esta vez completamente erguido, confiando en que la velocidad hiciera de mí un blanco escurridizo.

Si se pudiera recargar un rifle largo más rápido, Najac habría podido acabar conmigo en aquel momento. Pero le llevaría un minuto entero efectuar otro disparo, y otras balas volaron a ciegas. Ahora ya había rebasado las primeras trincheras francesas, en el punto donde el extremo del acueducto se desmoronaba en escombros antes de alcanzar las murallas de Acre, y mientras el fuego de artillería se sucedía en cadena desde ambos bandos salté sobre su borde derruido y me dejé caer a la arena. Mis botas levantaron polvo.

Oí un fragor de cascos y me volví. Observé que los árabes de Najac seguían la longitud del acueducto hacia mí, inclinados sobre sus corceles y haciendo caso omiso del fuego inglés.

Eché a correr hacia el foso. Quedaba a cincuenta metros, la estratégica torre alzándose como un monolito, los soldados de las defensas de Acre señalándome. Sería casi una carrera. Con las piernas latiéndome, corrí como no lo había hecho nunca, oyendo a los jinetes perseguidores acortar la distancia. Ahora los hombres de la muralla de Acre disparaban por encima de mi cabeza, y oí los relinchos y el estrépito de los caballos al caer.

Al final del foso me deslicé por su vertiente como una nutria de Maine por una orilla nevada y fui a caer al seco fondo. El hedor era nauseabundo. Había cuerpos en descomposición, escalas rotas y armas abandonadas que constituían los desechos de guerra. La brecha en la torre había sido sellada y no había forma de escalar el muro. Los hombres me miraban desde arriba, pero no parecía que ninguno de ellos me reconociera todavía. No me arrojaron ninguna cuerda. Sin saber qué otra cosa hacer, bajé por el polvoriento cauce del foso hacia donde desembocaba en el Mediterráneo. Pude ver los mástiles de los navíos británicos, y los fusiles siguieron disparando sobre mi cabeza. ¿No había dicho Smith que estaban construyendo una presa de agua marina en la cabecera del foso?

¡Más gritos! Miré hacia atrás. Los valerosos árabes habían hecho bajar a algunos de sus caballos al fondo del foso y ahora lo recorrían al galope, sin hacer caso de los soldados que trataban de dispararles, decididos a cogerme. ¡Era evidente que Silano sabía que yo tenía el libro! Delante se hallaba la rampa sobre el foso junto a la Puerta de Tierra, y un dique húmedo y negro de la nueva presa detrás de ella. ¡Estaba atrapado!

Entonces se produjo otra explosión, justo delante. Hubo un estruendo, una lluvia de cascotes, y el muro negro se desintegró delante de mí. La onda expansiva me hizo caer hacia atrás, y observé estupefacto cómo una pared de agua marina verde se convertía en espuma y empezaba a precipitarse por el foso hacia mí y mis perseguidores. Me hinqué de rodillas justo cuando me alcanzaba la crecida. Me arrastró por donde había venido, como una hoja en un desagüe.

Me hallaba dentro de una corriente de espuma, incapaz de respirar bien y sin saber dónde estaba arriba y abajo. Avancé dando tumbos. El agua me llevó hasta mis perseguidores y algo grande, supuse que un caballo, me golpeó y me lanzó disparado por los aires. Estábamos siendo arrastrados por el foso hacia la torre central, todos mezclados con cadáveres en descomposición y restos del asedio. Me debatí en el agua, tosiendo.

¡Y entonces vi mi cadena! O, en cualquier caso, una cadena, colgando de la pared de la torre como una guirnalda, y cuando pasamos junto a ella la agarré.

Me sacó fuera del agua como si fuese un pozal y empezó a izarme sobre los ásperos muros de la torre, que rascaban como papel de lija.

—Resiste, Gage. ¡Ya casi estás en casa!

Era Jericó.

Ahora comenzaron a rebotar balas en la pared a mi alrededor y me di cuenta de que ofrecía un blanco colgante a todo el ejército francés. Un disparo afortunado y caería.

Me encogí formando un ovillo. Si hubiese podido hacerme más pequeño, habría desaparecido.

Tronó un cañón, y una bala que parecía del tamaño de un caballo fue a estrellarse en la mampostería a escasos metros de mí y se desintegró en metralla. La torre entera se estremeció y giré como una cuenta en un collar. Seguí aferrándome denodadamente. Luego otra bala, y otra. En cada ocasión la torre temblaba y la cadena se balanceaba, conmigo colgando. ¿Cuándo se acabaría aquello?

Miré hacia abajo. La corriente de agua disminuía, pero los jinetes árabes habían desaparecido, arrastrados quién sabe adonde. La superficie estaba sembrada de restos. Un hombre flotaba cabeza abajo, como un pez.

—¡Tirad! —gritó Jericó.

Unas fuertes manos me sujetaron y me sentí arrastrado, sin resuello, sobre las almenas al interior de las murallas de Acre, medio ahogado, arañado, chamuscado, cortado, amoratado, angustiado por el amor y los compañeros a los que había perdido, y sin embargo milagrosamente sin un solo agujero. Tenía las vidas, y el aspecto desaliñado, de un gato callejero.

Me derrumbé en el suelo, el pecho palpitante, incapaz de ponerme en pie. Se formó un corro de gente a mi alrededor: Jericó, Djezzar, Smith, Phelipeaux.

—Maldita sea, Ethan —dijo Smith a modo de saludo—. ¿En qué bando estáis ahora?

Pero yo miré detrás de ellos a la persona que instintivamente me había llamado la atención, sus cabellos dorados, los ojos abiertos como platos e incrédulos, el vestido sucio de humo y pólvora.

—Hola, Miriam —dije con voz ronca.

Y entonces los cañones franceses comenzaron a disparar de verdad.

En mi experiencia, es cuando necesitas poner en orden tus pensamientos con sumo cuidado que se producen las mayores distracciones. En este caso fue un centenar de piezas de artillería francesas, dando rienda suelta a su frustración por mi supervivencia. Me levanté y fui a asomarme con paso vacilante. Había mucha actividad en los campamentos de Napoleón, unidades formándose y avanzando hacia las trincheras. Al parecer, yo tenía algo que Bonaparte necesitaba recuperar. Desesperadamente.

El muro temblaba bajo nuestros pies.

Miriam me miraba con una expresión que era una mezcla de estupefacción y alivio, con una oleada creciente de indignación, un tributario de confusión, una presa de compasión y más de una jarra de recelo.

—¿Te fuiste sin decir palabra? —consiguió articular por fin.

Sonaba peor el tono en que lo expresó.

—Resultaba difícil explicar por qué.

—¿De qué huía este cristiano? —quiso saber Djezzar.

—Aparentemente, de todo el ejército francés —respondió Phelipeaux con suavidad—. Monsieur Gage, no parece que os aprecien demasiado. Y también nosotros pensábamos mataros, por deserción y traición. ¿Tenéis algún amigo?

—Es esa mujer, ¿verdad? —Miriam había encontrado un modo de ir al grano—. Está viva, y fuiste con ella.

Miré hacia atrás. ¿Estaba viva Astiza? Acababa de ver a mi amigo musulmán asesinado por mi propio fusil, y a Astiza regresar hacia el malvado Silano.

—Tenía que conseguir algo antes de que lo hiciera Napoleón —les conté.

—¿Y lo hicisteis? —preguntó Smith.

Señalé a las tropas que se concentraban.

—Eso cree él, y viene para quitármelo.

Percatándose de la inminencia de un ataque, los jefes de nuestra guarnición se pusieron a gritar órdenes, con las cornetas tocando sobre el estruendo de los cañones.

Me dirigí a Miriam.

—Los franceses me enviaron una señal de que podía estar viva. Tenía que averiguarlo, pero no supe qué decirte, no después de la noche que pasamos juntos. Y resultó que estaba viva. Vinimos juntos para explicarlo, pero creo que han vuelto a capturarla.

—¿Significaba yo algo para ti?

—¡Desde luego! ¡Me enamoré de ti! Sólo que...

—¿Qué?

—Nunca dejé de estar enamorado de ella.

—Maldito seas.

Era la primera blasfemia que oía de labios de Miriam, y me ofendió más que una diatriba de insultos por parte de alguien como Djezzar. Buscaba la manera de explicarme, dejando claro que había en juego causas más elevadas, pero cada vez que comenzaba una frase sonaba hueca y egoísta, incluso para mí. Nos habíamos dejado llevar por la emoción aquella noche después de la defensa de la torre, pero luego el destino y un anillo con un rubí me habían apartado de un modo que no me esperaba. ¿Dónde estaba el error?

Además, tenía un cilindro de oro de valor incalculable oculto en mi camisa. Pero nada de esto resultaba fácil de expresar cuando se acercaba el ejército francés.

—Miriam, siempre ha habido algo más que nosotros. Tú lo sabes.

—No. Las decisiones hieren a las personas. Es así de sencillo.

—Bueno, he vuelto a perder a Astiza.

—Y a mí también.

Pero podría volver a conquistarla, ¿no? Sí, los hombres somos perros, pero las mujeres obtienen cierta satisfacción felina azotándonos con palabras y lágrimas. Hay amor y crueldad por ambas partes, ¿no? De modo que aceptaría su desprecio, libraría la batalla y después, si sobrevivíamos, urdiría una estrategia para disimular el pasado y recuperarla.

—¡Ya vienen!

Aliviado por tener que afrontar sólo las divisiones de Napoleón en vez del dolor de Miriam, subí con los demás a lo alto de la gran torre. La llanura se había animado. Cada trinchera era una oruga de hombres en movimiento, su avance empañado por el humo del furioso cañoneo. Otras tropas arrastraban piezas de campaña más ligeras para utilizarlas si se abría una brecha. Las escalas de mano se bamboleaban mientras los granaderos atravesaban el desigual terreno, y tiros al galope suministraban balas de cañón y pólvora a las baterías. Un grupo de hombres ataviados con túnicas árabes se había congregado junto al acueducto medio destruido.

Desplegué mi catalejo. Eran los supervivientes de la banda de Najac, a juzgar por su aspecto. No vi a Silano ni a Astiza.

Smith me tiró del hombro y señaló.

—¿Qué diablos es eso?

Hice girar el catalejo. Un tronco horizontal avanzaba pesadamente hacia nosotros, un enorme cedro sobresaliendo de la caja de un carro con seis pares de ruedas. Los soldados lo empujaban por los lados y por detrás. Tenía la punta hinchada, como un gigantesco falo, y revestida, supuse, con alguna clase de blindaje. Sí, ¿qué diablos era? Parecía un ariete medieval. No debía pensar Bonaparte que podría empezar a machacar nuestras defensas con unas armas anticuadas hacía siglos. Con todo, los impulsores de aquel artefacto trotaban hacia delante llenos de confianza.

¿Se había vuelto loco Napoleón?

Me recordó la clase de artilugios improvisados que habrían encantado a Ben Franklin, o a mi colega americano Robert Fulton, quien merodeaba por París con ideas disparatadas de cosas que llamaba buques de vapor y submarinos. ¿Ya quién más conocía que fuese un chapucero empedernido? Nicolás-Jacques Conté, por supuesto, el hombre cuyo globo habíamos robado Astiza y yo en El Cairo. Monge había dicho que había inventado una especie de carro robusto para transportar cañones pesados a Acre. Ese tronco rodante llevaba el sello de su improvisado ingenio. Pero ¿un ariete? Parecía demasiado atrasado para un modernista como Conté. A menos que...

—¡Es una bomba! —grité de pronto—. ¡Disparad a su cabeza, disparad a la cabeza!

El torpedo terrestre había alcanzado una ligera bajada que llevaba hasta el foso y empezaba a acelerar.

—¿Qué? —preguntó Philipeaux.

—¡Hay explosivos en el extremo del tronco! ¡Tenemos que hacerlos estallar!

Cogí un mosquete y disparé, pero si llegué a dar al artefacto mi bala rebotó sin causar daño en el revestimiento metálico de la punta. Hubo otros disparos, pero nuestros soldados y marineros seguían apuntando a los hombres que empujaban junto a las ruedas. Un par de ellos fue abatido, pero el monstruo se limitó a pasarse por encima cuando cayeron, el torpedo ganando velocidad.

—¡Disparadle con un cañón!

—Es demasiado tarde, Gage —dijo Smith con serenidad—. No podemos bajar los cañones lo suficiente.

De modo que agarré a Miriam, pasé rozando a su sorprendido hermano y la arrastré a la parte trasera de la torre antes de que pudiera protestar.

—¡Retroceded por si funciona!

También Smith retrocedía, y Djezzar ya había salido a pavonearse por las murallas e intimidar a sus hombres. Pero Philipeaux se quedó, tratando valientemente de frenar la carrera del artilugio de Conté con un disparo de pistola certero. Era una locura.

Entonces el ariete alcanzó el borde del foso y lo cruzó como un rayo, hasta que su hocico fue a estrellarse contra la base de la torre.

Los soldados que lo habían estado empujando salieron corriendo, pero uno de ellos se entretuvo lo suficiente como para tirar de un acollador. Llameó un cohete.

Unos segundos, y luego el artefacto estalló con un estruendo tan cacofónico que ensordecíó mis oídos. El aire se llenó de humo y llamas, y fragmentos de piedra salieron volando más arriba de la parte superior de nuestra torre, girando perezosamente.

El edificio se había estremecido bajo ataques anteriores, pero esta vez se tambaleó como un borracho en Drury Lañe. Miriam y yo caímos, yo sujetándola entre mis brazos. Sir Sidney se agarró a las almenas traseras de la torre. Y la parte delantera del edificio se disolvió delante de mis propios ojos, desmoronándose y precipitándose en un abismo infernal. Phelipeaux y Jericó cayeron con ella.

—¡Hermano! —gritó Miriam, o por lo menos ése es el sonido que interpreté emitía su boca. Lo único que podía oír era un zumbido.

Corrió hacia el borde hasta que la intercepté.

Arrastrándome sobre su cuerpo, que se retorcía, sobre una plataforma que había medio desaparecido y se inclinaba peligrosamente, me asomé a los escombros que humeaban como la garganta de un volcán. El tercio frontal de la torre más sólida simplemente se había desprendido, el resto de ella quedó expuesto como un árbol hueco y apuntalado por suelos medio derruidos. Era como si nos hubiesen arrancado la ropa, dejándonos desnudos. En los escombros de abajo había cuerpos entrelazados con piedra, el foso lleno a rebosar de cascotes. Un nuevo sonido incidió en mis lastimados oídos, y me di cuenta de que miles de hombres vitoreaban, su clamor apenas perceptible en mi estado de confusión. Los franceses cargaban hacia la brecha que habían abierto.

Aposté a que Najac estaría con ellos, buscándome.

Smith había recobrado el equilibrio y desenfundado el sable. Gritaba algo que el zumbido en mis oídos hacía inaudible, pero supuse que llamaba a los hombres a la brecha de abajo. Me revolví hacia atrás sujetando a Miriam.

—¡El resto puede hundirse! —grité.

—¿Qué?

—¡Tenemos que salir de esta torre!

Tampoco ella podía oír. Asintió, se volvió hacia los atacantes franceses y antes de que pudiese detenerla saltó desde el borde del que yo acababa de retirarme. Me abalancé, tratando de sujetarla, y resbalé una vez más hasta el borde. Ella se había dejado caer como un gato a las vigas que sobresalían de la planta inferior de la torre y descendía por los bordes del desplome hacia Jericó. Jurando en silencio para mis adentros, procedí a seguirla, convencido de que todo el edificio cedería en cualquier momento y nos enterraría en una tumba de rocas. Entretanto las balas rebotaban como pulgas dentro un tarro, las balas de cañón chillaban en ambas direcciones y las escalas se extendían como garras.

Smith y un contingente de marinos británicos habían bajado medio al galope, medio saltando por la escalera parcialmente en ruinas que teníamos detrás y llegado a la brecha cuando lo hicimos nosotros. Chocaron con las tropas francesas que atravesaban los escombros en el foso obstruido y se produjo una descarga de fuego de mosquete desde ambos lados; los hombres gritaron. Luego se abalanzaron unos contra otros con bayonetas, alfanjes y culatas de mosquete. El comandante de división francés Louis Bon cayó, herido de muerte. El edecán Croisier, humillado por

Napoleón cuando no pudo capturar a unos cuantos hombres en una escaramuza el año anterior, se arrojó a la batalla. Miriam se dejó caer en ese infierno llamando desesperadamente a Jericó. Y también me metí yo, aturdido, casi desarmado, ennegrecido por el humo de la pólvora, enfrentado cara a cara con todo el ejército francés.

Parecían tener tres metros de estatura con sus sombreros altos y cinturones cruzados, acometiendo con la furia y la frustración acumuladas durante semanas de asedio infructuoso. ¡Ésa era la oportunidad de acabar con aquella situación, al igual que en Jafa! Rugían como las olas en una tempestad, abriéndose paso a través de la carnicería, la punta del tronco de cedro hecho pedazos abierta hacia fuera como una flor. Pero al mismo tiempo que presionaban, caían bajo un diluvio de hierro, piedras y bombetas arrojados desde arriba por los otomanos de Djezzar, que los derribaban como trigo. Si los franceses estaban resueltos, nosotros estábamos desesperados. Si conseguían atravesar la torre, Acre estaría perdida y todos nosotros moriríamos. Los marinos británicos se lanzaban sobre ellos gritando, disparando y acuchillando, los rojos y los azules un mosaico de color en lucha.

Fue el combate más feroz en el que había estado jamás, tan cuerpo a cuerpo como griegos y troyanos, sin pedir ni dar cuartel. Los hombres gruñían y soltaban juramentos mientras acuchillaban, estrangulaban, sacaban los ojos y daban patadas. Embestían y luchaban como toros. Croisier se hundió en la confusión, acribillado y acuchillado en una docena de sitios. No podíamos ver nada de la batalla más general, tan sólo ese lienzo sobre un montón de escombros con la torre a punto de caernos encima. Vi a Phelipeaux, medio enterrado, con la espalda probablemente rota, sacar como pudo una pistola de debajo de su cuerpo y disparar contra sus enemigos revolucionarios. Media docena de bayonetas se clavaron en él a modo de respuesta.

Jericó no sólo había sobrevivido a la caída, sino que además se retiraba arrastrándose de los escombros. Tenía la ropa chamuscada y rasgada y la piel grisácea por el polvo de las piedras, pero había encontrado una barra de hierro, ligeramente curvada, y golpeaba a los franceses que se le acercaban como Sansón. Los hombres se apartaban de su energía maníaca mientras hacía girar la vara. Un fusilero se acercó por detrás apuntando su mosquete, pero Miriam se había hecho con la pistola de un oficial, que sostuvo con ambas manos y disparó a quemarropa. La mitad de la cabeza del fusilero voló hecha pedazos. Un granadero venía por el lado contrario. Me acordé de mi tomahawk y lo lancé, observando cómo giraba antes de hundirse en el cuello del atacante. Cayó como un árbol talado y se lo arranqué. Entonces Miriam y yo conseguimos sujetar a Jericó por los brazos y lo hicimos retroceder un par de pasos, fuera del alcance de las bayonetas en las que parecía desesperado por ensartarse. Cuando lo hicimos, otros soldados de Djezzar pasaron por nuestro lado para entablar combate con los franceses. Se estaba formando un seto de cuerpos. Smith, sin sombrero y con la cabeza ensangrentada, acuchillaba con su sable como un poseso. Las balas silbaban, rebocaban o se hundían con un ruido sordo cuando encontraban carne, y alguien gruñía y se desplomaba.

Yo había recuperado vagamente el oído, y grité a Jericó y a Miriam:

—¡Tenemos que volver detrás de nuestras filas! ¡Podemos prestar más ayuda desde arriba!

Pero entonces algo pasó zumbando junto a mi oído, tan cerca como una avispa de advertencia, y Jericó recibió una bala en el hombro y giró como una peonza.

Me volví y vi a mi pesadilla. Najac maldecía, con mi propio rifle plantado sobre la culata en los escombros mientras empezaba a recargar, sus esbirros apartados del combate real pero asomando por entre las cabezas de los granaderos que luchaban. ¡Aquel disparo iba dirigido a mí! Habían venido por mi cadáver, ya lo creo: porque sabían lo que probablemente llevaba escondido dentro de mi camisa. Y entonces se apoderó de mí la locura del combate, una ira y una terrible sed de venganza que me hicieron sentir cómo se me hinchaban los músculos, se dilataban las venas y mis ojos eran repentinamente capaces de percibir los detalles sobrenaturales. Había visto el destello rojo en el dedo del bastardo. ¡Llevaba puesto el anillo con el rubí de Astiza!

Supe al instante qué había ocurrido. Mohamed había sido incapaz de resistir la tentación de la joya maldita que Astiza había arrojado en el patio del castillo cruzado. Mientras dormíamos se lo había guardado en el bolsillo, lo que puso fin a sus peticiones periódicas de dinero. Y también había sido él, no yo, quien había sido abatido por el disparo del rifle largo de Najac cuando huímos por el acueducto. El canalla francés se había asegurado de que el musulmán estaba muerto y luego se había apoderado de la piedra, ignorando su historia. Era una confesión de asesinato. Así que cogí la barra de hierro de Jericó y me abalancé contra él, contando los segundos. Tardaría un minuto entero en cargar el rifle largo americano, y ya habían transcurrido diez segundos. Tenía que abrirme paso a través de un matorral de franceses para llegar hasta él.

La barra silbó cuando la esgrimí en un gran arco, tan poseído como un templario por Cristo. ¡Aquello era por Mohamed y por Ned! Me sentía invulnerable a las balas, desconocedor del miedo. El tiempo se volvió más lento, el ruido se atenuó, la visión se redujo. Lo único que veía era a Najac, sus manos temblorosas mientras introducía pólvora en el cañón del rifle.

Veinte segundos.

Mi barra giró en aquel campo erizado de bayonetas como una hoz limpiando un camino. El metal resonaba cuando lo apartaba a un lado a golpes. Los soldados de infantería se alejaban de mi locura.

Treinta segundos. La bala del rifle se enfundó en su taco y fue alojada nerviosamente en la boca del cañón con la baqueta corta.

Los franceses y árabes de Najac gritaban y disparaban, pero yo no notaba más que viento. Podía ver las ondas en el aire lleno de humo cuando las balas salían disparadas, el centelleo de unos ojos frenéticos, el blanco de los dientes, la sangre brotando de algún lugar del rostro de un joven oficial. La barra golpeó las costillas de un granadero altísimo, que se dobló.

Cuarenta segundos. La obstinada bala estaba siendo alojada con la baqueta.

Salté sobre muertos y moribundos, utilizando sus cuerpos como guijarros en un río, mi equilibrio el de una araña. Mi barra zumbaba en círculo a mi alrededor, los hombres dispersándose como habían hecho ante Jericó, Smith atravesando a un *chasseur* con su sable, un marino británico muriendo y otros dos clavando bayonetas a sus presas. Seguían lloviendo cascotes de lo alto de los muros, y vi florecer explosiones detrás de Najac cuando estallaban granadas y cartuchos. Al mismo tiempo que yo avanzaba, refuerzos otomanos e ingleses se abrían paso a mi espalda, obstruyendo la brecha con su número. Una tricolor ondeó y bajó, luego volvió a levantarse, bamboleándose adelante y atrás.

Cincuenta segundos. Najac ni siquiera se entretuvo en sacar la baqueta, sino que se apresuraba a cebar la cazoleta con pólvora y echar la llave hacia atrás. Había miedo en sus ojos, miedo y desesperación, pero también odio. Ya casi había llegado hasta él cuando uno de sus esbirros se plantó delante, las manos levantadas sobre la cabeza con una cimitarra, el rostro deformado por un aullido, hasta que mi barra lo alcanzó en el costado del cráneo y éste estalló, salpicando sangre en todas direcciones. Pude notar su sabor en mis dientes.

Y ahora, cuando amartillaba el arma para el golpe definitivo, ante los ojos de Najac desorbitados de terror, hubo un fogonazo en la cazoleta y un estampido, una onda expansiva de calor y humo, y mi propio rifle, con la baqueta aún dentro, me disparó directamente al pecho.

Caí hacia atrás. Pero antes de morir hice girar la barra a ras de suelo y el hierro golpeó al ladrón en los tobillos, destrozándoselos. También él se derrumbó, las tropas pasaban en tropel sobre nosotros, y al comprobar que aún no estaba muerto me arrastré hacia delante, resollando, y lo agarré del cuello, enmudeciendo sus gritos de dolor. Apreté con tanta fuerza que los tendones de mi propio cuello se hincharon por el esfuerzo.

Me miró con odio desesperado. Sus brazos se agitaron, buscando un arma. Su lengua sobresalía obscenamente.

«Esto por Ned, por Mohamed, por Jericó y por todos los hombres buenos a los que has abatido en tu desgraciada vida de cucaracha», pensé. Y seguí apretando mientras él se ponía morado, y mi sangre goteaba sobre la víctima que se retorcía. Pude ver la baqueta sobresaliendo de mi pecho. ¿Qué estaba pasando?

Entonces noté sus manos en mi cintura y un tirón al cogerme el tomahawk. No habiendo podido acabar conmigo con mi propio rifle, ¡ahora se proponía abrirme la sien con mi propia hacha!

Casi sin pensar, me incliné hacia delante para que la baqueta que había disparado presionara contra su pecho y su corazón. Su punta estaba hecha pedazos y afilada como una aguja de hacer punto, y finalmente comprendí qué debía de haber sucedido. Cuando había disparado, el proyectil, semejante a una flecha, me había alcanzado sin duda, pero exactamente allí donde el cilindro que contenía el *Libro de Tot* estaba alojado dentro de mi camisa. Su punta roma se había clavado en el blando oro, derribándome hacia atrás pero sin atravesarme la piel. Ahora, al mismo tiempo

que él liberaba mi tomahawk y echaba el brazo hacia atrás para golpear, me incliné hacia él, empujando la baqueta con el cilindro directamente contra su pecho. El esfuerzo me dolía una barbaridad, pero rompió el esternón de aquel demonio y luego se hundió fácilmente como un tenedor en un pastel. Najac puso ojos como platos mientras nos abrazábamos, y le perforé el corazón.

La sangre manó a borbotones como de un pozo, una charca que se ensanchaba, y siseando como la víbora que era murió, mi nombre una burbuja roja en sus labios.

Vítores, pero esta vez en inglés. Levanté la vista. El ataque francés se estaba descomponiendo.

Arranqué la baqueta de un tirón, me puse de rodillas tambaleándome y, por fin, recuperé mi rifle hecho a medida. Pero aquél era el peor osario, una horrenda maraña de miembros y torsos de hombres que habían muerto luchando cuerpo a cuerpo entre sí. Había cientos de cadáveres en la brecha, y varias veintenas más en el empapado foso en todas direcciones, escalas de mano hechas astillas y las murallas de Acre melladas y agrietadas. Pero los franceses se retiraban. También los turcos aclamaban; su artillería atronaba para despedir a los franceses.

Los hombres de Smith y Djezzar no se atrevieron a perseguirlos. Estaban en cuclillas, asombrados por su propio éxito, y luego se apresuraron a recargar por si el enemigo regresaba. Los sargentos empezaron a ordenar una tosca barricada al pie de la torre.

El propio Smith me atisbo y se acercó a zancadas, los cuerpos comprimiéndose ligeramente mientras pasaba a través de ellos.

—¡Gage! ¡Esto ha sido lo más parecido a un ataque que he visto nunca! ¡Dios mío, la torre! ¡Parece que vaya a caerse en cualquier momento!

—Bonaparte debió de pensar lo mismo, sir Sidney —dijo. Estaba jadeando, con todos los músculos temblando, más agotado de lo que había estado nunca. La emoción me había dejado seco. No había recobrado el aliento en un siglo. No había dormido en mil años.

—Mañana al amanecer la verá reconstruida y más reforzada que nunca, si la ingeniería británica tiene algo que ver —dijo el capitán naval con pasión—. ¡Por Dios, lo hemos vencido, Ethan, lo hemos vencido! Ahora nos disparará cada bala de cañón que tenga, pero no regresará después de esta paliza. Sus hombres no lo permitirán. Se resistirán.

¿Cómo podía estar tan seguro? Y sin embargo los hechos iban a darle la razón.

Smith asintió.

—¿Dónde está Phelipeaux? Le he visto encabezar la carga contra ellos. ¡Por Dios, eso sí que es valor monárquico!

Sacudí la cabeza.

—Me temo que han acabado con él, Sidney.

Nos abrimos camino cuidadosamente. Dos cuerpos yacían sobre Philipeaux, y los apartamos a un lado. Y, milagro de milagros, el monárquico todavía respiraba, aun cuando yo había visto media docena de bayonetas atravesándolo como una pierna de carne de vaca. Smith lo incorporó ligeramente, recostando la cabeza del moribundo en su regazo.

—¡Edmond, los hemos hecho retroceder! —exclamó—. ¡El corso está acabado!

—¿Qué...? ¿Se han retirado?

Aunque tenía los ojos abiertos, estaba ciego.

—Ahora mismo nos mira con el ceño fruncido desde su colina, la flor y nata de sus tropas fuera de combate o huyendo. Vuestro nombre conocerá la gloria, amigo, porque Boney no tomará Acre. Hemos parado los pies al tirano republicano, y los generales políticos como él no duran más de una derrota dolorosa. —Me miró con ojos relucientes—. Acordaos bien de lo que os digo, Gage. El mundo oirá hablar poco de Napoleón Bonaparte en el futuro.

Y entonces el coronel Phelipeaux expiró. ¿Llegó a comprender su victoria cuando la vida se escapaba de su cuerpo? No lo sé. Pero quizá tuvo un indicio de que no había sido en vano, y que en la violenta locura de aquel peor día del asedio se había conquistado algo fundamental.

Volví junto al cuerpo de Najac, me incliné y cogí mi rifle, mi tomahawk y el anillo. Luego regresé a través de los escombros de la torre medio derruida. Entre gritos, los ingenieros ya empezaban a levantar piedras desprendidas, preparar vigas y mezclar mortero. La torre sería remendada una vez más.

Fui en busca de Jericó y Miriam.

Por fortuna, no vi el cuerpo del quincallero entre las largas hileras de defensores que reposaban provisionalmente en los jardines del pacha. Levanté la vista. Los pájaros habían desaparecido en la cacofonía, pero pude ver los ojos velados de las mujeres del harén de Djezzar mirando hacia abajo desde sus ventanas enrejadas. En parte del enmaderado se habían abierto astillas, dejando hendiduras amarillas en la decoración con manchas oscuras. El propio pachá se pavoneaba como un gallo por su muralla, dando palmadas en el hombro a sus agotados hombres y gritando a los franceses.

—¿Qué, no os gusta mi hospitalidad? ¡Entonces regresad y os daré un poco más!

Bebí en la fuente de la mezquita y luego recorrió confuso la ciudad, sucia de sangre y humo de pólvora, civiles acurrucados me miraban con cautela. Supuse que mis ojos eran brillantes en la negrura de mi rostro, pero mi mirada distaba mil quinientos kilómetros. Anduve hasta que llegué al muelle con su faro, el Mediterráneo limpio después de la vileza de la batalla. Miré hacia atrás. Los cañones seguían retumbando, y humo y polvo habían extendido un manto en aquella dirección, que el sol poniente iluminaba desde el fondo confiriéndole una oscuridad tormentosa.

¿Cómo había transcurrido tanto tiempo? Habíamos echado a correr hacia la muralla por la mañana.

Me quité el anillo del faraón que había supuesto dolor para todas las personas que lo habían tocado. ¿Existen realmente las maldiciones? Franklin el racionalista lo dudaría. Pero yo fui lo bastante prudente como para no tocar su rubí mientras entraba en el frío mar, hasta las rodillas, hasta la cintura, con el frío apoderándose de mi ingle, de mi pecho. Me incliné y me sumergí bajo el agua; abriendo los ojos en la verde penumbra, dejando que el mar lavara parte de la mugre. Aguanté la respiración todo lo que pude, cerciorándome de que estaba finalmente dispuesto a hacer lo que debía. Entonces salí a la superficie, sacudí el agua de mis cabellos largos y húmedos, eché el brazo atrás y lo arrojé. Era un meteorito rojo, dirigiéndose hacia el cobalto que marcaba las aguas profundas. Se oyó un chapoteo y, así de sencillo, el anillo desapareció.

Me estremecí aliviado.

Encontré a Miriam en el hospital de la ciudad, cuyas dependencias se hallaban abarrotadas de heridos recientes. Las sábanas eran de un rojo intenso, y las cacerolas de agua, rosadas. Las palanganas contenían pedazos de carne amputada. Las moscas zumbaban, dándose un banquete, y olía no sólo a sangre sino también a gangrena, lejía y el carbón vegetal de los braseros donde se calentaban los instrumentos quirúrgicos antes de cortar. De vez en cuando, los gritos hendían el aire.

El edificio temblaba por el incesante fuego de artillería. Como Smith había predicho, daba la impresión de que Napoleón nos disparaba todo aquello de que disponía en una última efusión de frustración. Tal vez esperaba simplemente arrasar lo que no podía tomar. Las sierras tintineaban sobre las mesas. El polvo llovía del tejado sobre los ojos de los heridos.

Vi con alivio que Miriam atendía a un hermano que seguía con vida. Jericó estaba pálido, el pelo grasiendo, sin camisa, y la mitad superior del torso envuelta en vendas manchadas. Pero estaba lo bastante despierto y activo como para dirigirme una mirada escéptica al acercarme a su jergón.

—¿Es que nada puede matarte?

—He acabado con el hombre que te disparó, Jericó. —Mi voz era monótona por la sobrecarga emocional—. Nos hemos mantenido en la brecha. Tú, Miriam, yo, todos nosotros. Hemos resistido.

—En el nombre de Hades, ¿adonde fuiste cuando dejaste la ciudad?

—Es una larga historia. ¿Sabes aquella cosa que andábamos buscando en Jerusalén? La encontré.

Los dos me miraron fijamente.

—¿El tesoro?

—Algo así.

Hurgué en la camisa y saqué el cilindro de oro. En efecto, estaba abollado y casi perforado allí donde había recibido el impacto de la baqueta. Mi pecho tenía un cardenal del tamaño de un plato. Pero tanto el recipiente metálico del libro como mi cuerpo estaban intactos. Abrieron mucho los ojos ante el brillo del metal, que oculté a otras miradas del hospital.

—Es pesado, Jericó. Lo bastante como para construir dos veces la casa, y dos veces la fragua, que dejaste en Jerusalén. Cuando termine la guerra, serás un hombre rico.

—¿Yo?

—Te lo regalo. Tengo mala suerte con los tesoros. Sin embargo, pretendo quedarme con el libro de dentro. No puedo leer ni media palabra, pero me estoy volviendo sentimental.

—¿Me regalas todo el oro?

—A ti y a Miriam.

Frunció el ceño.

—¿Acaso crees que puedes pagarme?

—¿Pagarte?

—¿Por irrumpir en nuestras vidas y llevarte no sólo nuestro hogar y nuestro sustento sino también la virtud de mi hermana?

—¡No es ningún pago! Dios mío, ella no... —Tuve la prudencia de no acabar la frase—. No es un pago, ni siquiera un agradecimiento. Sólo simple justicia. Me harías un favor aceptándolo.

—La seduces, la tomas, te marchas sin decir palabra, ¿y ahora traes esto? —Se estaba irritando en lugar de calmarse—. ¡Escupo sobre tu regalo!

Era obvio que no comprendía.

—Entonces escupes sobre la humilde disculpa de tu futuro cuñado.

—¿Qué? —exclamaron al unísono. Miriam me miraba incrédula.

—Estoy avergonzado de haber tenido que irme sin dar explicaciones y dejarlos a los dos preocupados durante estas últimas semanas —dije—. Sé que parecí más vil que una serpiente en una alcantarilla. Pero tuve la oportunidad de concluir nuestra búsqueda y la aproveché, ocultando esta recompensa a los franceses, que la habrían empleado mal. Ahora ya nunca conseguirán el libro, porque aunque logren abrirse paso puedo mandarlo al mar a bordo de los navíos de Smith. Acabé lo que empezamos, y ahora he vuelto para terminar el resto. Quiero casarme con tu hermana, Jericó. Con tu permiso.

Su rostro se contraía de incredulidad.

—¿Te has vuelto completamente loco?

—Nunca he estado más cuerdo en mi vida.

Me había dado cuenta de que había tenido la respuesta delante. Un dios u otro me mostraba el camino sensato arrebátandome a Astiza. Éramos veneno uno para el otro, fuego y hielo que acababan en peligro cada vez que nos encontrábamos, y la pobre mujer egipcia estaba mejor sin mí. Desde luego que mi corazón no podía soportar perderla de nuevo. Pero aquí estaba la dulce Miriam, una mujer buena que había aprendido a volarle la cabeza a un hombre con una pistola, pero serena, un ejemplo de una vida dichosa y tranquila. ¡Esto es lo que había encontrado en realidad en Tierra Santa, no ese libro estúpido! Así pues, ahora me casaría con una muchacha formal, echaría raíces, olvidaría mi dolor por Astiza y terminaría para siempre con las batallas y con Napoleón. Asentí para mis adentros.

—Pero ¿qué hay de Astiza? —preguntó Miriam asombrada.

—No voy a mentirte. La amé. Todavía la quiero. Pero se ha ido, Miriam. La rescaté como la otra vez, y he vuelto a perderla como antes. No sé por qué, pero no es para mí. Estas últimas horas de infierno me han abierto los ojos a mil cosas. Una de ellas es cuánto te quiero, y lo maravillosa que serás para mí, y lo bueno, espero, que puedo ser para ti. Quiero formar una pareja honesta, Jericó. Pido tu bendición.

Se quedó mirándome largo rato, su expresión inescrutable. Entonces su rostro se contrajo de un modo extraño.

—¿Jericó?

La cara se arrugó, y por último se echó a reír. Rio a carcajadas, las lágrimas resbalando por sus mejillas, y también Miriam prorrumpió en risas, mirándome con algo inquietantemente parecido a la compasión.

—¿Qué estaba pasando?

—¡Mi bendición! —bramó—. ¡Como si fuera a dártela a ti! —Entonces hizo una mueca, recordando el dolor del agujero en su hombro.

—Pero me he reformado, ¿sabes...?

—Ethan. —Miriam extendió su mano y tocó la mía—. ¿Crees que el mundo permanece inmóvil mientras tú vives tus aventuras?

—Bueno, no, claro que no. —Me sentía cada vez más confuso.

Jericó logró dominarse, jadeando y resollando.

—Gage, tienes la oportunidad de un cronómetro estropeado.

—¿Qué me estáis diciendo? —Mis ojos pasaron de uno a otro—. ¿Tengo que esperar a que termine la guerra?

—Ethan —dijo Miriam con un suspiro—, ¿recuerdas dónde me dejaste cuando fuiste a reunirte con Astiza?

—En una casa de aquí, en Acre.

—En la casa de un doctor. Un médico de este hospital. —Abrió los ojos y miró detrás de mí—. Un hombre que me encontró hecha un mar de lágrimas, confusa y aborrecida por mí misma cuando llegó a casa para concederse por fin unas pocas horas de sueño.

Me volví despacio. A mi espalda estaba el cirujano levantino, moreno, joven, apuesto y con un aspecto mucho más honroso, a pesar de sus manos manchadas de sangre, que el de un jugador y holgazán como yo. ¡Por John Adams, había hecho el tonto una vez más! Cuando la gitana Sarylla me echó la carta del loco de su baraja de tarot, sabía lo que se hacía.

—Ethan, te presento a mi nuevo prometido.

—Doctor Hiram Zawani, para serviros, señor Gage —dijo el hombre con ese acento educado que siempre he envidiado. Los hace parecer tres veces más inteligentes que uno, aunque no tengan ni la sensatez de un jamelgo—. Haim Farhi dijo que no sois el granuja que apparentáis.

—El doctor Zawani me ha convertido en una mujer sincera, Ethan. Me mentía a mí misma acerca de lo que deseaba y necesitaba.

—El es la clase de hombre que necesita mi hermana —observó Jericó—. Nadie debería saberlo mejor que tú. ¡Y tú los uniste! Eres un ser humano confuso y superficial, Ethan Gage, pero por una vez hiciste algo bien.

Sonrieron, mientras yo trataba de dilucidar si me felicitaban o me insultaban.

—Pero...

Quería decir que ella estaba enamorada de mí, que debería haber esperado, que yo tenía a dos mujeres que se disputaban mi atención y mi problema era elegir entre ellas...

En medio día, había pasado de dos a ninguna. También el rubí y el oro habían desaparecido.

Bueno, ¡al diablo!

Y sin embargo era una liberación. No había estado en un buen burdel desde mi huida de París, y no obstante ahí estaba, la oportunidad de volver a ser un soltero libre. ¿Humillante? Sí. Pero ¿un alivio? Me sorprendía hasta qué punto. «Es estupendo cómo se resuelven esas cosas», había dicho Smith. ¿Soledad? A veces. Pero también menos responsabilidad.

Me embarcaría rumbo a casa, donaría el libro a la Biblioteca de Filadelfia para que se devanaran los sesos con él y reanudaría mi vida. Quizás Astor necesitaba ayuda en el comercio de las pieles. Y había una nueva capital construyéndose en las marismas de Virginia, a escondidas de los americanos honrados. Parecía justo el futuro antro de oportunismo, fraude y artimañas adecuado para un hombre de mis talentos.

—Felicitaciones —carraspeé.

—Aún debería partirte en dos —dijo Jericó—. Pero dado lo que ha ocurrido, creo que me limitaré a dejar que nos ayudes a empeñar esto.

Y permitió a Zawani echar una miradita al oro.

Un día después los franceses, habiendo utilizado la mayor parte de sus municiones en un último bombardeo furioso que no varió su situación estratégica, comenzaron a retirarse. Bonaparte dependía del ímpetu. Si no podía avanzar y sorprender a sus enemigos desequilibrados, era superado en número sin remedio. Acre le había parado los pies. Su única alternativa consistía en volver a Egipto y declararse victorioso, citando las batallas que había ganado y olvidando las que había perdido.

Los observé con mi catalejo mientras se marchaban. Cientos de hombres, los enfermos y los heridos que no podían andar, iban en carros o desplomados a lomos de caballo. Si los dejaban atrás estaban perdidos, de modo que reconocí incluso a Bonaparte andando, guiando un caballo que transportaba a un soldado vendado. Prendieron fuego a los pertrechos que no podían llevarse, grandes columnas de humo elevándose en el aire de mayo, y volaron los puentes de Na'amán y Kishón. Los franceses iban tan escasos de transporte animal adecuado y forraje que dos

docenas de cañones quedaron abandonadas. También lo fueron las muchedumbres de judíos, cristianos y matuwellis que se habían aliado con los franceses con la esperanza de ser liberados de los musulmanes. Gemían como niños extraviados, porque ahora sólo podían esperar la cruel venganza de Djézzar.

Los franceses empezaron a incendiar vengativamente las granjas y aldeas que encontraban en el trayecto de su retirada hacia la costa, para obstaculizar una persecución que nunca se produjo. Nuestra aturdida guarnición no estaba en condiciones de seguirlos. El asedio había durado sesenta y dos días, desde el 19 de marzo hasta el 21 de mayo. Se habían registrado cuantiosas bajas en ambos bandos. La peste que había infestado al ejército de Napoleón había entrado dentro de las murallas, y la preocupación inmediata era deshacerse de los muertos. Hacía calor, y Acre pestaba.

Me movía con aturrido hastío. Astiza había vuelto a desaparecer, prisionera o muerta. Metí el libro en una cartera de cuero y lo escondí en los aposentos que alquilé en la Posada del Mercader, Khan a-Shawarda, pero apuesto a que hubiera podido dejarlo en el mercado principal y nadie lo habría cogido, tan inservible parecía su extraña escritura. Poco a poco fueron llegando informes sobre la retirada de Napoleón. Abandonó Jafa, conquistada a un precio tan terrible, una semana después de partir de Acre. A los peores casos de peste se les administraba opio y veneno para precipitar su muerte e impedir que cayeran en manos de los samaritanos de Nablus que los perseguían. Los derrotados soldados llegaron tambaleándose a El-Arish, en Egipto, el 2 de junio. Allí reforzaron su guarnición, y entonces el grueso del ejército continuó hacia El Cairo. Un termómetro puesto en las arenas del desierto registró una temperatura de 56 grados. Cuando alcanzaron el Nilo la marcha se detuvo, los hombres descansaron y repusieron fuerzas: Napoleón no podía permitirse presentar un ejército derrotado. Volvió a entrar en El Cairo el 14 de junio con estandartes capturados, atribuyéndose la victoria, pero las afirmaciones eran amargas. Me enteré de que el general de artillería Caffarelli, con una sola pierna, resultó con un brazo destrozado por una bala de cañón turca y murió de infección fuera de Acre; que el físico Etienne Louis Malus había enfermado de peste en Jafa y hubo de ser evacuado, y que Monge y su amigo químico Berthollet habían contraído disentería y figuraban entre los enfermos evacuados en carro. La aventura de Napoleón se estaba convirtiendo en un desastre para todos los que yo conocía.

Entretanto, Smith estaba impaciente por acabar con su archienemigo. Los refuerzos turcos procedentes de Constantinopla no habían llegado a tiempo de ayudar a Acre, pero a principios de julio arribó una flota con casi doce mil tropas otomanas, listas para zarpar rumbo a la bahía de Abukir y recuperar Egipto. El capitán inglés había comprometido a su propio escuadrón en apoyo del ataque. Yo no tenía ningún interés en unirme a esta expedición, que dudaba pudiera derrotar al ejército principal francés. Seguía teniendo planes para América. Pero el 7 de julio un mercante me trajo una carta desde Egipto. Estaba sellada con cera roja con una imagen del dios picudo Thoth, y dirigida a mí con letra femenina. Se me aceleró el corazón.

Pero cuando la abrí, la escritura no era de Astiza, sino los garabatos enérgicos de un varón. Su mensaje era sencillo.

Yo puedo leerlo, y ella está esperando. La clave está en Rosetta.

Silano

TERCERA PARTE

Llegué de vuelta a Egipto el 14 de julio de 1799, un año y dos semanas después de mi primer desembarco con Napoleón. Esta vez iba con un ejército turco, no francés. Smith estaba entusiasmado con esta contraofensiva, proclamando que acabaría con Boney. Sin embargo, no pude evitar fijarme en que se mantenía a distancia de la costa con su escuadrón. Y cuesta trabajo decir quién tenía menos confianza en el éxito definitivo de esta invasión: su anciano comandante de barba blanca, Mustafá Pasha, quien limitó su avance a ocupar la minúscula península que constituía un lado de la bahía de Abukir, o yo. Sus tropas desembarcaron, tomaron un reducto francés al este de la aldea de Abukir, exterminaron a sus mil trescientos defensores, forzaron a rendirse a otro puesto avanzado francés en la punta de la península y se detuvieron. En el punto donde el istmo de la península se unía al continente, Mustafá empezó a erigir tres filas de fortificaciones en espera del inevitable contraataque francés. Pese a la satisfactoria defensa de Acre, los otomanos aún desconfiaban de enfrentarse a Napoleón en campo abierto. Después de la ridículamente desequilibrada victoria de Bonaparte en la Batalla del Monte Tabor, los pachas consideraban cada iniciativa propia como un desastre en potencia. De modo que invadieron y cavaron furiosamente, esperando que los franceses expiraran servicialmente delante de sus trincheras. Pudimos ver a los primeros exploradores de la fuerza de bloqueo de Bonaparte, que se reunía rápidamente, observándonos desde las dunas al otro lado de la península.

Sin que se me invitara, sugerí cortésmente a Mustafá que atacara al sur e intentara unir fuerzas con la resistencia mameluca en la que se había alistado mi amigo Ashraf, una caballería móvil a las órdenes de Murad Bey. Circulaba el rumor de que Murad había osado llegar hasta la Gran Pirámide, la había escalado hasta la cúspide y había usado un espejo para hacer señales a su esposa, cautiva en El Cairo. Era el gesto de un comandante gallardo, y yo esperaba que a estos turcos les fuese mejor bajo el astuto mando de Murad que a las órdenes del cauteloso Mustafá. Pero el pacha no confiaba en los arrogantes mamelucos, no quería compartir el mando y le daba pavor dejar la protección de sus terraplenes y troneras. Así como Bonaparte se había mostrado impaciente en Acre, los otomanos habían desembarcado demasiado pronto, y con demasiado pocas fuerzas, en Egipto.

Sin embargo la situación estratégica cambiaba continuamente. Sí, el gran plan estratégico original de Napoleón se había desbaratado. Su flota había sido destruida por el almirante Nelson el año anterior, su avance en Asia había sido detenido en Acre, y Smith había recibido un parte en el que se le informaba que el sultán indio con el que Bonaparte esperaba unirse, Tippoo Sahib, había muerto en el asedio de Seringapatam, en la India, a manos del general inglés Wellesley. Pero al mismo tiempo que Mustafá desembarcaba, una flota combinada franco-española había zarpado en el Mediterráneo para contrarrestar la superioridad naval británica. Las probabilidades se iban complicando.

Decidí que mi mejor apuesta consistía en hacer tratos con Silano en Rosetta, un puerto situado en la desembocadura del Nilo, lo antes posible. Luego regresaría a

toda prisa al enclave turco antes de que su cabeza de playa se disolviera y tomaría un barco con rumbo a cualquier otra parte. Si lo conseguía, Astiza podría venir conmigo. ¿Y el libro?

Bonaparte y Silano tenían razón. Me sentía dueño de él, y más curioso que nunca por enterarme de qué decía en realidad su misteriosa escritura. ¿Habría podido resistirse el propio Ben? «Lo que hace que resistir a la tentación resulte tan difícil — había escrito — es que no queremos rechazarla del todo.» Tenía que ingeníármelas para hacerme con la «clave» de Silano, rescatar a Astiza una vez más, y después decidir por mí mismo qué quería hacer con el secreto. La única cosa de la que estaba seguro era que, si el texto prometía la inmortalidad, no quería tener nada que ver con ella en este mundo. La vida ya es lo bastante dura como para soportarla eternamente.

Mientras los turcos se atrincheraban en el sofocante calor del verano, sus tiendas un carnaval de color, alquilé una falúa para que me llevara a la desembocadura occidental del Nilo, a Rosetta. Habíamos pasado por allí durante mi primera entrada en Egipto el año anterior, pero no recordaba que la ciudad mereciese especial atención. Su situación le otorgaba cierto valor estratégico, pero la razón por la que Silano quería que nos reuníramos allí era un misterio; su ventaja para mí sería lo último en que pensaría el hechicero. La explicación más probable era que su mensaje fuese una mentira y una trampa, pero ofrecía un cebo lo bastante apetitoso —la mujer y una traducción— para atraparme la cabeza.

En consecuencia, pedí a mi nuevo capitán, Abdul, que virara a mitad de camino con el fin de efectuar una modificación importante en la vela, algo que aceptó como prueba más que suficiente de la locura de todos los extranjeros. Le hice jurar que no revelaría el secreto, con la ayuda de unas monedas. Entonces pasamos una vez más del mar azul a la lengua marrón del gran río africano.

Pronto fuimos interceptados por una patrullera francesa, pero Silano había enviado un salvoconducto para permitirme la entrada. El teniente del *chebek* reconoció mi nombre —al parecer mis aventuras y continuos cambios de bando me habían conferido cierta notoriedad— y me invitó a bordo. Dije que prefería quedarme en mi embarcación y seguirlos.

Consultó su documento.

—En ese caso tengo órdenes, monsieur, de confiscar vuestro equipaje hasta el momento en que os reunáis con el conde Alessandro Silano. Dice que es necesario para la seguridad del Estado.

—Mi equipaje es lo que me veis llevar encima, dado que mis hazañas me han dejado sin un céntimo y sin aliados. ¿No querréis que desembarque desnudo?

—No obstante lleváis una cartera al hombro.

—En efecto. Y es pesada, ya que contiene una piedra gorda. —La sostuve sobre la borda de la embarcación—. Si intentáis arrebatarme estas exigüas pertenencias, teniente, las dejaré caer al Nilo. De ocurrir esto, puedo aseguraros que el conde Silano os hará juzgar en consejo de guerra en el mejor de los casos, o bien os someterá a un hechizo antiguo particularmente desagradable en el peor. Así pues,

continuemos. Estoy aquí por voluntad propia, un americano solitario en una colonia francesa.

—También tenéis un rifle —objetó.

—Que no tengo intención de disparar a menos que alguien trate de quitármelo. El último hombre que lo intentó está muerto. Confiad en mí, Silano lo aprobará.

Gruñó y miró su papel varias veces más, pero como yo estaba apostado en la barandilla con el rifle en una mano y la otra apoyada sobre el río, la confiscación resultaba poco factible. De modo que seguimos navegando, el *chebek* conduiéndonos como una mamá gallina, y atracamos en Rosetta. Es una ciudad agrícola a la sombra de las palmeras y bien regada, en el delta del Nilo, hecha de ladrillos de barro marrón exceptuando la mezquita de piedra caliza y su único minarete. Dejé instrucciones al capitán de mi falúa y me puse a andar por los sinuosos callejones hacia un fuerte francés todavía inacabado llamado Julián, la tricolor ondeando sobre sus muros de barro y una multitud de pilluelos curiosos tras de mí. Estos fueron detenidos en la puerta por centinelas con bicornios negros y enormes mostachos. Mi notoriedad se confirmó cuando estos soldados me reconocieron con una evidente expresión de desagrado. El electricista inofensivo se había convertido en algo a medio camino entre una molestia y una amenaza, y me observaron como si fuese un brujo. Los relatos de Acre debían de haber llegado hasta allí.

—No podéis entrar con ese rifle.

—Entonces no entraré. Estoy aquí por invitación, no por mandato.

—Nosotros os lo guardaremos.

—Ay, los franceses tenéis la costumbre de tomar prestado sin devolver.

—El conde no se opondrá —interrumpió una voz femenina. Astiza salía de un hueco, modestamente ataviada con un vestido largo y un pañuelo ceñido a la cabeza y anudado alrededor del cuello de tal manera que su rostro hermoso pero preocupado parecía una luna—. Ha venido a consultar en calidad de sabio, no como espía.

Al parecer revestía parte de la autoridad de Silano. De mala gana, los soldados me dejaron pasar al patio, y la puerta principal se cerró con un chasquido a mi espalda. Los muros interiores del fuerte, cuadrado y austero, estaban revestidos de edificios de ladrillo y madera.

—Le dije que vendrías —dijo en voz baja.

El intenso sol caía a plomo sobre la plaza de armas y, combinado con el perfume de ella —de flores y especias—, me mareaba.

—Y me iré, contigo.

—No te equivoques, los dos estamos prisioneros, Ethan, con rifle o sin él. Una vez más, debemos forjar una asociación de conveniencia con Alessandro. —Movió la cabeza en dirección a los muros y vi más centinelas vigilándonos—. Tenemos que averiguar si hay algo cierto en esa leyenda, y luego planear qué hacer.

—¿Te ha ordenado Silano decir esto?

Pareció decepcionada.

—¿Por qué no puedes creer que te quiero? Cabalgué contigo todo el camino hasta Acre, y fue un cañonazo lo que nos separó, no mi decisión. Ha sido el destino lo que ha vuelto a unirnos. Ten fe un poco más de tiempo.

—Hablas como Napoleón. «Yo he hecho todos los cálculos. El destino hará el resto.»

—Bonaparte tiene su propia sabiduría.

Y dicho esto entramos en el cuartel general, una estructura de estuco de una sola planta cubierta con un tejado y un porche techado con palma. Dentro hacía fresco y había poca luz. Cuando mis ojos se acostumbraron a la penumbra, vi a Silano esperando sentado a una mesa sencilla con dos oficiales. Conocía al más viejo desde el desembarco francés en Alejandría. El general Jacques de Menou había combatido valientemente y más tarde, según decían, se había convertido al islam. Estaba fascinado por la cultura egipcia, pero no era un oficial especialmente imponente con su fino bigote, su cara redonda de contable y su cabeza parcialmente calva. Al otro, un apuesto capitán, no lo conocía. En cada lado de la estancia había puertas cerradas con cerrojo.

Silano se puso en pie.

—¡Siempre tratáis de huir de mí, monsieur Gage, y nuestros caminos siempre se entrecruzan! —Inclinó levemente la cabeza con elegancia—. Supongo que a estas alturas admitís el destino. Quizás estamos destinados a ser amigos, no enemigos.

—Estaría más convencido de ello si vuestros otros amigos no estuvieran siempre disparándome.

—Hasta los mejores amigos se pelean. —Indicó con la mano—. ¿Conocéis al general De Menou?

—Sí.

—No confiaba en volver a veros, *américain*. ¡Cómo se enfadó el pobre Nicolás por el robo de su globo!

—Eso fue debido a los disparos.

—Y éste es el capitán Pierre-François Bouchard —continuó Silano—. Era el responsable de la construcción de este fuerte cuando sus hombres desenterraron un cascote. Por suerte, el capitán Bouchard comprendió su importancia de inmediato. Esta Piedra de Rosetta puede cambiar el mundo, creo.

—¿Una piedra?

—Venid. Os la mostraré.

Silano nos condujo a la habitación de la izquierda, abrió el cerrojo de la puerta y nos hizo pasar. El cuarto estaba en penumbra; sobre la estrecha ventana que daba al patio habían corrido una cortina para preservar la intimidad. Lo primero que me

llamó la atención fue el ataúd de madera de una momia. Pintado con colores vivos y muy bien conservado, exhibía pinturas que parecían la descripción del viaje de un alma a través de la tierra de los muertos.

—¿Hay un cuerpo dentro?

—El de Ornar, nuestro centinela —bromeó De Menou—. Es incansable.

—¿Centinela?

—Traje esto río abajo y dije a los soldados que lo encontramos en el emplazamiento de este fuerte —explicó Silano—. El miedo envuelve a estas momias, y dicen que ahora ésta obsesiona a Rosetta. Es mejor que una cobra para mantener a los curiosos alejados de esta habitación.

Toqué la tapa.

—La viveza de los colores es sorprendente.

—Magia también, tal vez. Ahora no podemos hacer lo mismo, justo cuando hemos perdido la fórmula del vidrio emplomado en las catedrales medievales. No podemos igualar la belleza de nada. —Señaló unos botes de pintura en una esquina de la estancia—. Estoy experimentando. Quizás una de estas noches Ornar, aquí presente, me dará una pista.

—¿Y vos no creéis en maldiciones?

—Creo que estoy a punto de controlarlas. Con esto.

Detrás del sarcófago de madera, un objeto voluminoso, de aproximadamente un metro y medio de alto y algo menos de noventa centímetros de ancho, estaba cubierto con una lona. Con un gesto teatral, Silano quitó la funda. Me incliné a mirar en la tenue luz. Había un escrito en distintas lenguas. No soy lingüista, pero un bloque de palabras parecía griego, y otro se asemejaba a la escritura que había visto en templos egipcios. No pude identificar un tercer alfabeto, pero el cuarto, en la parte superior, justo encima de la escritura de los templos, hizo que el corazón me latiera más deprisa. Eran los mismos curiosos símbolos que había leído en el manuscrito que había encontrado en la Ciudad de los Fantasmas. Comprendí a qué se había referido Silano con su críptico mensaje. ¡Podía comparar los términos griegos con las palabras secretas de Thoth y posiblemente desvelar el misterio!

—¿Qué es este texto? —Señalé el que no reconocía.

—Demótico, la lengua egipcia que siguió a los jeroglíficos antiguos —dijo Silano—. Yo creo que están dispuestos en orden cronológico: la lengua más antigua, la de Thoth, en la parte de arriba, y la más moderna, el griego, en la de abajo.

—Cuando Alessandro me trajo aquí reconocí lo que habíamos visto en el manuscrito, Ethan —dijo Astiza—. ¿Lo ves? Estaba destinada a ser capturada de nuevo.

—Y ahora queréis que os ayude a descifrarlo —resumí.

—Queremos que nos deis el libro para que nosotros podamos ayudaros a descifrarlo —corrigió Silano.

—¿Y qué saco yo?

—Lo mismo que os ofrecí anteriormente. —Suspiró, como si yo fuese un hijo especialmente corto—. Asociación, poder, e inmortalidad si la queréis. Los secretos del universo, tal vez. La razón de la existencia, la faz de Dios y el mundo en la palma de vuestra mano. O bien nada, si preferís no cooperar.

—Pero si yo no coopero, vos no tenéis el libro, ¿verdad?

Vi que De Menou hacía un pequeño ademán. El capitán Bouchard maniobró a mi espalda, y observé que llevaba una pistola en el cinturón.

—Al contrario, monsieur —dijo Silano. Movió la cabeza, me arrebataron la cartera del hombro y la abrieron con brusquedad.

—*Merde* —exclamó Bouchard. Volvió mi bolsa de cuero del revés y de ella cayó un rodillo de madera, que dejó una marca en el suelo de tierra compactada del edificio. El general y el capitán parecieron desconcertados y Astiza contuvo una carcajada. El semblante de Silano se ensombreció.

—No creeríais realmente que os lo entregaría como el correo de Franklin, ¿verdad?

—¡Registradlo!

Pero no había manuscrito. Miraron incluso en el cañón de mi rifle, como si hubiese podido encontrar algún modo de introducirlo allí. Abrieron las suelas de mis botas, examinaron las plantas de mis pies y hurgaron en sitios que me indignaron.

—¿Vais a buscar también dentro de mis oídos?

—¿Dónde está? —La frustración de Silano era evidente.

—Escondido, hasta que formemos una verdadera asociación. Si los americanos y los franceses representamos la libertad y la razón, entonces la traducción es para toda la humanidad, no sólo para el Rito Egipcio de francmasones renegados. Ni para generales ambiciosos como Napoleón Bonaparte. Quiero que se confíe al Instituto de Sabios de El Cairo para que lo divulguen al mundo. Y también a la Academia Británica. Y quiero a Astiza de una vez por todas. Quiero que me la entreguéis, Silano, para trocarla por el libro, sea cual sea la influencia que tengáis sobre nosotros. Y quiero que ella prometa que vendrá conmigo, adondequiera que vaya. Ahora y para siempre. Quiero que Bonaparte sepa que estamos todos aquí, trabajando para él, para que ninguno de nosotros desaparezca convenientemente. Y quiero que se acabe el derramamiento de sangre. Ambos hemos perdido a amigos. Prometedme todo esto, e iré a buscar el libro. Los dos tendremos nuestros sueños.

—¿Ir a buscarlo adonde? ¿A Acre?

—Podéis tenerlo en menos de una hora.

Se mordió el labio.

—Ya he ordenado registrar vuestra falúa y a vuestro desdichado capitán. Incluso han arrastrado la embarcación para examinar la quilla. ¡Nada! —Nuevamente, parte de la frustración impaciente que había vislumbrado el año anterior en Egipto se abrió paso entre su máscara de urbanidad.

Sonreí.

—Cuánta confianza, conde Silano.

Se dirigió a Astiza.

—¿Estás de acuerdo con sus condiciones?

Me di cuenta de que era la segunda propuesta que hacía en un mes. Ninguna de ellas había sido demasiado romántica, pero aun así... debía de estar volviéndome viejo para pretender el compromiso de una mujer, que implicaba mi propio compromiso.

—Sí—dijo ella. Me miraba esperanzada. Me sentí dichoso y lleno de pánico al mismo tiempo.

—Entonces maldita sea, Gage, ¿dónde está?

—¿Aceptáis vos mis condiciones?

—Sí, sí. —Hizo un gesto con la mano.

—¿Por vuestro honor de noble y sabio? Estos soldados son vuestros testigos.

—Os doy mi palabra, a un americano más traicionero de lo que puedo afirmar. Lo importante es descifrar el código lingüístico y traducir el libro. ¡Instruiremos al mundo entero! Pero no si vos no lo tenéis.

—Está en la barca.

—Imposible —dijo Bouchard—. Mis hombres la han registrado de arriba abajo.

—Pero no han izado las velas.

Los conduje fuera del fuerte y hacia el Nilo. El sol descendía, la luz cálida se derramaba por entre las palmeras datileras que se mecían en la sofocante brisa. Las verdosas aguas parecían espesas, había garcetas de pie en los bajíos. Mi capitán se había acurrucado en un rincón de su embarcación varada, con cara de esperar su ejecución en cualquier momento. No podía reprochárselo. Tengo el don de traer mala suerte a mis compañeros.

Grité una orden y la vela, bordeada en su parte superior e inferior por botalones de madera, subió a lo alto del mástil hasta que se infló y giró impulsada por el viento.

—Allí. ¿Lo veis?

Miraron con atención. Indistinta en la luz horizontal, había una tira desde la parte inferior hasta el punto más alto de la vela con unos caracteres tenues y extraños.

—Lo ha cosido al algodón —observó De Menou con cierta admiración.

—Ha estado expuesto todo el trayecto río arriba —anuncié—. Nadie se ha percatado.

Teníamos dos misiones. Una consistía en utilizar la Piedra de Rosetta para traducir los símbolos del manuscrito de Thoth al francés. La segunda, una labor que requería todavía más tiempo, era traducir después el libro y sacarle algún sentido.

Ahora que tenía localizado un manuscrito que había estado buscando durante años, Silano exhibió parte de ese refinado atractivo con que había seducido a las mujeres en París. Las arrugas desaparecieron de su rostro, su cojera se hizo más ligera y se mostró ansiosamente animado cuando empezó a trazar símbolos y a intentar encontrar relaciones. Tenía encanto, y comencé a entender qué había visto Astiza en él. Había una energía elegantemente intelectual que resultaba seductora. Aún mejor, parecía contentarse con entregarme a Astiza, si bien lo sorprendí mirándola con anhelo varias veces. También ella parecía aceptar nuestro trato. ¡Qué extraño triunvirato de investigadores habíamos formado! Yo no olvidaba la muerte de mis amigos a manos de Silano, pero admiraba su diligencia. El conde había traído baúles llenos de libros que olían a humedad, y cada conjectura instruida remitía a uno de nosotros a otro volumen para comprobar la verosimilitud de que esta gramática pudiera funcionar o aquella referencia tuviera sentido. La oscura prehistoria en la que supuestamente se había escrito el libro se iba iluminando poco a poco.

Laboriosamente, desciframos los títulos de los capítulos del manuscrito.

«De la naturaleza diáfana de la realidad y su sometimiento a la voluntad propia», rezaba uno. Esta turbadora promesa me estimuló, a mi pesar.

«De la libertad y el destino», decía otro. Bueno, había una posibilidad.

«De la conjunción de mente, cuerpo y alma.»

«De la invocación de maná del cielo.» ¿Lo había leído Moisés? No vi ningún apartado sobre la separación de las aguas del mar.

«De la vida eterna en sus diversas formas.» ¿Por qué no le había dado resultado?

«Del mundo subterráneo y el mundo celestial.» ¿Infierno y cielo?

«Del sometimiento de la mente de los hombres a la voluntad propia.» Oh, a Bonaparte le encantaría.

«De la supresión de enfermedades y la curación del dolor.»

«De la conquista del corazón de la persona amada.» Ahora esto sería un éxito de ventas.

«De las cuarenta y dos escrituras sagradas.»

Esto último bastó para hacerme gemir. Al parecer, este libro era sólo el primero de otros cuarenta y un volúmenes, que mi mentor egipcio Enoc había afirmado no eran más que una muestra de 36.535 manuscritos —cien por cada día del año— dispersos por la tierra. Sólo debían ser encontrados por los dignos cuando llegase el momento. ¡Gracias a los santos que yo no era especialmente digno! Sólo conseguir el primero

había estado a punto de costarme la vida. Sin embargo, Silano soñaba con nuevas búsquedas.

—¡Esto es asombroso! Supongo que este libro es un sumario, una lista de temas y primeros principios, con conocimiento y misterio progresivos en cada volumen. ¿Os imagináis tenerlos todos?

—Los faraones creían que incluso éste debía mantenerse oculto —recordé.

—Los faraones eran hombres primitivos que no conocían la ciencia moderna ni la alquimia. Todo el progreso humano viene del conocimiento, Gage. Desde el fuego y la rueda, nuestro mundo es una culminación de un millón de ideas, compartidas y registradas. Lo que tenemos aquí son mil años de desarrollo científico, dejados por alguien, un dios, un mago o algún ser eminente de quién sabe dónde (la Atlántida, o la luna) que inició la civilización y ahora puede restaurarla. Durante cinco milenios la mayor biblioteca estuvo perdida, y ahora ha vuelto a encontrarse. Este manuscrito nos conducirá a otros. Y entonces los hombres más sabios, como yo, podrán gobernar y poner las cosas en orden. ¡A diferencia de reyes y tiranos, yo decretaré con conocimiento perfecto!

Nadie podía acusar a Silano de humildad. Despojado de su fortuna por la Revolución, obligado a recuperar el favor congraciándose con demócratas que habían sido simples abogados y panfletistas, el conde era un hombre impulsado por la frustración. La hechicería y el ocultismo le permitirían recobrar lo que el republicanismo le había arrebatado.

Si bien teníamos los títulos de algunos capítulos, la reconstrucción del texto propiamente dicho resultaba una tarea tediosa. Su construcción era completamente extraña, y la simple identificación de palabras no aclaraba su significado.

—Éste es un trabajo para universidades enteras —advertí al conde—. Pasaremos el resto de nuestras vidas tratando de descifrar esto aquí en Rosetta. Llevémoslo al Instituto Nacional o a la Academia Británica.

—¿Sois tonto de remate, Gage? Dejar que un sabio común tenga acceso a esto es como almacenar pólvora en una tienda de caramelos. ¿Yerais vos quien temía por su uso incorrecto? Yo he estudiado las tradiciones en torno a estas palabras durante décadas. Astiza y yo hemos trabajado duro y mucho tiempo para ser dignos.

—¿Y yo?

—Curiosamente, vos fuisteis necesario para encontrar el manuscrito. Sólo Thoth sabe por qué.

—Una gitana me dijo en cierta ocasión que yo era un loco. El loco que buscaba al loco.

—Es la primera vez que oigo que esos charlatanes tienen razón.

Y como si quisiera demostrarlo, aquella noche mandó envenenarme.

No soy el más bondadoso ni compasivo de los hombres, y por lo general no me preocupo demasiado de las criaturas de Dios a menos que quiera cazarlas, atraparlas

o montarlas. Pero hay lebreles que me han parecido agradables, gatos que he apreciado por sus aptitudes para la caza de ratones y pájaros con plumas que dejaban a uno sin habla. Es por eso que di de comer al ratón.

Estuve levantado con el libro hasta más tarde que Silano y Astiza, planteándome si esta palabra casaba con aquélla y si rarezas como «en tu mundo, el azar es el fundamento de la predeterminación fatalista» tenían algún sentido. Finalmente me tomé un breve respiro en nuestro porche, las tinieblas húmedas del cielo estival se veían pobladas de estrellas, y pedí a un ordenanza que me trajera algo que comer. Tardó en exceso, pero por fin me entregaron un plato y volví a entrar para sentarme a nuestra mesa a mordisquear *fuul*, un puré de alubias con tomate y cebolla. Vislumbré en un rincón a un visitante periódico que me había divertido antes, un ratón espinoso egipcio, así llamado porque sus púas pinchan la boca de sus depredadores. Sintiéndome amigable en la noche serena, le eché ociosamente un poco de puré, aunque la presencia de tales roedores era uno de los motivos por los que encerrábamos el libro en una caja fuerte.

Entonces volví a mi trabajo. ¡Cuántas opciones! Me maravillé ante los símbolos, reparando repentinamente en cómo parecían moverse, deslizarse, girar y caer. Parpadeé, las palabras me aparecieron borrosas. ¡Estaba más cansado de lo que creía! Pero si lograba descifrar dónde terminaba la frase, o si Thoth empleaba frases en el sentido moderno...

Ahora el manuscrito temblaba. ¿Qué estaba ocurriendo? Eché una ojeada al rincón. El ratón, del tamaño de una rata pequeña en mi país, había caído de costado y se estremecía, con los ojos desorbitados de terror. Tenía espuma en la boca.

Aparté mi plato y me levanté.

—¡Astiza! —intenté gritar, pero fue un murmullo gutural de una lengua pastosa, que no oyó nadie más que yo. Di un paso vacilante. ¡Ese bastardo de Silano! ¡Creía que ya no me necesitaba! Recordé su amenaza de un cerdo envenenado en El Cairo, el año anterior. Entonces me derrumbé, sin saber siquiera qué les había sucedido a mis piernas, y me golpeé contra el suelo con tanta violencia que vi chiribitas. A través de una bruma vi morir al ratón.

Unos hombres entraron furtivamente en la habitación para recogerme. Pero ¿cómo iba a explicar el conde este asesinato a Astiza? ¿O planeaba matarla también? No, él aún la quería. Me izaron, gruñendo, y me portaron entre ellos como un saco de harina. Yo estaba mareado, pero consciente, seguramente porque apenas había probado la comida. Supusieron que estaba muerto.

Salimos por una puerta lateral y bajamos hacia el río y el retrete de la guarnición, irrigado por un canal. Al otro lado se extendía una pequeña laguna del río principal, que olía a loto y mierda. Me balancearon adelante y atrás y arrojaron mi cuerpo, indefenso como un bebé.

Me hundí con un chapoteo. ¿Pretendían simular que me había ahogado?

Pero el agua me reanimó un poco, y el pánico confirió movimiento a mis miembros. Conseguí salir a la superficie y respiré, tragando agua. La escasa dosis

estaba desapareciendo. Mis dos presuntos verdugos me observaban, curiosamente no demasiado alarmados por mi resistencia. ¿No se daban cuenta de que no había ingerido suficiente veneno? No hacían ningún ademán de dispararme, ni de entrar en el agua para acabar conmigo con la espada o el hacha.

Tal vez podría llegar a la orilla y pedir ayuda.

Fue entonces cuando oí un fuerte chapoteo a mi espalda.

Me volví. Había un muelle bajo en la laguna, y una cadena se desenrollaba ruidosamente, sus eslabones serpenteando hacia mí. ¿Qué diablos era aquello?

Mis escoltas rieron.

En la oscuridad vi acercarse hacia mí el hocico prominente y los ojos de reptil de la más aborrecible y espantosa de todas las bestias: el cocodrilo del Nilo. Esta pesadilla prehistórica, blindada con escamas, grueso como un tronco, un torpedo de músculos, puede ser asombrosamente veloz dentro y fuera del agua. Es antiguo como los dragones e insensible como una máquina.

Pese a mi estado de confusión, comprendí su conjura. Los sinvergüenzas de Silano habían encadenado al depredador en aquella laguna para que se deshiciera de mí devorándome. Me parecía oír la versión del conde. El americano había usado el retrete, se había acercado hasta el Nilo para lavarse o contemplar la noche, el cocodrilo había salido del agua —ya había sucedido en Egipto mil veces antes— y, chas, chas, yo había desaparecido. Silano tendría piedra, manuscrito y mujer. ¡Jaque mate!

Acababa de asimilar este desagradable guión, reconociendo su ingeniosa perfidia con sorda admiración, cuando el animal atacó. Me cogió desde abajo, sujetándome la pierna pero sin masticarla todavía, y nos hundimos, en su costumbre ancestral de ahogar a su presa. El horror absoluto de ese torno de banco, su larga boca de dientes superpuestos, sus escamas cubiertas de musgo, la siniestra vacuidad de su expresión, todo ello se impresionó de algún modo en mi mente y me impulsó a la acción pese al dolor y el veneno. Liberé mi tomahawk del cinturón mientras girábamos y golpeé al animal en el hocico, sin duda sorprendiéndolo con mi pequeño aguijón tanto como él me había sorprendido a mí. Sus mandíbulas se abrieron como accionadas por un muelle, liberando mi pierna, y lo acuchillé otra vez, alcanzándolo en el paladar, adonde fue a alojarse el tomahawk. La laguna estalló cuando el cocodrilo se retorció, y mientras se debatía noté su cadena deslizándose junto a mí. La agarré instintivamente. El animal y su cadena me llevaron hacia arriba, mi cabeza salió a la superficie y tomé aire. Entonces nos sumergimos de nuevo, el cocodrilo intentando volverse para morderme, aunque con cada chasquido de las mandíbulas el tomahawk debía de clavársele más profundamente. No me atrevía a dejar que su boca se me acercara. Me impulsé frenéticamente hacia delante por la cadena hasta alcanzar el punto donde formaba un lazo alrededor del cuello del monstruo, justo delante de sus patas delanteras. Me sujeté. Por más que girase, no podía morderme.

Nos sumergimos, y traté de golpearlo en los ojos. Ahora se revolvió como un caballo encabritado mientras yo apenas podía sujetarme. Salimos a la superficie y

volvimos a hundirnos, nos revolvimos en el lodo del fondo poco profundo y subimos de nuevo. Podía oír el muelle crujiendo y chirriando detrás mientras la bestia tiraba furiosamente de la cadena. Las risas de mis captores habían cesado. Mi pierna sangraba, y el olor a sangre hacía que el cocodrilo se retorciera con aún más frenesí. No tenía ningún modo de matar al animal.

Así pues, cuando nuestras contorsiones nos llevaron cerca del muelle, me solté y nadé hacia él. Ningún hombre ha salido jamás del agua con tanta celeridad. Me apresuré a ponerme de pie sobre la madera.

El cocodrilo se volvió, enredado en su propia cadena, y vino tras de mí, su hocico estrellándose contra las astillas del embarcadero. Mordió, gruñendo al sentir el dolor producido por mi tomahawk, y partió los tablones por la mitad. El muelle empezó a hundirse hacia su hocico al mismo tiempo que yo trataba de trepar por su pendiente. Oí gritos confusos de los hombres que me habían arrojado. Entonces atisbé el sitio donde la cadena estaba enredada y, cuando una brusca embestida aflojó la tensión, levanté su lazo para liberar al animal, confiando en que se alejara Nilo arriba.

En lugar de eso el cocodrilo irrumpió medio fuera del agua, la cadena suelta silbando como un látigo. Agaché la cabeza cuando pasaba relinchando. El animal volvió a caer en la laguna, comprendió que era libre y de repente arremetió a toda velocidad, pero no contra mí. Sus angustiosos ojos habían atisbado a los hombres que presenciaban nuestra lucha desde la orilla. El cocodrilo salió del agua tras ellos, sus fuertes patas extendidas mientras cargaba, levantando espuma. Los soldados echaron a correr, gritando.

Un cocodrilo puede galopar distancias cortas con la rapidez de un caballo. Alcanzó a uno de mis atormentadores y prácticamente lo partió por la mitad con una furiosa dentellada de sus mandíbulas, a continuación lo dejó y persiguió al siguiente, derecho hacia el fuerte. El hombre gritaba en señal de advertencia.

Yo no disponía de mucho tiempo.

Y no estaba dispuesto a dejárselo todo a Silano. Lo mataría si podía y, si no, lo atormentaría con lo que había perdido. Cogería el manuscrito y lo arrojaría a la sima más profunda del Mediterráneo. Herido por los dientes del animal, goteando sangre, subí el camino cojeando, siguiendo el rastro de arena removida por la poderosa cola del cocodrilo. Me detuve cautelosamente en la pequeña puerta por la que habíamos salido. El cocodrilo la había franqueado y se hallaba en el patio; los hombres empezaban a disparar. Un cañón descargó una salva de alarma. Entré a mi vez pero ocultándome en las sombras, recorriendo sigilosamente el perímetro hacia mis aposentos. Allí cogí mi rifle largo y miré a hurtadillas desde la puerta. El cocodrilo estaba abatido, un centenar de hombres le disparaban sin cesar, con los restos de otro humano atenazados por sus colosales fauces. Entonces apunté, pero no a la bestia. En su lugar puse la mira en un farol de las cuadras al otro lado del patio, que a su vez no distaban mucho del polvorín.

Me proponía incendiar el fuerte.

Fue uno de los mejores disparos que he efectuado nunca, conteniendo la respiración y apretando con el dedo. Tuve que disparar de un extremo a otro del patio de armas, a través de una ventana abierta, y acertar al farol sin apagar su mecha. Cayó, se rompió, y las llamas comenzaron a extenderse por el heno. Una luz extraña empezó a iluminar las escamas y los dientes como sables del monstruo, al mismo tiempo que los hombres prorrumpían en gritos: «¡Fuego, fuego!» Los caballos relinchaban.

Nadie reparó en mí.

De modo que regresé cojeando a la habitación en la que me habían envenenado. Por el camino, cogí uno de los picos empleados para la construcción del fuerte.

Maldito conde, el manuscrito había desaparecido.

Miré hacia fuera. Las llamas saltaban más altas y los asustados caballos salían en desbandada de la cuadra, aumentando la confusión. Pude oír los gritos de los oficiales. «¡El polvorín! ¡Mojad el polvorín!» Cargué y disparé otra vez, alcanzando a alguien que trataba de organizar una cadena de cubos desde el pozo del fuerte. Cuando cayó, la brigada que acarreaba los baldes se dispersó en desorden, sin saber qué estaba pasando. Se oían disparos mientras los centinelas abrían fuego en todas direcciones.

Astiza apareció en ropa de dormir, con el pelo revuelto y los ojos como platos en su confusión. Se fijó en mi pierna ensangrentada, mis ropas empapadas y la mesa vacía donde había estado el manuscrito.

—¡Ethan! ¿Qué has hecho?

—¡Querrás decir qué ha hecho tu antiguo amante! ¡Me ha envenenado y ha intentado darme de comer a ese reptil! No creas que no habrías sido la siguiente, una vez que te hubiese tenido y se hubiese cansado de ti. Quiere ese libro para él solo. No para la ciencia, ni para Bonaparte, ni desde luego para nosotros. ¡Lo ha vuelto loco!

—Le he visto salir corriendo hacia la atalaya con Bouchard. Y se han encerrado dentro.

—Va a esperar a que la guarnición acabe conmigo. Y quizá también contigo.

Más voces, y ahora las balas empezaron a golpetear el edificio del cuartel general en el que nos habíamos refugiado.

—¡No podemos dejar que desaparezca con ese libro! —dijo ella.

—Entonces ¿por qué lo encontramos para empezar?

—¿Por qué aprende la gente? ¡Somos así por naturaleza!

—Yo no. —La sujeté—. ¿Estás conmigo?

—Por supuesto.

—Entonces, si no podemos hacernos con el manuscrito, destruiremos la clave que permite traducirlo y tendrá un libro inservible. ¿Hay alguna salida de esta ratonera?

—Hay un arsenal de oficiales detrás de aquella puerta, y pólvora dentro.

—¿Crees que podemos combatir a toda la guarnición?

—Podemos abrir un agujero en la muralla de atrás.

Sonréí.

—¡Dios mío, estás preciosa sometida a presión!

Era una puerta gruesa y cerrada con llave, pero disparé una vez y luego utilicé el pico. Cedió. No era el polvorín principal, sino que sólo contenía las armas de los oficiales, pero gracias a Thoth había dos barriles de pólvora. Destapé uno de ellos y dejé un reguero hasta la habitación principal. Luego coloqué ambos barriles junto al muro exterior.

—Ahora nos llevaremos la piedra.

—¡No puedes llevártela! ¡Pesa demasiado!

Levanté el rodillo que había metido en mi cartera como señuelo y sonréí.

—Ben Franklin dice que sí puedo.

Imprimir siempre me había parecido un oficio sucio, pero Franklin sostenía que era como emitir dinero. Me puse el fusil en bandolera y regresé cojeando a la habitación de la Piedra de Rosetta; la luz refulgente del fuego de afuera proyectaba sombras en el interior. En el patio, los soldados habían formado una larga cadena que llegaba hasta el río, pasándose cubos por encima de la cola del cocodrilo muerto. Los disparos habían amainado.

Saqué las pinturas experimentales de Silano de sus botes y vertí un poco sobre mi rodillo. A continuación lo pasé por la parte superior de la Piedra de Rosetta, embadurnando la superficie pero dejando los símbolos grabados sin pintar. Repetí la operación con el texto griego.

—Desnúdate hasta la cintura, por favor.

—¡Ethan!

—Necesito tu piel.

—¡Por la gracia de Isis, hombres! ¿Es lo único en que puedes pensar en un momento como...?

De modo que así su camisón de dormir por los hombros y tiré, desgarrándolo sobre su espalda mientras chillaba.

—Lo siento. Tu piel es más tersa que la mía.

Entonces la besé, sus harapos apretados contra sus pechos, y la apoyé contra la piedra.

Astiza se crispó.

—¿Qué estás haciendo?

—Convertirte en una biblioteca.

La aparté y miré. El resultado no era perfecto, algunos símbolos se perdían en la hendidura de su columna vertebral, pero aun así se había estampado allí una imagen refleja. La apreté otra vez contra el texto griego, un fragmento del cual le llegaba hasta la parte superior de los glúteos. El efecto resultaba extrañamente erótico, pero las mujeres tienen una espalda preciosa, y me gustaba la turgencia de sus caderas ceñidas por la tela...

¡De vuelta al trabajo! Mientras ella estaba allí de pie, demasiado avergonzada todavía para enfadarse, ataqué el monumento, no para llenarlo de pintadas sino para truncarlo. Tenía que apuntar al centro de los jeroglíficos, confiando en que no me maldijera algún sabio años más tarde. Un golpe, dos, tres, ¡y el granito empezó a agrietarse! Apunté por última vez, golpeé con todas mis fuerzas y el cuarto superior de la Piedra de Rosetta se desprendió, llevándose consigo toda la escritura de Thoth y parte de los jeroglíficos. El fragmento se estrelló con estruendo contra el suelo.

—Ayúdame a arrastrarlo.

—¿Te has vuelto completamente loco?

—Tenemos la escritura clave estampada en ti. Debemos destruir este trozo. No podemos mover la piedra entera, pero podemos llevar esto al arsenal.

—¿Y luego?

—Lo volaremos junto con la pared. ¡Y el libro será inservible hasta que lo recuperemos!

La piedra era pesada, pero conseguimos llevarla tirando, empujando y arrastrándola a través de la habitación de la entrada hasta el arsenal del otro lado. La aseguré contra los sacos de pólvora, pensando que ayudaría a dirigir su onda expansiva hacia el muro.

Entonces me retiré, cogí una vela y encendí el reguero de pólvora. Miré hacia atrás. Astiza estaba agachada junto a la ventana, mirando afuera. Los hombres gritaban y corrían. Las llamas se intensificaban.

—¡Ethan! —advirtió. Entonces el mundo estalló.

El polvorín del Fuerte Julián fue el primero, una explosión atronadora que lanzó escombros en llamas despedidos por los aires varios centenares de metros. Aun resguardados dentro del edificio, la sacudida nos tiró al suelo. Un momento después se produjo un segundo estruendo en el arsenal que provocó también una lluvia de cascotes. Fragmentos de la Piedra de Rosetta salieron despedidos como metralla. El hermoso torso de Astiza sería el único documento de Thoth. La toqué.

—La pintura ya está seca. —Sonréí—. ¡Eres un libro, Astiza, el secreto de la vida!

—Más vale que encuentres un forro para este libro. No pienso correr desnuda por todo Egipto.

Tomé prestada una capa de oficial. Tuve que dejar mi tomahawk en el cocodrilo muerto. Con mi rifle, nos abrimos paso por entre las ruinas del arsenal. En el muro de barro del fuerte se había abierto una brecha, y trepamos sobre sus escombros

hacia las calles de Rosetta. Al final del callejón había ropa tendida junto a un carro de burro, no lejos de un asno acorralado y muy asustado.

Huir al paso de un carro de burro no es el modo más rápido de eludir a tus enemigos, pero tiene la ventaja de resultar tan ridículo que pasa desapercibido. La disponibilidad de la colada nos permitió vestirnos más o menos como egipcios; la herida de mi pierna era punzante pero se hallaba fuertemente vendada. Esperaba que en medio de la confusión causada por un cocodrilo desemandado, caballos en desbandada y la explosión de un polvorín, pudiéramos escabullirnos. Con un poco de suerte, el desleal Silano me creería alojado en el vientre de su gigantesco reptil, por lo menos hasta que a alguien se le ocurriera abrirle la panza. Si no era así, supondría que tratábamos de pasar sigilosamente junto a las patrulleras del Nilo. Mi impreciso plan consistía en pasar desapercibidos por el lado de los franceses hasta el campamento otomano, llegar hasta el escuadrón de Smith fondeado frente a la costa y negociar desde algún lugar seguro. Si nosotros habíamos perdido el libro, Silano había perdido la capacidad de seguir descifrándolo.

El éxito de este plan comenzó a disminuir a medida que el sol ascendía y aumentaba el calor. Cuando dejamos la verde llanura inundada del Nilo para adentrarnos en el rojo desierto en dirección a Abukir, empezó a oírse un retumbo semejante a un trueno, pero en un cielo tan despejado sólo podía ser el ruido sordo de unos cañonazos. Se estaba librando una batalla, lo que significaba que, a menos que los turcos ganaran y los franceses rompieran filas, todo el ejército franco se interponía en nuestro camino. Era el 25 de julio de 1799.

—No podemos regresar—dijo Astiza—. Silano nos descubriría.

—Y las batallas son confusas. Quizá se presentará una posibilidad.

Estacionamos el burro al socaire de una alta duna de arena y subimos para echar un vistazo a la bahía. El panorama era desgarrador. Una vez más, la atrofia de los brazos otomanos era patente. No se podía reprochar a los hombres de Mustafá que adolecieran de valor. Lo que faltaba era potencia de fuego y sentido táctico. Los turcos esperaban como una liebre paralizada por el miedo; los franceses bombardeaban y luego atacaban con su caballería. Éramos espectadores de un desastre, presenciando cómo una carga directa de las tropas de Joachim Murat no sólo abría brecha en la primera línea otomana, sino que penetraba también en la segunda y la tercera. La caballería recorrió en desbandada toda la longitud de la península de Abukir, haciendo salir de sus trincheras a los defensores presos del pánico, con las tiendas desinflándose al ser cortados sus vientos. Más tarde nos enteraríamos de que el propio Murat había capturado al comandante en jefe turco en un furioso combate cuerpo a cuerpo, recibiendo un rasguño en la mandíbula de la pistola de Mustafá pero cortando con su espada un par de dedos del pacha como revancha. Bonaparte había usado su propio pañuelo para vendar la mano del hombre. En 1799 aún había caballerosidad.

El resto fue una matanza, una vez rotas las filas. Más de dos mil guerreros musulmanes fueron aniquilados en tierra y, el doble se ahogaron al zambullirse en el mar para tratar de alcanzar sus navíos. Una guarnición en el fuerte de la punta de la

península resistió tenazmente, pero fue bombardeada y obligada a rendirse. Al precio de mil bajas, tres cuartas partes heridos, Bonaparte había destruido otro ejército otomano. Era precisamente el triunfo que necesitaba para recuperar su reputación después de la debacle en Acre. Escribió a un colega que fue «una de las batallas más hermosas que he visto nunca», y al Directorio de París la describió como «una de las más terribles». Ambas cosas eran ciertas. Había resucitado por la sangre.

De modo que Astiza y yo teníamos atrás un campamento de franceses enfurecidos en Rosetta y delante un ejército francés victorioso saqueando los despojos de nuestros enemigos. Yo había escapado de las fauces de un cocodrilo para caer en un envolvimiento militar.

—Ethan, ¿qué te parece que deberíamos hacer?

Supongo que resulta halagador cuando las mujeres preguntan a los hombres esa clase de cosas en medio de una refriega militar, pero no me importaría que aportaran sus propias ideas de vez en cuando.

—Seguir huyendo, creo. Pero no sé adónde.

Entonces hizo una sugerencia, chica valiente.

—¿Te acuerdas del oasis de Siwah, donde Alejandro Magno fue declarado hijo de Zeus y Amón? Napoleón no lo controla. Vayamos hacia allí.

Tragué saliva.

—¿No queda eso a ciento sesenta kilómetros a través de un desierto baldío?

Ambos quedaríamos momificados por el calor y la sed, pero ¿adonde más podíamos ir? Ahora Silano nos mataría seguro. Napoleón también.

—Ojalá nuestro asno no pareciera tan hambriento y desorientado —dije—. Si hubiésemos tenido tiempo, habría buscado uno mejor.

No importaba. Una patrulla francesa nos esperaba cuando bajamos de la duna.

Como era de prever, Napoleón estaba de buen humor esa noche. No hay nada como la victoria para calmarlo. Se mandarían comunicados a Francia describiendo el triunfo de Bonaparte con todo detalle. Los estandartes capturados se preparaban para su transporte hasta París, donde serían exhibidos. Y yo, su mosquito irritante, estaba bien atado, una pierna mordida por un voraz cocodrilo, mi amada atada, mi rifle confiscado y mi burro de vuelta hacia su legítimo dueño.

—He estado tratando de librarnos de la hechicería, general —intenté, sin mucho ánimo.

Él había descorchado una botella de Burdeos, parte de las provisiones personales que su hermano había traído de Francia.

—¿De veras? ¿Con vuestra hermosa víbora a vuestro lado?

—Silano busca fuerzas oscuras que os llevarán por mal camino.

—En ese caso doy gracias a Dios de que volarais la mitad de mi fuerte, Gage.

Tomó un trago. Era una mala señal cuando lo decía de ese modo.

—No fue más que una diversión.

Sé que habría tenido que ser más valiente y mostrarme hosco y desafiante, pero trataba de salvar nuestras vidas.

El conde Silano había llegado boquiabierto como si yo hubiese salido de la tumba al tercer día. Ahora dijo:

—Estoy harto de intentar mataros, monsieur.

Sonreí a los dos.

—También yo estoy harto de eso.

—Ese trozo de piedra que destruisteis —dijo Bonaparte—, ¿era una clave para traducir un libro antiguo?

Por fortuna, había suficiente dignidad como para que a nadie se le ocurriera desnudar a Astiza.

—Sí, general.

—¿Y qué nos contaría ese libro, exactamente?

—Magia —respondió Silano.

—¿Aún existe la magia?

—Podemos hacer que exista. La magia es sólo ciencia avanzada. Magia e inmortalidad.

—¡Inmortalidad! —Bonaparte rió—. ¡Escapar del destino final! Pero yo he visto demasiados muertos, por lo que mi inmortalidad no debe ser olvidada. Aquello que dejamos es recuerdo.

—Creemos que este libro os ayudará a alcanzar la inmortalidad de formas más literales —dijo el conde—. A vos, y a los que asciendan con vos.

—¿Como vos mismo? —Pasó la botella—. ¡Así que tenéis un incentivo, amigo mío! —Napoleón se volvió hacia mí—. Es un fastidio que rompierais la piedra, Gage, pero Silano ya ha descifrado algunos de los símbolos. Quizá resolverá los demás. Y los restos de la piedra permitirán a los sabios centrarse en los jeroglíficos. Segundo quién acabe venciendo aquí en Egipto, la pieza probablemente se exhibirá algún día en París o en Londres. Las multitudes irán a verla, sin saber que un cuarto texto ha desaparecido.

—Yo podría estar allí para decírselo.

—Me temo que no. —Napoleón rebuscó en una carpeta de cuero y sacó un legajo de periódicos fechados—. Smith me envió esto como obsequio cuando permití a los turcos llevarse a sus heridos. Parece que, mientras nosotros hemos alcanzado la gloria en Egipto, los acontecimientos en Europa se han sucedido rápidamente. Francia vuelve a estar en peligro.

Fue entonces cuando confirmé que Bonaparte había abandonado claramente un objetivo, la conquista de Asia, y adoptado otro, el regreso a París. Había conquistado lo que había podido, y habíamos encontrado lo que más deseaba encontrar. Poder, de una u otra forma.

—Francia y Austria han estado en guerra desde marzo, y nos han echado de Alemania e Italia. Tippoo Sahib murió en la India al mismo tiempo que éramos rechazados en Acre. El Directorio es un caos, y mi hermano Luciano está en París tratando de reformar esa asamblea de imbéciles. La flota británica tendrá que aflojar su bloqueo pronto para reabastecerse en Chipre. Será entonces cuando podré regresar para restablecer el orden. El deber así lo exige.

Aquello parecía desvergonzado.

—¿Deber? ¿Abandonar a vuestros hombres?

—Preparar el camino. Kléber ha soñado con el mando desde que desembarcamos aquí. Ahora lo tendrá: lo sorprenderé con una carta. Mientras tanto me expondré al riesgo de burlar a la flota británica.

¡Riesgo! El riesgo era quedar aislado con un ejército en Egipto. ¡El bastardo iba a abandonar a sus hombres a cambio de la política de París! Pero, a decir verdad, yo sentía admiración, aunque con reticencias, por aquel zorro. Los dos éramos muy parecidos en varios aspectos: oportunistas, jugadores y supervivientes. Éramos fatalistas, siempre velando por nuestro propio interés. A los dos nos gustaban las mujeres hermosas. Y la aventura, si suponía una escapatoria del tedio.

Fue como si me hubiese leído el pensamiento.

—La guerra y la política obligan —dijo—. Es una lástima que tengamos que mataros, pero ahí está.

—¿Qué está ahí?

—Tengo la sensación de ser arrastrado hacia un objetivo desconocido, Ethan Gage, y de que ahora representáis un obstáculo tan peligroso como de ayuda servisteis cuando os traje a Egipto. Ninguno de nosotros se esperaba que acabarais con los malditos ingleses, pero estuvisteis en Acre con vuestra electricidad. Y ahora habéis atacado Rosetta.

—Sólo por culpa de Silano. Fue él con su cocodrilo...

Bonaparte levantó la mano.

—*Au revoir*, monsieur Gage. En otras circunstancias habríamos podido llegar a ser buenos socios. En la práctica, habéis traicionado a Francia por última vez. Habéis resultado ser una molestia excesiva, y un enemigo muy capaz. Pero hasta los gatos tienen sólo siete vidas. Ya debéis de haber agotado las vuestras, ¿no?

—No a menos que lo pongáis a prueba —repliqué malhumorado.

—Dejaré a Silano que sea creativo con vos y vuestra mujer. La que me disparó hace tanto tiempo, en Alejandría.

—Me disparó a mí, general.

—Sí. ¿Por qué son tan hermosas las malas? Bien. El destino aguarda.

Y, habiéndose deshecho de nosotros, se fue, pensando en su siguiente proyecto.

Un hombre decente se limitaría a matarnos, pero Silano era un científico. Astiza y yo lo habíamos contrariado lo suficiente como para que creyera que merecíamos sufrir dolor, y tenía curiosidad por utilizar nuestro entorno.

—¿Sabéis que basta con arena para momificar un cadáver?

—Qué erudito.

Así que nos enterraron pasada la medianoche, pero sólo hasta el cuello.

—Lo que me agrada de esto es que podéis veros uno a otro mientras os quemáis y lloráis —dijo cuando sus esbirros terminaron de compactar arena alrededor de nuestros cuerpos. Nos habían atado las manos a la espalda, y también los pies. Teníamos la cabeza descubierta, y ya estábamos sedientos—. Habrá un aumento gradual del tormento cuando suba el sol. Vuestra piel se freirá, y con el tiempo se agrietará. La luz reflejada y el polvo provocarán una lenta ceguera, y mientras os miráis uno a otro enloqueceréis paulatinamente. La arena caliente absorberá cualquier líquido que retengáis, y se os hinchará tanto la lengua que os costará trabajo respirar. Rezaréis para que las serpientes o los escorpiones lo aceleren. —Se inclinó y me dio unas palmaditas en la cabeza, como si fuese un perro o un niño—. A los escorpiones les gusta atacar los ojos, y las hormigas trepan por las fosas nasales para alimentarse. Los buitres confiarán en llevarse un bocado antes de que seáis devorados del todo. Pero son las serpientes las que más daño hacen.

—Parecéis saber mucho al respecto.

—Soy naturalista. He estudiado la tortura durante muchos años. Es una ciencia exquisita, y todo un deleite si entendéis sus sutilezas. No resulta sencillo infligir a un hombre un dolor atroz y mantenerlo al mismo tiempo lo bastante coherente como para que te revele alguna información útil. Lo interesante de este experimento es que el cuerpo por debajo del cuello debería secarse y conservarse. Es de este proceso natural, supongo, que los antiguos egipcios sacaron la idea de la momificación. ¿Sabíais que el rey persa Cambises perdió a un ejército entero en una tempestad de arena?

—No puedo decir que me importe.

—Estudio la historia para no repetirla. —Se volvió hacia Astiza, cuyo pelo oscuro formaba un abanico sobre el suelo—. Te amé, ¿sabes?

—Tú no has amado a nadie excepto a ti mismo.

—Ben Franklin dijo que el hombre que se quiere a sí mismo no tiene rival —tercié yo.

—Ah, el divertido *monsieur* Franklin. ¡Desde luego, soy más leal conmigo mismo de lo que ninguno de vosotros lo habéis sido conmigo! ¿Cuántas oportunidades de

formar una asociación os he dado, Gage? ¿Cuántas advertencias? Sin embargo me habéis traicionado, una y otra vez.

—No acierto a explicarme por qué.

—Me gustaría veros suplicar antes del final.

Y a mí también me habría gustado si hubiese creído que podía servir de algo.

—Pero me temo que el destino me reclama también. Voy a acompañar a Bonaparte de vuelta a Francia, donde podré estudiar el libro con mayor detenimiento, y él no es de la clase de hombres que se están quietos. Como tampoco es prudente alejarse del ejército principal. Me temo que no volveremos a vernos, monsieur Gage.

—¿Creéis en fantasmas, Silano?

—Me temo que mi interés por lo sobrenatural no se extiende a la superstición.

—Lo haréis, cuando venga a buscaros.

Se echó a reír.

—¡Y después de darmes un buen susto, quizás jugaremos una partida de cartas! Mientras tanto, dejaré que os convirtáis en uno de ellos. O en una momia. Tal vez ordenaré a alguien que os desentierre dentro de unas semanas para poder apoyaros en un rincón, como a Ornar.

—¡Alessandro, no nos merecemos esto! —gritó Astiza.

Siguió un prolongado silencio. No podíamos verle el rostro. Luego dijo en voz baja:

—Sí, os lo merecéis. Me habéis partido el corazón.

Y dicho esto, nos dejó solos para que nos friéramos.

Astiza y yo estábamos frente a frente, yo al sur y ella al norte, para que nuestras mejillas se asaran por igual entre el amanecer y el atardecer. Hace frío en el desierto por la noche, y durante los primeros minutos después de que el sol asomara sobre el horizonte el calor no fue desagradable. Más tarde, cuando el rosa desapareció del cielo y se convirtió en leche estival, la temperatura comenzó a subir, intensificada por la reflectante arena. Mi oreja empezó a abrasarse. Oí los primeros zumbidos de insectos.

—Ethan, tengo miedo —susurró Astiza, que se hallaba a dos metros de mí.

—Perderemos el conocimiento —prometí sin convicción.

—¡Isis, llama a nuestros amigos! ¡Tráenos ayuda!

Isis no respondió.

—Dentro de un rato no habrá dolor —dije.

Sin embargo, el dolor aumentó. Pronto tuve jaqueca, y la lengua pastosa. Astiza gemía en voz baja. Aun en las mejores circunstancias, el sol veraniego en Egipto te martillea la cabeza. Ahora me sentía como el yunque de Jericó. Recordé muy

claramente la huida a través del desierto que Ashraf y yo habíamos protagonizado un año antes. En aquella ocasión, por lo menos, íbamos montados y mi amigo mameluco había sabido cómo conseguir agua.

La arena abrasaba cada vez más. Cada centímetro de piel percibía el aumento de calor, y sin embargo no podía moverme. Notaba pinchazos agudos, como picaduras, pero no sabía si algo ya me estaba comiendo o simplemente era el calor royendo mis sensaciones. El cerebro tiene la capacidad de amplificar el dolor con pavor.

¿He dicho ya que jugar es un vicio?

El sudor casi me cegaba, escociéndome los ojos, pero pronto se evaporaba, dejando sal. Sentía toda la cabeza como si se me hinchara. El resplandor me enturbiaba la vista, y la cabeza de Astiza parecía tanto una mancha como alguien reconocible.

¿Ya era mediodía? No lo creía. Oí un estruendo lejano. ¿Se reanudaba el combate? Tal vez llovería, como en la Ciudad de los Fantasmas.

No, el calor aumentaba, en grandes ondulaciones relucientes. Astiza sollozó un rato, pero luego enmudeció. Recé para que hubiese expirado. Yo esperaba lo mismo, esa lenta caída en la inconsciencia y la muerte, pero el desierto quería castigarme. La temperatura no dejaba de subir. Me ardía la barbilla. Mis dientes se freían en las encías. Se me hinchaban los ojos.

Entonces vi pasar algo correteando.

Era negro, y gruñí para mis adentros. Los soldados me habían dicho que los aguijones de escorpión eran especialmente dolorosos. «Como cien abejas a la vez», había dicho uno. «¡No, no, como aplicar un carbón encendido sobre la piel!», intervino otro. «¡Se parece más a ácido en el ojo!», sugirió un tercero. «¡Un martillazo en el pulgar!»

Más correteos. Otro. Los escorpiones se nos acercaban, y luego retrocedían. No podía oír ninguna señal, pero parecían juntarse en manadas como lobos.

Esperé que su ataque no despertara a Astiza. Me propuse esforzarme todo lo posible por no gritar. El estruendo se aproximaba.

Un artrópodo se acercó, un monstruo para mi deteriorada vista, del tamaño del cocodrilo desde esa perspectiva. Parecía contemplarme con el cálculo instintivo, lento y frío de su minúsculo cerebro. Su cola enroscada se movió, como si apuntara. Y entonces...

¡Blam! Me sobresalté tanto como mi trampa me lo permitió. Había caído una bota cubierta de polvo, aplastando al animal. Giró, machacando al escorpión contra el suelo, y luego oí una voz conocida.

—Por las barbas del Profeta, ¿es que nunca puedes cuidar de ti mismo, Ethan?

—¿Ashraf? —Fue un murmullo desconcertado.

—He estado esperando a que tus atormentadores se alejan lo suficiente. ¡Hace calor para estar en el desierto! Y aquí estáis los dos, en condiciones aún peores que cuando os dejé el otoño pasado. ¿No aprendes nada, americano?

¿Era posible? El mameluco Ashraf había sido mi primer prisionero y después mi compañero cuando huimos de El Cairo y cabalgamos para rescatar a Astiza. Había vuelto a salvarnos en una escaramuza a orillas de un río, nos había dado un caballo y luego se había despedido para unirse a las fuerzas de resistencia de Murad Bey. ¿Y ahora aquí estaba otra vez? Thoth estaba trabajando.

—Te he estado siguiendo durante días, primero hasta Rosetta, y luego de vuelta otra vez. No entendía por qué ibas disfrazado como un *fallahin* en un carro de burro. ¿Y entonces tus frances te entierran vivo? Necesitas mejores amigos, Ethan.

—Totalmente de acuerdo —farfullé.

Y oí el bendito raspar de una pala, desenterrándome.

Recuerdo sólo vagamente lo que ocurrió a continuación. La concurrencia de una compañía de mamelucos fuertemente armados, lo que explicaba el estruendo que había oido. Agua, dolorosamente húmeda mientras la absorbíamos en nuestras gargantas inflamadas. Un camello arrodillado sobre el que nos ataron. Luego un viaje al atardecer. Dormimos bajo una lona en un oasis, recobrando la razón. Teníamos la cabeza roja y ampollada, los labios agrietados, los ojos como hendiduras. Estábamos indefensos.

Finalmente nos ataron de nuevo y nos adentraron aún más en el desierto, al sur, al oeste y luego al este hasta un campamento secreto de los hombres de Murad. Las mujeres untaron nuestra piel quemada con bálsamo, y el alimento nos devolvió las fuerzas poco a poco. Aún teníamos una idea muy vaga del tiempo. Si trepaba hasta la cima de una duna próxima, sólo veía las cúspides de las pirámides. El Cairo era invisible, al otro lado.

—¿Cómo pudiste encontrarnos? —pregunté a Ashraf. Ya había relatado sus incursiones y batallas que estaban desgastando a los franceses.

—Primero oímos que un quincallero indagaba sobre Astiza desde la lejana Jerusalén —dijo—. Era una información curiosa, pero yo sabía que habías desaparecido y sospeché. Entonces Ibrahim Bey comunicó que el conde Silano había cabalgado hacia el norte y desaparecido en algún lugar de Siria. ¿Qué estaba pasando? Napoleón fue rechazado en Acre, pero no regresaste a El Cairo con él. De modo que creí que te habías unido a los ingleses, y decidí buscarte en la fuerza de invasión otomana. Y sí, vimos llamas en Rosetta, y os avisté a los dos en vuestro carro de burro, pero la caballería francesa andaba demasiado cerca. Así que esperé, hasta que os enterraron y los franceses se retiraron por fin. Siempre tengo que salvarte, mi amigo americano.

—Siempre estoy en deuda contigo.

—No si haces lo que sospecho que debes hacer.

—¿De qué se trata?

—Acabo de recibir noticias de que Napoleón ha zarpado y se ha llevado consigo al conde Silano. Vas a tener que detenerlos en Francia, Ethan. Las sirvientas me han hablado de los misteriosos signos en la espalda de tu compañera. ¿Qué son?

—Una escritura antigua para leer lo que Silano ha robado.

—La pintura se está desprendiendo, pero hay un modo de conservarla más tiempo. He ordenado a las mujeres que mezclen sus frascos de alheña.

La alheña era una planta empleada para adornar a las mujeres árabes con trazarías intrincadas de dibujos de color marrón, como un tatuaje permanente.

Cuando terminaron, la espalda de Astiza tenía un aspecto extrañamente hermoso.

—¿Tiene que leerse ese libro? —preguntó Ashraf cuando nos disponíamos a partir.

—Si no, entonces su secreto perecerá conmigo —respondió ella—. Yo soy la clave de Rosetta.

Astiza y yo desembarcamos en la costa meridional de Francia el 11 de octubre de 1799, dos días después de que lo hicieran Napoleón Bonaparte y Alessandro Silano. Para ambas partes había sido un largo viaje. Bonaparte, después de dar unas palmaditas en el culo a su amante Pauline Foures y de dejar una nota a Kléber informándole que ahora detentaba el mando (prefirió no enfrentarse al general en persona), había elegido a Monge, Berthollet y algunos otros sabios como Silano y bordeado la costa africana, a menudo sin viento, para eludir a la flota británica. La ruta se convirtió en un rutinario viaje marítimo durante cuarenta y dos tediosos días. Mientras él regresaba lentamente a su patria, la política francesa se volvía más caótica conforme se cocían conjuras y contra conjuras en París. Era el clima idóneo para un general ambicioso, y el parte que anunciaba la estupenda victoria de Napoleón en Abukir llegó a París tres días antes que él. Su marcha hacia el norte discurrió entre los vítores de las multitudes.

También nuestro viaje fue lento, pero por un motivo distinto. Con el apoyo de Smith, nos embarcamos en una fragata británica una semana después de que Bonaparte hubiese dejado Egipto y pusimos rumbo directamente a Francia para interceptarlo. Su lentitud lo salvó. Llegamos frente a las costas de Córcega y Tolón dos semanas antes de que llegara Napoleón y, al enterarnos de que no había noticias suyas, salimos como una flecha en la dirección por la que habíamos venido. Pero incluso desde lo alto de un mástil un vigía sólo alcanza a ver unos pocos kilómetros cuadrados de mar, y el Mediterráneo es extenso. No sé a qué distancia llegamos a acercarnos. Finalmente un navío de guardia nos informó que había desembarcado primero en su Córcega natal y después en Francia, y para cuando lo seguimos ya nos llevaba mucha ventaja.

Si Silano no lo hubiese acompañado, me habría contentado con dejarlo. No es mi obligación seguir de cerca a generales ambiciosos. Pero teníamos una cuenta pendiente con el conde, y el libro era peligroso en sus manos y potencialmente útil en las nuestras. ¿Cuánto sabía él ya? ¿Cuánto podríamos leer nosotros, con la clave de Astiza?

Si nuestra persecución por mar resultó angustiosa y desalentadora, el tiempo que llevó no lo fue. Astiza y yo, rara vez habíamos tenido tiempo de tomarnos un respiro juntos. Siempre había habido campañas, cazas de tesoros y huidas peligrosas. Ahora compartíamos el camarote de un teniente —nuestra intimidad suscitaba cierta envidia entre los solitarios oficiales y miembros de la tripulación— y disponíamos de tiempo suficiente para conocernos, como hombre y mujer. Dicho de otro modo, el tiempo suficiente para asustar a cualquier hombre receloso de la intimidad.

Salvo que a mí me gustaba. Desde luego habíamos sido compañeros de aventura, y amantes. Ahora éramos amigos. Su cuerpo maduró con descanso y alimento, su piel recobró su esplendor, y su pelo su lustre. Me deleitaba sólo con mirarla, leyendo en nuestro camarote o contemplando el resplandeciente mar desde la barandilla, y me encantaba cómo la envolvían sus ropas, cómo flotaban sus cabellos en la brisa.

Todavía mejor, claro está, era despojarla lentamente de esa ropa. Pero nuestros tormentos la habían tristecido, y su belleza parecía agridulce. Y cuando nos uníamos en nuestros estrechos aposentos, unas veces con urgencia y otras con delicadeza, procurando ser discretos en aquel navío de paredes delgadas, me sentía transportado. Me maravillaba que yo, el rebelde oportunista americano, y ella, la mística egipcia, congeníáramos. Y no obstante resultó que nos complementábamos y completábamos mutuamente, contando el uno con el otro. Empecé a pensar en una vida normal en el futuro.

Deseé poder navegar eternamente, sin llegar a encontrar a Napoleón.

Pero a veces la veía absorta con expresión preocupada, viendo cosas siniestras en el pasado o el futuro. Era entonces cuando temía perderla de nuevo. El destino la reclamaba tanto como yo.

—Piensa en ello, Ethan. ¿Bonaparte con el poder de Moisés? ¿Francia con el conocimiento secreto de los caballeros templarios? ¿Silano viviendo eternamente, cada año dominando más fórmulas arcanas y reuniendo a más seguidores? Nuestra misión no habrá concluido hasta que recuperemos ese libro.

De modo que desembarcamos en Francia. Por supuesto, no podíamos atracar en Tolón. Astiza consultó con nuestro capitán inglés, examinó las cartas y nos dirigió con insistencia a una recóndita cala rodeada de laderas abruptas y deshabitada salvo por un par de rebaños de cabras. ¿Cómo conocía el litoral francés? Por la noche nos llevaron en un bote a una playa de guijarros y nos dejaron solos en la oscuridad sin luna. Por último se oyó un silbido y Astiza encendió una vela, protegida por su capa.

—Así que el loco ha regresado —dijo una voz conocida desde los matorrales—. Aquel que encontró al Loco, padre de todo el pensamiento, creador de la civilización, bendición y azote de reyes.

Aparecieron unos hombres morenos, con botas y sombreros de ala ancha, fajas de vivos colores en la cintura que alojaban puñales de plata. Su jefe inclinó la cabeza.

—Bienvenido otra vez al hogar de los romaníes —dijo Stefan el gitano.

Quedé gratamente sorprendido por aquel reencuentro. Había conocido a aquellos gitanos, o «egipcianos», como los llamaban algunos europeos —vagabundos supuestamente descendientes de los antiguos—, el año anterior, cuando mi amigo Taima y yo huímos de París para unirnos a la expedición de Napoleón. Después de que Najac y sus esbirros del hampa nos hubiesen emboscado en la diligencia de Tolón, yo me había ocultado en el bosque y encontrado refugio en la banda de Stefan. Allí había visto por primera vez a Sidney Smith y, más plácidamente, a la hermosa Sarylla, quien me había dicho la buenaventura, revelado que yo era el loco que buscaba al Loco (otra denominación de Thoth) e instruido en las técnicas amatorias de los antiguos. Había sido un modo agradable de completar mi viaje a Tolón, encerrado en un carromato egipcio y a salvo de los que perseguían mi medallón sagrado.

Ahora, como un conejo saliendo de una madriguera, mis salvadores gitanos estaban otra vez aquí.

—Por las cartas del tarot, ¿qué hacéis aquí? —pregunté.

—Esperarte, naturalmente.

—Los avisé por medio de un cúter inglés —dijo Astiza.

Vaya. ¿No habían sido esos mismos gitanos los que la habían avisado a ella, del medallón y mi llegada? Lo cual hizo que el antiguo amo de Astiza estuviera a punto de volarme la cabeza, una presentación no demasiado agradable.

—Bonaparte os lleva ventaja, precedido por la noticia de sus últimas victorias —dijo Stefan—. Su viaje a París se ha convertido en una marcha triunfal. Los hombres esperan que el conquistador de Egipto pueda ser el salvador de Francia. Con sólo un poco de ayuda de Alessandro Silano, puede conseguir todo lo que desee, y el deseo es peligroso. Debéis alejar a Bonaparte del libro, y custodiar este último. El escondrijo de los templarios duró casi cinco siglos. Con algo de suerte el vuestro durará cinco milenios, o más.

—Antes debemos capturarlo.

—Sí, tenemos que apresurarnos. Están a punto de ocurrir grandes cosas.

—Stefan, estoy encantado y sorprendido de verte, pero apresuraros es lo último de lo que os creía capaces a los gitanos. Fuimos hasta Tolón al paso de una vaca pastando, si mal no recuerdo, y vuestros pequeños ponis no pueden tirar de vuestros carros mucho más deprisa.

—Ciento. Pero los romaníes tenemos mucha habilidad para tomar cosas prestadas. Buscaremos un coche y un tiro rápido y te llevaremos, haciéndote pasar por un miembro del Consejo de los Quinientos, a velocidad de vértigo hasta París. Yo seré un comisario de policía, por ejemplo, y André, aquí presente, tu cochero. Cario será tu lacayo, la dama será tu señora...

—¿Lo primero que vamos a hacer nada más llegar a Francia será robar un coche y cuatro caballos?

—Si actúas como si lo merecieras, no se parece a robar.

—Ni siquiera estamos legalmente en Francia. Y todavía estoy acusado de asesinar a una prostituta. Mis enemigos podrían utilizarlo contra mí.

—¿No te matarán a pesar de todo?

—Bueno, sí.

—Entonces ¿qué te preocupa? Pero ven. Preguntaremos a Sarylla qué hacer.

La adivina gitana que me había enseñado algo más que mi destino —Dios, recordaba con cariño sus chillidos— era tan hermosa como lo recordaba, morena y misteriosa, con anillos reluciendo en los dedos y aros reflejando la luz del fuego en las orejas. No es que me alegrara mucho de toparme con una antigua querida con Astiza a cuestas, y las dos mujeres se erizaron en silencio de esa forma tan suya, como gatas recelosas. Sin embargo Astiza se sentó calladamente a mi lado mientras la gitana echaba las cartas del tarot.

—El destino te desea un feliz viaje —entonó Sarylla cuando dio la vuelta a sus cartas y apareció el carro—. No tendremos ningún problema para conseguir un carruaje que sirva nuestros propósitos.

—¿Lo ves? —dijo Stefan con satisfacción.

Me gusta el tarot. Puede decirte cualquier cosa que deseas oír.

Sarylla volvió más cartas.

—Pero conocerás a una mujer en una situación apurada. Tu camino se volverá tortuoso.

—Otra mujer?

—Pero ¿saldremos con éxito?

Volvió más cartas. Vi la torre, el mago, el loco y el emperador.

—Será casi un combate.

Otra carta. Los amantes. Nos miró.

—Debéis trabajar juntos.

Astiza me tomó la mano y sonrió.

Sarylla dio la vuelta a otra carta. La muerte.

—No sé para quién es esto. ¿El mago, el loco, el emperador o el amante? Tu viaje es peligroso.

—Pero ¿posible?

Muerte para Silano, sin duda. Y quizá debería asesinar también a Bonaparte.

Otra carta. La rueda de la fortuna.

—Eres un jugador, ¿no?

—Cuando es necesario.

Otra carta. El mundo.

—No tienes elección. —Nos miró con sus grandes ojos oscuros—. Tendrás aliados extraños y enemigos extraños.

Hice una mueca.

—Todo es normal, entonces.

Ella sacudió la cabeza, perpleja.

—Espera a ver quién es quién. —Miró fijamente las cartas y luego a Astiza—. Tu nueva mujer corre peligro, Ethan Gage. Grave peligro, y algo aún más intenso, creo. Dolor.

Ahí estaba, esa rivalidad.

—¿Quéquieres decir?

—Lo que dicen las cartas. Nada más.

Estaba preocupado. Si la primera buenaventura de Sarylla no se hubiese cumplido, no habría hecho caso de ésta. Al fin y al cabo soy un hombre de Franklin, un sabio. Pero por más que pudiera burlarme del tarot, había algo inquietante en su poder. Sentía miedo por la mujer que tenía a mi lado.

—Es posible que haya lucha —dije a Astiza—. Puedes esperarme a bordo del navío inglés. No es demasiado tarde para hacerles señales.

Astiza observó las cartas y a la gitana durante algún tiempo, y después sacudió la cabeza.

—Tengo mi magia y he llegado hasta aquí —dijo, envolviéndose en su capa contra el desacostumbrado frío europeo de octubre, que ya se extendía al sur—. Nuestro verdadero peligro es el tiempo. Debemos apresurarnos.

Sarylla la miró compasiva y le dio la carta del tarot de la estrella.

—Quedáosla. Representa meditación e iluminación. Que la fe esté con vos, señora.

Astiza pareció sorprendida, y conmovida.

—Y contigo.

De modo que nos acercamos sigilosamente a la casa de un magistrado, tomamos «prestados» su coche y su tiro y emprendimos camino hacia París. Yo estaba impresionado por el exuberante verde y dorado del paisaje después de Egipto y Siria. Las últimas uvas colgaban redondas y llenas. Los campos estaban preñados de almiares. Los frutos persistentes impregnaban el aire de un aroma maduro y fermentado. Carros chirriantes cargados de verduras otoñales se apartaban a un lado cuando los hombres de Stefan gritaban órdenes y hacían restallar el látigo como si fuéramos en realidad diputados republicanos de importancia. Hasta las muchachas campesinas resultaban apetecibles, pareciendo medio desnudas después de las túnicas del desierto, con sus pechos como melones, sus caderas una tinaja alegre, sus pantorrillas manchadas de mosto. Tenían los labios carnosos y rojos de chupar ciruelas.

—¿No es hermoso, Astiza?

Ella estaba más preocupada por los cielos encapotados, la caída de las hojas y los árboles que formaban pérgolas revoltosas sobre los caminos.

—No veo —respondió.

Varias veces pasamos por pueblos con adornos caídos de banderitas tricolores, pétalos marchitos en las calles y botellas de vino vacías en las cunetas. Todo ello testimonio del paso de Napoleón.

—¿El general bajito? —recordó un tabernero—. ¡Un hombre arrogante!

—Apuesto como el mismo demonio —agregó su esposa—. Los cabellos negros, los ojos grises e intensos. ¡Dicen que ha conquistado media Asia!

—¡Dicen que tras él viene el tesoro de los antiguos!

—¡Y sus hombres valerosos!

Viajamos hasta bien entrada la noche y nos levantamos antes del amanecer, pero París supone un trayecto de varias jornadas. Como nos dirigíamos hacia el norte, el cielo se hacía más gris y la estación avanzaba. Nuestros caballos desprendían vapor cuando nos deteníamos para abreviarlos. Y así marchábamos con estruendo al atardecer del cuarto día, París a sólo unas horas, cuando de repente otro tiro magnífico con su coche salió de un camino a nuestra izquierda y viró bruscamente justo delante de nosotros. Los caballos relincharon y chocaron, un tiro arrastrando al otro. Nuestro vehículo se inclinó, se equilibró sobre dos ruedas, se metió en una cuneta y volcó lentamente. Astiza y yo caímos hacia un lado dentro del coche. Los gitanos saltaron.

—¡Imbéciles! —gritó una mujer—. ¡Mi marido habría podido mataros!

Salimos vacilantes del vehículo siniestrado. El eje delantero de nuestro coche estaba roto, al igual que las patas de dos de nuestros caballos, que chillaban. La caballería que escoltaba a quienquiera que fuese con quien habíamos chocado había desmontado y avanzaba pistolas en ristre para despachar a los animales heridos y desenredar a los otros. Gritándonos desde la ventanilla de su coche había una mujer extraordinariamente elegante —su atavío haría parecer un mendigo a un banquero— con la mirada frenética. Tenía la altivez de una parisina, pero no la reconocí de inmediato. Era una americana, ilegalmente regresada a Francia y todavía buscada por homicidio, que yo supiera, que ni siquiera había observado la cuarentena que se imponía a los viajeros procedentes de Oriente (tampoco Bonaparte lo había hecho). Ahora había soldados y preguntas, aunque era su coche el que había obrado mal. Tuve el presentimiento de que tener la razón no serviría de mucho allí.

—¡Mi asunto es de suma importancia para el Estado! —gritó la mujer presa del pánico—. ¡Apartad a vuestros animales de los míos!

—¡Vos os habéis interpuesto en nuestro camino! —replicó Astiza, y su acento resultó evidente—. ¡Sois tan grosera como incompetente!

—Espera —le advertí—. Lleva soldados.

Demasiado tarde.

—¡Y vos sois tan impertinente como torpe! —chilló la mujer—. ¿Sabéis quién soy? ¡Podría hacer que os arrestaran!

Me adelanté para impedir una pelea de gatas haciendo una falsa oferta de pago posterior, sólo para conseguir que aquella bruja siguiera su camino. Nuestros gitanos se habían ocultado prudentemente entre los árboles. Sonaron dos disparos de pistola, silenciando los peores gritos de los caballos, y luego los soldados de caballería se volvieron hacia nosotros, con las manos en la empuñadura de sus espadas.

—Por favor, madame, sólo ha sido un accidente —dije, sonriendo con mi afabilidad habitual—. Un momento más y continuaréis vuestro camino. ¿Adonde os dirigís?

—¡Con mi marido, si puedo encontrarlo! ¡Oh, qué desastre! Nos hemos equivocado de dirección y lo he perdido en el camino principal, y ahora sus

hermanos llegarán primero hasta él y le contarán sus mentiras sobre mí. ¡Si me habéis demorado demasiado, pagaréis por ello!

Creía que la guillotina había reducido esa clase de arrogancia, pero al parecer no había acabado con todos ellos.

—Pero París se halla en esa dirección —indiqué.

—¡Quería reunirme con él! Pero nos ha adelantado y hemos tomado *este* camino para volver. ¡Ahora ya estará en casa, y mi ausencia confirmará lo peor!

—¿Qué es lo peor?

—¡Que soy infiel! —Y se echó a llorar.

Fue entonces cuando reconocí sus rasgos, hasta cierto punto célebres en los ambientes de la sociedad parisina en cuyos márgenes me había movido. ¡Era ni más ni menos que Josefina, la esposa de Napoleón! ¿Qué diablos estaba haciendo en un camino oscuro al anochecer? Y, naturalmente, las lágrimas me movieron a la compasión. Si poseo alguna cualidad es la galantería, y el llanto desarma a cualquier caballero.

—Es la esposa de Bonaparte —susurré a Astiza—. Cuando él se enteró de que era adúltera, en vísperas de la Batalla de las Pirámides, estuvo a punto de enloquecer.

—¿Es por eso que está asustada?

—Ya sabemos lo veleidoso que es. Podría colocarla delante de un pelotón de ejecución.

Astiza reflexionó, y luego se acercó rápidamente a la portezuela del coche.

—Señora, nosotros conocemos a vuestra marido.

—¿Qué? —Observé ahora que era una mujer bajita, delgada y bien vestida, ni sencilla ni especialmente hermosa, la piel cálida, la nariz recta, los labios carnosos, los ojos atractivamente grandes y oscuros y, pese a su desesperación, inteligentes. Tenía el pelo oscuro y las orejas bien esculpidas, pero el rostro manchado por el llanto—. ¿Cómo podéis conocerlo?

—Servimos con Bonaparte en Egipto. También nosotros nos apresuramos, para advertirlo de un terrible peligro.

—¡Lo conocéis! ¿Qué peligro? ¿Un asesinato?

—Que un acompañante suyo, Alessandro Silano, planea traicionarlo.

—¿El conde Silano? Tengo entendido que viaja con mi marido. Se supone que es su confidente y consejero.

—Ha hechizado a Napoleón, y ha intentado volverlo contra vos. Pero podemos ayudaros. ¿Tratáis de reconciliaros?

Inclinó la cabeza, los ojos húmedos.

—Ha sido una gran sorpresa. No nos notificaron su llegada. He salido corriendo de casa de mi amigo más querido para reunirme con él. Pero estos idiotas han

tomado el camino equivocado. —Se asomó por la ventanilla del carruaje y tomó a Astiza por los brazos—. ¡Debéis decirle que, a pesar de todo, aún le quiero! ¡Si se divorcia de mí, lo perderé todo! ¡Mis hijos se quedarán sin un céntimo! ¡Es culpa mía que se ausente durante meses y años?

—Entonces los dioses han dispuesto este accidente, ¿no os parece? —dijo Astiza.

—¿Los dioses?

Aparté a mi compañera hacia atrás.

—¿Qué estás haciendo? —siseé.

—¡Ésta es nuestra llave para acceder a Bonaparte! —susurró Astiza—. Estará rodeado de soldados. ¿Cómo vamos a llegar hasta él si no es a través de su esposa? Ella no es fiel a él ni a nada, lo que significa que se aliará con cualquiera que sirva a su propósito. Esto implica que tenemos que alistar a Josefina en nuestro bando. Ella puede averiguar dónde está el manuscrito cuando se acueste con él, cuando los hombres pierden la poca inteligencia que tienen. ¡Entonces lo recuperaremos!

—¿Qué estás cuchicheando? —exclamó Josefina.

Astiza sonrió.

—Por favor, señora, nuestro coche está estropeado, pero es imprescindible que lleguemos hasta vuestro marido. Creo que podemos ayudarnos mutuamente. Si nos permitís viajar con vos podemos ayudarlos a reconciliarse.

—¿Cómo?

—Mi compañero es un francmasón sabio. Conocemos la clave de un libro que podría otorgar un gran poder a Napoleón.

—¿Francmasón? —Me echó un vistazo—. El abad Barruel, en su célebre libro, dijo que estaban detrás de la Revolución. Los jacobinos fueron una conspiración masónica. Pero el *Diario de los Hombres Libres* dice que los masones son en realidad monárquicos, que conspiran para volver a traer al rey. ¿Qué sois vos?

—Veo el futuro en vuestro marido, señora —mentí.

Josefina se mostró intrigada, y calculadora.

—¿Un libro sagrado?

—De Egipto —dijo Astiza—. Si nos ponemos en marcha podemos estar en París al amanecer.

Un tanto sorprendentemente, la mujer asintió. Estaba tan nerviosa por la reaparición de Napoleón y su indudable furia por su conducta adúltera que estaba ansiosa de recibir ayuda, por improbable que fuera. Así que dejamos nuestro coche robado destrozado, la mitad de sus caballos muertos, nuestros gitanos escondidos, y la llevamos a París.

—Bien. Debéis contarme lo que sabéis o de lo contrario os echaré —advirtió.

Teníamos que apostar.

—Encontré un libro que otorga grandes poderes —empecé.

—¿Qué clase de poderes?

—El poder de persuadir. De encantar. De vivir un tiempo extraordinariamente largo, quizá para siempre. De manipular objetos.

Puso sus codiciosos ojos como platos.

—El conde Silano ha robado ese libro y se ha pegado a Napoleón como una sanguijuela, absorbiéndole la mente. Pero el libro no ha sido traducido. Sólo nosotros podemos hacerlo. Si su esposa le ofreciera la clave, con la condición de que Silano fuera destituido, podríais salvar vuestro matrimonio. Os propongo una alianza. Con nuestro secreto, vos podréis entrar en el dormitorio de vuestro marido. Con vuestra influencia, nosotros podremos recuperar nuestro libro, deshacernos de Silano y ayudar a Napoleón.

Estaba recelosa.

—¿Qué clave?

—De una lengua extraña y antigua, perdida hace tiempo.

Astiza se volvió en el asiento del coche de Josefina y yo desaté con delicadeza los cordones de la espalda de su vestido. La tela se abrió, dejando al descubierto el intrincado alfabeto grabado con alheña.

La francesa ahogó un grito.

—¡Parece la escritura de Satanás!

—O de Dios.

Josefina reflexionó.

—¿Qué importa de quién sea, si vencemos?

¿Thoth nos sonreía por fin? Nos apresuramos hacia la residencia de Bonaparte en la recientemente rebautizada Rué de la Victoire, un homenaje a sus victorias en Italia. Y sin ningún plan, sin cómplices ni armas, nos ganamos la confianza de aquella ambiciosa arribista.

¿Qué sabía yo de Josefina? Los chismes que circulaban por París. Se había criado en la isla de Martinica, era media docena de años mayor que Napoleón, cinco centímetros más baja, y una tenaz superviviente. Se había casado con un joven y rico oficial del ejército, Alexandre de Beauharnais, pero él se sentía tan avergonzado de sus maneras provincianas que se negó a presentarla ante la corte de María Antonieta. Ella se separó de él, volvió al Caribe, huyó de una sublevación de esclavos para regresar a París en el momento crítico de la Revolución, perdió a su marido en la guillotina en 1794 y después fue encarcelada. Sólo el pronunciamiento que puso fin al Terror le salvó la cabeza. Cuando un joven oficial del ejército llamado Bonaparte la visitó para felicitarla por la conducta de su hijo Eugenio, quien había pedido ayuda para recuperar la espada de su padre ejecutado, ella lo sedujo. Desesperada, apostó por aquel prometedor corso y se casó con él, pero posteriormente se acostó con todo

aquel que se le pusiera a tiro mientras él se encontraba en Italia y Egipto. Se rumoreaba que era una ninfómana. Había estado viviendo con un ex oficial llamado Hippolyte Charles, ahora un hombre de negocios, cuando llegaron las alarmantes noticias del regreso de su marido. Desde que la Revolución permitiera el divorcio, ahora corría el riesgo de perderlo todo en el mismo momento en que Bonaparte aspiraba al poder supremo. A sus treinta y seis años, con los dientes manchados, tal vez no tendría otra oportunidad.

Puso los ojos como platos al oír la explicación de Astiza sobre poderes sobrenaturales. Hija de las Islas del Azúcar, los cuentos de magia no le eran ajenos.

—Ese libro puede destruir a los hombres que lo poseen —dijo Astiza— y arruinar a las naciones en las que se desate. Los antiguos lo sabían y lo escondieron, pero el conde Silano ha tentado a la suerte robándolo. Ha hechizado a vuestro marido con sueños de un poder ilimitado. Podría enloquecer a Napoleón. Debéis ayudarnos a recuperarlo.

—Pero ¿cómo?

—Nosotros custodiaremos el libro si nos lo entregáis. Vuestro conocimiento del mismo os conferirá una influencia tremenda sobre vuestro marido.

—Pero ¿quiénes sois?

—Yo me llamo Astiza y éste es Ethan Gage, un americano.

—¿Gage? ¿El electricista? ¿El hombre de Franklin?

—Madame, es un honor conocerlos y me halaga que hayáis oído hablar de mí. —Tomé su mano—. Espero que podamos ser aliados.

Ella la apartó bruscamente.

—¡Pero vos sois un asesino! —Me miró muy poco convencida—. ¡De una aventurera barata! ¿No es cierto?

—Un perfecto ejemplo de los embustes de Silano, como los que pueden entrampar a vuestro marido y echar a perder sus sueños. Fui víctima de una acusación injusta. Ayudadnos a alejar esa ponzoña de vuestro marido, y vuestra dicha conyugal volverá a la normalidad.

—Sí. Es culpa de Silano, no mía. ¿Y decís que ese libro contiene un poder terrible?

—Del que puede esclavizar almas.

Pensó con detenimiento. Por último se recostó y sonrió.

—Tenéis razón. Dios me está buscando.

La residencia de los Bonaparte, adquirida por Josefina antes de que se casaran, se hallaba en el elegante barrio de París conocido como Chaussée d'Antin, antiguamente una zona pantanosa donde los ricos habían edificado unas casas encantadoras llamadas *follies* durante el último siglo. Era una modesta vivienda de dos plantas con un jardín de rosas al final de su floración y una terraza que Josefina había cubierto con un techo de madera y decorado con banderas y tapices: un hogar

respetable para funcionarios prósperos de nivel medio. Su carroaje se detuvo en un camino de grava bajo unos tilos y ella se apeó, nerviosa y aturdida, tirándose de las mejillas.

—¿Qué aspecto tengo?

—El de una mujer con un secreto —la tranquilizó Astiza—. Dominante.

Josefina sonrió lúgicamente y respiró hondo. Acto seguido entramos.

Las habitaciones eran una curiosa mezcolanza de femenino y masculino, con lujoso papel pintado y cortinas de encaje pero recubiertas de mapas y planos de ciudades. Estaban las flores de la señora y los libros del señor, montones de ellos, algunos recién llegados de Egipto. La pulcritud de ella era palpable, aunque las botas de él estaban tiradas en el comedor y su sobretodo echado sobre una silla. Una escalera conducía al piso de arriba.

—Está en su dormitorio —susurró Josefina.

—Id con él.

—Sus hermanos se lo habrán contado todo. ¡Me odiará! Soy una mujer perversa e infiel. No puedo evitarlo. Me gusta demasiado amar. ¡Creí que lo matarían!

—Vos sois humana, como él —la tranquilicé—. Tampoco él es un santo, creedme. Id, pedid perdón y decidle que habéis estado reclutando aliados. Explicadle que nos habéis convencido de ayudarlo, que su futuro depende de nosotros tres.

Yo no confiaba en Josefina, pero ¿qué otra arma teníamos? Me preocupaba que Silano pudiera estar al acecho. Armándome de valor, subí los veinte peldaños hasta el piso de arriba y llamé a su puerta.

—¿Mi dulce general?

Hubo silencio durante algún tiempo, y luego oímos golpes, y llantos, y después sollozos pidiendo perdón. Al parecer, Bonaparte había cerrado la puerta con llave. Estaba decidido a divorciarse. Podíamos oír a su esposa suplicando a través de la madera. Luego los gritos cesaron y siguió una conversación más tranquila, y en una ocasión me pareció oír el chasquido de un cerrojo. Después, silencio. Bajé la escalera hasta la cocina del sótano y una criada nos suministró un poco de queso y pan. Los miembros del servicio estaban apiñados como ratones, esperando el desenlace de la tormenta de arriba. Presas del cansancio, nos dormimos.

Cerca del amanecer, una criada nos despertó.

—Mi ama desea veros —susurró.

Nos condujo al piso de arriba. La muchacha llamó a la puerta y la voz de Josefina respondió «Adelante» con una suavidad que no había oído antes.

Entramos, y allí el vencedor de Abukir y su recientemente fiel esposa estaban acostados en la cama uno junto a otro, con la colcha hasta la barbilla, ambos con aspecto tan satisfecho como gatos con nata.

—¡Santo Dios, Gage! —saludó Napoleón—. ¿Aún no estáis muerto? Si mis soldados pudieran sobrevivir como vos, conquistaría el mundo.

—Sólo pretendemos salvarlo, general.

—¡Silano dijo que os había enterrado! Y mi esposa me ha estado contando vuestras historias.

—Sólo queremos hacer lo mejor para vos y Francia, general.

—Queréis el libro. Todo el mundo lo quiere. Pero nadie puede leerlo.

—Nosotros podemos.

—Eso dice ella, con una reproducción de lo que ayudasteis a destruir. Admiro vuestro ingenio. Bien, tened por seguro que algo bueno ha resultado de vuestra larga noche. Habéis ayudado a reconciliarme con Josefina, y por eso me siento generoso.

Me alegré. Quizás aquello daría resultado. Me puse a mirar alrededor buscando el libro.

Entonces se oyeron unos pasos pesados detrás y me volví. Una tropa de gendarmes subía por la escalera. Cuando miré hacia atrás, Napoleón empuñaba una pistola.

—Ella me ha convencido de que, en lugar de limitarme a mataros, os encierre en la Prisión del Temple. Vuestra ejecución puede esperar hasta que se os juzgue por el asesinato de esa puta. —Sonrió—. Debo decir que Josefina no se ha cansado de defenderos. —Señaló a Astiza—. En cuanto a vos, os desvestiréis en el cuarto de vestir de mi esposa con ella y mis criadas presentes. He hecho llamar a unos secretarios para que copien vuestro secreto.

No dejaba de resultar irónico ser encerrado en un «templo» construido originariamente como cuartel general de los caballeros templarios, después utilizado como mazmorra para retener al rey Luis y a María Antonieta antes de ser decapitados, y por último servido de inútil cárcel para Sidney Smith. El capitán inglés había escapado en parte haciendo señales a una mujer con la que se había acostado, a través de las ventanas de la prisión, una estratagema que era de mi gusto. Ahora, dieciocho meses después, Astiza y yo íbamos a probar aquellas dependencias personalmente; nuestro hostalero sería el corpulento, zalamero, servil, oficioso, lerdo pero curioso carcelero Jacques Boniface, quien había entretenido a sir Sidney con leyendas de los caballeros.

Nos llevaron hasta allí en el carroaje de hierro de la prisión, contemplando París a través de barrotes. La ciudad aparecía monótona en noviembre, la gente inquieta, los cielos grises. Éramos observados a nuestra vez, como animales, y era un modo deprimente de presentar a Astiza en una gran urbe. Todo era extraño para ella: las espléndidas agujas de la catedral, el clamor de los mercados de cuero, lino y fruta, la cacofonía del tráfico de caballos que relinchaban y mercaderes en las aceras, y el descaro de mujeres envueltas en pieles y terciopelo estratégicamente abiertos para dejar entrever el pecho o un tobillo. Astiza había sido humillada desnudándola para copiar la clave, y no hablaba. Cuando nos apeamos junto al torreón exterior, en un patio frío y desprovisto de árboles, algo me llamó la atención en la entrada del recinto. Había gente mirando a través de las rejas, siempre contentos de ver a desgraciados aún menos afortunados que ellos, y me sobresalté al atisbar una cabeza de pelo rojo, áspero y llameante, tan familiar como una factura de alquiler y tan molesta como un recuerdo inoportuno. ¿Podía ser? No, claro que no.

La Prisión del Temple, que databa del siglo XIII, era un castillo estrecho y feo que se alzaba sesenta metros hasta el vértice de su tejado piramidal, con las celdas de sus torres iluminadas por angostas ventanas enrejadas. Daban por la parte de dentro a galerías distribuidas en torno a un atrio central, accesible por una escalera de caracol. Dice mucho a favor de la eficiencia del Terror el hecho de que la prisión estuviera en gran parte vacía. Todos sus ocupantes monárquicos habían sido guillotinados.

En lo que se refiere a prisiones, había visto otras peores. A Astiza y a mí nos permitían pasear por el parapeto alrededor del tejado —era demasiado alto para intentar saltar o trepar—, y la comida era mejor que en algunos de *losjans* que había probado cerca de Jerusalén. A fin de cuentas estábamos en Francia. De no haber sido por el hecho de estar encerrados, y que Bonaparte y Silano parecían resueltos a dominar el mundo, yo habría agradecido aquel descanso. No hay como la búsqueda de tesoros, las leyendas antiguas y las batallas para hacerte apreciar una buena siesta.

Pero el *Libro de Tot* nos reclamaba, y Boniface era un chismoso que gustaba de contar las intrigas de una ciudad en guerra y bajo presión. Conjuras y conspiraciones se cocían con la rapidez de una crepé, cada facción buscando «una espada» que proporcionara la fuerza militar necesaria para hacerse con el gobierno. El Directorio

de cinco políticos destacados era remodelado sin cesar por las dos cámaras legislativas. Y el Consejo de los Ancianos y el Consejo de los Quinientos eran asambleas pomposas y estridentes que vestían capas romanas, aceptaban sobornos descarados y mantenían una orquesta a mano para puntuar la legislación con himnos patrióticos. La economía era un desastre, el ejército andaba escaso de provisiones, la mitad del oeste de Francia se había sublevado con la ayuda de oro británico y la mayoría de los generales tenía un ojo puesto en el campo de batalla y el otro en París.

—Necesitamos un dirigente —dijo nuestro carcelero—. Todo el mundo está harto de democracia. Tenéis suerte de estar aquí, Gage, lejos de la confusión. Cuando voy a la ciudad nunca me siento seguro.

—Qué lástima.

—Pero la gente no quiere un dictador. Pocos pretenden el regreso del rey. Debemos conservar la república, pero ¿cómo puede alguien tomar las riendas de nuestra díscola asamblea? Es como controlar a los gatos de París. Necesitamos la sabiduría de Salomón.

—¿Vos creéis?

Compartíamos la cena en los confines de mi celda. Boniface había hecho lo mismo con Smith porque el carcelero se aburría y no tenía amigos. Supongo que su compañía tenía que formar parte de nuestra tortura, pero le había tomado una extraña simpatía. Mostraba más tolerancia con sus prisioneros que algunos anfitriones con sus invitados, y prestaba más atención. Tampoco venía nada mal que Astiza siguiera siendo una mujer hermosa y que yo, por supuesto, fuese una compañía excelente.

Ahora asintió.

—Bonaparte quiere ser un George Washington, aceptando de mala gana el gobierno de su país, pero no tiene la suficiente gravedad ni reserva. Sí, he estudiado a Washington, y su modestia estoica es un mérito para vuestra joven nación. El corso llegó creyendo que sería aupado al Directorio por aclamación popular, pero sus superiores lo recibieron con frialdad. ¿Por qué ha vuelto de Egipto sin órdenes? ¿Habéis leído *El Mesanjero*?

—Si recordáis, monsieur Boniface, estamos confinados en esta torre —observó Astiza en voz baja.

—Sí, sí, claro. ¡Oh, ese periódico valiente denunciaba la campaña egipcia! ¡Se burlaba de ella! ¡Un ejército abandonado! ¡Bonaparte humillado por el hombre que estuvo encarcelado aquí, sir Sidney Smith! La prensa es la voz de la asamblea, ¿sabéis? Todo ha terminado para Napoleón.

Taima me había dicho que Bonaparte temía más a los periódicos hostiles que a las bayonetas. Pero lo que nadie sabía era que Napoleón tenía el libro, y que Silano volvía a disponer del código completo para leerlo. Eso por hacer tratos con Josefina, la zorra intrigante. Esa mujer podría seducir al Papa y llevarlo a la miseria.

Cuando interrogué a Boniface sobre los caballeros templarios que habían construido aquel lugar, fue como accionar la palanca de una bomba.

Surgió un torrente de hechos y teorías.

—¡El mismísimo Jacques de Molay fue gran maestre aquí y después torturado! Aquí hay fantasmas, jóvenes, fantasmas a los que he oído chillar en tormentas de invierno. Los templarios eran quemados y golpeados hasta que admitían la peor clase de aberraciones y culto al diablo, y entonces los mandaban a la hoguera. Pero ¿dónde estaba su tesoro? Se supone que las habitaciones en las que estáis encerrados estaban repletas, pero cuando el rey francés llegó para saquearlas no encontró nada en ellas. ¿Y dónde estaba la supuesta fuente del poder templario? De Molay no quiso decir nada, excepto cuando lo llevaron a la pira. Entonces profetizó que el rey y el Papa morirían en menos de un año. ¡Oh, cómo se estremeció la multitud cuando vaticinó eso! ¡Y fue verdad! Esos templarios no eran sólo monjes guerreros, amigo mío, sino también magos. Habían encontrado algo en Jerusalén que les confería extraños poderes.

—Imaginaos si pudiera redescubrirse ese poder —murmuró Astiza.

—Un hombre como Bonaparte se apoderaría del Estado enseguida. Entonces veríamos cambiar las cosas, si queréis que os lo diga, para bien y para mal.

—¿Será entonces cuando nos juzgarán?

—No. Será entonces cuando os guillotinarán. —Se encogió de hombros con un gesto muy francés.

Nuestro carcelero estaba deseoso de oír nuestras aventuras, que revisamos cautelosamente. ¿Habíamos estado dentro de la Gran Pirámide? Oh, sí. Nada de interés.

—Y el Monte del Templo de Jerusalén?

Un santuario musulmán en la actualidad, de acceso prohibido a los cristianos.

—Y qué había de los rumores sobre ciudades perdidas en el desierto?

Si estaban perdidas, ¿cómo íbamos a encontrarlas?

Boniface insistió en que los antiguos no habrían podido erigir sus grandes monumentos sin secretos colosales. La magia se había perdido con los sacerdotes de antaño. La nuestra era una época moderna deslucida, falta de prodigios, mecánica y cínica. La ciencia estaba sometiendo el misterio, y el racionalismo pisoteaba las maravillas. ¡No había nada como Egipto!

—Pero ¿y si volviera a encontrarse? —insinué. —Vos sabéis algo, ¿eh, americano? ¡No, no sacudáis la cabeza! ¡Sabéis algo, y yo, Boniface, os lo sonsacaré!

El 26 de octubre nuestro carcelero trajo una noticia electrizante. ¡Luciano Bonaparte, de veinticuatro años, acababa de ser nombrado presidente del Consejo de los Quinientos!

Yo sabía que Luciano había estado actuando en nombre de su hermano en París mucho antes de que Napoleón dejara Egipto. Era un político de talento. Pero ¿presidente de la cámara más influyente de Francia?

—Creía que había que tener treinta años para detentar ese cargo.

—¡Por eso mismo todo París comenta la noticia! Naturalmente mintió (tenía que hacerlo, para cumplir con la Constitución), pero todo el mundo conoce esa mentira. ¡Y a pesar de todo lo han nombrado! Esto es obra de Napoleón, de alguna manera. Los diputados están asustados, o hechizados.

Siguieron más noticias intrigantes. Napoleón Bonaparte, que había sido desairado por el Directorio, iba a tener un banquete en su honor. ¿Estaba cambiando la opinión pública? ¿Había estado cortejando el general a los políticos de la ciudad para que se pusieran de su parte?

El 9 de noviembre de 1799 —el 18 de brumario en el nuevo calendario revolucionario— Boniface llegó con los ojos desorbitados. El hombre era un periódico ambulante.

—¡No me lo creo! —exclamó—. ¡Es como si nuestros legisladores estuvieran hechizados por Mesmer! A las cuatro y media de esta madrugada, los miembros del Consejo de los Ancianos han sido levantados de sus camas y se han reunido soñolientos en el cercado de los caballos de las Tullerías, donde han acordado salir de la ciudad hacia la finca de Saint-Cloud para deliberar allí. Esta decisión es descabellada: los separa del apoyo de la multitud. ¡Lo han hecho voluntariamente, y los Quinientos seguirán su ejemplo! Todo es confusión y especulación. Pero algo más que eso hace que París esté en vilo.

—¿Qué?

—¡Napoleón ha recibido el mando de la guarnición de la ciudad y el general Moreau ha sido destituido! Ahora hay tropas dirigiéndose hacia Saint-Cloud. Otras están levantando barricadas. Hay bayonetas por todas partes.

—¿El mando de la guarnición? Eso son diez mil hombres. El ejército de París era lo que mantenía a raya a todo el mundo, Bonaparte incluido.

—Exactamente. ¿Por qué iban a permitirlo las cámaras? Algo raro está pasando, algo que las lleva a aprobar lo contrario de lo que habían afirmado sólo horas o días antes. ¿Qué podría ser?

Yo sabía qué era, desde luego. Silano había hecho progresos en la traducción del *Libro de Tot*. Se urdían y pronunciaban hechizos, y las mentes se ofuscaban. ¡Hechizadas de veras! La ciudad entera estaba siendo encantada. No había tiempo que perder.

—Misterios de Oriente —dije de improviso.

—¿Qué?

—Carcelero, ¿habéis oído hablar del *Libro de Tot*? —preguntó Astiza.

Boniface se mostró sorprendido.

—Por supuesto que sí. Todos los estudiosos del pasado han oído hablar del Tres Veces Grande, antepasado de Salomón, creador de todo el conocimiento, el Camino y el Verbo. —Su voz se había reducido a un susurro—. Hay quien dice que Thoth creó un paraíso terrenal que hemos olvidado conservar, pero otros afirman que es el mismísimo arcángel negro, bajo mil disfraces: ¡Baal, Belcebú, Bahomet!

—Ese libro ha estado perdido durante miles de años, ¿no?

Ahora adoptó una expresión astuta.

—Tal vez. Circulan rumores de que los templarios...

—Jacques Boniface, los rumores son ciertos —dijo, levantándose de la tosca mesa sobre la que compartíamos una jarra de vino barato, mi voz más grave—. ¿Qué cargos se han presentado contra Astiza y yo?

—¿Cargos? Pues ninguno. No necesitamos cargos para retenerlos en la Prisión del Temple.

—¿Y no os preguntáis por qué Bonaparte nos ha confinado aquí? Ya veis que no tenemos amigos y estamos indefensos. Nos han encerrado pero aún no nos han matado, por si todavía podemos ser de utilidad. ¿Qué hace una extraña pareja como nosotros en París, y qué sabemos que resulta tan peligroso para el Estado?

Nos miró con recelo.

—Me he preguntado tales cosas, en efecto.

—Quizá (planteaos la posibilidad, Boniface) conocemos un tesoro. El más grande de la tierra. —Me incliné hacia delante sobre la mesa.

—¿Un tesoro? —carraspeó.

—De los caballeros templarios, escondido desde ese viernes 13 de 1309, cuando fueron arrestados y torturados por el *rey* chiflado de Francia. Guardián de esta torre, estáis tan atrapado como nosotros. ¿Cuánto tiempo queréis permanecer aquí?

—Todo el que mis amos...

—Porque vos podéis ser amo, Boniface. Amo de Thoth. Vos y nosotros, que somos los auténticos estudiosos del pasado. Nosotros no confiaríamos secretos sagrados a tiranos ambiciosos como Bonaparte, como está haciendo el conde Silano. Los reservaríamos para toda la humanidad, ¿no es cierto?

Se rascó la cabeza.

—Supongo.

—Pero para hacerlo debemos actuar, y deprisa. Esta noche será el golpe de Napoleón, creo. Y depende de quién posea un libro que estuvo perdido, ahora recuperado. Los templarios escondieron sus riquezas, en efecto, en un sitio en el que razonaron ningún hombre se atrevería a mirar nunca —mentí.

—¿Dónde? —Contenía la respiración.

—Bajo el Templo de la Razón, erigido en Isle de la Cité precisamente donde los antiguos romanos levantaron su templo a Isis, diosa de Egipto. Pero sólo el libro nos dirá exactamente dónde está.

Puso ojos como platos.

—¿Notre-Dame?

La miseria te hace creer en cualquier cosa, y el salario de un carcelero es un crimen.

—Necesitaremos un pico y valor, monsieur Boniface. ¡El valor para convertirse en el hombre más rico y poderoso del mundo! ¡Pero sólo si estáis dispuesto a cavar! ¡Y sólo un hombre puede llevarnos hasta el lugar exacto! Silano vive únicamente para su codicia, y debemos capturarla y hacer lo correcto, ¡por la francmasonería, la tradición templaría y los misterios de los antiguos! ¿Estáis conmigo?

—¿Será peligroso?

—Llevadnos hasta los aposentos de Silano y luego podréis ocultarlos en las criptas de Notre-Dame mientras nosotros desciframos el secreto. ¡Entonces juntos cambiaremos la historia!

En tiempos más tranquilos no habría podido convencerlo. Pero con París al borde de un golpe de Estado, tropas levantando barricadas, asambleas legislativas presas del pánico, generales congregándose en brillante formación en la casa de Napoleón, y la ciudad sombría e inquieta, podía ocurrir cualquier cosa. Más importante aún, el clero católico había sido clausurado por la Revolución y Notre-Dame se había convertido en un imponente fantasma, usada sólo por ancianas devotas y visitada por los pobres en busca de auxilio. Nuestro carcelero podría acceder a sus criptas fácilmente. Mientras Bonaparte se dirigía a miles de hombres en el jardín de las Tullerías, Boniface reunía herramientas para cavar.

Desde luego, dejarnos salir era un flagrante incumplimiento de las responsabilidades de su cargo. Pero le advertí que jamás encontraría el libro, ni lo leería, sin nosotros. Que pasaría el resto de sus días como carcelero de la Prisión del Temple, cotilleando con los condenados en lugar de heredar la riqueza y el poder de los caballeros templarios. Aquella noche Boniface informó que Bonaparte había irrumpido en el Consejo de los Ancianos cuando éstos se resistían a sus exigencias de disolver el Directorio y designarlo primer cónsul. Su discurso había sido volcánico y absurdo, a decir de todos, hasta el punto de que sus propios edecanes tuvieron que llevárselo. ¡Estaba gritando disparates! ¡Todo parecía perdido! Y sin embargo los diputados no ordenaron su detención ni se negaron a reunirse con él. En lugar de eso parecían inclinados a satisfacer sus exigencias. ¿Por qué? Aquella noche, después de que las tropas hipnotizadas de Napoleón hubiesen despejado la Orangerie de Saint-Cloud del Consejo de los Quinientos, con algunos de los diputados saltando desde las ventanas para escapar, los Ancianos aprobaron un nuevo decreto que disponía que un «comité ejecutivo temporal» encabezado por Bonaparte sustituía al Directorio de la nación.

—Todo parecía perdido para sus conspiradores una docena de veces, y sin embargo los hombres se han sometido a su voluntad —dijo nuestro carcelero—. Ahora algunos diputados de los Quinientos están siendo acorralados para que hagan lo mismo. ¡Los conspiradores jurarán el cargo pasada la medianoche!

Más tarde, unos hombres dijeron que todo era un farol, bayonetas y pánico. Pero me pregunté si aquel galimatías incluía palabras de poder que no se habían pronunciado durante casi cinco mil años, palabras de un libro antiguo que había permanecido enterrado en una Ciudad de los Fantasmas con un caballero templario. Me pregunté si el *Libro de Tot* ya había entrado en acción. Si sus hechizos aún tenían poder, entonces Napoleón, nuevo dueño de la nación más poderosa del mundo, pronto dominaría el planeta, y con él el Rito Egipcio de Silano. Comenzaría un nuevo reinado de megalómanos ocultistas, y en lugar de un nuevo amanecer, caería una larga oscuridad sobre la historia humana.

Teníamos que actuar.

—¿Habéis averiguado dónde se encuentra Alessandro Silano?

—Está realizando experimentos en las Tullerías, bajo la protección de Bonaparte. Pero dicen que esta noche ha salido, ayudando a los conspiradores en su toma del gobierno. Afortunadamente, la mayor parte de las tropas ha marchado hacia Saint-Cloud. Hay unos pocos guardias en las Tullerías, pero el viejo palacio está vacío en gran parte. Podéis ir a los aposentos de Silano y coger el libro. —Nos miró—. ¿Estáis seguros de que tiene el secreto? Si fracasamos, ¡podría significar la guillotina!

—Una vez que tengáis el libro y el tesoro, Boniface, vos controlaréis la guillotina... y todo lo demás.

Asintió inseguro; las manchas de su última media docena de cenas formaban un revoltijo jaspeado sobre su camisa.

—Sólo que esto es peligroso. No estoy seguro de que sea lo correcto.

—Todas las grandes cosas son difíciles; ¡de lo contrario no serían grandes! —Sonaba a lo que diría Bonaparte, ya los franceses les gustaba esa forma de hablar—. Llevadnos a las dependencias de Silano y nosotros correremos el riesgo mientras vos os dirigís hacia Notre-Dame.

—¡Pero soy vuestro carcelero! ¡No puedo dejaros solos!

—¿Creéis que compartir el mayor tesoro del mundo no nos ataría más estrechamente que la cadena más sólida? Confiad en mí, Boniface: no podréis deshaceros de nosotros.

Nuestro itinerario a través de París era de tres kilómetros, y lo cubrimos a pie en lugar de en coche para poder eludir los controles militares apostados en la ciudad. Todo París parecía estar en vilo. Había pocas luces, y los transeúntes se apiñaban en las calles, intercambiando rumores sobre el intento de golpe. Bonaparte reinaba. Bonaparte había sido arrestado. Bonaparte estaba en Saint-Cloud, o en el Palacio de Luxemburgo, o incluso en Versalles. Los diputados congregarían a las masas. Los

diputados se habían unido a Bonaparte. Los diputados habían huido. Era una cháchara paralizada.

Pasamos por el Ayuntamiento hacia la orilla norte del Sena, con los teatros a oscuras en vez de animados. Conservaba muy buenos recuerdos de sus vestíbulos repletos de prostitutas intentando hacer negocios. Luego seguimos el río hacia el oeste hasta pasado el Louvre. Las magníficas agujas y contrafuertes de la lie de la Cité se alzaban contra un cielo gris, iluminado por una luna velada.

—Es allí donde debéis prepararnos el camino —dije, señalando hacia Notre-Dame —. Vendremos con el libro y con Silano capturado.

Boniface asintió. Nos ocultamos en un portal mientras una compañía de caballería pasaba con estrépito.

En una ocasión tuve la sensación de que alguien nos seguía y me volví, pero sólo vislumbré una falda desapareciendo en un portal. Otra vez, un destello de pelo rojo. ¿Lo había imaginado? Deseé llevar encima mi rifle, o cualquier arma, pero si nos detenían con ella podrían encarcelarnos. Las armas de fuego estaban prohibidas en la ciudad.

—¿Has visto a una mujer extraña? —pregunté a Astiza.

—En París todo el mundo me parece extraño.

Pasamos junto al Louvre, el río oscuro y fundido, y en los jardines de las Tullerías giramos y seguimos la imponente fachada del Palacio de las Tullerías, ordenado por Catalina de Médicis dos siglos antes. Como tantos palacios europeos era un edificio descomunal, ocho veces demasiado grande para toda necesidad sensata, y además había sido abandonado en gran parte después de la construcción de Versalles. El pobre rey Luis y María Antonieta se habían visto obligados a regresar a él durante la Revolución, y después el lugar había sido asaltado por la turba y estaba hecho una ruina desde entonces. Aún conservaba un aire de abandono espectral. Boniface exhibió un pase de policía a un centinela aburrido y soñoliento en una puerta lateral, explicando que teníamos un asunto urgente. ¿Quién no lo tenía en aquellos días agitados?

—Yo no llevaría a la mujer ahí arriba —advirtió el soldado, echando un vistazo a Astiza—. Ya nadie lo hace. Está custodiado por un espíritu.

—¿Un espíritu? —preguntó Boniface, palideciendo.

—Los hombres han oído cosas por la noche.

—¿Os referís al conde?

—Algo se mueve ahí arriba cuando él se marcha. —Sonrió, tenía los dientes amarillos—. Podéis dejar a la dama conmigo.

—Me gustan los fantasmas —replicó Astiza.

Subimos la escalera hasta la primera planta. La opulencia arquitectónica de las Tullerías seguía intacta: salones inmensos abriéndose uno a otro en una larga sucesión, bóvedas de cañón profusamente decoradas, suelos de madera noble que

parecían mosaicos y repisas de chimenea con baratijas suficientes para decorar media Filadelfia. Nuestros pasos resonaban. Pero la pintura estaba sucia, el papel se desconchaba y el suelo había sido agrietado y estropeado por un cañón que la turba arrastró sobre él para enfrentarse con Luis XVI en 1792. Varias de las suntuosas ventanas seguían entabladas después de su rotura. La mayoría de las obras de arte había desaparecido.

Seguimos adelante, una habitación tras otra, como un sitio visto interminablemente a través de espejos que se reflejan. Por fin nuestro carcelero se detuvo frente a una puerta.

—Estos son los aposentos de Silano —anunció Boniface—. No permite que los centinelas se acerquen. Debemos apresurarnos, porque podría volver en cualquier momento. —Miró alrededor—. ¿Dónde está ese fantasma?

—En tu imaginación —respondí.

—Pero algo mantiene alejados a los curiosos.

—Sí. La credulidad ante las historias ridículas.

El cerrojo de la puerta se forzó fácilmente: nuestro carcelero había tenido mucho tiempo para aprender cómo hacerlo de los delincuentes a los que alojaba.

—Buen trabajo —le dije—. Eres el hombre adecuado para entrar en las criptas. Nos reuniremos contigo allí.

—¿Me tomáis por estúpido? No voy a dejaros hasta que esté seguro de que ese conde tiene realmente algo que merece la pena encontrar. Siempre y cuando nos demos prisa.

Miró por encima del hombro.

Así, atravesamos juntos una antesala hasta una habitación más amplia y sombría y nos detuvimos, indecisos. Silano había estado ocupado.

Lo primero que llamaba la atención era una mesa central. Sobre ella yacía un perro muerto, el hocico contraído en una mueca de dolor helado, su pelaje pintarrajeado o esquilado. Del cadáver sobresalían unas agujas conectadas con filamentos de metal.

—*Mon Dieu*, ¿qué es esto? —susurró Boniface.

—Un experimento, creo —contestó Astiza—. Silano está jugando con la resurrección.

Nuestro carcelero se santiguó.

Los estantes estaban repletos de libros y manuscritos que Silano debía de haber traído de Egipto. También había montones de frascos de conservación, su líquido amarillo como la bilis, llenos de organismos: peces de ojos saltones, anguilas fibrosas, pájaros con el pico metido en su plumaje empapado, mamíferos flotantes y partes de cosas que no acertaba a identificar del todo. Había miembros de bebés y órganos de adultos, cerebros y lenguas, y en uno —como canicas u olivas— un recipiente de ojos

que parecían inquietantemente humanos. Había un estante de cráneos humanos, y un esqueleto armado de un animal grande que ni siquiera podía reconocer. Roedores y pájaros disecados y momificados nos contemplaban desde las sombras con ojos vidriosos.

Junto a la puerta había pintado un pentagrama en el suelo, con signos extraños del libro grabados. Pergaminos y placas con símbolos misteriosos colgaban de las paredes, junto con viejos mapas y diagramas de las pirámides. Avisé el dibujo de la cabala que habíamos visto debajo de Jerusalén, y otros revoltijos de números, líneas y símbolos de fuentes arcanas, como una cruz torcida hacia atrás. Todo estaba iluminado por velas de llama baja: Silano se había ausentado durante algún tiempo, pero era obvio que esperaba volver. Sobre una segunda mesa se extendía un océano de papel, cubierto con los caracteres del *Libro de Tot* y los intentos de Silano de traducirlos al francés. La mitad estaba tachada y salpicada de puntos de tinta. Otros frascos contenían líquidos nocivos, y había cajas de latón con pilas de polvos químicos. La estancia estaba impregnada de un extraño olor a tinta, conservante, metal en polvo y una putrefacción subyacente.

—Éste es un lugar diabólico —murmuró Boniface. Tenía una expresión como si acabara de hacer un pacto con el diablo.

—Es por eso que debemos quitarle el libro a Silano —dijo Astiza.

—Vete ahora si tienes miedo —insté.

—No. Quiero ver ese libro.

El suelo estaba cubierto en gran parte por una elegante alfombra de lana, manchada y raída pero sin duda dejada por los Borbones. Terminaba en un balcón que daba a un espacio oscuro. Debajo había una planta baja adoquinada, con dos grandes puertas de doble hoja que conducían al exterior como si se tratara de una cuadra. Dentro había un coche y tres carros, éstos cargados con cajas amontonadas. De manera que Silano aún deshacía su equipaje. Una escalera de madera subía a la habitación en la que estábamos, lo cual explicaba por qué se había elegido ésta. Resultaba práctica para meter y sacar cosas.

Como un sarcófago de madera.

El ataúd de Rosetta había permanecido oculto en las sombras, pero ahora lo vi, apoyado en vertical contra la pared. La tracería de decoración antigua aparecía gris en la tenue luz, pero conocida. Sin embargo la caja tenía algo extrañamente intimidante.

—Es la momia —dije—. Apuesto a que el conde ha propagado la noticia. Éste es el espíritu al que se refería el centinela, lo que impide a los hombres fisgar en esta habitación.

—¿Hay un muerto ahí dentro?

—Muerto hace miles de años, Boniface. Echa un vistazo. Algún día, todos nosotros seremos así.

—¿Abrirlo? ¡No! ¡El guardia ha dicho que cobra vida!

—No sin el libro, diría yo, y todavía no lo tenemos. La llave de la fortuna que hay debajo de Notre-Dame podría estar en este sarcófago. Tú has enviado hombres al patíbulo, carcelero. ¿Te da miedo una caja de madera?

—Un ataúd.

—Que Silano trajo todo el trayecto desde Egipto sin ningún percance.

Así que el desafiado carcelero se armó de valor, se adelantó y abrió la tapa. Y Ornar, la momia guardiana, con el rostro casi negro, las cuencas sin ojos y cerradas, y una mueca en la boca, se inclinó lentamente y cayó en sus brazos.

Boniface chilló. Vendas de lino se agitaron ante su cara y polvo que olía a humedad le fue a los ojos. Dejó caer a Ornar como si la momia quemara.

—¡Está vivo!

El problema de pagar poco a los funcionarios públicos es que no consigues a los mejores.

—Cálmate, Boniface —dije—. Está muerto como una salchicha, y lo ha estado durante miles de años. ¿Lo ves? Lo llamamos Ornar.

El carcelero volvió a persignarse, pese a la animosidad jacobina a la religión.

—Lo que estamos haciendo es un error. Nos condenarán por esto.

—Sólo si perdemos el valor. Escucha, se está haciendo tarde. ¿Cuánto riesgo puedes aguantar? Ve a la iglesia, fuerza los cerrojos y oculta nuestras herramientas. Escóndete y espéranos.

—Pero ¿cuándo vendréis?

—Tan pronto como tengamos el libro y respuestas del conde. Empieza a golpear suavemente los suelos de la cripta. Tiene que haber un agujero en alguna parte.

Asintió, recobrando parte de su codicia.

—No seré rico a menos que lo haga, ¿verdad?

Esto lo dejó satisfecho y, para nuestro alivio, se marchó. Yo confiaba en que no lo veríamos más porque, que yo supiera, no había ningún tesoro debajo de Notre-Dame y no tenía intención de ir allí. La momia Ornar nos había hecho un favor.

Miré al cadáver con recelo. Se estaría quieto, ¿no?

—Tenemos que encontrar el libro enseguida —dije a Astiza. El truco consistía en terminar antes de que regresara el conde—. Tú mira en los estantes de ese lado, yo en éste.

Pasamos volando por los libros, tirándolos al suelo, buscando el manuscrito en la parte de atrás. Acá había volúmenes sobre alquimia, brujería, Zoroastro, Mitra, la Atlántida y Thule. Allá había álbumes de imaginería masónica, bocetos de jeroglíficos egipcios, la jerarquía de los caballeros templarios y teorías sobre rosacruces y el misterio del Grial. Silano tenía tratados sobre electricidad,

longevidad, afrodisíacos, hierbas curativas, el origen de la enfermedad y la edad de la tierra. Su especulación era ilimitada, y sin embargo no encontramos lo que andábamos buscando.

—Tal vez lo lleva consigo —supuse.

—No se atrevería a hacerlo, no en las calles de París. Lo ha escondido donde no se nos ocurriría, o no nos atreveríamos, mirar.

¿Atreverse a mirar? En Rosetta, Ornar había servido de centinela. Observé a la pobre momia tumbada, su nariz erosionada contra el suelo. ¿Era posible?

Le di la vuelta. Había una hendidura en las vendas y comprobé que su torso estaba hueco, después de extraerle los órganos vitales. Haciendo una mueca, metí la mano.

Y toqué el manuscrito, liso y bien envuelto. Ingenioso.

—De modo que el ratón ha encontrado el queso —dijo una voz desde el umbral.

Me volví, consternado por no estar listos. Era Alessandro Silano, encaminándose hacia nosotros erguido y varios años más joven, con un estoque oscilando al andar. Su cojera había desaparecido y su expresión era mortífera.

—Sois un hombre difícil de matar, Ethan Gage, por lo que no voy a repetir el indulgente error que cometí en Egipto. Si bien quería desenterrar vuestro cadáver momificado y brindar por él en mi futuro palacio, también esperaba tener algún día esta oportunidad: atravesaros a los dos, como haré ahora.

Tanto Astiza como yo estábamos desarmados. La mujer, a falta de algo mejor, cogió un cráneo. Por poco más que para retener lo que habíamos venido a buscar, yo recogí a Ornar y su eterna sonrisa, con el *Libro de Tot* aún dentro. Era ligero y frágil. Las vendas asemejaban papel viejo, ásperas y quebradizas.

—Es apropiado que hayamos vuelto aquí, a París, donde todo empezó, ¿verdad? —dijo el conde. Su estoque era una varita letal, moviéndose como la lengua de una serpiente. Con la mano libre desató la cinta que llevaba al cuello para dejar caer la capa—. ¿Os habéis planteado alguna vez, Gage, lo distinta que sería vuestra vida si os hubierais limitado a venderme el medallón aquella primera noche en París?

—Por supuesto. No habría conocido a Astiza ni la habría alejado de vos.

Le dirigió una mirada fugaz, ella tenía el brazo levantado para lanzar el cráneo.

—Pronto la recuperaré para hacer con ella lo que quiera.

Entonces ella arrojó el hueso. Él lo apartó con la empuñadura del estoque, sus labios contraídos en una mueca de desprecio, y el cráneo cayó con un fuerte ruido. Luego siguió avanzando junto a las mesas hacia mí.

Parecía más joven, sí —el libro le había servido para algo—, pero observé que era una juventud extraña, como si se hubiera estirado. La piel tersa y cetrina, los ojos brillantes y al mismo tiempo ensombrecidos por el cansancio. Parecía un hombre que llevara semanas sin dormir. Que ya no pudiera volver a conciliar el sueño jamás. Y, debido a esto, sus ojos mostraban un indicio de locura.

Había algo muy malo en ese manuscrito que habíamos encontrado.

—Vuestro estudio hiede como el infierno, Alessandro —dije—. ¿De qué dios sois aprendiz?

—Es sólo un anticipo del lugar que os espera, Gage. ¡Ahora mismo!

Y embistió.

Así que levanté mi macabro escudo. Omar fue penetrado, pero la momia interceptó la punta. Me sentí culpable de hacer pasar al pobre viejo por todo aquello, pero a esas alturas ya le traía sin cuidado, ¿no? Empujé la momia contra Silano, torciéndole la muñeca, pero entonces su espada acabó de atravesar el cadáver y me rozó el costado. ¡Dios, qué dolor! El estoque estaba afilado como una navaja.

Silano soltó un juramento, hizo girar el brazo libre —había recobrado su antigua agilidad— y me golpeó, haciéndome caer y apartando de mí el cadáver egipcio. Se hizo a un lado tambaleándose, su espada todavía atascada, pero hurgó en la cavidad del cuerpo y sacó el manuscrito con gesto triunfal. Ahora yo ya no tenía ninguna protección. El sostuvo el libro sobre su cabeza, incitándome a arremeter para poder ensartarme. Astiza se había puesto en cucillas, esperando una oportunidad.

Miré desesperadamente alrededor. ¡El sarcófago de madera! Ya estaba apoyado en posición vertical, así que lo cogí y desplacé con dificultad la pesada caja para

protegerme. Silano ya había liberado su espada, dejando al pobre Omar casi partido en dos, metió el manuscrito dentro de su camisa y me embistió de nuevo. Lo detuve con el ataúd. La espada se clavó en la madera vieja pero se dobló, lo que hizo que el conde cayera hacia atrás y el estoque se partiera en dos. Dio furiosas patadas al ataúd, rompiendo la deteriorada madera, hasta que cayó en pedazos y algo alojado en su interior se liberó.

¡Mi rifle!

Me precipité sobre él, pero cuando estiré el brazo la espada rota me acuchilló los nudillos como la mordedura de una serpiente, tan dolorosa que no pude agarrar mi arma. Me aparté rodando mientras Silano retiraba los trozos de madera para llegar hasta mí. Ahora había sacado una pistola, su cara se hallaba contraída de cólera y odio. Me lancé hacia atrás contra los estantes justo cuando el arma disparaba, notando el viento de la bala al pasar. Alcanzó uno de los nocivos frascos de vidrio que se hallaban en un extremo de la estancia y el recipiente se hizo añicos. El líquido se derramó por el suelo junto al balcón y algo repugnante y pálido saltó por encima. Se propagó un olor tóxico, un hedor de gases combustibles que se mezcló con el de la pólvora.

—¡Maldito seáis! —Manoseó para recargar.

Y entonces el viejo Ben acudió en mi auxilio. «Energía y perseverancia conquistan todas las cosas», volví a recordar. ¡Energía!

Astiza estaba debajo de la mesa, arrastrándose con sigilo hacia Silano. Me quité la chaqueta y se la arrojé para distraerlo, y luego desgarré mi camisa. El conde me miró como si fuese un chiflado, pero yo necesitaba piel desnuda y seca. No hay nada mejor para crear fricción. Di dos pasos y me lancé hacia el frasco que se había roto, golpeeé la alfombra de lana como un nadador y me deslicé sobre el torso, apretando los dientes al quemarme. ¿Sabéis?, la electricidad se genera con fricción, y la sal de nuestra sangre nos convierte en baterías temporales. Cuando llegué al final de la habitación, estaba cargado.

El frasco roto tenía una base metálica. Mientras resbalaba estiré el brazo y extendí un dedo como el Dios de Miguel Ángel alargando la mano hacia Adán. Y cuando me acerqué, la energía que había acumulado saltó, con una sacudida, hacia el metal.

Se produjo una chispa, y la habitación estalló.

Los gases del brebaje de Silano se convirtieron en una bola de fuego, que pasó disparada sobre mi cuerpo encogido, flotó hacia el conde y Astiza y se precipitó hacia los carros, coches y cajas de abajo, adonde había goteado el conservante. La onda expansiva lanzó los papeles de la mesa por los aires en un remolino, chamuscando algunos, mientras que abajo la zona de almacenamiento se incendiaba. Me levanté como pude, con el pelo chamuscado y los dos costados ardiendo —uno por el arañazo de la espada y el otro por el deslizamiento sobre la alfombra— y avisté mi rifle. Había conservante sobre lo que quedaba de mis ropas, y sofoqué una llama prendida en mis calzones. Una tenue humareda impregnaba la estancia. Vi que Silano había caído, pero ahora también él se ponía en pie, con aspecto aturdido pero

palpando en busca de su pistola. Entonces Astiza se irguió tras él y le rodeó el cuello con algo.

¡Era la venda de lino de Ornar!

Me arrastré hacia mi rifle.

Silano, debatiéndose, le despegó los pies del suelo, pero Astiza se colgó denodadamente de su espalda. Mientras bailoteaban torpemente la espantosa momia saltaba con ellos, un extraño *ménage a trois*. Alcancé mi arma y quise disparar, pero sólo se produjo un chasquido seco.

— ¡Date prisa, Ethan!

El cuerno de pólvora y la bolsa de proyectiles estaban allí, por lo que empecé a cargar, maldiciendo el laborioso manejo de un rifle por primera vez.

Medir, verter, el relleno, la bala. Me temblaba la mano. Astiza y Silano giraban a mi lado. El conde se estaba poniendo colorado mientras ella lo estrangulaba, pero la sujetaba por el pelo y se retorcía para alcanzarla. Martinete, ahora amartillar con el más largo... ¡maldita sea! La pareja había chocado contra la barandilla del balcón y parte de ésta se había soltado. El fuego ascendía desde el patio. La momia seguía bailando con ellos. El conde hizo girar a Astiza delante de él, escudándose mientras observaba mi rifle y forcejeaba para liberar su pistola. El humo se espesaba contra el techo. ¡Mi único disparo tenía que ser perfecto! Silano se había quitado las vendas del cuello y ahora las apretaba sobre el de ella. Levantó su arma.

Saqué la baqueta, metí un pellizco de pólvora en la cazoleta, levanté el cañón. Silano disparó, pero erró el tiro obstaculizado por Astiza, a quien retorcía para arrojarla a las llamas, lo suficiente como para dejar su cuello al descubierto mientras forcejeaban...

— ¡Me va a quemar!

Disparé.

La bala lo alcanzó en el cuello.

Su grito fue un garganismo ensangrentado. Puso unos ojos como platos, presa de asombro y dolor.

Y entonces atravesó la barandilla del balcón y se precipitó a las llamas, arrastrando consigo a mi mujer.

— ¡Astiza!

Volvía a repetirse la caída desde el globo. Ella dio un grito y desapareció.

Crucé corriendo el estudio y me asomé, temiendo verla arder. Pero no, la momia se había enganchado en una de las balaustradas rotas, con la caja torácica y los músculos resecos todavía rígidos al cabo de varios milenios. Astiza colgaba de sus vendas de lino, agitando los pies sobre el voraz fuego.

El conde Silano había desaparecido en el holocausto, retorciéndose en la improvisada pira. El libro estaba alojado contra su pecho.

¡Al diablo con el dichoso libro!

Agarré las vendas, tiré, la cogí del brazo y la icé. ¡No iba a permitir que cayera con Silano otra vez! Cuando la arrastraba sobre el borde del balcón Ornar se soltó y cayó, prendiendo como una tea cuando sus vendas tocaron las llamas. Se arrojó para quemarse con su amo. Miré. ¡Sus miembros rotos se movían, como agonizando! ¿Estaba de algún modo todavía vivo? ¡O era un efecto causado por el calor?

No había sido una maldición, sino una salvación. Después de todo Thoth nos había sonreído.

¿Y el libro? Mientras las ropas de Silano se consumían con el fuego, pude ver el manuscrito enroscándose sobre su pecho. Las llamas se hacían más abrasadoras mientras la carne del conde burbujeaba, y retrocedí.

Astiza y yo nos abrazamos. Se oyeron campanadas, gritos, un estrépito de carruajes pesados. El cuerpo de bomberos de París no tardaría en llegar. Para cuando lo hiciera, los secretos que los hombres habían codiciado durante miles de años se habrían convertido en cenizas.

—¿Puedes andar? —le pregunté—. No nos queda mucho tiempo. Tenemos que huir.

—¡El libro!

—Ha desaparecido con Silano.

Estaba llorando. Yo no sabía por qué, o por quién.

Abajo, oí las portezuelas de los carruajes abriéndose y el bombeo de agua. Fuimos cojeando despacio hasta la puerta por la que habíamos entrado, ensangrentados y chamuscados, pasando sobre una confusión de cristales, líquido, huesos y papeles destruidos.

El pasillo estaba lleno de humo. Por un momento esperé que el fuego entretuviera a nuestros perseguidores hasta que lográsemos escapar.

Pero no, un pelotón de gendarmes marchaba con estruendo por el pasillo.

—¡Es él! ¡Es ése! —Era una voz irritantemente conocida que no había oído en un año y medio—. ¡Me debe el alquiler!

¡Madame Durrell! Mi antigua casera en París, de quien había huido en circunstancias indecorosas, era la misteriosa mujer pelirroja que había aparecido en la periferia de mi vista desde que había regresado a París. Nunca había creído en mi reputación y al separarnos me había acusado de intento de violación. Yo lo había negado, pero en realidad no había más que verla. Las pirámides son más jóvenes que madame Durrell, y se conservan mejor.

—¿No me libraré nunca de vos? —gemí.

—¡Lo haréis cuando me paguéis lo que me debéis!

«Los acreedores tienen más memoria que los deudores», gustaba de decir Ben. Yo sabía por experiencia que tenía razón.

—¿Y me habéis estado siguiendo como uno de los policías secretos de Fouché?

—Os vi dentro del carruaje de la prisión, que es donde os corresponde estar, pero supe que escaparíais de alguna manera, ¡y para nada bueno! ¡*Oui*, tened la seguridad de que vigilé la Prisión del Temple! Cuando os vi entrar en el palacio con ese carcelero corrupto corrí en busca de ayuda. ¡El mismísimo conde Silano dijo que se enfrentaría con vos! ¡Pero cuando regreso aquí todo el edificio está ardiendo! —Se dirigió a los soldados—. Esto es típico del americano. Vive como un salvaje del desierto. ¡Tratad de obligarle a pagar!

Suspiré.

—Madame Durrell, me temo que he vuelto a perderlo todo. No puedo pagarlos, por más policías que os acompañen.

Entrecerró los ojos.

—¿Qué me decís de ese rifle? ¿No es el que robasteis de mi apartamento, el mismo con el que intentasteis matarme?

—No lo robé, era mío, y disparé contra el cerrojo, no contra vos. Ni siquiera es el mismo...

Pero Astiza me puso una mano sobre el brazo y miré detrás de mi antigua casera. Bonaparte se acercaba por el pasillo con un séquito de generales y edecanes. Sus ojos grises eran hielo bajo el ceño fruncido. La última vez que lo había visto tan indignado fue cuando se enteró de las infidelidades de Josefina y aniquiló a los mamelucos en la Batalla de las Pirámides.

Me preparé para lo peor. El dominio que Bonaparte tenía del lenguaje del campo de instrucción era legendario. Pero, después de fruncir el ceño, sacudió la cabeza con reticente admiración.

—Debería haberlo supuesto. ¿Habéis descubierto realmente el secreto de la inmortalidad, monsieur Gage?

—Sólo soy persistente.

—¿De manera que me seguís a lo largo de tres mil doscientos kilómetros, prendéis fuego a un palacio real y dejáis que mis bomberos encuentren dos cuerpos entre las cenizas?

—Estamos impidiendo que ocurran cosas peores, os lo aseguro.

—¡General, me debe el alquiler! —soltó de sopetón madame Durrell.

—Preferiría que os dirigierais a mí como primer cónsul, madame, un cargo al que me han elevado a las dos de esta madrugada. ¿Y cuánto os debe?

Pudimos verla calcular, y me pregunté hasta dónde osaría inflar el verdadero total.

—Cien libras —probó finalmente. Viendo que nadie se escandalizaba ante aquella ridiculez, añadió—: Más cincuenta, en concepto de intereses.

—Madame —dijo Napoleón—, ¿habéis sido vos quien ha dado la alarma?

Durrell se hinchó.

—He sido yo.

—Entonces otras cincuenta libras como recompensa, obsequio del gobierno. —Se volvió—. Berthier, contad doscientas para esta valerosa mujer.

—Sí, general. Quiero decir cónsul.

Madame Durrell sonrió.

—Pero no debéis decir ni media palabra a nadie de esto —la aleccionó Bonaparte—. Lo que ha sucedido aquí esta noche afecta a la seguridad de Francia, y el destino de nuestra nación depende de vuestra discreción y valor. ¿Podéis soportar semejante carga, madame?

—Por doscientas libras puedo.

—Excelente. Sois una auténtica patriota. —Su edecán la llevó aparte para contar el dinero, y el nuevo gobernante de Francia se volvió hacia mí—. Los cuerpos estaban calcinados y no ha sido posible identificarlos. ¿Podéis decirme quiénes son, monsieur Gage?

—Uno es el conde Silano. Al parecer no hemos podido renovar nuestra asociación.

—Comprendo. —Taconeó impaciente—. ¿Y el segundo?

—Un viejo amigo egipcio llamado Ornar. Nos ha salvado la vida, creo.

Bonaparte suspiró.

—¿Y el libro?

—Víctima del mismo incendio, me temo.

—¿De veras? Registradlos.

Y nos registraron, con rudeza, pero no pudieron encontrar nada. Un soldado me confiscó el rifle una vez más.

—De modo que me habéis traicionado hasta el final. —Levantó la vista hacia el humo que empezaba a disiparse, ceñudo como un casero ante una gotera—. Bien, ya no necesito el libro, puesto que tengo Francia. Deberíais contemplar qué hago con ella.

—Estoy seguro de que no os quedaréis quieto.

—Por desgracia, hace mucho tiempo que deberíais haber sido ejecutado, y Francia estará más segura cuando eso ocurra. Después de haberlo confiado a otros hasta esta noche, sin éxito, creo que me ocuparé de ello personalmente. Los jardines de las Tullerías son un lugar tan adecuado como cualquier otro.

—¡Napoleón! —suplicó Astiza.

—No lo echaréis de menos, madame. Os fusilaré a vos también. Y a vuestro carcelero, si puedo dar con él.

—Creo que está buscando un tesoro en las criptas de Notre-Dame —dije—. No lo culpéis. Es un hombre sencillo con imaginación, el único carcelero que me ha caído simpático hasta ahora.

—Ese idiota dejó escapar también a Sidney Smith de la Prisión del Temple —gruñó Napoleón—. Con el que después tuve que enfrentarme en Acre.

—Sí, general. Pero sus relatos nos estimularon a todos para seguir buscando vuestro libro.

—Entonces os fusilaré dos veces, para compensarlo.

Nos escoltaron afuera. Volutas de humo se elevaban en el cielo grisáceo que precedía al alba. Una vez más me veía muy desmejorado: agotado, herido por un estoque, en carne viva para producir fricción, y sin dormir. Si verdaderamente tengo la suerte del diablo, ¡pobre diablo!

Bonaparte nos colocó de pie contra un muro decorativo, habiendo muerto ya la mayor parte de las flores de la temporada. Era entonces, un ominoso amanecer de noviembre, cuando mi historia debía tocar a su fin: Napoleón amo y señor, el libro desaparecido, mi amada condenada. Estábamos demasiado exhaustos incluso para suplicar. Se levantaron los mosqueteros y se amartillaron los percutores.

«Ya estamos otra vez», pensé.

Entonces se oyó una orden seca.

—Esperad.

Yo había cerrado los ojos —me había hartado de mirar las bocas de los mosqueteros en Jafa— y oí el crujir de unas botas sobre la grava cuando Napoleón se acercaba. ¿Y ahora qué? Los abrí con recelo.

—Decís la verdad acerca del libro, ¿eh, Gage?

—Ha desaparecido, general. Quiero decir, primer cónsul. Quemado.

—Funcionó, ¿sabéis? Algunas partes. Es posible hechizar hombres y hacer que acepten cosas extraordinarias. Lo que habéis hecho es un crimen, americano.

—Ningún hombre debería poder encantar a otro.

—Os desprecio, Gage, pero también me tenéis impresionado. Sois un superviviente, como yo. Un oportunista, como yo. Y hasta un intelectual como yo, a vuestra extraña manera. No necesito magia cuando poseo el Estado. Así pues, ¿qué haríais si os soltara?

—¿Soltarme? Disculpad que no estuviera pensando en algo tan remoto.

—He cambiado de opinión. Yo soy Francia. No puedo permitirme venganzas insignificantes, debo pensar por millones de personas. El próximo año habrá elecciones en vuestros Estados Unidos, y necesito ayuda para mejorar mis relaciones. ¿Estáis enterado de que nuestras naciones han estado batiéndose en duelo en el mar?

—Qué desgracia.

—Gage, necesito un emisario en las Américas que sea capaz de pensar por sí mismo. Francia tiene intereses en el Caribe y en Louisiana, y no hemos abandonado la esperanza de recuperar Canadá. Circulan extraños informes de artefactos en el oeste que podrían interesar a un hombre de la frontera como vos. Nuestras naciones pueden ser enemigas, o podemos ayudarnos mutuamente como hicimos durante vuestra revolución. Me conocéis tan bien como cualquiera. Quiero que vayáis a vuestra nueva capital, la que llaman Washington, o Columbia, y sondeéis algunas ideas para mí.

Miré detrás de él a la fila de verdugos.

—¿Emisario?

—Como Franklin, explicando cada nación a la otra.

Los soldados descansaron sus armas.

—Encantado, estoy seguro. —Tosí.

—Suspenderemos la acusación de homicidio contra vos y pasaremos por alto este fiasco con Silano. Un hombre fascinante, pero nunca confié en él. Nunca.

No era eso lo que yo recordaba, pero discutir con Napoleón tenía un límite. Sentí que la vida retornaba a mis extremidades.

—¿Y? —Señalé a Astiza con la cabeza.

—Sí, sí, estáis tan cautivado por ella como yo lo estoy por Josefina. Cualquiera puede verlo, ¡y que Dios se apiade de los dos! Id con Astiza, ved qué podéis averiguar, y recordad: ¡me debéis doscientas libras!

Sonréí con la mayor afabilidad de que fui capaz.

—Si puedo recuperar mi rifle.

—Hecho. Pero creo que os confiscaremos la munición, hasta que me encuentre bien lejos de vuestro alcance. —Cuando me devolvían el rifle largo vacío, se volvió para contemplar el palacio—. Mi gobierno comenzará en el Luxemburgo, por supuesto. Pero estoy pensando que ésta podría ser mi casa. Vuestro fuego es una excusa para emprender la remodelación: ¡esta misma mañana!

—Es una suerte haberlos ayudado en algo.

—¿Os dais cuenta de que vuestro carácter es tan frívolo que no merece la pena desperdiciar balas para mataros?

—No puedo estar más de acuerdo.

—¿Y de que Francia y América comparten los mismos intereses contra la perfida Gran Bretaña?

—Inglaterra tiene el don de ser despótica a veces.

—Tampoco confío en vos, Gage. Sois un granuja. Pero cooperad conmigo y quizás saldrá algo. Aún tenéis que hacer fortuna, ¿sabéis?

—Soy muy consciente de ello, primer cónsul. Después de casi dos años de aventura, no tengo donde caerme muerto.

—Puedo ser generoso con mis amigos. Bien. Mis edecanes os buscarán un hotel, bien alejado de esa horrible casera vuestra. ¡Menuda Medusa! Empezaré por daros una pequeña asignación y cuento con que no os la juguéis a las cartas. Descontaremos una parte hasta que recupere mis libras, claro.

Suspiré.

—Claro.

—¿Y vos, señora? —se dirigió a Astiza—. ¿Estáis lista para ver América?

Se había mostrado preocupada mientras hablábamos. Ahora vaciló y luego sacudió la cabeza despacio y con tristeza.

—No, cónsul.

—¿No?

—He estado examinando mi conciencia durante estos días largos y sombríos, y me he dado cuenta de que mi sitio está en Egipto lo mismo que no lo está el de Ethan. Vuestro país es hermoso pero frío, y sus bosques ensombrecen el espíritu. Las tierras vírgenes americanas serían aún peores. Ese no es mi sitio. Y tampoco creo que hayamos encontrado el último vestigio de Thoth o de los templarios. Mandad a Ethan en su misión, pero entended por qué yo debo regresar a El Cairo y con vuestro Instituto de Sabios.

—Madame, no puedo garantizar vuestra seguridad en Egipto. No sé si podré rescatar a mi ejército.

—Isis tiene una misión para mí, y no está al otro lado del océano. —Se volvió—. Lo siento, Ethan. Te quiero, como tú me has querido. Pero mi búsqueda no ha terminado del todo. Aún no ha llegado la hora de echar raíces juntos. Llegará, tal vez. Llegará.

Por los pantanos de Georgia, ¿nunca podía tener éxito con las mujeres? Paso por el infierno de Dante, me deshago por fin de su ex amante, consigo un empleo respetable del nuevo gobierno de Francia... ¿y ahora quiere irse? ¡Era una locura!

¿Lo era? Aún no me apetecía anidar, y en realidad no tenía la menor idea de adonde podía llevarme aquella siguiente aventura. Y Astiza no era una mujer dispuesta a seguirme dócilmente. También yo tenía curiosidad por aprender más sobre el antiguo Egipto, de modo que quizás ella podía emprender ese camino mientras yo cumplía los encargos de Bonaparte en América. Unas cuantas cenas de diplomáticos, un rápido vistazo a un par de Islas del Azúcar y me libraría de ese hombre para poder planear nuestro futuro.

—¿No me echarás de menos? —tanteé.

Ella sonrió con tristeza.

—Oh, sí. La vida es dolor. Pero la vida es también destino, Ethan, y este aplazamiento de la sentencia es una señal de que hay que abrir la siguiente puerta, tomar el siguiente camino.

—¿Cómo sé que volveremos a vernos?

Sonrió tristemente, con pesar y también dulzura, y me besó en la mejilla. Luego susurró:

—Apuesta por ello, Ethan Gage. Juega tus cartas.

Nota histórica

Si aprendemos más de nuestros errores que de nuestros éxitos, entonces la campaña de Napoleón en Tierra Santa en el año 1799 fue educativa en sumo grado. Sus ataques fueron impacientes y mal preparados en Acre. Ofendió a la mayor parte de la población autóctona. La matanza y subsiguiente ejecución de prisioneros en Jafa iban a mancillar su reputación para el resto de su vida. Poco mejores eran los informes que le declaraban culpable de dar muerte piadosa a sus propios soldados administrando opio y veneno a los apestados moribundos. No experimentaría un revés militar y político tan vergonzoso hasta su invasión de Rusia en 1812.

Y sin embargo, al final de 1799, Bonaparte no sólo había sobrevivido a una debacle militar; el corso había manipulado tan hábilmente la opinión pública a su regreso a Francia que se vio nombrado primer cónsul de su nación adoptiva, en su camino hacia coronarse emperador. Los políticos modernos que parecen revestidos de teflón (lo que significa que no se les pega nada crítico) no pueden compararse con la habilidad de Napoleón Bonaparte. ¿Cómo pudo conseguir un giro tan radical a partir de semejante desastre? Este es el malicioso secreto que constituye el núcleo de este libro.

Para los lectores de ficción que sienten curiosidad por tales cosas, la mayor parte de esta novela es verdad. La tragedia de Jafa, la Batalla del Monte Tabor y el asedio de Acre fueron en gran parte tal como se describe, aunque me he tomado libertades con algunos detalles. Ethan Gage y su cadena electrificada son una invención, así como el ariete-torpedo de Napoleón. Pero sir Sidney Smith, Phelipeaux, Haim Farhi y Djezzar fueron reales. (En realidad, Phelipeaux murió de agotamiento o de insolación en el asedio, no ensartado por bayonetas.) Acre y Jafa —esta última un suburbio de Tel Aviv en la actualidad— conservan parte de su sabor arquitectónico de 1799, y no resulta difícil imaginarse la estancia de Gage en Tierra Santa. Si bien la torre estratégica y las murallas del sitio de Acre han desaparecido —después de la batalla fueron reemplazadas por Djezzar con otras nuevas debido a los considerables daños—, resulta muy romántico pasear por los baluartes de esta bonita ciudad mediterránea. Al este, una autopista hacia Galilea discurre al pie de la colina donde Napoleón estableció su cuartel general.

Para los lectores interesados en la historia de la campaña de Siria de Bonaparte, recomiendo *Napoleón in the Holy Land*, de Nathan Schur, y *Bonaparte in Egypt*, de J. Christopher Herold. Unas evocadoras acuarelas documentales realizadas por David Roberts en 1839 aparecen recogidas en una serie de libros de arte.

Aunque he imaginado algunas de mis galerías subterráneas bajo el Monte del Templo de Jerusalén —por necesidad, ya que las dependencias visitadas durante mucho tiempo, como los Establos de Salomón, han sido cerradas al público por las autoridades musulmanas—, Jerusalén está horadada por cuevas y túneles. Entre ellos figura un canal subterráneo oscuro, con agua hasta la altura del muslo, que sale de la piscina inferior de Siloé y que este autor vadeó obedientemente para familiarizarme con la aventura bajo tierra que describo. Las puertas subterráneas que dan acceso a túneles secretos en las entrañas del Monte del Templo existen: los turistas pueden ver por lo menos una. El Monte del Templo es de acceso prohibido a los arqueólogos por el temor de que los descubrimientos pudieran ocasionar conflictos religiosos. En el pasado los exploradores fueron perseguidos por turbas enfurecidas, pero ¿no da eso pábulo a la idea de que aún podría haber revelaciones allí? Procure no presentarse con una pala. Podría provocar una guerra santa.

Algunos lectores reconocerán en la «Ciudad de los Fantasmas» las sobrecogedoras ruinas jordanas de Petra, erigida por los árabes nabateos poco antes de Cristo y posteriormente administrada por los romanos. En la época en que la visita Gage, era en efecto una ciudad perdida cuya visión dejaría pasmados a los primeros europeos del siglo XIX. Si bien me he tomado algunas licencias evidentes, la mayor parte de ella es tal como la he descrito. Existe un Lugar Alto del Sacrificio.

El Palacio de las Tullerías de París fue comenzado en 1564 e incendiado en 1871. Sirvió de palacio a Napoleón y Josefina a partir de febrero de 1800, tres meses después de que él se hiciera con el poder. También la Prisión del Temple fue real, pero después fue demolida. Y en efecto, Notre-Dame se levanta en el emplazamiento de un templo romano dedicado a Isis.

La tradición de los caballeros templarios, el simbolismo de la cabala y la idea del *Libro de Tot* son todos reales. Se puede encontrar más acerca de Thoth en la primera parte de esta novela, *Las pirámides de Napoleón*. Mi insinuación de que el *Libro de Tot* fue encontrado por los templarios es inventada, pero entonces ¿cuál fue el origen de su asombrosamente rápido y abrumador ascenso al poder después de que excavaran debajo del Monte del Templo? ¿Qué hallaron? ¿Dónde está el Arca de la Alianza bíblica? ¿Qué secretos adquirieron las sociedades antiguas? Siempre hay más misterio.

Debería señalar irónicamente que puede resultar sorprendente para el British Museum que a la Piedra de Rosetta, orgullosamente exhibida después de que las tropas británicas la confiscaran a los franceses en 1801, le falta en realidad la parte superior y más importante. Después de leer esta novela, los conservadores quizá querrán colocar una pequeña ficha en la vitrina de la piedra disculpándose por la omisión y asegurando que se están haciendo denodados esfuerzos por encontrar los fragmentos destruidos por un americano renegado en Rosetta en 1799. Pero esto no es más que una sugerencia, como también la idea de que los arqueólogos estén atentos por si descubren alguno de los 36.534 libros de Thoth restantes.

Siempre y cuando sean dignos.

Agradecimientos

Este autor confió en la cuidadosa erudición de un ejército de historiadores para confeccionar este relato, además del evocador trabajo de conservación arqueológica que hace de Israel y Jordania unos lugares tan gratificantes para visitar. Doy las gracias en especial a los guías Paule Rakower y el profesor Dan Bahat en Israel, y Mohammed Helalat en Jordania. Diane Johnson, de la Western Washington University, me proporcionó el epígrama latino de los templarios, y Nancy Pearl me llamó la atención sobre la anécdota de Napoleón arrancando las páginas de las novelas y pasándoselas a sus oficiales. En Harper Collins, gracias especialmente a mi editor, Rakesh Satyal; a la correctora de estilo, Martha Cameron; al corrector de pruebas, David Koral; al ayudante editorial, Rob Crawford; a la publicista Heather Drucker por la ardua tarea de divulgación; y a los otros muchos que hacen posible la publicación de un libro. Mis alabanzas, pos supuesto, para Andrew Stuart, el agente que me permite seguir trabajando. Y, como siempre, gracias a mi primera lectora, Holly.

Fin